

**UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS**

**FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES**

**E.A.P. DE HISTORIA**

**Entre la espada y la pared. La administración del Gral.  
Juan Antonio Pezet frente a la crisis diplomática con  
España (1863-1865)**

**TESIS**

Para optar el Título Profesional de Licenciado en Historia

**AUTOR**

Antonio José Chang Huayanca

**ASESOR**

Carlota Alicia Casalino Sen

Lima - Perú

2013

A Ernesto Chuquipiondo

*In memoriam*

[...] Dijo el hispano-francés que una vez exaltado Canseco a la Presidencia, se había de ver **entre la espada y la pared**, entre la realidad del gobierno y los compromisos que había contraído para encender y arrastrar a las muchedumbres. [...] Así sucedió, en efecto: Canseco inauguró su presidencia con ejercicios de consumado equilibrista en la cuerda floja. Había predicado la guerra. ¿Cómo predicar ahora la paz? [...]

Benito Pérez Galdós

*La vuelta al mundo en la Numancia*

(1906)

## Índice

<b>Agradecimientos</b>	6
<b>Presentación</b>	8
<b>Introducción</b>	13
1. Balance historiográfico	13
2. Objetivos	14
3. Hipótesis	15
4. Marco teórico	16
5. Metodología	27
6. Fuentes	29
7. Política, economía y sociedad en la década de 1860.	31
<b>Primera parte:</b>	51
El contexto histórico detrás de la caída del régimen de Juan Antonio Pezet en el Perú y del triunfo de la Revolución Restauradora.	
<b>Capítulo 1</b>	53
Visión panorámica de los contactos diplomáticos entre los gobiernos del Perú y España previos a la partida de la Expedición Científica (1824-1861).	
<b>Capítulo 2</b>	68
La Expedición Científica: Objetivos de su misión y travesía en América.	
<b>Capítulo 3</b>	92
Los incidentes en la hacienda Talambo, la captura de las islas de Chincha y la firma del Tratado Vivanco-Pareja.	

<b>Capítulo 4</b>	117
Las críticas al Tratado Vivanco-Pareja y sus repercusiones al interior del Perú: el ocaso del régimen de Juan Antonio Pezet.	
<b>Segunda parte:</b>	125
Los elementos de tensión que dieron origen al conflicto peruano-español y que condujeron a la Guerra Hispano-Sudamericana.	
<b>Capítulo 5</b>	127
Elementos de tensión presentes al interior de las negociaciones diplomáticas.	
<b>Capítulo 6</b>	176
Elementos de tensión presentes durante la búsqueda por conseguir la superioridad militar en caso de ruptura de las hostilidades.	
<b>Capítulo 7</b>	202
Elementos de tensión presentes al nivel de la opinión pública como fiscalizadora de las negociaciones diplomáticas.	
<b>Conclusiones</b>	252
<b>Bibliografía</b>	257
<b>Anexos</b>	266

## **Agradecimientos**

El presente trabajo de investigación fue financiado con el apoyo del Fondo de Promoción de Trabajos de Tesis de Pregrado del VRI-UNMSM (Código N°101501037). Quisiera expresar al Vicerrectorado de Investigaciones y al Instituto de Investigaciones Histórico Sociales mi deuda y gratitud por su auspicio económico y la confianza depositada en mi persona.

La culminación de la presente tesis ha sido posible gracias al apoyo brindado generosamente por una serie de personas a quienes guardo un gran aprecio y gratitud. Quisiera comenzar con un reconocimiento especial a mis seres más queridos. Tengo la dicha de haber nacido en un hogar donde me inculcaron un gran aprecio a las humanidades y ciencias sociales, lo que estimuló mi vocación por la historia. Mis padres, Julio César y María Eugenia, son sociólogo e historiadora de formación, y, al igual que yo, estudiaron en la Facultad de Ciencias Sociales de la UNMSM. Ellos junto a mi hermana Eugenia les debo mi formación integral de ser humano. Mis tíos Alfonso y Sergio, y mis tías Gaby y Julia también contribuyeron en mi crecimiento profesional.

El Dr. Alejandro Reyes Flores me brindó importantes recomendaciones al momento de esbozar por primera vez el proyecto de investigación. La Dra. Carlota Casalino Sen, en su calidad de asesora, me dio sus sugerencias y orientaciones durante todo el proceso de redacción de la tesis. Fue gracias a ella que logré irle dando paulatinamente forma a mi proyecto de investigación. Las útiles apreciaciones de mi jurado de tesis – conformado por el Lic. Julio Buenaño Olivo, el Lic. Rolando Pachas Castilla y el Mg. Javier Pérez Valdivia – contribuyeron decisivamente en la versión final de la presente investigación. El Dr. Francisco Quiroz Chueca me brindó su pleno respaldo en las gestiones que realicé por motivo de mi primera participación como expositor en el exterior en su calidad como director de la EAP de Historia. Su sucesor en el cargo, el Lic. Julio Buenaño Olivo, siempre se ha mostrado generoso con sus recomendaciones en miras a darle los últimos retoques previos a la sustentación de la tesis. Una mención especial merece el Lic. Miguel Maticorena Estrada, quien desde hace varios años me ha brindado su apoyo en todos y cada uno de mis proyectos académicos. Gracias a él tuve ocasión de exponer avances de mis investigaciones en los Coloquios de Historia de

Lima y de San Marcos, eventos en los cuales colaboro como miembro del Comité Organizador desde el 2009 hasta el presente.

La tesis está dedicada a la memoria de Ernesto Chuquipiondo, quien fuera uno de mis más entrañables profesores de educación cívica, historia y geografía en el Colegio Peruano-Chino “Diez de Octubre”. De esta manera, quisiera cumplir con la promesa personal que le hice durante nuestra última entrevista, a fines del 2005.

## **Presentación**

El 14 de abril de 1864 una fuerza naval expedicionaria española tomó posesión de las islas de Chincha y de sus ricos yacimientos guaneros, como medida de represalia en contra del Estado peruano, al cual se le acusaba de auspiciar agravios en contra de los españoles radicados en el país. De esta manera se dio inicio a un largo conflicto diplomático entre ambos países. Los gobiernos peruano y español hicieron esfuerzos por alcanzar una solución pacífica a la disputa. El 27 de enero de 1865 fue suscrito el Tratado Vivanco-Pareja, mediante el cual las diferencias entre ambos gobiernos parecían haberse zanjado de manera definitiva. Sin embargo, el clima de antagonismo y confrontación entre peruanos y españoles exacerbado por la presa escaló y terminó desembocando en la Guerra Hispano-Sudamericana, enfrentamiento bélico desarrollado entre fines de 1865 y comienzos de 1866 y en el cual España se enfrentó militarmente a una coalición formada por las repúblicas aliadas de Chile, Perú, Bolivia y Ecuador.

En la presente investigación se busca identificar cuáles fueron los elementos de tensión que estuvieron presentes tanto en la génesis como en el desarrollo del conflicto peruano-español. Tales elementos de tensión imposibilitaron que se lograra una solución pacífica de las diferencias de las partes involucradas, llevándolas al rompimiento de las hostilidades. Los elementos de tensión identificados se pueden clasificar en tres categorías: Una primera que agrupa las tensiones al interior de las negociaciones diplomáticas, una segunda que agrupa las tensiones presentes durante la búsqueda por conseguir la superioridad militar en caso de ruptura de las hostilidades, y una tercera que agrupa las tensiones al nivel de la opinión pública como fiscalizadora de las negociaciones diplomáticas.

La elección del título de la tesis responde a dos motivos principales. En primer lugar, la referencia a Juan Antonio Pezet junto a la cronología de su mandato se debe a que la investigación se centra específicamente en el conflicto diplomático peruano-español. El conflicto diplomático comenzó el 14 de abril de 1864 con la captura de las islas de Chincha. Si bien los incidentes de la hacienda Talambo (4 de agosto de 1863) fueron motivo de preocupación entre las autoridades peruanas y españolas, el conflicto diplomático



propiamente dicho se desató recién a raíz de la ocupación de las islas guaneras. El Gobierno del Perú declaró la guerra a España el 14 de enero de 1866, con lo que se terminaría el conflicto diplomático, iniciándose en su lugar la etapa bélica. El conflicto diplomático transcurrió casi en su totalidad durante el gobierno del Gral. Juan Antonio Pezet (5 de agosto de 1863 – 6 de noviembre de 1865). Pedro Diez Canseco (6 de noviembre de 1865 – 28 de noviembre de 1865) y Mariano Ignacio Prado (28 de noviembre de 1865 – 5 de enero de 1868) apenas hicieron frente a los dos últimos meses del conflicto diplomático, en una coyuntura en la cual la ruptura de hostilidades era virtualmente inminente. Eso explica el por qué se enfatiza en el título la figura de Juan Antonio Pezet y la cronología de su mandato. Las referencias en torno a los sucesos posteriores al 14 de enero de 1865 – como la dictadura de Mariano Ignacio Prado y el desarrollo de la guerra – son meramente referenciales, debido a que escapan al núcleo de interés de la investigación. Es importante señalar a lo largo del conflicto diplomático las partes involucradas tuvieron que plantearse constantemente hipotéticos escenarios bélicos en caso de ruptura de las hostilidades – tema que se destaca en varias secciones de la tesis – lo cual no debe ser confundido con un intento del autor por profundizar en la Guerra Hispano-Sudamericana (1865-1871).

En segundo lugar, la frase “entre la espada y la pared” hace referencia a la crítica situación que tuvo que enfrentar el gobierno de Juan Antonio Pezet a raíz de conflicto peruano-español. La frase alude a la noción de estar atravesando un trance difícil. La metáfora es la de una persona situada entre una pared que limita sus movimientos y una espada que está siendo empuñada en su contra. La persona se encuentra acorralada, impedida de escapar ilesa y/u ofrecer una adecuada defensa, mientras que su adversario goza de una posición inmejorable para atacar. La frase transmite una sensación de impotencia, de vulnerabilidad, de una situación límite que resulta insostenible. Esa fue la circunstancia histórica que enfrentó Juan Antonio Pezet durante su mandato. Por un lado, el Perú se hallaba en una situación de inferioridad militar frente a España. En consecuencia, la coyuntura era propicia para que los diplomáticos españoles consiguieran un arreglo diplomático en términos favorables a los intereses de Madrid. Por otro lado, la opinión pública

del Perú era reacia a que el país entrara en arreglos diplomáticos si éstas eran lesivas a los intereses y el orgullo nacional. En consecuencia, su posición era más favorable a ir a la guerra. Las autoridades peruanas enfrentaban una encrucijada. El Gobierno del Perú consideraba que debía evitarse una guerra que conllevaría casi con seguridad a una derrota militar y a la posterior suscripción de un tratado en términos más duros a los inicialmente planteados por los españoles. Sin embargo, la opinión pública consideraría que el arreglo diplomático era indigno para el país, y la impopularidad del mismo haría inminente el estallido de una guerra civil. Ambos caminos traerían el desprestigio y deterioro al régimen de Juan Antonio Pezet. Por eso el título de la tesis comienza con la frase “entre la espada y la pared”. La frase vino a mi mente a medida que investigaba en torno al conflicto diplomático peruano-español, y hasta el momento no he conseguido encontrar una referencia a la misma en los testimonios escritos del siglo XIX. Tiempo después descubrí que Benito Pérez Galdós sí la había utilizado en referencia al efímero gobierno de Pedro Diez Canseco en *La vuelta al mundo en la Numancia*. El libro forma parte de la colección titulada *Episodios nacionales*, la que agrupa a un total de cuarenta y seis novelas históricas que fueron publicadas entre finales del S. XIX y comienzos del S. XX. Las novelas fueron publicadas en cinco series. La cuarta serie contiene diez episodios ambientados en el reinado de Isabel II, y teniendo como protagonista a José García Fajardo. *La vuelta al mundo en la Numancia* tiene por escenario el conflicto diplomático peruano-español y la Guerra Hispano-Sudamericana. Es importante destacar que en la obra la frase “entre la espada y la pared” alude a Pedro Diez Canseco y no a Juan Antonio Pezet. Sin embargo, la situación que les tocó enfrentar a los personajes fue prácticamente la misma, ya que la caída de ambos fue motivada por sus intentos por evitar el estallido de la guerra con España. Es decir, ambos forman parte del mismo contexto de encrucijada.

La política es el marco organizativo dentro del cual se desarrolla la sociedad. En cambio, la política exterior se vincula con las decisiones tomadas por un gobierno a partir de sus intereses y objetivos nacionales, y en relación al sistema internacional. El análisis del conflicto peruano-español requiere la presentación de un estudio de caso que permita guiar el desarrollo de la

investigación. El bombardeo de Arica de 1844 es un ejemplo de cómo la diplomacia peruana fue capaz de detener una guerra a costa de sacrificar los intereses nacionales, ante la incapacidad de enfrentar las presiones británicas.

En 1844 los caudillos Manuel Ignacio de Vivanco y Ramón Castilla se enfrentaban por la presidencia de la República, y los británicos simpatizaban con el primero de ellos. La flota británica procedió a bloquear a la flota peruana adicta a Ramón Castilla en Islay, luego de haber intentado infructuosamente detener a la nave británica “Perú”. Las autoridades peruanas en Tacna y Arica, coroneles José Félix Iguarín y José Arancibia eran allegadas a Castilla. Iguarín había accedido al pedido de la nave británica Cormorán de ingresar al puerto de Arica, y envió la orden a Arancibia. Sin embargo, instantes antes que llegara la orden desde Tacna, la nave británica Cormorán ya había iniciado el bombardeo al puerto. Al año siguiente Ramón Castilla se vio forzado a firmar un protocolo en términos humillantes para el Perú.

En la tesis se hará referencia a las repercusiones que tuvo el bombardeo de Arica en la política exterior y la política naval del Perú. La idea central es que en 1844 el Perú se vio forzado a ceder ante las demandas británicas debido a su patente debilidad en los campos diplomático y naval. Sin embargo, a raíz de tal episodio, y gracias a la bonanza guanera, el Gobierno Peruano – especialmente durante las gestiones de Ramón Castilla – impulsará la reorganización del servicio diplomático y el fortalecimiento del poderío naval. El Perú se transformó en una potencia latinoamericana en materia diplomática y naval entre finales de la década de 1840 y principios de la de 1860. Una vez empoderado el país, y ante el inicio del conflicto diplomático peruano-español, la opinión pública no podía concebir una solución pacífica que no fuera planteada en términos honrosos para el Perú, adoptándose así una actitud intransigente que condujo a la guerra.

Mi interés por indagar en torno al conflicto diplomático peruano-español (1864-1865) se remonta al 2008, al iniciar el cuarto año de estudios universitarios. Desde aquel entonces, distintos avances de la presente investigación han sido presentados en forma de ponencias y artículos publicados. Por un lado, las ponencias suman un total de diez: En el 2008 en el

I Congreso Internacional de Estudiantes de Historia (Perú-UNMSM), en el III Encuentro de Estudiantes de Pedagogía & licenciatura en Historia y Ciencias Sociales (Chile-USS) y en el XVIII Coloquio Internacional de Estudiantes de Historia (Perú-PUCP); en el 2009 en el XVI Coloquio de Historia de Lima (Perú-UNMSM), en el II Congreso Latinoamericano de Opinión pública. WAPOR: "Opinión pública, Democracia y Conflictos en América Latina" (Perú-PUCP), en el XVIII Coloquio de Historia de San Marcos (Perú-UNMSM) y en el V Encuentro Latinoamericano de Estudiantes de Historia (Bolivia-UMSA); en el 2010 en las IX Jornadas Nacionales y VI Latinoamericanas: "El pensar y el hacer de nuestra América, a doscientos años de las guerras de la independencia" (Argentina-UNS) y en las XV Jornadas de Historia Dr. Luís Carreño Silva (Chile-UPLA); en el 2011 en el VI Encuentro Latinoamericano de Estudiantes de Historia (Chile-USS) y finalmente en el 2012 en el XIX Coloquio de Historia de Lima (Perú-UNMSM). Por otro lado, los artículos publicados suman un total de dos: En el 2010 con el título de "La Guerra Hispano-Sudamericana. Un análisis del caso: 1865-1871" publicada en Argentina por la Universidad Nacional del Sur, y en el 2011 con "La opinión pública formada en el Perú durante el conflicto diplomático con España: El ocaso del régimen del Gral. Pezet (1863-1866)" publicada en Perú por Illapa- Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales.

En mi último año como estudiante de pregrado fui beneficiado por una beca de investigación otorgada por dos instituciones sanmarquinas. En el 2010 mi proyecto de tesis ocupó el primer lugar a nivel de la Facultad de Ciencias Sociales en el Concurso de Becas para Tesis de Pregrado, certamen organizado por el Instituto de Investigaciones Histórico Sociales y el Vicerrectorado Académico de la UNMSM. La beca me permitió terminar con la escritura de la tesis y luego sustentarla en mi alma máter, después de casi cinco años y medio de haber iniciado las investigaciones en torno al conflicto diplomático peruano-español.

## Introducción

### 1. Balance historiográfico

La presente investigación busca señalar cuáles fueron los elementos de tensión que dieron origen al conflicto diplomático peruano-español e impidieron que se alcanzara una solución pacífica a la disputa. Los elementos de tensión identificados se clasifican en tres categorías. La primera agrupa a las tensiones surgidas al interior del proceso mismo de negociaciones, la segunda agrupa a las tensiones generadas durante la búsqueda por alcanzar la superioridad militar en caso de ruptura de las hostilidades, y la tercera agrupa a las tensiones generadas por la opinión pública en su papel de fiscalizadora de las negociaciones. A continuación se presentará una revisión bibliográfica en torno al conflicto diplomático peruano-español a partir de éstas tres categorías de análisis.

En relación al aspecto diplomático, las investigaciones ofrecen un panorama general de las relaciones peruano-españolas durante los siglos XIX y XX. Autores destacables son Juan Miguel Bákula Patiño (1992); Ronald Bruce St. John (2002) y Fabián Novak Talavera (2001). En los antecedentes del conflicto diplomático, Rodolfo Aguado Cantero (1988) posee una investigación que trata sobre los sucesos de la Hacienda Talambo. Alberto Wagner de Reina (1968) ofrece una densa publicación que aborda de manera específica el conflicto peruano-español. El último autor tuvo también a su cargo la edición del Tomo VII de la colección *Historia Marítima del Perú*, en donde profundiza los pormenores de la intervención española. El libro aporta referencias en torno a las fuentes históricas a disposición de los investigadores. Otros trabajos notables en torno al campo diplomático son las Davis Williams Columbis (1950), Edmundo Heredia (1988), Jorge R. Bergallo (1997) y Víctor Peralta Ruiz (2004). En relación a los aprestos militares, destacan los trabajos del peruano Juan del Campo Rodríguez (2002 y 2003) y del español José Ramón García Martínez (1993 y 1994). Sus obras realizan un análisis del equipamiento de las fuerzas armadas, prestando atención a las capacidades militares de las escuadras navales y las baterías terrestres previas a la ruptura de las hostilidades. Finalmente, en relación

a la opinión pública, todavía no se ha realizado un estudio sistemático que se centre exclusivamente sobre el tema, por lo que en esta tesis se buscará cubrir aquel vacío de información.

La presente investigación es la primera que utiliza la categoría «elementos de tensión» para analizar el conflicto diplomático peruano-español. A continuación se trazarán los vínculos entre la propuesta de entender las desavenencias entre ambos países a partir de la identificación de tales elementos de tensión frente a las distintas corrientes de interpretación historiográficas en relación al origen y desarrollo del conflicto diplomático.

Las primeras publicaciones en torno al tema del conflicto diplomático peruano-español fueron realizadas en Lima y Madrid. Sus autores fueron José Arnaldo Márquez (1866), Sebastián Lorente (1868) y Pedro Novo y Colson (1882). El libro de Márquez es la primera historia general de los contactos diplomáticos entre el Perú y España, entre 1821 y 1866. En cambio, Lorente ofrece la primera visión global de la historia general del Perú, desde tiempos prehispánicos hasta la presidencia de Mariano Ignacio Prado. El libro de Novo y Colson es el primer estudio en donde se aborda como tema específico al conflicto diplomático peruano-español y el desarrollo de la Guerra Hispanoamericana. Tales investigaciones inauguran tres grandes corrientes de interpretación historiográfica relativas al conflicto diplomático. Por un lado, para Márquez, la intervención española tenía el objetivo de emprender la reconquista de sus antiguos dominios en Sudamérica. Por el otro lado, Lorente destaca la presencia de instigadores en las desavenencias diplomáticas, quienes buscaban beneficiarse de una nueva consolidación de la deuda. Finalmente, Novo y Colson señala que los fracasos de la diplomacia peruana y española se originaron en un clima de desconfianza y enfrentamiento entre ambos países.

Las versiones historiográficas iniciadas por Márquez y Lorente adolecen de un sólido respaldo en fuentes históricas. La versión de

Márquez contó con los auspicios de la administración de Mariano Ignacio Prado, ya que justificaba la legitimidad de la Revolución Restauradora de 1865 y la declaratoria de guerra a España. Si bien la versión de Lorente pronto cayó en desuso, la de Márquez sí gozó de importantes ecos en la historiografía y los textos escolares del Perú. Sin embargo, estudiosos de ese tema como Jorge Basadre Grohmann (2005), Gustavo Pons Muzzo (1966), José Ramón García Martínez (1993-1994), Fabián Novak Talavera (2001), Juan del Campo Rodríguez (2002 y 2003) y Ascensión Martínez Riaza (2004) han marcado distancia de lo que ha sido denominado como “el mito de la reconquista española”. En el balance general de los estudios en torno al conflicto diplomático peruano-español, Pedro Novo y Colson es el único historiador del siglo XIX que ha sido profusamente citado por todos sus sucedáneos. Hoy en día la interpretación discrepante del “mito de la reconquista española” es la corriente historiográfica predominante. En relación a sus antecesoras, la presente investigación se distingue por la identificación de los elementos de tensión, y comparte al mismo tiempo la herencia de la versión original de Novo y Colson.

## **2. Objetivos**

El objetivo es identificar cada uno de los elementos de tensión presentes tanto en la génesis así como en el desarrollo del conflicto peruano-español. Los elementos de tensión imposibilitaron que se alcanzara una solución pacífica de la disputa que fuera satisfactoria para las partes involucradas, lo que precipitó la ruptura de las negociaciones y el inicio de las acciones bélicas.

## **3. Hipótesis**

La hipótesis es que la génesis del conflicto diplomático peruano-español se encuentra en la presencia de elementos de tensión entre ambos países. Una vez iniciado el conflicto, éste continuó siendo exacerbado por los mismos elementos de tensión, lo que conllevó al rompimiento de las negociaciones diplomáticas y el estallido de la guerra.

Los elementos de tensión identificados se pueden clasificar en tres categorías: Una primera que agrupa las tensiones al interior de las negociaciones diplomáticas, una segunda que agrupa las tensiones presentes durante la búsqueda por conseguir la superioridad militar en caso de ruptura de las hostilidades, y una tercera que agrupa las tensiones al nivel de la opinión pública como fiscalizadora de las negociaciones diplomáticas.

#### **4. Marco Teórico**

##### **a) Opinión pública:**

La presente investigación usa el concepto de opinión pública con énfasis en lo político. El análisis de tal concepto se realiza a partir de la filosofía jurídico-política, la que se encuentra ligada a los intereses generales del estado y de los ciudadanos. En lo correspondiente al presente apartado, el término opinión pública será desarrollado a partir de la perspectiva de cuatro autores. En primer lugar se abordará la definición que Nohlen Dieter y Shultze Rainer-Olaf (2006) ofrecen en su diccionario de Ciencia Política. En segundo lugar se tomará en cuenta los aportes de Carlota Casalino (2010) en la delimitación del concepto. Finalmente, se tomará en cuenta los aportes de Alejandro Rey de Castro Arena (2010) en relación a los atributos de la modernidad política en el Perú, en donde la opinión pública aparece vinculada a principios democráticos clave como soberanía popular, representación, elecciones, libertad de imprenta y separación de poderes.

De acuerdo con el *Diccionario de Ciencia Política*, *opinión pública* es un concepto que se refiere a la formación de opinión en espacios que son accesibles a todos los ciudadanos, y por lo tanto no son ni privados ni secretos. En este caso, opinión designa una consideración de que algo es verdadero, en el sentido objetivo o subjetivo (en el sentido de *Kant*), es decir, una consideración correcta o falsa, a la cual le falta la seguridad del saber. Por lo tanto, las opiniones pueden ser verdaderas, erróneas, o también contradictorias. Opinión pública, como concepto clave, se encuentra entre la historia de las ideas políticas, la ciencia de la



comunicación y el lenguaje coloquial político. No existe un concepto cerrado de opinión pública, más bien nos encontramos con una pluralidad de interpretaciones en las cuales se entrelazan elementos de historia de las ideas, teóricos, empíricos y normativos.

El concepto *l'opinion publique* fue documentado ya en *Montaigne* (1588), aunque son evidentes raíces más antiguas, por ejemplo en la *vox populi* de la Antigüedad. Locke proyectó una *law of opinion*. Un poder autónomo al cual deberían temer en la misma medida el gobernante y los gobernados. En *Rousseau*, la opinión pública se convierte en la guardiana de las buenas costumbres de la comunidad; ella se vuelve contra el individuo, se asocia con la voluntad general que es la que inspira la legislación.

En la ciencia política, el concepto de opinión pública recibe nuevos contenidos; en las teorías del pluralismo, la opinión pública se considera como árbitro en el conflicto de intereses: a ella le corresponde la tarea central de aclarar quién debe gobernar. En los enfoques más bien orientados hacia las teorías de las élites, se considera pública la opinión que representa a un grupo, que se concibe a sí mismo de manera especialmente responsable, de ciudadanos políticos informados, que se forman una opinión de manera racional, y que están comprometidos con el Bien Común. A ella se opone entonces la opinión “común” de las masas, que se considera inestable y cargada de afectos.

En estos planteamientos, la opinión pública se forma sobre todo a través de las actitudes de los representantes de los partidos, los políticos y los ciudadanos interesados; los Medios de Comunicación de Masas, como opinión “publicada”, solamente aparecen de manera marginal.

De acuerdo con Carlota Casalino (2010), la opinión pública es un lugar de reflexión sobre temas públicos, su origen en la Europa del siglo XVIII dio lugar a la constitución de una comunidad democrática. Participan en la conformación de la opinión pública las organizaciones políticas, los líderes políticos, los ciudadanos y los medios de

comunicación (como opinión «publicada»). Es decir, esta opinión no considera a los temas que corresponden al ámbito privado o al secreto, sino aquellos que corresponden al bien común, en el cual participan todos en su formación. Ello se distingue claramente de la manera como se hacía política en el antiguo régimen, cuando los aspectos públicos no eran tratados más que por el rey.

Respecto a quienes la conforman, la acepción que brinda la autora incluye dos perspectivas, una que sostiene que la opinión pública está a cargo de una élite, y otra que considera que ésta es la expresión de la ciudadanía, por ejemplo, cuando participa en los procesos electorales.

En el mundo actual la opinión pública es muy importante. Así, Carlota Casalino toma como referencia a Giovanni Sartori al considerar que todo el edificio de la democracia se apoya en la opinión pública. En efecto, él sostiene que el pueblo es gobernante y gobernado en distintos momentos, así es gobernante cuando hay elecciones, y en su conjunto las elecciones expresan la opinión pública. Por ello, las elecciones y la opinión pública deben ser libres, es decir, la opinión pública debe formarse libremente e incluir la opinión que el público se forma por sí solo sobre los temas de interés colectivo, sobre el bien público. Visto así, este autor sostiene que la democracia es gobierno de opinión, una acción de gobierno fundada en la opinión.

¿Cuáles son los factores que componen la opinión pública? De acuerdo con Hennessy, tales factores son cinco: la presencia de un tema, la naturaleza del público, un complejo de creencias del público, la expresión de la opinión pública y el número de personas involucradas.

Por modernidad política, Alejanddro Rey de Castro Arena (2010) entiende el nacimiento de regímenes fundados sobre principios democráticos tales como soberanía popular, representación, elecciones, opinión pública, libertad de imprenta y separación de poderes. La

modernidad sería el movimiento ideológico, cultural y civilizatorio que alcanzará su más alta expresión en el discurso de la filosofía de la ilustración y de la Revolución Francesa. En el contexto cultural latinoamericano, el discurso tradición, opuesto al discurso moderno, se refiere a dos matrices principales: las culturas precolombinas y la cultura hispánica colonial. La nueva noción de legitimidad que la modernidad política introdujo proclamaba el principio del Estado-nación fundado en la soberanía popular, lo cual implica gobierno democrático. En el gobierno democrático la legislación está dominada por la voluntad política, la cual constituye el único gobierno legítimo. El triunfo de la modernidad política coincidió con el nacimiento del concepto de ciudadano. Todas estas ideas, principios y valores, encontraron en el sistema de gobierno republicano democrático la forma idónea de organización política. Nación moderna, democracia, republicanismo, representación y ciudadanía están, pues, en perfecta armonía ya que tienen como premisa que la soberanía reside en el pueblo, un concepto que supone una comunidad de ciudadanos con deberes y derechos, autónomos, racionales e iguales ante la ley.

En el Perú, la construcción del Estado republicano, democrático y moderno fue un proceso particularmente largo y contradictorio y, por lo menos hasta fines del siglo XIX<sup>1</sup>, inconcluso debido a dos factores:

1. El camino hacia la modernidad política se presentaba como una empresa difícil porque tuvo que oponerse a los poderosos remanentes de las tradiciones e instituciones que sobrevivieron al Virreinato del Perú. La conformación social y política era definitivamente contraria al desarrollo de una estructura social y política de naturaleza burguesa, liberal y moderna, y al logro de una identidad común. Ante tal panorama, los legisladores peruanos de inicios de la República se inspiraron en las ideas, el lenguaje y las instituciones del constitucionalismo liberal, considerados paradigmas, pero al mismo tiempo actuaban en estrecho

---

<sup>1</sup> Incluso, el proceso de construcción de tal Estado en el Perú podría extenderse hasta el siglo XX.

contacto con una sociedad, de la cual ellos mismos formaban parte material y culturalmente, que todavía conservaba los valores tradicionales del Virreinato.

2. La diversidad étnica de su población causó que la sociedad peruana, luego de la independencia, continuase organizada de manera estamental<sup>2</sup> y jerarquizada. El grupo criollo de origen español continuó siendo dominante, y los indígenas y mestizos los dominados, por lo que se puede afirmar que al igual que durante el Virreinato, las diferencias étnicas tiñeron las relaciones sociales durante el período republicano, dando como resultado que la sociedad peruana, a inicios de la república, continuó estando fragmentada.

De acuerdo con De Castro Arena, el efecto de ambos factores provocó que la modernización política haya tenido un ritmo más intenso que la modernización social, y que nuestro republicanismo se frustre (por lo menos en las primeras décadas posteriores a la independencia) por ese desfase<sup>3</sup>. Adicionalmente, el proyecto de modernización política en el Perú entraba en conflicto con tres de las tradiciones políticas que tuvieron vigor en tiempos coloniales: el pactismo, el iusnaturalismo y la ilustración<sup>4</sup>.

**Pactismo:** Forma parte de la tradición medieval y del Antiguo Régimen español. El pacto monárquico era un acuerdo tácito mediante el cual los reinos y provincias juraban fidelidad al rey. El rey debía reinar con justicia y respetar sus funciones mientras que sus súbditos se comprometían a obedecerle y cumplir con sus designios.

---

<sup>2</sup> Existen dos ideas planteadas por De Castro Arena que requieren de una revisión más profunda. En primer lugar, el uso del término estamental – empleado al describir a la sociedad peruana – no es el más idóneo al momento de tratar cuestiones étnico-raciales. La idea de una sociedad organizada en estamentos (nobleza, clero y pueblo llano), basada en un complejo sistema jurídico-político y sancionada por la tradición y la religión, es una realidad más próxima a la tradición medieval europea que al Perú de albores del siglo XIX. En segundo lugar, es importante tomar en consideración que buena parte de los principales caudillos peruanos del siglo XIX fueron mestizos, como Ramón Castilla, Agustín Gamarra, Andrés de Santa Cruz o Miguel de San Román, por lo que debería por lo menos matizarse la afirmación de la condición de subalternidad de los indígenas y mestizos en relación a los criollos.

<sup>3</sup> Al parecer, De Castro Arena no profundiza en la distinción entre modernización y modernidad.

<sup>4</sup> Las referencias al pactismo, iusnaturalismo e ilustración fueron una importante sugerencia brindadas por mi asesora de tesis, Carlota Casalino.

**Derecho natural o iusnaturalismo:** Sus orígenes se remontan a la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles. Desde una perspectiva histórica tenemos al iusnaturalismo clásico y al iusnaturalismo racionalista. El primero recibió aportes del Estoicismo y Cicerón, siendo reformulado más adelante con el advenimiento del cristianismo, especialmente por Santo Tomás de Aquino. El Derecho natural tuvo impacto en el planteamiento del Contratualismo y del Estado de Derecho, y la idea se encuentra bastante relacionada a la doctrina moral de la Iglesia Católica. El segundo piensa al Derecho natural como un código no abierto ni insuficiente de normas provenientes de la razón humana. El iusnaturalismo sostiene que existen derechos que son de carácter ecuménico y que son precedentes al ordenamiento cimentado en la naturaleza humana. Tiene dos vertientes relacionadas mutuamente: Por un lado, la teoría ética del Derecho natural (o ley natural) sostiene que el hombre debe de vivir de acuerdo a su naturaleza o esencia humana. Por otro, está la propuesta que las leyes del derecho positivo necesitan del derecho natural para ser legitimadas.

**Ilustración:** Se desarrolló esencialmente durante el siglo XVIII, el llamado Siglo de las Luces. Fue un movimiento cultural occidental que tuvo como principal foco de irradiación la Francia pre revolucionaria. Los pensadores ilustrados estaban convencidos que mediante el auxilio de la razón y la fundamentación en la experiencia el hombre podría disipar las tinieblas de la ignorancia, la superstición y la opresión, edificando así una nueva sociedad. Al fomentarse el espíritu crítico, se cuestionaba también el principio de autoridad. La Ilustración española coincidió con los reinados de los monarcas borbones Fernando VI y Carlos III. A diferencia de sus pares europeos, la Ilustración española llegó a conciliarse con la tradición católica fuertemente arraigada en el país, por lo que recibe el nombre también de ilustración católica.

Continuando con Alejandro Rey de Castro Arena, la opinión pública fue uno de los más importantes principios sobre el cual se asentaba la modernidad política en el Perú. Políticos e ideólogos

peruanos de principios del siglo XIX sostuvieron un rico debate intelectual en torno a cuáles iban a ser los atributos característicos del nuevo régimen republicano, entre los cuales la opinión pública era un tema recurrente.

Entre los representantes más perspicuos del liberalismo político tenemos a Francisco Javier de Luna Pizarro y a Francisco de Paula González Vigil. Para De Castro Arena, el pensamiento político de Luna Pizarro rindió culto a toda garantía individual, cree en la justicia, en el sufragio, en el valor de la opinión pública y en la competencia única del Congreso para gobernar el país:

La opinión pública designa a unos y otros: ella es un regulador a la par de un requisito necesario en los elegibles. Poco valen los que no se han granjeado el concepto de sus ciudadanos. [...]

La opinión indicará pues a los que ofrezcan garantías que sabrán sostener la ley, y detestar la arbitrariedad bajo todos sus disfraces, y diversas denominaciones. [...] (Luna 1959: 205-206).

González Vigil en la famosa «Acusación de 1832» realiza una valoración de la opinión pública, calificándola como «arma terrible contra los déspotas». Castro Arena señala que opinión pública, libertad de imprenta, libertad de conciencia y libertad de asociación fueron derechos fundamentales del liberalismo político, y a su defensa González Vigil se abocó con toda energía:

La opinión pública fue otro de los puntales del republicanism que González Vigil defendió a ultranza. Ella era «la Reina del mundo [...] un poder invisible y perennemente activo» que, entre otras cosas, «daba legislaciones a los pueblos», legislaciones que debían estar siempre guiadas hacia la «utilidad de los pueblos». Pero la opinión pública podría enrumbarse por «mal camino», por lo que habría «la necesidad de dirigirla para que ejerciera en buen sentido su influjo omnipotente». Sin embargo, y esto era lo novedoso, la manera de dirigir a la opinión no era de manera vertical y autoritaria sino utilizando como «instrumento poderoso la discusión en libertad». Para el sistema político que visionaba, la opinión pública resultaba un elemento esencial porque ella era la cox del pueblo soberano expresada a través de «la tribuna de la imprenta», que era «el órgano del pueblo» (De Castro 2010; 271)

Como muestra del importante peso político de tal concepto para los inicios de la República vemos que luego de la Batalla de Yungay,

*El Eco del Protectorado* sostuvo que si la Confederación Perú-Boliviana logró existir fue porque contaba con el apoyo de la mayoría de la sociedad, es decir, la opinión pública. Más adelante, en 1842, durante uno de los momentos más álgidos de la anarquía militar, Juan Crisóstomo Torrico manifestó a través del periódico *El Peruano* que era el hombre más indicado para salvar el Perú y, ante lo dudosa que era su legitimidad al no proceder mediante mecanismos democráticos, afirmó que su actitud debía de ser juzgada por el «tribunal más inexorable y digno», que sólo podía ser el «tribunal terrible» de la opinión pública. De este modo, la opinión pública se erigía como un aval democrático, sustituyendo a las elecciones. Contar con una opinión pública favorable era ciertamente importante, pero ella sola no podía darle legitimidad a un gobierno, sólo una elección podía hacerlo. Como se podrá apreciar, el planteamiento no armonizaba precisamente con el pensamiento político democrático y republicano, tal como fue tomado de Europa Occidental y Estados Unidos; pero en aquellas circunstancias se sostenía como quizás la única opción viable (De Castro 2010: 271,274-275).

Así, la opinión pública, al igual que los demás principios fundamentales de la modernidad política, fueron tomados y aplicados en circunstancias disímiles a las de sus orígenes. Los conceptos del ideal republicano eran moldeables, y fueron reelaborados de acuerdo al contexto sociocultural del Perú. La retórica republicana se podía contradecir con la tradición señorial y la pluralidad de identidades presentes en el país, generándose lo que Alberto Flores Galindo calificó de “República sin ciudadanos”. Sin embargo, la legitimidad de las formas republicanas y democráticas no fueron seriamente puestas en duda.

#### **b) Diplomacia:**

De acuerdo con Hubert Wieland Alzamora (1999), la diplomacia es la técnica de comunicación entre los Estados, generalmente a través de representantes calificados, quienes mediante la negociación y otros medios pacíficos, manejan las relaciones de aquellos a modo de preservar y promover sus intereses, en ejecución de su

política exterior. De acuerdo con el autor, el actual sistema diplomático tuvo sus orígenes en la Italia del siglo XV. Después de las conclusiones de la Paz de Westfalia, que puso fin a la Guerra de los Treinta Años (1648) y que es considerada como el punto de partida del Derecho de Gentes moderno. Fue adoptada de manera definitiva la institución de las embajadas permanentes por la mayoría de las naciones civilizadas de Europa. Así nació la llamada diplomacia vieja o tradicional, en contraposición a la que fue desarrollada a partir de la Primera Guerra Mundial, que recibe el nombre de diplomacia nueva y que se mantiene vigente hasta nuestros días.

Desde el siglo XV en adelante, la diplomacia se convirtió no sólo en un proceso regular sino en uno regularizado. Se desarrollaron normas para procedimientos ya conocidos, como el protocolo diplomático, incluidas ceremonias que a menudo eran ostentosas, pero también procederes más prácticos concernientes a cuestiones como el orden en el cual debían suscribirse un tratado por las partes involucradas en una negociación. Además, una serie de derechos, privilegios e inmunidades se concedieron tanto a los diplomáticos como a las actividades diplomáticas. La profesionalización de la diplomacia —con un ingreso controlado al servicio diplomático, paga regulada y categorías diferenciadas— fue un proceso lento e intermitente que no llegó a culminar sino hasta bien entrado el siglo XIX.

Durante cientos de años, la política exterior fue un ámbito de dominio exclusivo del monarca y sus asesores, y no resulta sorprendente saber que las ambiciones personales —la adquisición de territorio y quizás de otro reino— los asuntos vinculados a la soberanía, junto con cuestiones más generales como la guerra y la paz, constituían los más sobresalientes temas de la diplomacia tradicional. En lo que respecta a la lengua, el francés fue adoptado como el idioma principal de las comunicaciones diplomáticas.

La diplomacia tradicional alcanzó su forma más desarrollada y efectiva como sistema para ordenar las relaciones internacionales en la



Europa del siglo XIX. Era el sistema diplomático en el cual las cinco o seis grandes potencias de entonces desempeñaban un papel predominante en lo que fue bautizado como el «Concierto Europeo». El sistema se mantenía debido a que todas las grandes potencias compartían intereses comunes fundados en los elementos de una cultura europea común. En líneas generales, la diplomacia tradicional prestó a Europa un aporte notable entre 1815 y 1914, denominado con alguna exageración como «El siglo de la Paz». Al mismo tiempo, la diplomacia tradicional fracasó en sus intentos por prevenir la Primera Guerra Mundial, siendo no en pocas ocasiones señalada como una de las responsables en la generación de la hecatombe (Wieland Alzamora 1999: 15-19).

**La negociación:** De acuerdo con Wieland Alzamora, la negociación es una de las funciones de las misiones diplomáticas en la que se trata sobre un asunto con el objeto de llegar a un entendimiento, sin que exista necesariamente una disputa, aunque sí una diferencia de intereses y posiciones. En el curso de la negociación, las partes presentan propuestas explícitas con el propósito de llegar a un acuerdo, sobre la base de un intercambio de concesiones o de la verificación de un interés común cuando se presentan intereses divergentes. En toda negociación se pone en juego el poder del Estado, ya que este se valdrá de los recursos de que dispone para influir en la otra parte y conseguir así el acuerdo más favorable posible. Un factor que robustece la posición de las partes es la personalidad y capacidad negociadora de sus diplomáticos. El asunto se tornó complejo cuando los objetivos son básicamente incompatibles y ambas partes se aferran a sus posiciones (Wieland Alzamora 1999: 48-50).

**Las técnicas de la política:** pueden clasificarse de disímiles maneras, en cuanto a los elementos empleados, a las metas de acción, a los efectos deseados o a los actualmente producidos. En lo respectivo a las técnicas vinculadas sobre todo a instrumentos de coacción y destrucción tenemos al sabotaje, la disuasión (despliegue de armas, amenazas de acción militar), las operaciones militares limitadas (intervenciones, guerra

limitada) y finalmente las operaciones militares ilimitadas (guerra total). En el conflicto peruano-español y la posterior Guerra Hispano-Sudamericana se presentaron básicamente dos tipos de técnicas: por un lado las operaciones militares limitadas (intervención en la captura de las islas de Chincha y en el bloqueo de los puertos chilenos, guerra limitada en las acciones de armas llevadas a cabo en el litoral del Pacífico) y por el otro, la disuasión (durante la duración de conflicto peruano-español).

**Condiciones personales para la diplomacia:** De acuerdo con Hubert Wieland Alzamora, la práctica diplomática requiere que el funcionario posea determinadas cualidades y aptitudes que, a grandes rasgos, han sido similares desde los tiempos de la diplomacia tradicional hasta el día de hoy:

Es opinión generalizada que debe tener integridad moral para merecer la confianza del gobierno ante el cual está acreditado y la del suyo propio. Esto supone también que sea veraz y preciso, a fin de eliminar toda posibilidad de desinteligencia, procurando la transparencia en el trato y la exactitud en los términos de lo que se comunica, por el hecho de ser el diplomático intermediario entre dos gobiernos.

La vinculación con las gentes se facilitará asimismo si el diplomático no es presumido ni vanidoso ni muestra, en general, cualquier inclinación a exaltar su ego que lo convierta en un ser insufrible. La lealtad es virtud que reviste igualmente especial preeminencia, sobre todo la que se debe al propio gobierno, pues muchas veces se da el caso del diplomático que informa a su cancillería lo que estima que a esta le gustaría oír y no lo que debería conocer.

De igual modo, el funcionario deberá poseer la firmeza nacida de hondas convicciones, pero también la ductilidad necesaria para ajustarse a las circunstancias, sin mengua de sus principios. Debe ser un hombre ecuánime, lo cual implica, por un lado, tener buen carácter, y por el otro, ser paciente. Un agudo sentido de observación es indispensable para que pueda calar en la mente y el corazón de los hombres y apreciar cuál es la verdadera realidad política, económica y social, la que no siempre es aparente.

Y si de aptitudes se trata, una fina capacidad de análisis resulta imprescindible para el examen de conductas, situaciones, problemas y demás casos en que es menester desentrañar la verdad de las cosas. El diplomático debe estar provisto también de la inventiva que, mediante oportunas iniciativas, le posibilite resolver las dificultades [Sic] que se tropiezo en su camino.

La habilidad para la negociación es ciertamente muy importante, pues demanda la capacidad de comprender la posición de la parte contraria, dentro de un diálogo en el cual se revele el poder de persuasión fundado en una sólida argumentación, y que sea vehículo de planteamientos imaginativos capaces de viabilizar la satisfacción de los propios intereses, sin menoscabo de que la otra parte también satisfaga los suyos.

Por último, y no por ello menos importante, es indispensable — principalmente para los representantes de los países en vías de desarrollo — que el diplomático esté en condiciones de influir en las personas que, por la posición que ocupan, puedan beneficiar los intereses de su gobierno, por lo cual debe establecer los contactos y relaciones del caso, en los círculos oficiales, diplomáticos y sociales (Wieland 1999:41-42).

**Relevancia de la diplomacia en caso de conflicto armado:** A la diplomacia no sólo le competen actividades pacíficas, también pueden prestar su concurso en caso de guerra o conflicto armado. De acuerdo con Wieland Alzamora, la guerra y la paz son dos situaciones básicas en la vida de los pueblos, y la diplomacia debe estar presente tanto en una como en otra circunstancia. Así, durante una confrontación bélica, cada parte procurará que otros Estados se asocien a su causa o que por lo menos declaren su neutralidad. Para ello se llevarán a cabo las correspondientes negociaciones. Cuando la guerra llegue a su término, las potencias victoriosas querrán establecer un orden de paz que traduzca las nuevas relaciones de poder, y por su parte, las potencias vencidas estarán aún más deseosas de negociar, a fin de que su derrota les sea lo menos perjudicial posible (Wieland 1999:7).

## 5. Metodología

Se diferencian los aspectos cuantitativos y cualitativos.

En el aspecto cuantitativo:

I. Se recopilaron datos a través de tres modelos de fichas, en función a las variables del estudio. Cada formato de ficha contó con sus respectivos indicadores, de la manera siguiente:

Variable 1- Elementos de tensión presentes al interior de las negociaciones diplomáticas. Cuyos indicadores son:

- En cuanto a la política seguida por el gobierno:

( ) Poca flexibilidad en la postura oficialmente adoptada por el Estado.

( ) Desinterés por alcanzar una solución pacífica de la disputa.

- En cuanto a las cualidades y actitudes personales del (de los) agente(s):

- ( ) Acciones contrarias a las instrucciones recibidas por su gobierno.
- ( ) Acciones llevadas a cabo a título personal (excesos).
- ( ) Ocultamiento de la información.
- ( ) Elaboración de informes tendenciosos.
- ( ) Disposiciones personales poco propicias para el entendimiento.

Variable 2- Elementos de tensión presentes durante la búsqueda por conseguir la superioridad militar en caso de ruptura de las hostilidades. Cuyos indicadores son:

- Escenario de conflicto:

- ( ) Favorable al Perú y los países aliados (Sudamérica).
- ( ) Favorable a España.
- ( ) Fuerzas relativamente equilibradas.

Variable 3- Elementos de tensión presentes al nivel de la opinión pública como fiscalizadora de las negociaciones diplomáticas. Cuyos indicadores son:

- Postura del libro o artículo periodístico:

- ( ) Aprobatoria del desempeño de las autoridades del gobierno y favorable a los acuerdos llevados a cabo.
- ( ) Crítica del desempeño de las autoridades del gobierno y opuesta a los acuerdos llevados a cabo.

II. Sistematización de los datos en función a las tres variables y sus respectivos indicadores.

III. Análisis de la sistematización a la luz del marco teórico.

En el aspecto cualitativo:

I. Identificación de fuentes históricas e investigaciones históricas. Búsqueda de información bibliográfica y documental en los siguientes repositorios:

Biblioteca Nacional del Perú (BNP)

Sistema de Bibliotecas de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM)

Sistema de Bibliotecas de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP)

Biblioteca del Instituto Riva Agüero (BIRA)

Biblioteca del Centro de Estudios Histórico Militares del Perú (BCEHMP)

Portal de Google books

II. Selección de fragmentos en los documentos clave en virtud a las tres variables y sus respectivos indicadores empleados en la parte cuantitativa.

III. Análisis textual de los documentos identificados como clave a la luz del marco teórico.

## 6. Fuentes

Las fuentes históricas consultadas durante la elaboración de la presente investigación pueden ser clasificadas en tres grandes grupos:

**Libros impresos:** Se consultaron cerca de una treintena de libros que salieron a la luz durante el transcurso de la segunda mitad del siglo XIX y que abordan el conflicto peruano-español y la Guerra Hispano-Sudamericana. Los libros fueron publicados en Londres, Bruselas, París, Madrid, La Habana, Lima, Sucre, Santiago y Valparaíso y están escritos casi en su totalidad en lengua hispana, excepcionalmente en inglés y francés. Los libros forman parte de las colecciones bibliográficas de las universidades de Harvard, Michigan, California, Estatal de Pensilvania, Wisconsin – Madison y Princeton; así como de las bibliotecas de Catalunya y del BCEHMP. A través de Google Books fue posible consultar los libros ubicados en repositorios extranjeros. En las últimas décadas se han publicado nuevas ediciones de los escritos de autores clásicos en cuyas obras se aborda directa o indirectamente el tema en cuestión. Algunos de ellos son Sebastián Lorente (2005), José Arnaldo

Márquez (2003), Francisco García Calderón (2003)<sup>5</sup>, Antonio Raimondi (2003) y Juan de Arona (1971)<sup>6</sup>

**Fuentes documentales:** Una tendencia predominante de los libros publicados en torno al conflicto diplomático peruano-español en el transcurso del siglo XIX era la inclusión en la sección anexos de apéndices documentales. Los autores de la época vieron conveniente que se publicase conjuntamente con sus libros las fuentes documentales que respaldaran sus afirmaciones. Los anexos documentales son secciones significativamente densas, y no resulta extraño que su volumen superé por sí mismo al escrito que debería acompañar.

Los gobiernos del Perú, Chile y España ordenaron publicar amplios repertorios de la documentación generada en torno al conflicto por medio de ediciones oficiales. Tales medidas formaban parte de las memorias anuales que eran presentadas a los Congresos Nacionales (Perú y Chile) o las Cortes (España); y, especialmente en el caso peruano y chileno, para promover la difusión de la postura oficialmente adoptada por los gobiernos durante el conflicto (tanto en el frente externo como en el interno). Finalmente, en las últimas décadas se ha publicado nueva documentación relativa al tema. Entre las nuevas publicaciones destacan los *Documentos Relativos a la Campaña del Pacífico 1863-1867*, cinco tomos de escritos pertenecientes al Archivo Álvaro de Bazán, de la Sección de Expediciones del Museo Naval de Madrid, los documentos presentados por José Ramón García en su libro *Minas, torpedos y canoas explosivas en el Callao*, recopilados a partir del Archivo Histórico de la Marina del Perú (el apéndice documental que acompaña al escrito conforma aproximadamente la mitad del volumen total del libro).

**Artículos periodísticos:** Los artículos periodísticos recopilados durante la investigación corresponden a los de la prensa

---

<sup>5</sup> En la antología de los textos de Francisco García Calderón figura el título “Panamericanismo y Paniberismo”, en el cual se hace referencia a que el Paniberismo no podía realizarse hasta que sanaran las heridas producidas por las expediciones de reconquista española.

<sup>6</sup> Seudónimo de Pedro Paz Soldán y Unánue.

limeña, cuyos ejemplares originales han sido revisados en la Hemeroteca de la BNP. Tales periódicos son *La República*, *El Comercio*, *El Perú*, *El Mercurio* y *El Peruano*, y comprenden los años de 1863, 1864, 1865 y 1866. No hubo la oportunidad de consultar el material periodístico proveniente de ciudades del interior del Perú y del extranjero, lo que hubiera permitido brindar una visión más integral de la prensa generada en relación al tema. Para atenuar las posibles deficiencias y limitaciones de la presente investigación, se ha hecho un esfuerzo por identificar las someras referencias y extractos de los artículos periodísticos publicados en otras ciudades a partir de consultas bibliográficas. Es importante tomar en cuenta que muchos de los artículos que contienen los periódicos limeños son copias de los escritos previamente publicados por la prensa de otras ciudades, tanto del interior del país como en el extranjero. Cuando en la prensa de la capital se desarrollaba una polémica con un artículo publicado fuera de Lima, generalmente se citaban textualmente los fragmentos más destacables de aquellos escritos.

## **7. Política, economía y sociedad en la década de 1860<sup>7</sup>.**

La década de 1860 forma parte del período histórico que Eric Hobsbawm denominó como la Era del Capital (1848-1875). La Era del Capital se iniciaría con la Revolución de 1848, duraría cerca de treinta años, y finiquitaría con la depresión económica de fines de la década de 1870. El nombre de la era se debe a la importancia gravitante que tuvo la expansión de la economía industrial y capitalista alrededor del mundo. El período inmediatamente anterior – la denominada era de las revoluciones burguesas (1789-1848) – estuvo marcado por el protagonismo de la «doble revolución» tanto en el aspecto económico como el político. Sus epicentros fueron Inglaterra y Francia respectivamente: la primera con la Revolución Industrial, y la segunda con la Revolución Francesa. La doble revolución erosionó los valores propios de la economía y sociedad pertenecientes al Antiguo Régimen y sentó las bases para la distinción

---

<sup>7</sup> Sección incluida siguiendo las oportunas recomendaciones de mis asesores de tesis, los licenciados Julio Buenaños y Rolando Pachas.

entre países desarrollados-hegemónicos y subdesarrollados-periféricos. La Revolución de 1848 significó un punto de quiebre al ser la última gran revolución social que sacudió las regiones adelantadas de Europa en el siglo XIX:

[...], El dualismo de la revolución acaecida entre 1789 y 1848 proporciona a la historia de ese período unidad y simetría. En cierto sentido es fácil escribir y leer acerca de esos años, ya que cuentan con un tema claro y una forma clara, además de que sus límites cronológicos se hallan tan claramente definidos como podemos esperar de los asuntos humanos. Con la revolución de 1848, [...], se quiebra la anterior simetría y cambia de forma. Retrocede la revolución política y avanza la revolución industrial. El año 1848, la famosa «primavera de los pueblos», fue la primera y la última revolución europea en el sentido (casi) literal, la realización momentánea de los sueños de la izquierda, las pesadillas de la derecha, el derrocamiento virtualmente simultáneo de los viejos regímenes existentes en la mayor parte de la Europa continental al oeste de los imperios ruso y turco, de Copenhague a Palermo, de Brasov a Barcelona. Se la había esperado y predicho. Parecía ser la culminación y la consecuencia lógica de la era de la doble revolución.

Pero fracasó universal, rápida y definitivamente, si bien este último extremo no fue comprendido durante muchos años por los refugiados políticos. En adelante, no se daría ninguna revolución social general del tipo que se había vislumbrado antes de 1848 en los países «avanzados» del mundo. El centro de gravedad de tales movimientos sociales y revolucionarios y, por tanto, de los regímenes sociales y comunistas del siglo XX iba a encontrarse en las regiones marginales y atrasadas, aunque en el período que tratamos en este libro los movimientos de esta especie siguieron siendo episódicos, arcaicos, y «subdesarrollados». La expansión repentina, vasta y aparentemente ilimitada de la economía capitalista mundial proporcionó ciertas alternativas políticas en los países «avanzados». La revolución industrial (británica) se había tragado a la revolución política (francesa). (Hobsbawm 1998:14)

Entre 1848 y 1875 el paradigma burgués de la economía liberal tenía entre sus pilares fundamentales la confianza en el progreso. El progreso estaba ligado a las ideas de aumento de la riqueza, la industria, el libre comercio y el desarrollo de la ciencia y la tecnología. La política europea no se vio sacudida por una gran revolución que pusiera en jaque los valores cultivados durante la Era del Capital. Sin embargo, las autoridades políticas y las clases medias fueron bastante cautas y hasta timoratas frente a las propuestas democratizadoras de la sociedad. El ideal político estaba enmarcado dentro del paradigma de la monarquía constitucional y la separación de poderes (ejecutivo, legislativo y judicial), el cual estuvo acompañado de una ciudadanía censitaria que otorgaba derechos bajo ciertas restricciones. En la primera mitad del siglo XIX, y a consecuencia de la Revolución Francesa, la democracia era un concepto



político que evocaba al *Comité de Salut Public*, a Maximiliano Robespierre y al Terror. En la mente de los políticos y clases medias, la democracia estuvo asociada al jacobinismo, al desborde del populacho, al desgobierno, y al socialismo. Sin embargo, con el pasar de los años, la democracia fue perdiendo esa temida connotación, abriéndose paulatinamente espacio en la cultura política decimonónica:

La historia de nuestro período es, pues, desproporcionada. Se compone principalmente del masivo avance de la economía mundial del capitalismo industrial, del orden social que representó, de las ideas y creencias que parecían legitimarla y ratificarla: en el razonamiento, la ciencia, el progreso y el liberalismo. Es la era de la burguesía triunfante, si bien la burguesía europea vacilaba aún en comprometerse con el gobierno político público. En este sentido, y quizás sólo en él, la era de la revolución no estaba muerta. Las clases medias de Europa estaban asustadas, y siguieron estándolo, del pueblo: se pensaba todavía que la «democracia» era el seguro y rápido prelude del «socialismo». [...]. El miedo a la revolución era real, y profunda la inseguridad básica que ella indicaba. [...]. Con todo, los gobernantes de los estados avanzados de Europa empezaron a reconocer por entonces, con mayor o menos desgana, no sólo que la «democracia» (es decir, una constitución parlamentaria basada en un amplio sufragio) era inevitable, sino también, a pesar de ser probablemente una molestia, era políticamente inofensiva. Los gobernantes de Estados Unidos hacía tiempo que habían hecho ese descubrimiento (Hobsbawm 1998: 14-15)

En sus orígenes Revolución Industrial fue esencialmente un fenómeno restringido a pequeñas áreas del espacio europeo, las cuales estaban concentradas de manera especial en Inglaterra y Bélgica. En cambio, durante la Era del Capital la Revolución Industrial tomó un nuevo impulso y se expandió a nuevas regiones europeas, alcanzando incluso a Norteamérica y Japón. Durante el siglo XIX el Reino Unido fue considerado la primera potencia del orbe. Su poderío se basaba en su liderazgo en la industria y el comercio, su gran marina mercante y fuerza naval, además de la extensión e importancia de su gran imperio colonial. Sin embargo, a partir del último cuarto del siglo XIX, el liderazgo británico comenzó a verse desafiado ante los notables avances en materia económica, industrial, tecnológica y militar de los Estados Unidos y el Imperio Alemán. En la Era del Capital se evidenció más que nunca la mejora en los medios de transporte y comunicación, entre las cuales destacaban la expansión del ferrocarril, las líneas telegráficas y cables submarinos, el barco a vapor. La abrumadora mayoría de pensadores y críticos de la época tenían plena confianza en la noción del proceso, lo

que traería un crecimiento permanente de la riqueza y bienestar para la población:

El drama más obvio de este período se hallaba en lo económico y lo tecnológico: el hierro, extendiéndose en millones de toneladas por todo el mundo, serpentea como raíles de ferrocarril a través de los continentes, los cables submarinos cruzaban el Atlántico, se construía el canal de Suez, las grandes ciudades como Chicago sacudían el suelo virgen del Medio Oeste norteamericano, se producía el enorme movimiento de emigrantes. Era el drama del poder europeo y norteamericano con el mundo a sus pies. No obstante, si exceptuamos la partida numérica pequeña de aventureros y pioneros, descubrimos que aquellos que explotaban a este mundo vencido eran hombres sobrios con trajes discretos, los cuales propagaban respetabilidad y un sentimiento de superioridad racial junto a las plantas de gases, las líneas de ferrocarril y los empréstitos.

Era el drama del *progreso*, palabra clave de la época: masiva, ilustradora, segura de sí misma, autosatisfecha, pero, sobre todo, inevitable. Casi nadie con poder e influencia, ni siquiera en el mundo occidental, confiaba ya en contenerlo. Sólo unos cuantos pensadores y quizás un número algo mayor de críticos intuitivos predijeron que su inevitable avance produciría un mundo muy distinto del que parecía iba a procurar: tal vez incluso su opuesto. [...] (Hobsbawm 1998: 16).

Visto en retrospectiva, esa confianza en el progreso que caracteriza a la Era del Capital resultó ser una ilusión que terminó por desquebrajarse en la década de 1870 con la primera crisis económica del sistema capitalista que tuvo repercusiones globales. Durante la Era del Capital no fueron pocos los empresarios que lograron amasar enormes fortunas y riquezas, en contraste con los millones de europeos que vivían en la pobreza, quienes se vieron forzados a emigrar a ultramar. Del mismo modo, la prosperidad de los países industriales contrastaba con la situación de oprobio e ignominia de los pueblos no occidentales, los cuales carecían de los elementos suficientes para contrarrestar el poderío de las grandes potencias:

El «drama del progreso» es una metáfora. Sin embargo, fue una realidad literal para dos tipos de gente. Significó, por ejemplo, un cataclismo para los millones de pobres que, transportados a un nuevo mundo, frecuentemente a través de fronteras y océanos, tuvieron que cambiar de vida. Para los miembros del mundo ajeno al capitalismo, a quienes éste tenía en sus manos y los zarandeaba, significó la posibilidad de elegir entre una resistencia resuelta de acuerdo con sus viejas tradiciones y modos de vida, y un proceso traumático de asir las armas de Occidente y hacer frente a los conquistadores; o dicho de otra manera, significó la posibilidad de comprender y manipular por sí mismos el «progreso». El mundo del tercer cuarto del siglo XIX estuvo formado por vencedores y víctimas. El drama no hay que buscarlo en el apuro de los primeros, sino lógicamente en el de los últimos (Hobsbawm 1998: 17).

El sistema capitalista mundial carecía de bases sólidas y la crisis económica de la década de 1870 marcó el ocaso de toda una Era. El optimismo que embargaba a los pensadores y políticos pronto se tornó en pesimismo e incertidumbre ante el porvenir. La crisis económica, lejos de ser un fenómeno pasajero, tuvo una duración aproximada de dos décadas, lo que dejó una huella profunda en las generaciones venideras:

[...] El triunfo burgués fue breve e inestable. En el preciso momento en que pareció completo, se demostró que o era monolítico, sino que estaba lleno de fisuras. A principios de la década de 1870 la expansión económica y el liberalismo parecían ser irresistibles. Hacia finales de la década ya no se los considera así.

Este momento crítico señala el fin de la era [...]. Al revés de lo ocurrido con la revolución de 1848, que indica su punto de partida, ninguna fecha conveniente o universal señala tal coyuntura. Y si fuera necesario elegir una, ésta tendría que ser 1873, el equivalente victoriano del colapso de Wall Street en 1929. Porque entonces comenzó lo que un observador contemporáneo denominó como «el más curioso, y en muchos sentidos sin precedentes, desconcierto y depresión de los negocios, el comercio y la industria». Los contemporáneos llamaron a ese estado la «Gran Depresión», y habitualmente se le da fecha de 1873-1896. (Hobsbawm 1998: 17).

En lo que respecta al Perú, los inicios de su vida independiente estuvieron marcados por las enormes desigualdades sociales, las penurias económicas y la inestabilidad política, situación que se prolongó por cerca de veinticinco años. Esta primera etapa llegaría a su fin en 1845 luego del ascenso de Ramón Castilla al poder. El Perú continuó siendo un país fragmentado tanto social como culturalmente, lo cual no significa que no se presentaran cambios en distintos planos. Las rentas generadas por el comercio guanero inauguraron un período de bonanza bajo las banderas del liberalismo económico y el libre comercio. Las luchas intestinas entre los caudillos militares cesaron en su recrudescencia. El panorama social se vio afectado a partir de la abolición de la esclavitud y el tributo indígena y la llegada masiva de trabajadores de origen chino.

Resulta importante destacar el valor que tenían los yacimientos guaneros de las islas de Chincha en el presupuesto de la República del Perú. El guano era el excremento de las aves del litoral marino, un fertilizante de extraordinaria calidad para la agricultura. Los primeros embarques de guano que se llevaron a Inglaterra en 1841 tuvieron

resultados muy alentadores, generando una alta demanda del fosfato marino. El guano fue declarado patrimonio del Estado y durante varias décadas el Perú gozó del monopolio mundial del fertilizante, en cuanto los yacimientos guaneros ubicados en otras latitudes eran escasos y de menor calidad. Los mejores yacimientos guaneros se hallaban en las islas de Chincha, un grupo de tres pequeños islotes ubicados a 21 kilómetros de la costa del sudoeste del Perú, a poca distancia de la ciudad de Pisco, en la zona de Ica. Al iniciarse la República Ica perteneció a la jurisdicción política y administrativa de Lima. En 1855 el presidente Ramón Castilla decretó la creación de la Provincia Litoral de Ica, y el 30 de enero de 1866 el presidente Mariano Ignacio Prado le otorga la condición de Departamento. La isla Chincha Norte tiene 0,36 km<sup>2</sup>, la isla Chincha Centro tiene 0,4 km<sup>2</sup> y la isla Chincha Sur tiene 0,16 km<sup>2</sup>.

En una primera etapa (1841-1849) el Estado procedió al arrendamiento de las islas guaneras a diversas compañías. Las compañías recibían el derecho a explotar y vender el fertilizante a cambio de beneficiar con un pago periódico al Estado. Luego se cambió el sistema por el de los consignatarios, comerciantes nacionales asociados a casas mercantiles extranjeras. Las casas mercantiles proveían de financiamiento a los hombres de negocios peruanos, quienes se responsabilizaban de la extracción y comercialización del guano. El Estado conservaba la propiedad del fertilizante hasta su venta final, quedándose con un 60% del precio acordado. Aquel sistema, al descontársele al gobierno un porcentaje importante bajo el concepto de gastos realizados y comisiones, era un generador de corrupción y afectaba a los intereses del Estado.

Posteriormente, el gobierno peruano pasó a comercializar directamente con las firmas comerciales extranjeras. A lo largo de la década de 1850 la casa comercial inglesa *Gibbs and Sons* fue una figura predominante en el comercio del fertilizante. En 1862, al finalizar la presidencia de Ramón Castilla, los comerciantes peruanos consiguieron recuperar protagonismo en el comercio guanero. A vísperas de la captura de las islas de Chincha, el negocio del fertilizante alcanzaba a Europa,

Estados Unidos, Cuba y China. El panorama cambio recién en 1869 durante la presidencia de José Balta, cuando el ministro de Hacienda, Nicolás de Piérola propuso firmar un contrato con la casa francesa Dreyfus, quien a partir de entonces gozó del monopolio en el comercio guanero. El papel creciente del comercio guanero en el presupuesto nacional ha sido resumido por Carlos Contreras y Marcos Cueto de la siguiente manera:

El presupuesto estatal comenzó a crecer y a financiarse cada vez más con los ingresos del guano. Hasta 1850 los ingresos del Estado se habían mantenido estancados desde el tiempo de la independencia en unos cinco millones de pesos por año. En 1854 llegaron a bordear los diez millones de pesos, constituyendo la renta del guano un 43 por ciento. En 1861, el último año del gobierno de Castilla, los ingresos totales ya sumaban 21 millones de pesos, correspondiendo al guano el 79 por ciento. Éste se había convertido en sinónimo de presupuesto nacional. En adelante el guano, esa especie de maná caído literalmente del cielo, representó unas dos terceras partes de los ingresos fiscales. En 1874 éstos fueron de 34 millones de soles (en 1863 los pesos habían pasado a llamarse soles), momento en que comenzaron a decaer (Contreras y Cueto 2007; 117-118).

Como testimonio de los años del boom guanero, podemos citar uno de los artículos escritos por Antonio Raimondi titulado “Apuntes sobre el guano y sobre las aves que lo producen”. La nota fue publicada en 1874 por la revista *El Siglo*. El estudio se basó en el publicado por el científico italiano en la Academia de Ciencias de París en 1856 bajo el epígrafe de *Mémoire sur le guano et les oiseaux que le produisent*.

Antonio Raimondi inicia su artículo señalando la importancia del uso del guano como fertilizante en la agricultura y su origen en las excretas de las aves del litoral. Menciona además las investigaciones promovidas por los científicos Humboldt, Vauquelin y Taureroy, y se refiere a las islas de Chincha como el depósito guanero más importante del Perú. El científico italiano señala el uso del guano como fertilizante durante los tiempos prehispánicos y el inicio de su extracción para abastecer los mercados europeos:

El guano es el abono más preciso que se emplea en la agricultura y del que se hace uso en gran cantidad para fertilizar las tierras pobres. Algunos pusieron en duda su naturaleza orgánica creyendo que era una sustancia mineral; mas, al presente, se ha admitido que es el resultado de la acumulación del excremento de las aves marinas.

El primero que hizo conocer en Europa el guano fue el célebre Humboldt, quien al principio del presente siglo envió muestras a los químicos Vauquelin y Taureroy los cuales manifestaron que esta sustancia tiene, poco más o menos, la misma composición que el excremento de las aves acuáticas.

En el Perú ha existido y existe en grandes cantidades, tanto en la costa como en las islas más o menos próximas al litoral, habiendo sido, sin duda, el principal depósito el de las islas de Chincha.

Los incas conocieron su origen y aplicación puesto que Garcilaso de la Vega en el libro quinto de sus *Comentarios Reales*, impresos en 1604 [sic]<sup>8</sup>, al hablar del modo como los indios cultivaban sus tierras se expresa del siguiente modo:

En la costa de la mar, desde más debajo de Arequepa (sic) hasta Tarapacá, que son más de doscientas leguas de costa, no echan otro estiércol sino el de los pájaros marinos que los hay en toda la costa del Perú grandes y chicos, y andan en bandadas tan grandes que son increíbles si no se ven. Crían en unos islotes que ellos dejan, que también es increíble: de lejos parecen los montones de estiércol puntas de alguna sierra nevada. En tiempo de los Reyes Incas había tanta vigilancia en guardar aquellas aves que al tiempo de la cría a nadie era lícito entrar en aquellas islas, so pena de la vida, por que (sic) no las asombrasen y echasen de sus nidos. Tampoco era lícito matarlas en ningún tiempo, dentro ni fuera de las islas, so la misma pena.

Aunque se sabía en Europa la composición del guano, como lo hemos dicho, no se empezó a hacer uso de él como abono sino desde 1841 (Raimondi 2003: 147-148).

A continuación, Antonio Raimondi describe la coloración y composición presentes en el fertilizante orgánico, y hace notar que el nivel de sales amoniacales del guano extraído en las islas de Chincha es superior al de las islas de Lobos. Las virtudes fertilizantes del guano se deben primordialmente a la presencia de sales amoniacales, sustancia soluble en agua. Las precipitaciones en el litoral norte del Perú restan calidad al guano de las islas de Lobos, mientras que su ausencia en el litoral sur hace que el guano de las islas de Chincha sea el de mejor calidad de todo el Perú.

El guano es una materia de color amarillento que puede variar del blanco al amarillo rojizo, y también al pardo, cuyo olor de amoníaco es bastante pronunciado. Una de las causas que puede principalmente hacer variar su color es, sin duda, la cantidad de agua que absorbe ya que esta sustancia es higrométrica. En efecto, se observa que el guano sacado de las capas inferiores presenta un olor mucho más claro que el que ha quedado expuesto al aire por algún tiempo el cual no tiene un color oscuro. El guano no siempre tiene la misma composición, sino que varía mucho según las localidades siendo las lluvias una de las causantes que contribuyen a producir semejante cambio. Así, en los lugares donde no llueve casi nunca, como sucede en las islas de Chincha, el guano es más rico en sales

---

<sup>8</sup> Los Comentarios Reales de los Incas fueron publicados en 1609 en la ciudad de Lisboa.

amoniacales y pobre en fosfatos terrosos; al contrario, en las islas de Lobos, situadas al Norte del Perú, donde a veces llueve, tiene una proporción pequeña de amoníaco, al menos en las capas superficiales, y aumenta la de los fosfatos terrosos que son insolubles. No hablaré aquí de su composición [...]; solamente haré presente la gran diferencia que existe en las cantidades de amoníaco que puede tener esta sustancia, según la localidad de donde se toma (Raimondi 2003: 148).

Los ingresos generados por el comercio guanero fueron destinados al aumento de la burocracia civil y militar. Durante el gobierno de Rufino Echenique se proyectó la posibilidad de transferir fondos públicos a empresarios particulares mediante el pago de la deuda interna contraída por el Perú durante la guerra de la independencia. El capital acumulado permitiría así que se forjara una burguesía nacional que apostaría por la industrialización y las actividades comerciales, generando progreso y desarrollo para el Perú. Sin embargo, la consolidación de la deuda interna generó un tremendo escándalo político debido las denuncias de fraude y corrupción. Finalmente, si bien una parte de los recursos económicos de la consolidación fueron invertidos en empresas menores y en la agricultura de la costa norte, la mayor parte de los mismos se destinaron a especulaciones financieras, en la figura de préstamos al gobierno.

De todas maneras, el comercio guanero generó algunas repercusiones significativas en el aspecto social, entre las cuales destacan la abolición del tributo indígena, de la esclavitud, así como la importación de mano de obra asiática. Anteriormente se mencionó cómo el gobierno de Rufino Echenique se desprestigió a raíz de las acusaciones de fraude y corrupción generadas a partir del proceso de consolidación de la deuda interna. Frente a tal panorama, Ramón Castilla decidió liderar un movimiento revolucionario entre 1854-1855. El caudillo tarapaqueño enarboló las banderas de la supresión del tributo indígena y de la esclavitud en miras a despertar simpatías populares. Finalmente, los insurrectos vencieron en el decisivo encuentro de La Palma, el 5 de enero 1855. En lo que respecta al tributo indígena y la esclavitud, los recursos guaneros permitieron a Ramón Castilla cumplir con las promesas ofrecidas durante su insurrección.

La abolición del tributo indígena no fue reemplazada por una contribución de carácter universal entre los peruanos, sin distinciones étnicas. La sociedad rural se vio afectada, en cuanto ahora los campesinos ya no acudían a laborar en igual número a los centros mineros y a las haciendas serranas, lugares en donde antaño obtenían la moneda para pagar el tributo indígena. La inexistencia de un mercado laboral llevó a que se practicara el enganche para reclutar mano de obra.

Los esclavos liberados fueron cerca de 26 mil, y sus antiguos propietarios recibieron una indemnización por parte del gobierno en bonos por el valor de 300 pesos. Es importante tener en cuenta que para mediados del siglo XIX el sistema esclavista atravesaba una profunda crisis, debido a las restricciones a la importación de nuevos esclavos, el envejecimiento de los esclavos nacidos en las postrimerías del período colonial, y por prácticas como la compra de su propia libertad, el cimarronaje y la manumisión voluntaria de parte de sus dueños.

La falta de mano de obra para las actividades agrícolas en la costa y la extracción del guano de isla motivó que a partir de 1849 empezaran a llegar trabajadores de origen chino que fueron conocidos como coolíes. Hasta 1874 arribaron al Perú cerca de 100 mil inmigrantes asiáticos, una cantidad notoriamente superior a los miembros de las colonias extrajeras europeas residentes en el país.

Finalmente, en lo que respecta al plano ideológico, a mediados del siglo XIX las dos tendencias en disputa eran la de los conservadores y liberales. Entre los partidarios del bando conservador estaban Felipe Pardo y Aliaga, Manuel Vivanco y Felipe Barriga; siendo Bartolomé Herrera el ideólogo más representativo del grupo. Los conservadores apelaban al valor de la tradición hispana y católica frente a lo que consideraban las ideologías foráneas, que calificaban como “extranjerizantes”. Eran partidarios del orden natural y de la idea de la desigualdad entre los hombres de acuerdo a sus dotes intelectuales. En contrapartida, entre los partidarios de los liberales figuran los hermanos Gálvez y Benito Laso. Los liberales representaban a la nueva generación



de peruanos nacidos con posterioridad a la independencia nacional, defendían la igualdad entre los hombres, e iban en contra de la sociedad corporativa, proponían la desamortización de la tierra y la separación entre iglesia y estado. Bartolomé Herrera sintetizó buena parte de sus ideas conservadoras tanto en la oración fúnebre en las exequias del Presidente Gamarra en 1942 así como en el sermón del 28 de julio de 1846 en la catedral de Lima por el aniversario veinticinco de la proclamación de la independencia. Conservadores y liberales protagonizaron ardorosos debates en el Congreso Constituyente de 1855.

En lo que respecta a España, Isabel II ascendió al trono en 1833, poco antes de cumplir los tres años de edad<sup>9</sup>. Era la mayor de las dos únicas hijas de Fernando VII, el último soberano Borbón de las Américas. En los 35 años que duró su reinado Isabel buscó evitar que España se mantuviera al margen del veloz desarrollo económico e industrial que experimentaron sus pares en el Reino Unido, Francia, Bélgica o los Países Bajos. Con el fin de las guerras napoleónicas y la pérdida de la mayor parte de sus dominios coloniales en el Nuevo Mundo, España había perdido la categoría de potencia europea. Durante la primera mitad del siglo XIX el país fue sacudido por dos guerras carlistas<sup>10</sup>, sublevaciones campesinas y otras luchas internas, además de periódicos episodios de inestabilidad política. Los niveles de urbanización e instrucción en la península Ibérica permanecieron por debajo de los

---

<sup>9</sup> Isabel II nació en Madrid el 10 de octubre de 1830 y falleció en París el 9 de abril de 1904. Su reinado transcurrió entre los años de 1833 y 1868. En sus comienzos la regencia fue asumida por su madre María Cristina de Borbón (1833-1840) y el general Baldomero Espartero (1840-1843). Isabel fue declarada mayor de edad a los 13 años, y tres años después se casó con su primo, el infante don Francisco de Asís de Borbón. Durante aquellos años la política española evolucionó a partir del viejo modelo absolutista hacia otro más abierto a los principios liberales. Su gobierno se caracterizó por sus esfuerzos para modernizar España (construcción de obras públicas), las cíclicas turbulencias políticas, las guerras y revueltas al interior del país y las acciones de “exaltación patriótica” emprendidas en ultramar. El régimen isabelino se deterioró y para 1868 la reina se exilió en Francia debido al triunfo de la llamada Revolución Gloriosa, comenzando así en España el Sexenio Democrático.

<sup>10</sup> El rey Fernando VII no tuvo descendencia masculina, sólo a Isabel y su hermana Luisa Fernanda. De acuerdo con la Ley Sálica, el heredero legítimo al trono español era Carlos María Isidro de Borbón, tío paterno de Isabel. Sin embargo, Fernando VII promulgó la Pragmática Sanción para que su hija pudiera heredar la corona y ser proclamada reina tras su muerte. Los partidarios de Carlos María Isidro de Borbón – agrupados en el bando denominado carlita – se opusieron a la ascensión al trono de Isabel, desatándose así la Primera Guerra Carlista (1833-1840), en la cual los isabelinos se imponían a los carlistas luego de siete años de guerra. Posteriormente, el fracaso de los intentos por casar a Isabel II con el pretendiente carlista Carlos Luis de Borbón desencadenará la Segunda Guerra Carlista (1846-1849), de menor impacto en comparación de su antecesora, y focalizada casi en su totalidad en las zonas rurales de Cataluña.

países europeos más dinámicos. Mientras que en estos últimos la Revolución Industrial estaba transformando sus economías y sociedades a pasos agigantados; España, a excepción de algunos puntos concretos dentro de su territorio, tuvo que esperar hasta la segunda mitad del siglo XX para incorporarse plenamente al proceso de industrialización.

Sin embargo, a pesar de todas las dificultades, la España de Isabel II no permaneció ajena a los intentos modernizadores que buscaron sacarla de su condición de país atrasado, e incluso, de elevarla nuevamente a su antigua condición de gran potencia europea<sup>11</sup>. Sólo en el periodo isabelino se tendieron cerca de 5 000 kilómetros de nuevas líneas férreas que conectaron Madrid con las provincias del interior, a su vez la población española experimentó un leve aumento demográfico de 13 500 000 a 15 500 000, gracias a la mejora en las condiciones de salud. La mejora en los cultivos de la vid transformó a España en uno de los principales productores de vino en el mundo. En Cataluña y Valencia despegó la producción textil, y para mediados del siglo XIX Barcelona se convirtió en un importante núcleo industrial. Isabel II se preocupará además por incrementar el poder naval español, transformándola para la década de 1860 en la cuarta potencia naval del mundo, por detrás de Reino Unido, Francia e Italia.

Del Campo Rodríguez hace hincapié en el lamentable estado en que se hallaba la Armada Real Española a comienzos de 1840. Entre los siglos XVI y XVIII España contó con una de las más poderosas fuerzas navales de toda Europa: sólo en 1790 ésta contaba con la impresionante cifra de 117 buques de guerra. La derrota de la flota franco-española por parte de los ingleses en Trafalgar (1805) significó un duro revés para el poder naval peninsular. Los años de guerra y penurias económicas que siguieron al enfrentamiento mermaron la capacidad operativa de la armada a tal punto que para 1843, cuando la joven reina asumió el trono, la Armada Real estaba conformada apenas por tres navíos de línea, todos del siglo XVIII, y unas pocas fragatas y vapores.

---

<sup>11</sup> Las referencias sobre el contexto español durante el reinado de Isabel II ha sido extraídos de Joseph Fontana. (2007) y Jorge Vilches (2007)

Con el fin de revertir la situación, la reina española contó con el asesoramiento de dos personajes de gran visión a futuro: Francisco Armero, jefe de la escuadra, y Mariano Roca de Togores, primer Marqués de Molins<sup>12</sup>. Del Campo Rodríguez señala que entre 1845 y 1868 el gobierno de Madrid ordenó la construcción de 170 barcos de guerra y transportes en los mejores astilleros navales españoles y extranjeros. La magnitud de las adquisiciones navales fue tal que sólo entre los años 1858 y 1860 fueron invertidas 170 millones de pesetas, suma enorme para la época. En la década de 1860 la columna vertebral de la Armada Española estaba conformada por fragatas blindadas —como la Numancia, Tetuán, Arapiles y Vitoria— y fragatas de hélice —como la Berenguela, Reina Blanca, Concepción, Nuestra Señora del Triunfo, Villa de Madrid, Navas de Tolosa, Lealtad, Resolución, Almansa, Nuestra Señora del Carmen y Gerona, todas las anteriores con casco de madera—, complementada por doce corbetas de vapor y veinticinco goletas de hélice, además de decenas de transportes y buques menores. Así, Isabel II cumplió una de las principales metas trazadas durante su reinado: elevar a España una vez más a la condición de gran potencia naval europea.

De esta manera, a mediados del siglo XIX la renovada Armada Real Española se embarcó en una serie de “acciones de prestigio” en ultramar. Las razones que las motivaron fueron diversas: En primer lugar tales campañas militares eran una manera de probar en combate la efectividad real de los elementos navales adquiridos recientemente por Madrid. En segundo lugar era una manera de demostrar que España estaba en la capacidad de emprender expediciones navales de envergadura en ultramar al más puro estilo de las grandes potencias coloniales de la época. Estaba en juego su reputación frente a los demás países europeos, era una forma de querer demostrar la vigencia de España como miembro de las «naciones más poderosas del mundo».

---

<sup>12</sup> Mariano Roca y Togores nació en Albacete en 1812 y falleció en Vizcaya en 1889. Fue un destacado político y hombres de letras español proveniente de una familia nobiliaria. Presidente de la Real Academia española en 1865 y miembro de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Asumió en siete ocasiones el cargo de Ministro de Marina, de 1847 a 1879. Desempeñó el cargo de embajador en París, ciudad en donde celebró en 1879 el Tratado de Paz y Amistad entre Perú y España.

Finalmente, las empresas militares en el exterior promovían la exaltación patriótica al interior de la sociedad peninsular, generaban réditos políticos a sus impulsores y distraían la atención de los problemas domésticos. Para la época los gobiernos europeos no requerían de elaboradas justificaciones para el inicio de una intervención armada en tierras lejanas. entre las más usuales estaba el de la protección a sus connacionales y/o de sus propiedades, el cobro de deudas atrasadas o la exigencia de indemnizaciones de distinta índole, o el simple castigo a una afrenta recibida.

Durante el reinado de Isabel II, y previo al fortalecimiento del poderío naval español, las expediciones navales despachadas por Madrid fuera de sus posesiones en Europa y en ultramar (principalmente Cuba, Puerto Rico y Filipinas) eran acontecimientos inusuales. Las incursiones realizadas por España durante la década de 1840 fueron de escasa envergadura. A diferencia del ciclo de intervención española impulsado entre 1858 y 1866, las anteriores empresas militares no demandaron en ningún momento grandes gastos económicos a la Corona, y la participación de hombres y naves de guerra fue limitadísima. La patente debilidad de la Armada Real hacía impensable que se realizaran expediciones navales hacia escenarios geográficos distantes a los dominios españoles.<sup>13</sup>

En lo que respecta a la zona de influencia española en el África podemos mencionar dos escenarios geográficos: En el caso de Guinea, en 1843 la expedición del comandante y comisario regio Juan José Lerena y Barry afianzó los derechos españoles en la zona, y en 1845 fueron trasladados ahí los negros y mulatos libres de Cuba que voluntariamente así lo deseaban. En 1848 la expedición del general Francisco Serrano Domínguez incorporó las islas Chafarinas a la soberanía española. Las Chafarinas son un archipiélago del Mar

---

<sup>13</sup> José Ramón García Martínez (1994:44) realiza un breve listado de las intervenciones españolas en el mundo durante el reinado de Isabel II, a partir del fin de la regencia del general Espartero hasta el fin de su reinado (1843- 1868). El autor se limita a señalar el nombre del escenario geográfico y el año en que se realizó la intervención española, sin brindar mayores detalles al respecto, con el fin de no distraer la atención del lector.

Mediterráneo, ubicado a 4 km de las costas de Marruecos. Su superficie es de apenas 0,525 km<sup>2</sup> y están constituidas por tres islas mayores, una de las cuales fue bautizada en honor a la reina como Isabel II.

España tuvo participación en 2 conflictos acontecidos en Europa. En 1846 estalló una guerra civil en Portugal, en donde el gobierno conservador de María II se enfrentaba a la Junta progresista de Oporto. Al año siguiente, España envió un ejército de operaciones al mando del general Manuel Gutiérrez de la Concha, en apoyo a la reina portuguesa. La firma del Convenio de Gramido, suscrito por el general español, puso fin a la guerra civil.<sup>14</sup>

Años después, España decidirá involucrarse en la Primera Guerra de Independencia Italiana. Con motivo de la proclamación de la efímera República Romana entre 1849 y 1850, la participación española se restringió a una pequeña unidad de soldados, una presencia más bien simbólica dentro de una coalición militar liderada por terceros países. De acuerdo con Andrea Viotti (1995:49-79), el 24 de noviembre de 1848 el papa Pío IX huyó a Gaeta, en territorio napolitano, en búsqueda de la protección del rey Fernando II. Al marchar, excomulgó a los rebeldes de Roma y solicitó formalmente a los poderes católicos de Europa ayuda para ser restaurado en su trono. La petición de socorro de Pío IX fue contestada por las más católicas y reaccionarias naciones de Europa: Austria, España y el Reino de las dos Sicilias, y, sorprendentemente, también por una republicana y liberal Francia. Novecientos españoles, incluyendo cuatrocientos hombres a caballo, desembarcaron en Italia y participaron en la captura de Roma. José Pareja, futuro comandante de la

---

<sup>14</sup> De acuerdo con el historiador español Cristóbal Robles Jaén, la participación española en Portugal fue decisiva para el triunfo de la reina María II sobre los revolucionarios liberales. El apoyo septembrista—partido mayoritario en la Junta de Oporto— al Partido Progresista español y el problema carlista movieron al gobierno de Madrid a adoptar una postura muy activa en la solución de la crisis. Portugal demandó ayuda en virtud del Tratado de la Cuádruple Alianza, a la que pertenecía (Robles 1999: 413-435). Posteriormente Cristóbal Robles Jaén publicó una versión ampliada de su investigación sobre la crisis institucional portuguesa. La intervención terrestre española tenía trazadas con claridad sus directrices: entrar en Portugal y, siguiendo la margen derecha del Duero, desalojar a los revolucionarios de los puntos a su paso y caer sobre Oporto. Mientras, otras fuerzas penetrarían desde Galicia, ocuparían Valença y recorrerían toda la zona comprendida entre el Duero y el Miño, ocupándola e impidiendo que pudieran socorrer a los revolucionarios de Oporto. Véase Robles 2003: 180.

Escuadra Española en el Pacífico, tuvo una destacada participación en aquella campaña.

El ascenso por segunda vez de la Unión Liberal de Leopoldo O'Donnell<sup>15</sup> a la cabeza del gabinete madrileño (1858- 1863) marcó el comienzo de un renovado ciclo de intervenciones españolas en el extranjero. Entre las acciones más importantes destaca en primer lugar la Expedición franco-española a Cochinchina, de 1857 a 1862. El asesinato de un grupo de católicos en la zona, entre los cuales se hallaban varios misioneros de origen español, encendió el patriotismo en la población peninsular, exigiendo al gobierno una rápida intervención militar. Desde Manila partió la flota hispana que en el trayecto se unió a su homóloga francesa, despachada por Napoleón III. En 1859 las fuerzas aliadas capturaron Saigón. Con el triunfo franco-español, Francia amplió su zona de influencia al incorporar a Cochinchina a sus dominios coloniales, situación que contrasta con los escasos beneficios que reportó España por su participación.

En 1858 España había realizado una vez más acciones de presencia en África: en el Golfo de Guinea y en los territorios del Río Muni. En agosto de año siguiente un grupo armado de marroquíes incursionaron sobre un destacamento español en Ceuta, situación que llevó a O'Donnell a demandar al sultán del país un pronto castigo a los agresores. Al sentirse ignorado, el gobierno español declaró formalmente la guerra a Marruecos. El ejército expedicionario estuvo compuesto por 35 000 hombres y 74 piezas de artillería, siendo dividido en tres cuerpos. La flota estuvo conformada por seis vapores de hélice, cuatro buques de vela, once vapores de rueda y seis lanchas cañoneras. Las victorias españolas en las batallas de Tetuán y Wad-Ras pusieron fin a la guerra. En el tratado de Wad-Ras España amplió su zona de influencia en Ceuta

---

<sup>15</sup> Leopoldo O'Donnell y Joris nació en Santa Cruz de Tenerife en 1809 y falleció en 1867 en Francia. Fue un político y militar español, encabezó el Consejo de Ministros en tres oportunidades: en 1856-1857, en 1858-1863 y en 1865-1866. Participó en la Primera Guerra Carlista en el bando isabelino, durante la cual ascendió hasta el grado de teniente general. Máximo representante de la Unión Liberal en las Cortes. Durante su segundo gobierno Leopoldo O'Donnell se enfrentó exitosamente en una corta guerra contra Marruecos en la cual España logró ampliar su zona de influencia en el norte del África. En 1862 envió a Sudamérica la expedición científica española, antecedente de la Guerra Hispano-Sudamericana. Sus restos reposan en la Iglesia del Convento de las Salesas Reales de Madrid.

y Melilla, e incorporó el territorio de Sidi Ifni, obtuvo además la importante suma de 100 millones de pesetas, entregada por Marruecos como indemnización. Tetuán quedó bajo administración temporal de España como garantía del pago de la deuda marroquí.

Por otro lado, en América la Guerra de Reforma (1857-1861) había debilitado seriamente las finanzas mexicanas. Con el triunfo del bando liberal, el presidente Benito Juárez decretó la moratoria del pago de la deuda externa durante los dos años siguientes, para de ese modo destinar los limitados recursos existentes en la recuperación económica del país (Vásquez 2005). En octubre de ese año se reunieron en Londres las autoridades de los países acreedores: España, Francia y Reino Unido, con el fin de coordinar y adoptar una posición conjunta con respecto a la medida del gobierno mexicano. Los países acreedores rechazaron la moratoria decretada por Benito Juárez y organizaron una expedición armada contra México para exigir el cumplimiento de los pagos. En diciembre de 1861 arribaron a Veracruz las fuerzas españolas al mando del general Juan Prim, veterano de la guerra contra Marruecos, y semanas después llegaron los contingentes británicos y franceses. El gobierno mexicano envió a su ministro de Relaciones Exteriores, Manuel Doblado, a negociar con el general Juan Prim, en representación de las fuerzas aliadas, en el cercano poblado de la Soledad. Las negociaciones dieron como resultado el retiro de los ejércitos británico y español de territorio mexicano, al alcanzar sus países un acuerdo satisfactorio en torno a la cancelación de la deuda. Sin embargo, las fuerzas francesas prosiguieron con la ocupación y apoyaron el establecimiento del II Imperio Mexicano (1862-1867), de duración efímera<sup>16</sup>.

Francia se quedó sola, resuelta a imponer una monarquía en México con el apoyo de un numeroso y disciplinado ejército expedicionario y los restos de las tropas del partido conservador. El ejército francés fue mandado sucesivamente por Lorencez, Forey y Bazaine. El primero sufrió un duro revés frente a Puebla el 5 de mayo y consiguió unificar a la gran mayoría del pueblo mexicano en su contra. El segundo destruyó al ejército liberal, se

---

<sup>16</sup> Y no podía ser de otro modo. De acuerdo con Andrés Lira, el nuevo régimen de Maximiliano de Austria se sostenía gracias a la presencia de un ejército extranjero, al que se le habían unido las fuerzas de la reacción (el bando conservador), y de esa suerte, al desaparecer el sustento militar francés, el Segundo Imperio Mexicano estaba condenado a desaparecer para dar lugar a la República, cuyo gobierno legítimo se había refugiado en la frontera norte del país. Para mayores detalles véase Lira 2010: 185-208

hizo de la capital de la República; nombró a una junta de gobierno encargada de elegir a los miembros de la Asamblea de Notables y del Ejecutivo provisional. El tercero, mientras los “notables”, de acuerdo con Napoleón III, ofrecían la corona del imperio mexicano a Fernando Maximiliano de Habsburgo, dominó casi todo el país y obligó al gobierno de Juárez a establecerse en Paso del Norte, a un paso de la línea con los Estados Unidos.

Maximiliano aceptó la corona; se comprometió con Napoleón III, por los convenios de Miramar, a pagar por gastos de la intervención francesa la crecida suma de 260 millones de francos, y llegó a las playas mexicanas el 28 de mayo de 1864. Maximiliano, archiduque de Austria, casado con la hermosa princesa belga Carlota Amalia, era de índole romántica, gustaba de la naturaleza, creía firmemente en la bondad del buen salvaje y en el ideario liberal. Por lo mismo, acabó por desconcertar a los conservadores que lo trajeron. Hecho a la idea de que “la gran mayoría de México era liberal y exigía el programa del progreso en el sentido más verdadero de la palabra”, repite la obra de sus enemigos: exige pase oficial para los documentos pontificios; decreta la tolerancia de cultos y la nacionalización de los bienes eclesiásticos; seculariza los cementerios; crea el registro civil, y expide leyes sobre salarios y condiciones de trabajo, pensiones y montepíos y sistema decimal de pesas y medidas. [...]

Con todo, las leyes imperiales nunca entraron en vigor. Estados Unidos, al terminar la guerra civil, pidieron la salida de los franceses. Por su parte, el emperador francés, para defenderse de Prusia, se vio en la necesidad de recoger a las tropas sostenedoras del imperio en México. Maximiliano, sin el ejército europeo, no pudo resistir el empuje de los ejércitos liberales de Mariano Escobedo, Ramón Corona y Porfirio Díaz. Se rindió en Querétaro el 15 de mayo de 1867 y fue fusilado en el Cerro de las Campanas el 19 de junio, junto con los generales Miramón y Mejía (Gonzales 1998: 82-84)

Ese mismo año se producirá la reincorporación de la República Dominicana a la soberanía española. En diciembre de 1821 el país había proclamado su independencia de España, siendo inmediatamente invadida por las tropas de la vecina Haití. El país logró emanciparse de la dominación haitiana en 1844, siendo elegido Pedro Santana como Primer Presidente Constitucional. Los primeros años de vida independiente fueron difíciles para la República Dominicana, debido a las graves penurias económicas, la inestabilidad política y las constantes campañas militares de reconquista realizadas por Haití. Buena parte de los políticos de la isla llegaron a pensar que el país era ingobernable, y se trazaron planes para anexarla a una potencia extranjera como España (Pedro Santana) o Estados Unidos (Buenaventura Báez).

Así, el presidente Pedro Santana, apoyado por los sectores hispanófilos de la isla, promovió la anexión de Santo Domingo a la monarquía española, con el fin de garantizar el orden interno y la seguridad externa frente a su vecino caribeño. En un primer momento, los



intentos del presidente dominicano de obtener el beneplácito de España para reincorporar el país habían fracasado, pero tras el ascenso de Leopoldo O'Donnell el panorama se tornó positivo. En 1860 Santana tramitó la solicitud de reincorporación a Madrid y el gabinete español la aprobó al año siguiente, nombrado al mismo Santana como gobernador y capitán general.

Sin embargo, no faltaron los patriotas dominicanos que se opusieron a la medida, iniciándose así las hostilidades. Juan del Campo Rodríguez señala que la campaña militar duró cinco años y representó un elevado costo a España. Se financió con recursos de Cuba, que terminaron agotándose. Sólo en 1863 España envió 24 mil hombres, sin contar a las fuerzas despachadas desde Cuba y Puerto Rico. En 1864 la situación se había vuelto desesperante para España, las pérdidas humanas fueron de un batallón al mes, muriendo 15 mil soldados de fiebre amarilla. Finalmente las fuerzas realistas admitieron la derrota y abandonaron la isla, a pesar de las consecuencias políticas que podría acarrear al interior del gabinete español.

En lo que respecta a Sudamérica, en 1845 los españoles consiguieron establecer una estación naval en Río de la Plata<sup>17</sup>, en lo que fue el antiguo Apostadero Naval de Montevideo. A partir de entonces no faltaron los políticos españoles que visionaron la creación de una estación naval complementaria en aguas del Pacífico Sudamericano, aunque tales propuestas no llegaron a articularse alrededor de una política de Estado. Sin embargo, en 1860 el Ministro de Marina de España recibió un comunicado de su homólogo del ministerio del Estado en donde se manifestaba la conveniencia de enviar una escuadra a las costas

---

<sup>17</sup> El historiador argentino Miguel Ángel de Marco (2008) nos muestra un panorama de la presencia marítima española en el Plata en dos etapas: La primera etapa transcurre en el período de existencia del Virreinato del Río de la Plata (1776-1814). La segunda comienza en 1845 con el establecimiento de la estación naval española, presencia que se prolongará hasta 1900, dos años después de la derrota sufrida por España a manos de los Estados Unidos en la llamada Guerra Hispano-Estadounidense (1898). En los acuerdos de París (1898) se concordó la independencia de Cuba (1902), y España cederá Filipinas, Puerto Rico y Guam a los Estados Unidos. Incapaces de ser sostenidas debido a su lejanía y la patente debilidad de la Armada Real, las últimas posesiones españolas en el Pacífico como las Islas Marianas, Carolinas y Palaos fueron vendidas al Imperio Alemán en 1899. Debido a la grave crisis que afrontaba España a consecuencia del Desastre del 98, se determinó el final abandono de la estación rioplatense.

americanas con miras a acercarse a los gobiernos de la zona y de apoyo a los residentes españoles establecidos en el interior. Si bien el proyecto tuvo que posponerse hasta que mejorasen las condiciones económicas y materiales de la Armada Hispana, este fue el antecedente inmediato de la Expedición Científica que partió a América dos años después.

Finalmente, con respecto a la partida de la Expedición Científica, se debe tomar en cuenta que durante el siglo XIX las potencias occidentales compitieron por aumentar su presencia naval y militar así como su prestigio e influencia en los distintos rincones del mundo. La Expedición Científica tocó tierras americanas apenas una década antes del inicio de lo que Eric Hobsbawm denominó como la Era del Imperio (1875-1914), cuando aproximadamente una cuarta parte de la superficie del planeta fue repartida en forma de colonias y «zonas de influencia» entre media docena de estados. La supremacía de las potencias occidentales frente al resto de países del mundo era una realidad incuestionable con el advenimiento de la era industrial, pero es recién durante la Era del Imperio cuando las potencias occidentales deciden incorporar en calidad de dominios coloniales amplias zonas del África, Asia y Oceanía y administrarlas de manera formal. Sólo América Latina se mantuvo relativamente al margen de la dominación directa, aunque aquello no significara que las potencias occidentales no dejaran de ejercer una tutela económica y política. Durante la Era del Imperialismo los rezagos de lo que fueran los antiguos imperios coloniales de España y Portugal – especialmente en el caso español – terminaron por declinar aún más – lo que los llevó a ubicarse en una situación de marginalidad en relación a las grandes potencias imperialistas (Hobsbawm 1990: 66-93).

## **Primera parte: El contexto histórico detrás de la caída del régimen de Juan Antonio Pezet en el Perú y del triunfo de la Revolución Restauradora.**

En los siguientes capítulos se abordará el contexto histórico en el cual se desarrolló el conflicto diplomático peruano-español, cuestión que se inició con la captura de las islas de Chincha y que tuvo como desenlace final el triunfo de la Revolución Restauradora liderada por Mariano Ignacio Prado y la declaratoria de guerra de Perú a España.

Para obtener una cabal comprensión del conflicto peruano-español es importante remarcar como principal antecedente la ausencia de un Tratado de Paz y Amistad entre el Perú y España. Luego de la proclamación de la independencia del Perú y la firma de la Capitulación de Ayacucho, ambos gobiernos fracasarán en sus intentos por establecer relaciones diplomáticas a través de la suscripción de un acuerdo. El final del gobierno colonial en los Andes dejó como tarea pendiente el arreglo del pago de la deuda de la independencia por parte del Perú y el reconocimiento formal de la independencia del nuevo Estado por parte de la monarquía española. Ambos temas dejarán una huella profunda en la posterior génesis del conflicto peruano-español, al carecerse de representación diplomática con rango de embajador o cónsul. Así, es importante presentar como paso previo al estudio del conflicto los pormenores de esas tareas pendientes frente a las cuales los gobiernos del Perú y España no alcanzaron un consenso definitivo.

Por otro lado, la partida de la Expedición Científica española coincidió con el desarrollo de un clima de tensión y antagonismo entre americanos y europeos debido al creciente intervencionismo de las potencias occidentales en los asuntos del Nuevo Mundo. La Expedición Científica enviada al Pacífico estuvo directamente relacionada con el refortalecimiento del poderío naval español y el interés de las autoridades madrileñas por obtener prestigio para España mediante el fomento de la ciencia e investigación y realizando la Armada Real actos de presencia en lugares lejanos. El envío de la Expedición Científica en naves de guerra formó parte de los arrestos de España por recuperar su antiguo sitio de gran potencia europea. Así, es

importante distinguir cuáles fueron los motivos e intenciones que decidieron el envío de la escuadra española para comprender su posterior accionar en el litoral sudamericano y la manera en la que fue percibida su presencia desde la perspectiva de los habitantes de América.

Finalmente, como paso previo al análisis de los elementos de tensión que impidieron a los gobiernos del Perú y España poner fin a sus diferendos por la vía pacífica, es necesario exponer primeramente los avatares de la crisis peruano-española a lo largo del gobierno de Juan Antonio Pezet hasta el ascenso de Mariano Ignacio Prado. Sólo a partir de una visión general de los sucesos se podrá más adelante ahondar en las circunstancias que llevaron al último enfrentamiento militar entre españoles y sudamericanos que registra la historia.

## **Capítulo 1. Visión panorámica de los contactos diplomáticos entre los gobiernos del Perú y España previos a la partida de la Expedición Científica (1824-1861).**

A comienzos del siglo XIX las fuerzas napoleónicas procedieron a ocupar la península ibérica dándose inicio a una grave crisis en la monarquía española. La turbulencia llevó con el paso de los años a la fragmentación del Imperio Español y la proclamación de varias repúblicas independientes en América. Si bien el Perú juramentó su independencia el 28 de julio de 1821, las fuerzas realistas aún mantuvieron el control de amplias zonas del país. Con los triunfos patriotas en las batallas de Junín y Ayacucho (1824), y la rendición de las fortalezas del Callao (1826) el dominio español en el Perú llegó a su fin. A partir de entonces, la naciente República buscará ser reconocida en su calidad de nuevo estado soberano al interior de la comunidad internacional. Como parte de esta política, en las primeras décadas del siglo XIX el Perú intentará acercarse a España con miras a obtener el reconocimiento formal de su independencia.

La Capitulación de Ayacucho dejó pendientes dos puntos principales: Por un lado, el reconocimiento de la independencia del Perú por parte de España, y por otro, el pago por parte del nuevo Estado de la deuda contraída por el gobierno español hasta 1824. Durante la primera mitad del siglo XIX las cancillerías peruana y española fueron incapaces de alcanzar un acuerdo satisfactorio con respecto a ambos puntos, lo que impidió la normalización de las relaciones diplomáticas hasta 1879, año en que finalmente se firmó el Tratado de Paz y Amistad entre Perú y España<sup>18</sup>.

En 1831, durante el primer gobierno del mariscal Agustín Gamarra, el Congreso de la República dio la ley del 25 de agosto, promulgada por el

---

<sup>18</sup> El Tratado se firmó bajo el reinado de Alfonso XII, hijo de la Reina Isabel II, en España, y la presidencia del General Mariano Ignacio Prado, en el Perú. Los plenipotenciarios reunidos en París fueron: Juan Mariano de Goyeneche y Gamio en representación del General Luis La Puerta, Vicepresidente del Perú y encargado del mando supremo, y Mariano Roca de Togores, Marqués de Molíns, en representación del Rey de España. Este acuerdo fue aprobado por el Congreso peruano el 1 de octubre de 1879, ratificado por Luis La Puerta y refrendado por el Ministro de Relaciones Exteriores, Manuel Irigoyen, el 2 de octubre de ese mismo año y, el 15 de noviembre, en la ciudad de París, se llevó a cabo el canje de los instrumentos de ratificación, con lo cual quedó perfeccionado este documento. A pesar de los fuertes vínculos entre el Perú y España, tuvo que transcurrir cerca de 55 años desde la Capitulación de Ayacucho para que ambos gobiernos establecieran formalmente relaciones diplomáticas (Novak 2001: 54-56).

Presidente del Senado encargado del mando supremo, Andrés Reyes, por la que se dispuso el reconocimiento de las imposiciones y depósitos hechos bajo el gobierno español en el estanco de tabacos, Tribunal de Consulado y demás oficinas del Estado. Su pago se efectuaría después de satisfecha la deuda contraída en tiempo de la independencia (Pons Muzzo 1966).<sup>19</sup> Posteriormente, en 1835 el general Felipe Santiago Salaverry nombró a Felipe Pardo y Aliaga como Ministro Plenipotenciario en España, cuya misión era promover el establecimiento de relaciones diplomáticas entre Perú y España. El nuevo ministro en compañía de su familia partió del Callao y durante su escala en Chile se enteró de la caída y fusilamiento de Salaverry, dejando sin efecto su nombramiento.

Con el fin de la Confederación Peruano-Boliviana, el Congreso reunido en Huancayo aprobó dos disposiciones con miras a facilitar un acercamiento con España. La primera fue la ley del 30 de septiembre de 1839 que autorizó la apertura de los puertos peruanos a los buques españoles. La segunda referida a la nacionalidad, dictaminando que eran peruanos por naturalización los españoles que manifesten su voluntad de radicar en el país y se inscriban en el Registro Cívico. Sin embargo, a pesar de las medidas adoptadas entre las décadas de 1820 y 1830 el Perú no conseguirá realizar avances significativos en la regularización de las relaciones diplomáticas con España y obtener de aquella el reconocimiento de su independencia.

Dos fueron los factores que obstaculizaron el logro de tales acuerdos. Por una parte, el rey español Fernando VII era reacio a aceptar la pérdida de sus antiguos dominios en América, ya que consideraba a sus habitantes como súbditos rebeldes y estaba obsesionado por la idea de someterlos nuevamente por la fuerza de las armas.<sup>20</sup> Por otra parte, estuvo la

---

<sup>19</sup> El problema de la deuda fue gravitante en los sucesivos fracasos del acercamiento entre Perú y España con miras a celebrar el ansiado Tratado de Paz. Para las autoridades madrileñas los gastos de la guerra de la independencia debían de ser reconocidos inmediatamente comenzados los contactos con el gobierno peruano, mientras que las autoridades limeñas pedían que ese espinoso asunto se tratará con posterioridad al reconocimiento de la soberanía del Perú. Luego de su desfavorable resultado en la Guerra Hispano-Sudamericana, el gobierno español renunciará a su postura inicial y durante las negociaciones previas a la suscripción del Tratado de 1879 no será mencionado el asunto de la deuda de la Independencia.

<sup>20</sup> Como parte de los intentos españoles por recobrar el control de sus antiguos dominios en América podemos mencionar la expedición que en 1829 partió desde Cuba al mando del general Isidro Barradas con el fin de reconquistar México. La flota estuvo conformada por una veintena de naves comandadas por el Almirante Laborde. El día 21 de julio comenzó sus operaciones en las cercanías de Tampico,

crónica inestabilidad política que atravesó el Perú entre 1826 y 1845. La fragilidad y corta duración de los gobiernos republicanos impidió que durante aquellos años se pudiera articular una política exterior coherente y sistemática que velase por los intereses del país. Cada nuevo presidente estaba más preocupado por resolver los urgentes asuntos domésticos de los cuales dependía la continuidad de su gobierno, dejando frecuentemente en un segundo plano los asuntos de política externa. Ninguna administración de aquella época tuvo la visión de diseñar una política de estado en el frente exterior. Además, al no existir claridad en torno a qué rumbo seguir, los frecuentes cambios en la administración originaban constantes marchas y contramarchas en las acciones emprendidas por la Cancillería.

En el transcurso de la década de 1840 la coyuntura política en ambos países se fue tornando más auspiciosa para el entendimiento de los respectivos gobiernos.

Por un lado, el fallecimiento de Fernando VII en 1833 había inaugurado en España a un nuevo periodo en su política internacional. El 4 de diciembre de 1836 las Cortes Generales renunciaron al reclamo de derechos territoriales y de soberanía en sus antiguos dominios, autorizando el reconocimiento de la independencia hispanoamericana y la celebración de tratados de Paz y Amistad con las nuevas repúblicas en cuanto estuvieran acordes con el honor y los intereses de España. Dicha disposición es promulgada el 16 de diciembre de 1836. El 28 de ese mismo mes México se convirtió en el primer país americano en obtener el reconocimiento de su independencia por parte de España. Acuerdos similares serán celebrados en los siguientes años con Ecuador (1840), Chile (1844), Venezuela (1845) y Bolivia (1847), Costa Rica y Nicaragua (1850) y Guatemala (1863) generando

---

produciéndose entre el 10 y 11 de septiembre la Batalla de Pueblo Viejo. La derrota de la expedición de Isidro de Barradas puso fin a los intentos de reconquista españoles en México. Vale la pena mencionar que el rey Fernando VII fracasó en obtener el apoyo de la Santa Alianza en su intento de recuperar sus antiguas posesiones en América por la fuerza de las armas. Ante la amenaza del intervencionismo europeo en las jóvenes repúblicas americanas, a comienzos de la década de 1820 se elaborará en Estados Unidos la famosa doctrina Monroe, que con la frase “América para los americanos” el gobierno estadounidense anunciaba al Mundo que su país no toleraría ninguna interferencia o intromisión de las potencias europeas en los asuntos americanos.

expectativa en las autoridades limeñas con miras a alcanzar la suscripción de un tratado similar al de sus homólogos americanos.<sup>21</sup>

Por otro lado, a partir de 1845 el Perú comenzó a disfrutar de un periodo de mayor estabilidad política y prosperidad económica. El ascenso de Ramón Castilla a la presidencia coincidió con los primeros años del lucrativo comercio guanero, y el nuevo gobierno disfrutó de abundantes rentas que permitieron aumentar la burocracia estatal, cancelar deudas atrasadas, invertir en obras públicas, equipar adecuadamente al ejército y la marina de guerra y reorganizar la administración pública. En cuanto a política exterior, Ronald Bruce St John señala los importantes avances que dará el Perú con miras a incrementar el profesionalismo del servicio diplomático peruano y en delinear una política exterior coherente y capaz de asumir posiciones de liderazgo en asuntos continentales:

A pesar de que San Martín había establecido el ministerio de Estado y de Relaciones Exteriores en agosto de 1821, seis días después de la declaración de independencia, hasta antes de la llegada de Castilla a la presidencia no existía una maquinaria efectiva para la conducción eficiente de la política exterior. De 1821 a 1845 la administración de los asuntos exteriores estuvo a cargo de una camarilla de aristócratas, aunque muchos fueran altamente competentes, algunos de los cuales tenían experiencia previa bajo la administración española. La aproximación peruana a los asuntos exteriores se parecía a la de sus vecinos: carecía de estructura y profesionalismo. Una alta prioridad en el primer gobierno de Castilla (1845-51) fue la reorganización de los servicios consular y diplomático para incrementar su eficiencia y efectividad. El presidente estuvo motivado por las humillaciones sufridas en el pasado a manos de potencias extranjeras, tanto porque el Perú no era respetado en el exterior, como por la carencia de un servicio exterior vigoroso capaz de representarlo competentemente ante los gobiernos extranjeros.

El 31 de junio de 1846 Castilla firmó un proyecto de resolución, conocido como el Decreto 90, que reorganizó el servicio diplomático y consular y diseñó una nueva estructura de clasificación de funciones, remuneraciones y régimen de retiro. Ratificada por el congreso de 1853, fue la primera ley diplomática digna de ese nombre en el Perú y en Latinoamérica, y se convirtió en la legislación sobre la materia más duradera en el Perú. Una legislación suplementaria reforzó la organización inicial, específicamente, el Decreto 533, del 4 de diciembre de 1856, el cual detallaba los deberes del ministerio de Relaciones Exteriores. En aquella época el ministerio de Relaciones Exteriores tenía la estructura básica que mantendría hasta el siglo XX. Castilla utilizó la legislación para expandir las misiones

---

<sup>21</sup> El reconocimiento español de la independencia de las nuevas Repúblicas Americanas ocurrió en el siguiente orden: México (1836), Ecuador (1840), Chile (1844), Venezuela (1845), Bolivia (1847), Costa Rica y Nicaragua (1850), Guatemala (1863), Uruguay (1870), Perú (1879), Paraguay (1880), Colombia (1894) y Honduras (1894). La información fue extraída de la página web del Boletín Oficial del Estado, una agencia estatal perteneciente al Ministerio de la Presidencia del Gobierno de España: <http://www.boe.es/>. Consultada por última vez el 15 de marzo del 2011.



diplomáticas en el exterior y mejorar la calidad de los funcionarios diplomáticos. En 1851 había reorganizado todo el servicio diplomático, reforzado el profesionalismo de sus integrantes y estableciendo o mejorando las misiones en una variedad de países latinoamericanos y europeos. Hacia 1857 el Perú gozaba de una abundante representación diplomática en el exterior, con misiones en Latinoamérica, los Estados Unidos y Europa. En 1862, el último año del segundo periodo de Castilla, la mitad de los 36 cónsules era rentada, mientras que solo 2 lo eran 15 años antes (St John 1999: 43-44)<sup>22</sup>.

Paradójicamente, a pesar de haber mejorado la coyuntura política en ambos países con miras a un entendimiento, a lo largo de la década de 1840 no sólo se frustrarán todos los intentos de acercamiento diplomático entre Perú y España, sino que ambos gobiernos experimentarán momentos de tensión y mutua desconfianza. En 1841 el Cónsul peruano en Burdeos se acercó oficiosamente al Presidente del Consejo de Ministros de España, preguntándole si el gobierno madrileño tendría la buena disposición de regularizar las comunicaciones diplomáticas y comerciales entre sus países, sin obtener respuesta. Ese mismo año el diplomático peruano Plácido Muñoz fue designado Cónsul de la Coruña, pero las autoridades españolas no aceptaron sus credenciales. En 1842 se presentaron dos situaciones similares, cuando las credenciales de Martín de Aramburú y José Valentín de Zufiría como cónsules peruanos de Cádiz y Madrid respectivamente no fueron reconocidas a su arribo a España. El panorama se mostraba igual de difícil en el Perú: En 1845 y 1847 el Ejecutivo solicitó autorización al Congreso Nacional para poder entrar en negociaciones con España, pero no se llega a ningún acuerdo.

El punto más crítico de la década se dio entre fines de 1846 y comienzos de 1847 con los preparativos de la Expedición Armada de Juan José Flores a América.<sup>23</sup> El general había sido presidente de Ecuador hasta

---

<sup>22</sup> Al respecto Rosa Garibaldí destaca las importantes transformaciones que la presidencia de Ramón Castilla impulsará en el Ministerio de Relaciones Exteriores y el Servicio Diplomático a nivel de organización (adjuntos de legación, uniforme diplomático, régimen económico y sistema de pensiones, presupuesto) y la plana mayor (el ministro, el oficial mayor, los jefes de misión). La elección de José Gregorio Paz Soldán como nuevo canciller resultó ser la más acertada en vista de su gran capacidad en sus labores como diplomático, internacionalista y jurista (Garibaldí 2003: 21-44).

<sup>23</sup> Una de las más profundas investigaciones históricas realizada hasta hoy en día en torno a la Expedición Armada de Juan José Flores de 1846-1847 corresponde a Rosa Garibaldí, quien dedica el capítulo VIII de su libro (Garibaldí 2003: 170-192) a ilustrar los pormenores de los preparativos realizados por el ex presidente ecuatoriano en Europa y el fracaso de la expedición. Según la autora, el gobierno chileno aceptó la propuesta peruana de unión de las fuerzas marítimas de ambos países para rechazar la expedición Flores en el estrecho de Magallanes. Por su parte, el canciller boliviano Domingo Delgadillo se comprometió a colaborar con el Perú con “todos los auxilios y socorros hasta donde alcancen sus fuerzas”, mientras que el gobierno ecuatoriano se comprometió a poner sus fuerzas bajo el mando de

1845, cuando una revolución comenzada en Guayaquil lo destituyó del poder, generando su partida a Europa. Durante su estadía en España se contactó con la administración de María Cristina de Borbón, Regente del Reino, para planificar una expedición armada en miras a instaurar un sistema monárquico en Ecuador. El plan contó con el apoyo encubierto del gobierno peninsular, y se empezaron a enganchar expedicionarios, provisiones y compras de buques. La prensa española denunció los preparativos realizados por el general Juan José Flores, información que pronto llegó al cuerpo diplomático de los países americanos acreditados en Europa. La noticia causó preocupación y rechazo entre los gobiernos de América, siendo el Perú el país que lideró la oposición a los preparativos de la expedición. Gobernaba en ese entonces el presidente Ramón Castilla, y ocupaba la cartera de Relaciones Exteriores José Gregorio Paz Soldán.

El ministro peruano se comunicó con el cónsul peruano en Madrid, José Valentín Zufiría, informándole que de continuar los preparativos del general Juan José Flores el Perú tomaría las siguientes represalias (Pons Muzzo 1966:17-20):

1. No admitiría en los puertos de la República, ningún buque o mercadería española, debiendo ser secuestrada la que llegara.
2. Los súbditos españoles no serían admitidos en el Perú y los que ingresaran serían tratados como enemigos.
3. Las personas y propiedades de españoles residentes en el Perú quedarían bajo la protección de las leyes siempre que observaran buena conducta.
4. Las propiedades de súbditos españoles fuera del Perú o en tránsito serían consideradas como enemigas.
5. No sería ejecutable ni produciría obligación civil ningún documento otorgado por peruano a favor de un súbdito español.

---

Ramón Castilla (propuesta que fue pronto seguida por Colombia). Teniendo en cuenta los antecedentes mencionados, una de las propuestas de la presente investigación es que la cuádruple alianza que enfrentó a la flota española en 1866 tuvo como precedente lejano el movimiento de solidaridad sudamericana que consideró enfrentar mediante la fuerza de las armas a la expedición floreana, preparada desde territorio español.

Asimismo, el Consejo de Estado autorizó al presidente Ramón Castilla el fortalecimiento de los medios de la Marina de Guerra del Perú y a solicitar un empréstito interno de hasta 900 000 pesos para la adquisición de nuevos buques y otros elementos de guerra. Mientras tanto el gobierno ecuatoriano recibió de su homólogo peruano 57 quintales de pólvora de cañón y 23 quintales de pólvora de fusil, y se dispuso el envío de dos mil fusiles que no llegaron a ser recibidos debido al fracaso de la expedición. El 9 de noviembre de 1846 el gobierno inglés frustró los preparativos que realizaba el general Juan José Flores en Inglaterra luego de las protestas del representante peruano ante las autoridades británicas, Juan Manuel Iturregui, en compañía de sus demás homólogos hispanoamericanos.

El fracaso de los preparativos de la expedición en España se debió principalmente a dos motivos: Las muestras de hostilidad de los gobiernos americanos a la intervención en Ecuador —destacando entre ellas la férrea oposición peruana representada en España por el cónsul peruano en Madrid José Valentín de Zufiría, quien publicó en la Península las represalias que tomaría el gobierno de Castilla de continuar los planes de Juan José Flores— y la decisión del gobierno inglés de acabar con los preparativos que se realizaban en las Islas Británicas. Cuando el gobierno peruano tuvo noticias confirmadas del fracaso de la expedición, se dispuso al señor Zufiría que comunicara al gobierno español que se dejaba sin efecto las represalias previstas contra los intereses españoles. El despliegue diplomático realizado por el Perú a raíz de la amenaza floreana fue notable:

La política hacia Ecuador aplicada por Castilla pronto fue puesta a prueba. En junio de 1845 los liberales de Guayaquil exiliaron al dictador Juan José Flores, el primer presidente del Ecuador y virtual gobernante desde su independencia. Flores viajó a Europa donde conspiró con los gobiernos europeos, especialmente España, para el establecimiento de una monarquía en Ecuador. A pesar de que las razones de Flores no resultaban claras y podría haber querido simplemente reinstaurarse en el poder, sus acuerdos con el gobierno español levantaron el espectro de una expedición más amplia dirigida a restablecer la monarquía española en Latinoamérica. El gobierno de Castilla acertadamente percibió las actividades de Flores como una amenaza potencial a la seguridad e independencia del Perú, especialmente por el hecho que el gobierno español no había reconocido todavía la independencia peruana.

Reaccionando inmediatamente, el gobierno de Castilla se unió a otros Estados Latinoamericanos para enviar notas de protesta a los gobiernos británico y español. El 9 de noviembre de 1846 solicitó a Bolivia, Chile y

Ecuador unirse al Perú para oponerse a la intervención externa en las Américas. Dos días más tarde, dirigió una circular a todos los gobiernos del hemisferio, incluyendo los Estados Unidos, en la cual denunciaba la política de España e invitaba a todos sus destinatarios a un congreso en Lima. En el frente militar, Castilla aseguró un acuerdo con Ecuador y Colombia para oponerse a la expedición de Flores por la fuerza de las armas, y envió pertrechos militares a Guayaquil. En diciembre de 1846, infructuosamente se acercó a los Estados Unidos con la propuesta de comprar dos barcos de guerra. La amenaza de Flores colapsó después de que Gran Bretaña detuviera a los buques de la expedición y ocurriera un cambio de gobierno en España. Sin embargo, la campaña diplomática montada por el gobierno peruano, combinada en su deseo de oponerse a la expedición a través de represalias económicas y acciones militares conjuntas fue impresionante. A pesar que la ilusión del gobierno norteamericano en las circulares y negociaciones diplomáticas peruanas tácitamente invocaba la doctrina Monroe, fue la diplomacia peruana, no el gobierno norteamericano, la que efectivamente movilizó a la opinión en Europa y las Américas en contra de la expedición Flores y, por la tanto, contribuyó a su fracaso (St. John 1999:48).

Con motivo de la expedición de Flores, en noviembre de 1846 el gobierno de Ramón Castilla convocó a una conferencia internacional de los países americanos la que fue instalada en Lima el 11 de noviembre de 1847 y clausuró sus sesiones el 1 de marzo de 1848. La reunión tuvo tres objetivos principales: coordinar esfuerzos para garantizar la independencia e integridad territorial de los estados participantes, unirlos en una liga de naciones capaz de resistir la agresión y codificar un cuerpo uniforme de ley internacional aplicable a todos los Estados del hemisferio (St John 1999:48).

La década de 1850 comenzó con promisorios avances en torno a la normalización de las relaciones entre Perú y España. En 1850 la corbeta española *Ferrolana* arribó al Callao como parte de su viaje de circunnavegación. El comandante de la nave, don José María Quesada procedió al saludo de la plaza, siendo contestado por los peruanos. En su estadía visitó al Gobernador y al Comandante General de Marina en el Callao, siendo recibido con todos los honores y especial simpatía. Igual recibimiento le tributó el Presidente de la República, y al día siguiente el gobernador del Callao le devolvió la visita (Pons Muzzo 1966: 22).

Todavía en aquellos años no existían cónsules acreditados y reconocidos oficialmente para desempeñar su cargo respectivo tanto en Lima como en Madrid. Sin embargo, existía algo parecido a «cónsules de facto» que, a pesar de no disfrutar de reconocimiento diplomático, en la práctica desempeñaban las labores de apoyo a sus connacionales en el extranjero,

como fue en el caso del señor José Valentín de Zufiría, quien permaneció como cónsul peruano en Madrid a pesar que sus credenciales no fueron aceptadas por el gobierno isabelino. Pero el panorama empezará pronto a cambiar: En 1853 se dará finalmente la primera aproximación diplomática entre el gobierno del general José Rufino Echenique y la Reina Isabel II, suscribiéndose el primer proyecto de Tratado de Paz y Amistad entre ambos países (que no llegó a ser ratificado, como veremos más adelante) y la acreditación en Madrid de Joaquín José de Osma como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Perú. El proyectado tratado contenía 17 artículos, y en su preámbulo se destacaba la buena predisposición de parte de ambos gobiernos por regularizar sus relaciones diplomáticas:

La República del Perú por una parte y S.M. la Reina de España Da. Isabel Segunda por otra, movidas por los afectuosos sentimientos que proceden de un común origen y de los fraternales vínculos que por tanto tiempo unieron a los habitantes de uno y otro país, y animadas de igual deseo de poner término a la incomunicación entre los dos Gobiernos, afianzando y regularizando con un acto público y solemne de reconciliación las relaciones que naturalmente existen entre ambos pueblos, han resuelto celebrar con tan plausible objeto un Tratado de Paz y Amistad, fundado en principios de justicia y recíproca conveniencia, y al afecto a nombrado por sus respectivos Plenipotenciarios.

El Presidente de la República del Perú a D. Joaquín José de Osma, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario.

Y S.M. Católica a D. Ángel Calderón de la Barca, Caballero Gran Cruz de la Real distinguida orden de Carlos III y de la Isabel la Católica, Senador del Reino y Ministro de Estado.

Quienes después de haberse comunicado sus plenos poderes y de haberlos hallado en buena y forma, han convenido en los artículos siguientes:

#### Artículo I

Su Majestad Católica usando de la facultad que le compete por Decreto de las Cortes Generales del Reino de cuatro de diciembre de mil ochocientos treinta y seis, renuncia para siempre, del modo más formal y solemne, por sí y sus sucesores a la soberanía, derechos y acciones que le correspondían sobre el territorio americano conocido con el antiguo nombre de Virreinato de Perú, hoy República del Perú.

#### Artículo II

A consecuencia de esta renuncia y cesión, S.M. Católica reconoce como Nación Soberana, libre e independiente a la República del Perú, compuesta por las provincias, territorios e islas adyacentes que hoy posee, que formaban parte del Virreinato del mismo nombre, y de todos los demás territorios que pudieran corresponderle, o que se le agregasen en lo sucesivo (Ribeyro 1864c).

El proyecto de Tratado no llegó a ser ratificado debido a que el Ministro de Relaciones Exteriores peruano José Gregorio Paz Soldán consideraba ofensiva para el Perú la renuncia que la reina de España hacía de «sus derechos» según el texto del acuerdo. Esta frase fue considerada inaceptable para las autoridades limeñas junto a otras disposiciones que, en opinión del autor, no garantizaban un arreglo justo de la deuda dejada por el régimen virreinal. De este modo en 1853 no se concretó el reconocimiento formal de la Independencia del Perú por parte de España (Novak Talavera 2001: 31).<sup>24</sup> Sin embargo, a pesar de los escollos en la aprobación del Tratado en cuestión, al poco tiempo ambos países acreditarán por primera vez y de manera formal los representantes diplomáticos. En 1856 le fue concedido a Mariano Moreyra el *regium exequatur* como cónsul del Perú en Madrid, de forma análoga a José de Jane como Cónsul de España en Lima, pudiéndose así hablar de un reconocimiento tácito de España al Perú como Estado Soberano.<sup>25</sup>

Con el ascenso nuevamente de Ramón Castilla al poder, el Perú nombró a Manuel Ortiz de Zevallos como Ministro Plenipotenciario ante la Corte Española, pero la campaña realizada por la prensa en contra del nombramiento y otros motivos políticos hicieron que fracasara la misión. Sin embargo, en 1859 se nombrará a Pedro Gálvez para el mismo cargo. Al arribar a España solicitó ser recibido como tal por la Reina Isabel, siendo desairado, dirigiéndose por ello a París para asumir la representación del Perú ante el gobierno francés. ¿Por qué se produjo el rechazo de Pedro Gálvez como Ministro Plenipotenciario de Perú en España? Eso se debió a que para la Corte de Madrid la recepción pública del agente era la consecuencia del reconocimiento de la independencia del país, mientras que para Gálvez la

---

<sup>24</sup> En relación a éste punto, se recomienda consultar las investigaciones de Francis Chávez Aco en torno al reconocimiento de la Independencia del Perú por parte de España. (Chávez 2006: 563-570 / 2007: 101-119 y 2008)

<sup>25</sup> Conforme al Derecho Internacional, es posible el reconocimiento tácito de un Estado a través de comportamientos o conductas concluyentes, como es el caso del envío o recepción de agentes diplomáticos, o la suscripción de un tratado internacional. Sin embargo, el primer tratado de Paz y Amistad entre los gobiernos peruano y español fue firmado recién en 1879 en París, por lo que existe una controversia en torno a que si con la acreditación de los respectivos representantes consulares en 1856 es posible hablar de un reconocimiento implícito de la independencia del Perú por parte de Madrid (Novak a 2001: 31-33). Aparentemente, Jorge Basadre cometió una equivocación de fecha cuando afirmó que la acreditación tanto de Mariano Moreyra y José de Jane se dio en 1851 (Basadre 2005: 195).

recepción de plenipotenciario debía preceder a toda negociación oficial. Aquel mismo año se produjo en Guayaquil la captura de la nave española “María y Julia” durante el bloqueo impuesto por la Marina de Guerra del Perú al puerto ecuatoriano durante la Guerra de 1859. Por motivo del incidente el Encargado de Negocios de España en Chile, Salvador de Távira, viajó en misión confidencial a la capital peruana para tratar el tema, pero a su arribo a Lima la embarcación ya había sido liberada. Para Novak (2001:33), la negación del gobierno peruano a pagar una indemnización por la retención de la “María y Julia” según el reclamo de Salvador de Távira, contribuyó al enfriamiento de las negociaciones diplomáticas entre ambos países. En cambio, para Pons Muzzo (1966: 26), la presencia de Salvador de Távira en Lima fue una ocasión especial que acercó a los gobiernos de España y Perú:

Suceso de especial importancia fue el ocurrido en 1859 al capturar la escuadra peruana que bloqueaba Guayaquil a la barca española “María y Julia” que hacía el comercio entre Panamá y Guayaquil y que no cumplió con las disposiciones que rigen en las plazas bloqueadas por carecer de la información necesaria. Este suceso permitió demostrar las cordiales relaciones que existían entre el Perú y España y los buenos sentimientos que animaban a sus hombres públicos.

Para reclamar por el apresamiento de la barca llegó a Lima a mediados de 1859 el Encargado de negocios de España en Chile, señor don Salvador Távira. El señor Távira era portador de una mesurada y cordial nota del primer secretario del Despacho de Estado de su Majestad Católica al Ministro de Relaciones Exteriores del Perú, solicitando del gobierno del mariscal Castilla la pronta solución del caso y designando como su Agente Confidencial para que se ocupara del caso al señor Távira. El señor Távira fue cordialmente recibido por el Ministro de Relaciones Exteriores señor Miguel del Carpio, cursando con él varias comunicaciones en que exigía una indemnización. El señor Távira se dirigía al gobierno como Agente Confidencial del gobierno de S.M.C., y el Ministro le contestaba como Encargado de Negocios. La indemnización solicitada por el señor Távira no fue concedida en razón de que la barca ya había sido absuelta por el tribunal de presas y puesta en libertad, no obstante de que no había cumplido con las estipulaciones que rigen en una plaza bloqueada. El señor Távira permaneció en Lima hasta los primeros meses de 1860 y estuvo en Lima cuando el 9 de diciembre de 1859 se celebró un nuevo aniversario de la batalla de Ayacucho, demostrándose por parte del pueblo peruano y de las autoridades un sentimiento cordial y amistoso hacia España; se cantó su gloria y su bandera se colocó junto a las banderas americanas (Pons Muzzo 1966:26-27).

A fines de 1862 José Merino Ballesteros fue designado como nuevo Cónsul de España en Lima en remplazo de José de Jane. Merino Ballesteros había recibido serios cuestionamientos por parte del gobierno peruano, que

tiempo atrás les había cancelado un contrato para la fundación de una Escuela Normal junto a sus dos hermanos en Lima, debido al incumplimiento de los plazos suscritos. Al presentar sus credenciales Merino Ballesteros realizó comentarios ofensivos sobre un reciente mensaje del presidente Ramón Castilla al Congreso Nacional. Debido a los antecedentes mencionados el Estado peruano no le brindó el *exequátur* al señor Ballesteros, quedando la legación francesa como la encargada de la representación consular de España. A pesar de no haber sido reconocido por las autoridades limeñas, Merino Ballesteros decidió permanecer en la ciudad y desde ahí envió informes tendenciosos a sus connacionales sobre la situación del Perú:

En ese mismo mes de noviembre, el día 20, el súbdito español don José M. Ballesteros remitía al Ministerio de Relaciones Exteriores una real patente del gobierno español que lo acreditaba como Vice-cónsul de España en el Perú, pidiendo el respectivo *exequátur*. El Ministro de Relaciones Exteriores guardó silencio frente a este pedido, hasta que el 23 de enero del año siguiente solicitó el señor Ballesteros que le hiciera conocer la resolución que hubiese adoptado el gobierno frente a su pedido. El día 31 le contestó el señor Paz Soldán diciendo que el gobierno peruano se negaba a concederle el *exequátur* a su patente por cuanto él y su familia eran considerados enemigos del Perú por haber hecho en Europa publicaciones ofensivas contra el Perú y su gobierno, contribuyendo a crear un clima delicado entre los dos países; además, porque sabía el gobierno que él y su familia pretendían presentar reclamaciones al gobierno peruano. Advertía el señor Paz Soldán que el gobierno peruano se apresuraría a poner el respectivo *exequátur* a cualquier patente que pudiera contribuir a las buenas relaciones entre ambos países. La negativa del señor Paz Soldán se fundaba en que el señor Ballesteros en unión de sus hermanos Francisco y Ramón, habían sido contratados en 1853 por el señor Osma en Madrid para que fundaran en Lima una Escuela Normal en la cual ejercerían los cargos de director y profesores durante seis años, recibiendo los pagos estipulados. Llegados a Lima los hermanos Ballesteros no cumplieron con lo convenido y después de otorgarles el gobierno nuevos plazos, terminó por cancelarles el contrato. El señor José Ballesteros se quedó en Lima y desde aquí enviaba noticias alarmantes y falsas sobre la situación de los súbditos españoles y sobre el país, que sus hermanos publicaban en los periódicos europeos (Pons Muzzo: 32-33).

Desde una perspectiva general, se puede afirmar que las relaciones diplomáticas entre España y las repúblicas hispanoamericanas experimentaron un paulatino deterioro lo largo de la década de 1860. Como veremos más adelante, en aquellos años se produjo un renovado ciclo del intervencionismo europeo en el Nuevo Mundo —dirigido principalmente por las autoridades de París y Madrid—, lo que generó entre los americanos la reavivación de los sentimientos antiespañoles a un nivel que no se había visto desde el final de las guerras de independencia hispanoamericanas.



Recordemos que entre 1861 y 1865 los Estados Unidos estuvieron enfrascados en la Guerra de Secesión. De tal modo, la república más poderosa del continente americano no estaba en capacidad de enfrentar a las tentativas europeas de intervenir en los asuntos del Nuevo Mundo, de acuerdo a la Doctrina Monroe. A razón de la difícil coyuntura descrita líneas arriba, el Gobierno peruano protestó enérgicamente por la expedición armada impulsada por Napoleón III en México, la reincorporación de Santo Domingo por parte de la Corona Española, y el proyecto del presidente ecuatoriano García Moreno de convertir a su país en un protectorado francés (1861). Tales acciones trajeron como consecuencia el enfriamiento de las relaciones diplomáticas peruano españolas a vísperas de los incidentes en la hacienda Talambo (el 14 de agosto de 1863), suceso que antecedió a la captura de las islas de Chincha y que llevó a la más grave crisis diplomática entre ambos países durante el mandato de Juan Antonio Pezet.

Durante la última presidencia de Ramón Castilla el gobierno peruano protestó formalmente ante los gobiernos de España, Francia y el Reino Unido por intervenir en México y Santo Domingo. En solidaridad con el gobierno de Benito Juárez, el Perú envió en misión de apoyo al destacado político liberal Manuel Nicolás Corpancho. El diplomático peruano gestionó la incorporación de México al Tratado Continental de 1856, que estipulaba la ayuda mutua en caso de ser víctimas de agresiones por una potencia extranjera. Con el repliegue del gobierno de Benito Juárez y la proclamación del Imperio Mexicano por Maximiliano I, la delegación peruana se vio forzada a abandonar el país. Nicolás Corpacho falleció al poco tiempo de su salida de México durante su viaje a Cuba producto del incendio de la embarcación que lo transportaba, a la edad de 32 años.

En 1861 la cancillería peruana mandó una circular dirigida a las repúblicas americanas en la que se protestaba por los planes del presidente García Moreno para convertir a Ecuador en un protectorado francés.<sup>26</sup> La

---

<sup>26</sup> Gabriel García y Moreno nació en Guayaquil el 24 de diciembre de 1821 y falleció asesinado en Quito el 6 de agosto de 1875. Estudio jurisprudencia en la Universidad Central de Quito, destacándose como alumno aplicado y versado en lenguas extranjeras. Su estadía en París lo convirtió en francófilo y ferviente admirador de Napoleón III. Fue partidario del conservadurismo político y de la Compañía de Jesús, como defensor de la Iglesia Católica se hizo enemigo acérrimo del anticlericalismo. Fue en dos

controversial propuesta de García Moreno fracasó debido al poco interés de las autoridades europeas así como la férrea oposición del Perú, que contó rápidamente con la adhesión de Nicaragua, Honduras y Colombia:

García Moreno no se dejó disuadir por el poco entusiasmo del general francés. El ministro ecuatoriano en París, Antonio Flores, hijo del general Juan José Flores, entregó a la cancillería francesa, el 15 de marzo de 1862, un extraordinario e insólito documento, denominado Bases, que constituía una tercera invitación a Napoleón III para establecer un protectorado en el Ecuador. Su contenido es tan alarmante y revelador de las intenciones de García Moreno y del peligro que éstas representaban para el Perú, que es pertinente citarlo textualmente.

La tentadora propuesta señalaba que *“El Ecuador se pone bajo el Protectorado del Imperio Francés conservando sus leyes, su nacionalidad y su soberanía que el Gobierno de S.M.I hará respetar de los enemigos de la República”*. El protectorado se solicitaría por un plebiscito, o de la forma que indicara el emperador francés. [...]

En noviembre de 1862, el gobierno de García Moreno nuevamente volvió a la carga. Fabre le transmitió al canciller Thouvenel el ofrecimiento ecuatoriano de efectuar un canje de las islas de los Galápagos por la entrega de armamento y por el envío de una misión francesa para entrenar al ejército ecuatoriano. El gobierno de Napoleón III calificó dicha propuesta de “inoportuna e inaceptable”.

Ello no obstante, Francia se mantuvo muy interesada en el Ecuador y pareció no querer cerrar definitivamente la puerta para posibles proyectos en ese país. Así, cuando el general Tomás Cipriani Mosquera, jefe de gobierno de la Nueva Granada, adoptó en 1862 el título de presidente de los Estados Unidos de Colombia y trató de lograr la incorporación del Ecuador y Venezuela en una federación semejante a la antigua Gran Colombia, el gobierno francés formuló oficialmente su oposición al proyecto. Esto intranquilizó al secretario de Estado norteamericano William Seward, quien no quedó satisfecho con las explicaciones del gobierno francés.

Subraya el historiador norteamericano George Frederick Howe, que constituye un hecho sorprendente que, durante todo el desarrollo del proyecto anexionista monárquico de García Moreno, los diplomáticos estadounidenses nunca recibieran instrucciones para oponerse a la política francesa. Si bien el secretario de Estado Seward felicitó a Hassaurek por su diligencia en informar sobre las diferentes etapas del proyecto de García Moreno, no le envió instrucciones específicas. Seward percibió, aparentemente, que la llave de todo ese drama se encontraba en la invasión francesa a México, que absorbió íntegramente el interés de Napoleón III, desplazando la propuesta de García Moreno (Garibaldi 2003: 340-341).

---

oportunidades presidente del Ecuador, de 1861 a 1865 y de 1869 a 1875. El historiador ecuatoriano Jorge Salvador Lara nos presente una imagen positiva de la presidencia de Gabriel García y Moreno. Él no duda en calificar al político guayaquileño como una de las más robustas personalidades de Hispanoamérica y el más notable magistrado del Ecuador decimonónico, y como forjador de la nacionalidad bajo el signo católico, realizador de una importante obra civilizadora en el país. Con respeto la propuesta de convertir a Ecuador en un protectorado francés, Salvador Lara sostiene que fue una medida desesperada ante el temor que Perú y Colombia hayan pactado un acuerdo para “polonizar” el país en el llamado Tratado Mosquera-Zelaya. Salvador Lara califica la sugerencia hecha al gobierno francés como lamentable y de realización utópica, pero que tuvo utilidad para ejercer presión al Perú durante las disputas limítrofes en ambos países (Lara 1995: 385-403).

En vísperas de la partida de la Expedición Científica con rumbo a América, los contactos diplomáticos entre los gobiernos del Perú y España eran bastantes precarios. El Perú mantenía como cónsul en Madrid a Mariano Moreyra. Por otro lado, la representación diplomática española en Perú se circunscribía únicamente a Ignacio Albistur, vicecónsul de S.M.C. en Islay. Si bien Juan de Ugarte fue nombrado como nuevo cónsul español en remplazo de Merino Ballesteros, su duración fue efímera. Más adelante, cuando las naves españolas ya habían realizado su primera visita oficial al país, el presidente Pezet propuso designar a Manuel Ignacio de Vivanco como representante del Perú en Madrid. Sin embargo el presidente finalmente dio marcha atrás en el nombramiento en vista de las duras críticas vertidas por la prensa.

## **Capítulo 2. La Expedición Científica: Objetivos de su misión y travesía en América.**

La Expedición Científica quedó al mando del comandante general Luis Hernández-Pinzón.<sup>27</sup> La expedición partió el 10 de agosto de 1862 del puerto de Cádiz, compuesta por las fragatas gemelas Resolución y Nuestra Señora del Triunfo, cada una de 3 100 toneladas de desplazamiento y armadas con 44 cañones. Las naves estaban comandadas por los capitanes de navío Enrique Crocker y Manuel de la Rígada respectivamente. La Resolución llevaba la insignia del almirante Luis Hernández Pinzón, y a bordo de la Triunfo iba la Comisión Científica del Pacífico, conformada por seis naturalistas (El antropólogo Manuel Almagro, el zoólogo Francisco de Paula Martínez y Sáez, el botánico Juan Isern, el entomólogo y geólogo Fernando Amor, y el zoólogo Marcos Jiménez de la Espada —futuro gran americanista—. El presidente de la Comisión era el conchiliólogo Patricio María Paz y Membiela) y dos auxiliares (El taxidermista era el médico catalán Puig y Galup y el dibujante-fotógrafo el artista Rafael Castro y Ordóñez). La goleta Vencedora permaneció un tiempo más en Cádiz hasta que culminara con su aprestamiento, se incorporó a la expedición recién en noviembre, al arribar a Montevideo. La goleta Virgen de Covadonga debía de unirse a las demás naves a su paso por la Estación Naval de Río de la Plata, donde se hallaba recalada.

La Expedición Científica preparada por España en 1862 realizó una importante innovación para la época: fue la primera misión europea que incorporó la cámara fotográfica en sus instrumentos de estudio. Gracias al uso de la cámara la Expedición Científica logró captar una valiosa colección de imágenes en torno a la naturaleza, centros poblados y restos arqueológicos. Hoy en día una importante cantidad de las muestras científicas recogidas por la

---

<sup>27</sup> Luis Hernández-Pinzón y Álvares de Vides nació en Moguer en 1816 y falleció en su localidad natal en 1891. Fue un político y marino español, vigésimo octavo Capitán General y Almirante de la Real Armada Española durante el reinado de Isabel II. Luis Hernández Pinzón fue descendiente de los tres hermanos Pinzón (Martín Alonso, Vicente Yáñez y Francisco Martín) quienes tuvieron participación activa en el primer viaje de Cristóbal Colón, durante el descubrimiento de América. Fue diputado a las Cortes en varias legislaturas, alcanzando el cargo de senador. Tuvo una participación destacada en el bando isabelino durante la I Guerra Carlista, así como en acciones de armas posteriores. En 1862 se le nombró comandante general de la escuadra del Pacífico, apoderándose de las islas de Chíncha en abril de 1864, siendo relevado del cargo por el contralmirante José Manuel Pareja. En 1881 ascendió a Almirante, la más alta distinción en la Real Armada, puesto equivalente a Capitán General. Sus restos reposan en el Panteón de Marinos Ilustres de San Fernando, en Cádiz.

expedición se encuentran bajo custodia del Museo Nacional de Ciencias Naturales, en Madrid.

El ministro de Marina y Ultramar –Juan Zavala de la Puente– proporcionó a Hernández Pinzón instrucciones precisas acerca del derrotero a seguir por la escuadra española así como de su conducta ante los gobiernos americanos. El periplo de la escuadra debía de bordear las costas marítimas del continente americano y recalar en los puertos más importantes de la región. El viaje de ida debía iniciarse en Brasil y terminar en Alta California. Los lugares a recorrer serían Río de Janeiro, Todos los Santos, Pernambuco, Río de la Plata, Puerto Egmont (Islas Falkland o Malvinas), las Islas de los Estados (ubicada a 24 kilómetros de la Isla Grande de Tierra del Fuego) y el Cabo San Juan. Luego de atravesar el Cabo de Hornos, en el Pacífico debía recorrer la isla de San Carlos (archipiélago de Chiloé), y los puertos chilenos de Talcahuano y Valparaíso. En Perú debía de pasar por Arica y el Callao, proseguir por Guayaquil, Panamá y Acapulco; y terminar en el puerto de San Francisco. El viaje de retorno a España debía de producirse en sentido inverso.

En lo concerniente a los gobiernos americanos, las instrucciones de la escuadra española eran claras al respecto: la monarquía española reconocía «la indubitable independencia e incuestionable soberanía de todas y cada una de las jóvenes repúblicas sudamericanas». La escuadra debía de obrar con especial tacto, aunque con la energía necesaria en el tratamiento de toda reclamación efectuada por sus connacionales, en coordinación con las autoridades diplomáticas y consulares de España en América. En caso de presentarse dificultades excepcionales que requieran de una urgente solución, quedaba a criterio del comandante general de la escuadra las acciones a seguir, apelando a su alta conciencia y al espíritu de las instrucciones recibidas por el gobierno español. En relación a las fechas de las fiestas nacionales de independencia, la escuadra española debía de retirarse con la suficiente anticipación de los puertos americanos, para evitar que su tripulación se viera involucrada en las celebraciones.

En lo que respecta al Perú, se hacía mención de la hostilidad que le había mostrado a España por los sucesos en México y Santo Domingo, así

como de los sentimientos antiespañoles que abrigaba su prensa. No había indicios para pensar que las malas disposiciones demostradas por el gobierno peruano se hubiesen modificado. Se debía adoptar entonces una postura cortés y amistosa, pero siempre con firmeza. El restablecimiento de relaciones normales y hasta amigables debía darse sin tolerar abusos por parte de Perú. Así, era necesario que frente a sus costas se ostentara más la fuerza y energía de la escuadra peninsular. En relación a los súbditos españoles que sean víctimas de abusos en el país, debían reclamarse prontas y completas reparaciones, para demostrar de este modo que no obstante la moderación, se desplegaría la energía necesaria para desagaviar las ofensas recibidas, por más leves que fueran. Las instrucciones de Hernández-Pinzón reflejan un fuerte sentimiento de honor y orgullo que influenciarían fuertemente las políticas españolas posteriores (St. John 1999:64). En aquel entonces la idea del honor estaba ligada al de la buena reputación en base a virtudes o méritos, y el orgullo a la alta estima propia.

El 6 de octubre de 1862 la Expedición Científica arribó a Río de Janeiro, en ese entonces la capital del Imperio de Brasil. El emperador Pedro II agasajó a la plana mayor y a los científicos de la Expedición. El 24 de ese mismo mes, Ramón Castilla dejó en manos de Miguel de San Román la presidencia de la República. El 7 de noviembre la Expedición arribó al Río de la Plata. En Montevideo Luis Hernández-Pinzón ofreció un banquete al presidente uruguayo Bernardo Berro a bordo de la Resolución. En Buenos Aires la plana mayor de la escuadra fue agasajada por el presidente argentino Bartolomé Mitre. El 15 de enero de 1863 las naves españolas continuaron con su periplo. Recalaron por dos meses en las islas Malvinas para reparar las averías en el timón de la Resolución, partiendo el 10 de abril. Días atrás, el 5 de ese mes, había fallecido el presidente San Román en su residencia en Chorrillos, luego de una larga y penosa enfermedad. De acuerdo a la Constitución, a San Román debía de sucederle en el poder el primer vicepresidente, general Juan Antonio Pezet. Aquel se encontraba en una gira por Europa, por lo que el segundo vicepresidente, general Pedro Diez Canseco, asumió la jefatura del gobierno hasta el retorno de Pezet. Mientras tanto, la escuadra española atravesó el Cabo de Hornos y alcanzó Valparaíso el 5 de mayo. El presidente

chileno José Joaquín Pérez y el pueblo chileno brindaron un cálido recibimiento a los marinos españoles.

El 10 de julio de 1863 la escuadra arribó al Callao. A su llegada las naves de la Armada Real estuvieron a punto de entrar en conflicto con un barco de guerra francés que intentaba apresar la nave “Rosa y Carmen”. De acuerdo con el historiador español José Ramón García, la “Rosa y Carmen” era un barco español que transportaba desde la colonia gala de Tahití colonos polinesios con destino al Perú, y su capitán tenía orden de captura bajo la acusación de secuestro y asesinato en Otaiti (García 1993:12). En lo que respecta a los integrantes de la Comisión Científica, ellos arribaron a Lima en dos momentos distintos: Marcos Jiménez de la Espada, Puig y Galup, Rafael Castro y Ordoñez, Patricio María Paz y Menbiela, Fernando Amor y Francisco de Paula Martínez llegaron a bordo de la Triunfo y la Covadonga. Mientras que Manuel Almagro y Juan Isern alcanzarían la ciudad el 30 de agosto, después de haber recorrido las serranías de Bolivia y Perú. Durante su estancia en la ciudad, Patricio María Paz y Menbiela optó por regresar a España,<sup>28</sup> siendo reemplazado en la presidencia de la Comisión por Francisco de Paula Martínez y Sáez.

Los científicos españoles buscaron entablar relaciones con sus homólogos radicados en Lima. Llegaron a contactarse con el sabio italiano Antonio Raimondi, quien les proporcionó valiosa información acerca de la naturaleza y geografía del Perú. Recorrieron las instalaciones del Museo de Ciencias Naturales, y tuvieron oportunidad de conocer algunas colecciones particulares de objetos prehispánicos. En relación al recorrido de la expedición científica a través de América, Jorge Basadre escribió lo siguiente:

Los miembros de la expedición científica habían procurado dedicarse a sus investigaciones. Empezaron a actuar en el Brasil. Un grupo viajó de Montevideo a Chile por tierra y atravesó los Andes por Uspallata. En Chile, los hombres de ciencia trabajaron entre Santiago y Valparaíso y llegaron hasta Copiapó. Su propósito de visitar otras regiones fue frustrado por Pinzón. Dos de ellos llegaron a internarse en Bolivia y el Perú. Luego, el mayor tiempo estuvo dedicado a navegar. Sin embargo, Jiménez de la España pudo permanecer casi un mes en Centroamérica y uno de sus

---

<sup>28</sup> La retirada de Paz y Membiela se debió a las desavenencias ocurridas entre él y el comandante de la Triunfo, de las que se formó averiguación sumaria. El gobierno español reconoció que la justicia estaba de parte de Paz y Membiela y llamó la atención al señor Croker (Novo y Colson 1882:123).

El capitán del puerto saludó a Luis Hernández Pinzón en nombre de las autoridades del país. Días después la comitiva española fue agasajada por el mismo vicepresidente Pedro Diez Canseco. Si bien persistían las sospechas en torno a las intenciones de la escuadra española en el Pacífico, entre huéspedes y anfitriones reinó un clima de amabilidad y cordialidad. A bordo de la Resolución se ofreció un banquete a las autoridades peruanas. El 27 de julio, a vísperas del aniversario nacional, la escuadra española levó anclas y partió en dirección al norte. Recalaron brevemente en los puertos de Paita y Guayaquil. Durante la travesía, frente a las costas centroamericanas, la escuadra española se topó con la fragata peruana Amazonas, que enarbolaba la insignia presidencial. El general Juan Antonio Pezet iba a bordo de aquella embarcación que lo transportaría al Callao para asumir la jefatura del Estado. El vicealmirante Pinzón ordenó saludar con 21 cañonazos el paso de la Amazonas, pero los marinos peruanos no reciprocaron. Todo parece indicar que el desaire que sufrieron las naves de la Armada Real fue una acción premeditada que debió causar mucho malestar en los marinos españoles. Al respecto, Juan del Campo Rodríguez señaló lo siguiente:

En aquella época el protocolo naval era bastante riguroso y los comandantes de las naves de guerra lo dominaban a la perfección, por lo cual no era dable que un experimentado marino peruano lo desconociera. Por tanto no se habría tratado de una omisión. Tal actitud, indudablemente, repercutiría en el ánimo de Pinzón y motivaría más suspicacias negativas hacia el Perú (Del Campo 2003: 47)

La navegación de la escuadra española se hacía lenta a causa de la goleta Covadonga, nave pequeña y poco veloz. Así, se decide que la Covadonga debía recorrer Centroamérica y de ahí partir al Callao a la espera del resto de la escuadra española, que proseguiría camino hasta los Estados Unidos. En Acapulco la escuadra española no saludó la plaza debido al estado dudoso de las relaciones entre México y España. El viaje prosiguió y a comienzos de octubre la escuadra española arribó al puerto de San Francisco en California. Una vez alcanzado el territorio estadounidense, la Expedición Científica se disponía a emprender el viaje de retorno a España. A su regreso de California, llegaron a oídos de Hernández-Pinzón noticias exageradas sobre



los incidentes en la hacienda peruana de Talambo. El vicealmirante español se dirigió de inmediato al Perú, arribando con su escuadra al Callao el 13 de diciembre de 1863.

Sin embargo, los últimos acontecimientos suscitados en el Perú alteraron los planes originales de la escuadra. Durante los meses siguientes, las naves españolas permanecieron en aguas del Pacífico a la espera de recibir nuevas instrucciones desde Madrid en relación a la suerte de sus connacionales en el Perú. El gobierno español esperaba que los representantes de la monarquía española se condujeran con buena inteligencia, confiándoles una misión de paz. Así, en España había intenciones de alcanzar una solución pacífica en el pleito judicial de Talambo. El uso de la fuerza solo debería de corresponder en caso de una situación extrema. La torpeza e ineptitud de los representantes españoles en el Perú condujeron a la captura de las islas de Chincha. Su accionar a todas luces violaba las leyes internacionales vigentes y las fórmulas diplomáticas, recibiendo fuertes críticas no solo entre los gobiernos americanos sino en la misma España.

¿Cuáles eran los objetivos que llevaron a las autoridades de Madrid a enviar la Expedición Científica a América, embarcada en naves de guerra de la Armada Real? Podemos distinguir como mínimo cuatro móviles para aquello:

En primer lugar existía la intención de estrechar los vínculos y las relaciones entre España con los gobiernos de las repúblicas americanas y el Imperio de Brasil. En segundo lugar era una cuestión de prestigio, como parte del esfuerzo por elevar a España una vez más al sitio de gran potencia europea. Por un lado la Armada Real se había fortalecido en los últimos años, y era necesario que las naves de guerra españolas tuvieran presencia en aguas del Atlántico y el Pacífico al igual que la de sus pares británicas y francesas, y que a su paso por puertos americanos inspirasen respeto y exhiban su poderío entre la población y las autoridades nativas. Por otro lado, el envío de una expedición científica al Nuevo Mundo formaba parte del proyecto modernizador español impulsado por la reina Isabel II. El fomento de la investigación científica era primordial en la generación de nuevos conocimientos, al estudiar la naturaleza se podrían identificar nuevas formas de explotar sus recursos

para ponerlos al servicio de la humanidad y al desarrollo de una economía moderna. Este aspecto no puede desvincularse de la visión europea decimonónica de aprovechar las riquezas naturales disponibles en los cinco continentes para proveerse de las materias primas requeridas por el proceso de industrialización. El fomento de la ciencia y tecnología era una característica propia de los países adelantados, donde la economía capitalista había rendido sus mayores frutos, y España no quería quedarse atrás en ese proceso.<sup>29</sup> Para Hobsbawm (1990:71) el acontecimiento más importante del siglo XIX es la creación de una economía global, que penetró de forma progresiva en los rincones más remotos del mundo, con un tejido cada vez más denso de transacciones económicas, comunicaciones y movimientos de productos, dinero y seres humanos que vinculaba a los países desarrollados entre sí y con el mundo subdesarrollado.

En tercer lugar, la Expedición Científica debía determinar cuál sería el lugar más indicado para la instalación de una segunda estación naval en Sudamérica, esta vez en la costa del Pacífico. La nueva estación reportaría tres ventajas principales para España. Por un lado permitiría el restablecimiento de la presencia permanente de naves de la Armada Real en las costas del Pacífico americano (algo que no sucedía desde la pérdida de la mayor parte de sus dominios coloniales en el Continente). Así, se podría velar por la protección de los intereses españoles en mejores condiciones en una zona que estratégicamente se había revalorado con el descubrimiento de las minas auríferas en California y Australia. Por otro lado la estación naval permitiría acercar los territorios coloniales españoles dispersos entre el Atlántico (Cuba y Puerto Rico) y el Pacífico (Filipinas, Guam, Islas Marianas, Carolinas y Palaos).<sup>30</sup> Una última ventaja sería la presencia misma de una flota española

---

<sup>29</sup> A pesar de los esfuerzos desplegados por sus autoridades, España permaneció como una de las regiones europeas más atrasadas en términos sociales, económicos y políticos del continente hasta por lo menos la primera mitad del siglo XX.

<sup>30</sup> En líneas generales, la soberanía de España en sus posesiones en la Micronesia se hallaba en una situación vulnerable debido a la inexistencia de una autoridad permanente. De acuerdo con María Dolores Elizalde, es recién en la década de 1880 cuando el Gobierno español se interesó por el estado de sus posesiones en la zona, y motivado por el deseo de no perder dominio sobre ninguno de los territorios que poseía en el Pacífico, obligado por los problemas internos de las islas que exigían la presencia y arbitrio de una autoridad efectiva, y temeroso de la carrera imperialista, decidió ocupar de facto las Carolinas y establecer una División Naval que reafirmara la soberanía española en la zona (Pérez-Grueso 1992:13).

con base en el Pacífico Sudamericano que sin duda desempeñaría un papel importante en un posible escenario bélico frente a los Estados Unidos.<sup>31</sup>

En cuarto lugar, la presencia de naves de guerra españolas era un elemento de apoyo en eventuales reclamos que pudieran presentar los súbditos españoles residentes en el Nuevo Mundo a los gobiernos de la región. En aquellos años las repúblicas americanas tenían entre las cancillerías europeas la mala reputación de ser lugares donde campeaba la anarquía y donde los desórdenes políticos causados por las luchas revolucionarias devenían en constantes abusos y vejaciones a los residentes extranjeros.

Recordemos que en las instrucciones dadas a Luis Hernández Pinzón se señaló que su misión era de paz, y en caso de producirse abusos contra de los súbditos españoles radicados en América se debía reclamar por las reparaciones con energía y firmeza.

En cierta manera, las preocupaciones y temores de las autoridades madrileñas sobre la suerte de sus compatriotas en Hispanoamérica tenían fundamento,<sup>32</sup> pero es necesario tomar en consideración algunos matices

---

<sup>31</sup> Estados Unidos buscaba incrementar su influencia en el Caribe a expensas de los últimos dominios españoles en América: las islas de Cuba y Puerto Rico. Los presidentes estadounidenses John Quincy Adams, James Polk, James Buchanan y Ulysses Grant propusieron a España la compra de Cuba, algo que siempre fue descartado por las autoridades peninsulares. La posibilidad que se produjera una ruptura de hostilidades entre España y Estados Unidos por el control de las islas no era una amenaza lejana en la mente de los políticos de ambos países luego de la cesión de Florida en 1819, situación que se prolongó durante el resto del siglo XIX, exacerbándose finalmente en 1898. Un escenario de tensión equivalente se dio entre los Estados Unidos y el Reino Unido en lo que respecta al control del territorio perteneciente al actual Canadá, aunque en este caso la guerra no llegó a ocurrir. Hasta antes de la década de 1860, los promotores del sistema esclavista en los Estados Unidos fueron los principales interesados en la anexión de Cuba y Puerto Rico, incluso descartándose los medios pacíficos. Resulta importante destacar que durante el periodo excepcional de la Guerra de Secesión — que coincidió con la presencia de la escuadra española en el Pacífico sudamericano — los políticos estadounidenses evitaron que su país se involucrara en una guerra exterior. Véase Arnaldo Márquez (2003), Juan del Campo Rodríguez (2003) y José Ramón García (1993).

<sup>32</sup> En efecto, en todo el orbe se han registrado casos de abuso y maltrato a los extranjeros que radican en un país distinto al suyo, y el Perú no ha sido la excepción. Como una muestra de aquello el historiador chileno Gilberto Harris presentó la ponencia titulada “Tribulaciones de los chilenos emigrados al Perú antes de la guerra del Pacífico”, en las XV Jornadas de Historia Luías Carreño Silva, en la Universidad de Playa Ancha- Valparaíso (del 12 al 14 de octubre del 2010). La presente investigación no pretende ocultar o disminuir el número o la importancia de estas situaciones. Sin embargo, el énfasis en plasmar los excesos producidos por las reclamaciones extranjeras en el Perú corresponde a un solo objetivo: demostrar que las sospechas de las autoridades peruanas en torno a las intenciones de la Expedición Científica en el Pacífico se basaban en anteriores incidentes con las potencias occidentales. Las autoridades españolas tenían el deber de solidarizarse con la suerte de sus compatriotas en el Perú, y esperar que se procediese con la justicia del caso, pero a su vez no había la garantía que los marinos peninsulares terminasen usando (y abusando) de su poderío naval para imponer condiciones humillantes y excesivas a la joven República.

importantes. Aquí podemos recoger algunas de las ideas desarrolladas por Josefina Zoraida Vásquez en lo que respecta a la complicada inserción de los países hispanoamericanos al concierto internacional en el siglo XIX. Muchas veces los ministros extranjeros ejercieron una negativa influencia en las nacientes repúblicas: en México y otros países, los comerciantes y el personal consular patrocinaron movimientos políticos contra los gobiernos, ya fuera para combatir medidas fiscales o para aprovechar los descuentos ofrecidos por los rebeldes. De esta manera contribuyeron a la inestabilidad. Buena parte de las presiones comerciales foráneas se originaban en las reclamaciones planteadas por los mismos extranjeros. A las reclamaciones acumuladas desde los años de la lucha independentista se sumaron las violaciones a los tratados de comercio. Algunas reclamaciones diplomáticas derivaban de daños sufridos durante disturbios y pronunciamientos; otras, de problemas con autoridades, incumplimiento de pagos por los gobiernos y problemas religiosos; casi siempre eran exageradas o injustas. Con frecuencia reflejaban el prejuicio cultural que atribuía inferioridad a los hispanoamericanos. Los gobiernos aceptaban muchas de las reclamaciones, pero rechazaban otras. Sostenían también que los gobiernos no eran responsables de los daños causados durante las revueltas y que satisfacerlos privilegiaba a los extranjeros en detrimento de los nacionales que también sufrían pérdidas. Franceses y norteamericanos se negaron a someter sus reclamaciones a jueces locales y recurrieron una y otra vez al bloqueo de los puertos y a las amenazas. La Foreign Office británica instó a sus nacionales a presentar sus casos ante la justicia local, con buenos resultados, sobre todo porque sus representantes aprendieron a manipular las instituciones. La autora señala que las reclamaciones y las deudas extranjeras, con la filosofía darwinista llevada al terreno de las relaciones internacionales, legitimaba el uso de la fuerza para obligar a los países débiles a cumplir sus demandas, lo que dio lugar a intervenciones armadas temporales. Las presiones diplomáticas y las agresiones extranjeras distorsionaron el desarrollo y la consolidación de los nuevos estados (Zoraida Vásquez 2003: 253-284).

En efecto, en ocasiones las naves de guerra de las potencias occidentales no dudaron en abrir fuego con sus cañones sobre objetivos americanos, ocasionando graves daños materiales y pérdidas de vidas. Al

respecto no podemos dejar de mencionar el bombardeo de Arica por parte de las fuerzas británicas en 1844, humillación que determinó la férrea decisión de Ramón Castilla por reformar el servicio de relaciones exteriores del Perú. Aquel pasaje histórico ha sido descrito por Rosa Garibaldi de la siguiente manera:

Como el gobernador de Arica, coronel José Arancibia, no recibió a tiempo —antes del plazo fijado por los británicos— la autorización del general Iguain para la entrada de la nave británica *Cormorán* a hacer su aguada en dicho puerto, el comandante del buque británico, capitán de navío George Thomas Adams y los cónsules británicos en Arica y Arequipa, Hugo Wilson y Thomas Crompton, presenciaron a bordo el despiadado bombardeo, para completar el dramatismo del hecho, la orden accediendo a lo solicitado por los británicos le llegó a Arancibia pocos minutos después del bombardeo. Fue un acto irracional que el encargado de negocios de Estados Unidos, James C. Pickett, calificó de arbitrario y violento.

El 30 de mayo de 1845, poco después de asumir la presidencia, Ramón Castilla se vio obligado a firmar un protocolo humillante mediante el cual el gobierno peruano acordaba despojar a Iguain de su rango de general y negarle toda posibilidad de acceso a otro puesto político o militar, así como cancelarle a Arancibia su nombramiento de gobernador. En un valiente pero fútil esfuerzo por disimular la humillación, Castilla anotó en el texto del protocolo que el gobierno peruano cedía solamente bajo presión de la flota británica y que el acuerdo no sería un precedente para el futuro. Explicó al Congreso que “*se arribó a un punto que señalaba un juicio prudente, sólo para evitar mayores males*”; [...]

El grave incidente no pasó desapercibido para el encargado de negocios estadounidense, John A. Bryan, quien hizo notar al secretario de Estado James Buchanan que la Gran Bretaña, con sus medidas enérgicas, había doblegado al gobierno peruano. La obvia recomendación encajaba perfectamente con el espíritu de la época: Estados Unidos se encontraba en plena guerra con Méjico y en vísperas de anexar a Texas. Un editorial del *New York Herald*, reproducido en *The Times* de Londres el 15 de octubre de 1845, sostuvo idéntica tesis: hasta que Estados Unidos no adoptase medidas firmes con la república del Perú, ese gobierno se burlaría de los reclamos norteamericanos (Garibaldi 2003:44-45).

Por tal motivo, ante los ojos de las autoridades peruanas, la presencia de las naves de guerra de la Armada Real en aguas del Pacífico se prestaba perfectamente para la repetición de acontecimientos similares a los descritos líneas arriba. No era fortuito que el anuncio de la partida de la Expedición Científica española generase temores y desconfianza en el Perú tanto entre sus autoridades como en la opinión pública. En 1862, cuando su gobierno se estaba acercando al fin, Ramón Castilla solicitó a Federico Barreda la compra de naves blindadas en los Estados Unidos, y vio la necesidad de fortificación de los puertos, pero el Congreso se negó a brindarle el presupuesto solicitado (debido a las suspicacias de incrementar la fuerza del Ejecutivo en vísperas de dejar la presidencia). La diplomacia peruana buscó

también la adhesión de Argentina y Uruguay al Tratado Continental de 1856, fracasando en su intento. El presidente San Román solicitó nuevamente al Congreso autorización para reforzar la escuadra, aumentar el ejército y facultades extraordinarias para la defensa del país frente a la amenaza española. Sin embargo, el pedido le fue negado. Por su parte, el ministro peruano en Montevideo, Buenaventura Seoane, se entrevistó con el general de marina español, Luis Hernández-Pinzón, a su paso por Uruguay, para indagar sobre las intenciones de la escuadra española en Sudamérica. El 2 de marzo de 1863 el Ministro de Relaciones Exteriores, José Gregorio Paz Soldán, dirigió una circular a los gobiernos de América, en donde comunicaba que el gobierno peruano había recibido desde Europa algunas noticias alarmantes sobre las intenciones de la escuadra española en el Continente, y era posible que se repitiesen los sucesos como los acontecidos recientemente en México y Santo Domingo. Con la circular se buscaba que las repúblicas americanas coordinaran una política exterior común con respecto a España.

Visto en retrospectiva, se puede apreciar que las suspicacias que se habían levantado en el Perú con respecto a la Expedición Científica española estuvieron plenamente justificadas. La captura de las islas de Chincha el 14 de abril de 1864 se produjo como un acto de prepotencia y arrogancia por parte de ciertas autoridades españolas, en violación de las leyes internacionales vigentes y de las fórmulas diplomáticas, sólo admisible a partir de la visión de desigualdad en la que las potencias europeas entendían sus relaciones con los países periféricos.

En resumen, fueron cuatro los móviles que decidieron el envío de la Expedición. Las autoridades madrileñas dejaron en manos de la Comisión Científica la labor investigativa de los recursos naturales y de la cultura americana, mientras que a la Armada Real le encomendaron el cumplimiento de ciertos objetivos políticos, de acuerdo a los intereses españoles en la región. Así, la Expedición Científica tenía que zarpar forzosamente de Europa a bordo de naves de guerra, y no en embarcaciones de uso civil. Se puede argüir que la misión científica requería algún tipo de protección frente a los eventuales peligros que pudiesen suscitarse durante su travesía por América, y eso explicaría la natural decisión de ser transportada en embarcaciones de la

Armada Real, independientemente de los demás objetivos políticos que tuvieran en mente las autoridades madrileñas. Sin embargo, hay que tener presente que la flota española destinada para la misión estaba conformada por cuatro naves de guerra con su respectiva tripulación, una fuerza a todas luces excesiva si se toma en cuenta que por más equipos científicos transportase, la Comisión Científica apenas estaba conformada por ocho individuos. Precisamente ese desbalance resultó sospechoso ante los ojos de las autoridades peruanas, que ponían en duda el verdadero interés científico que tenía la expedición, temiendo una velada misión agresiva contra la República.

Por otro lado, los científicos estarían protegidos por la escuadra española mientras aquellos permaneciesen a bordo de las naves o cuando estuvieran en localidades cercanas a la costa. La Comisión Científica tuvo que internarse en varias ocasiones al interior del Continente, y, al menos que fuesen acompañados en sus incursiones por infantes de marina, la protección de la Real Armada era hasta cierto punto limitado. La presión que podían ejercer los cañones españoles a los Gobiernos de América no era por sí sola capaz de asegurar la integridad de los científicos en tierra firme. En última instancia, los científicos pudieron optar por realizar la exploración del territorio americano sin el auxilio de las naves de guerra. Eso quedó demostrado cuando la Comisión Científica se vio forzada a abandonar las embarcaciones españolas luego de los incidentes en la Hacienda de Talambo. Cuatro de aquellos (Marcos Jiménez de la Espada, Francisco de Paula Martínez y Sáez, Manuel Almagro y Juan Isern y Battló) decidieron continuar con su periplo a través la región amazónica, a pesar de los riesgos que corrían y los pedidos que le llegaban desde Madrid, más aún cuando se estaba a vísperas del estallido de la Guerra Hispano- Sudamericana.

En pocas palabras, la partida de la Expedición Científica a bordo de naves de guerra hispanas se debe a la conjunción de los aspectos políticos y científicos de la misión encargada por las autoridades isabelinas, que eran inseparables de por sí. Ambos eran pieza clave para la anhelada recuperación del protagonismo español en las costas americanas:

Política y ciencia se unieron en el Madrid de 1862 por la atmósfera panhispanista existente en las elites dirigentes en la última fase del reinado

de Isabel II (Van Aken 1959; López-Ócon, 1987: 60-88). Hubo por aquellos años una pequeña *belle époque* como resultado de los inicios del capitalismo español (Tortella, 1975) y se aspiró entonces a recuperar el rango de gran potencia en el escenario internacional (6). El inicio de la guerra de Secesión en Estados Unidos en 1861 facilitó una activa política en la América latina destinada a trazar una barrera al expansionismo norteamericano, tanto en la América media como en la cuenca del Pacífico. Como consecuencia de esos planes geoestratégicos se organizó el viaje de circunnavegación de las fragatas *Triunfo* y *Resolución* para establecer una estación naval española en el litoral del Pacífico sudamericano, similar a la que ya existía desde 1845 en Montevideo, con el fin de articular las diferentes y fragmentarias piezas del sistema colonial esparcido por América, Asia y Oceanía. De hecho parece ser que los comisionados recibieron órdenes de estudiar un emplazamiento favorable para instalar esa posible base naval en el litoral americano del Pacífico (8), un área que se había revalorizado económica y estratégicamente a partir de los hallazgos auríferos de California y Australia de 1848.

Pero además existió la convicción de que el incipiente sistema científico técnico que se estaba reconstruyendo a duras penas tras la crisis de las primeras décadas del siglo XIX, podía ponerse al servicio de esa agresiva política exterior neocolonial, entre otras razones porque había científicos que tenían ya una experiencia acumulada en la dimensión colonialista de la ciencia. Así sucedía con algunos de los viajeros naturistas seleccionados, o con el mismo proyecto científico subyacente en la organización de la expedición, muy vinculado al programa de trabajo de la *Société Impériale Zoologique d'Acclimatation*.

[...]

De una manera u otra los mencionados naturistas formaban parte de un movimiento existente en la Europa de aquel tiempo por el que la ciencia estaba estrechamente vinculada a la nueva expansión colonial protagonizada por una activa “burguesía conquistadora”. Las grandes potencias coloniales impulsaron entonces vastos programas de investigación para proseguir los sueños dominadores del siglo XVIII: el de trasladar muestras de la naturaleza exótica a los laboratorios europeos para dominarla y domesticarla mediante el conocimiento (Mackenzie, 1990). La creación de la *Société Impériale Zoologique d'Acclimatation* en 1854 por Isidore Geoffroy Saint-Hilaire (1805- 1861)- convertida en imperial al año siguiente al obtener el patrocinio de Napoleón III- es un caso elocuente del papel desempeñado por los científicos en la expansión colonial europea. Ahora bien, aunque como ha mostrado Michael Osborne la aclimatación —basada en la teoría de la variabilidad limitada de tipo (11)— fue concebida como una ciencia al servicio de la política colonial francesa, particularmente en Argelia (Osborne, 1994; 2000), no es menos cierto que desde que se puso en movimiento tuvo una clara dimensión internacionalista (López-Ocón 2003: 479-515).

Ahora bien, antes de continuar es necesario que nos detengamos por unos instantes a reflexionar en torno a una idea bastante difundida y recurrente en la historiografía peruana, en relación a las verdaderas intenciones que estuvieron detrás de la decisión de Madrid de enviar una escuadra de guerra española frente a las costas del Pacífico. *Grosso modo*, tal idea sostiene que Isabel II guardaba el anhelo de recuperar —por lo menos de manera parcial— los antiguos dominios hispanos perdidos en América durante



el reinado de su padre, Fernando VII. Las intervenciones armadas en Santo Domingo y México serían el preludio de los planes españoles por reconquistar el continente. España había mandado sus naves de guerra a aguas sudamericanas con la verdadera intención de provocar un *casus belli* que justificase la ocupación de las islas de Chíncha, con miras a restaurar el antiguo virreinato del Perú. Así, la Expedición naval enviada por Madrid en 1862 encubría los reales objetivos de su misión bajo el disfraz de una misión científica.

Esta interpretación tuvo su origen en las sospechas y temores que asaltaron a la opinión pública peruana en las vísperas y durante el desarrollo del conflicto diplomático con España. En 1866 (posterior al combate de Dos de Mayo) hizo su primera aparición en la historiografía peruana, en el trabajo de José Arnaldo Márquez (1866). La historiadora española Ascensión Martínez Riaza no duda en señalar aquel libro como la obra mayor del polifacético escritor romántico, por su prolijo estudio comparativo de los procesos históricos de ambos países incidiendo en las consecuencias que las luchas internas tuvieron en las posibilidades de progreso de uno y otro. Para Martínez Riaza (2004:391-419), la historiografía posterior, a veces sin reconocerlo, y aun criticándola, es deudora de esta obra pionera.

Márquez establece las causas que entorpecieron la posibilidad de acercamiento tras la independencia, particularmente la deuda contraída por el Perú y la intención soterrada de la monarquía de recuperar alguna vez sus antiguos dominios. La salida de los puertos de España de la Expedición Científica es representada como un suceso singularísimo «pues a contar desde los tiempos del impopular Carlos III, la ciencia jamás ha sido objeto de ninguna de las veleidades del gobierno español». Las naves españolas realizaron su recorrido bordeando las costas del continente americano desde Brasil hasta California, como un paso preparatorio en la ejecución de su plan general. Para el autor cuatro fueron los objetivos del periplo de la escuadra española: promover el aislamiento diplomático entre las Repúblicas Hispanoamericanas; desalentar las muestras de apoyo y simpatías entre ellas, aliadas naturales en caso que alguna de ellas enfrente una agresión extranjera, intimidándolas con la presencia de los mejores buques de madera de la Armada Real; y alcanzar

el puerto de San Francisco, ya que ante los ojos de Márquez éste era el único en las costas occidentales de América que podía proveer a las necesidades de conservación y reparación de una escuadra.<sup>33</sup> Debido a la lejanía que se hallaba de España la Expedición, y calculando la probabilidad de una guerra en Sudamérica, se hacía muy importante la adquisición de una base de subsistencia y suministros de todo género, menos distante y peligrosa que Montevideo y Buenos Aires. La necesidad de doblar el Cabo, el peligro de la navegación, el temor a los corsarios y algunas otras causas, se reunían para hacer de estos puertos de Atlántico una base demasiado remota y precaria. Finalmente, en las costas de México la escuadra debía explotar todas las circunstancias favorables que pudiesen surgir en la guerra que el país mantenía contra Francia, y asegurar hasta donde fuese posible la protección que los puertos mexicanos llegasen a concederle. Luego se procedió a motivar un pretexto que justificase la reivindicación de los depósitos guaneros del Perú, dándose principio así a la reconquista de Sudamérica (Márquez 1866: 44-67).

A partir del antecedente de José Arnaldo Márquez, a lo largo del tiempo se han publicado en el Perú numerosos libros y artículos históricos que insisten en interpretar la captura de las islas de Chíncha en 1864 como parte de una aventura colonialista de España, en su afán de recuperar sus antiguos dominios americanos. Esta manera tradicional de comprender la Guerra Hispano-Sudamericana ha sido ampliamente predominante en la enseñanza a nivel primario y secundario de los colegios públicos y privados del Perú.

Es necesario realizar algunas precisiones al respecto. En primer lugar, hasta el momento no se ha hallado ningún documento oficial del gobierno español, en relación a la Expedición Científica de 1862, donde se haga referencia a un plan de reconquista en América. Anteriormente el rey Fernando VII era reacio a reconocer la pérdida de la mayor parte de su Imperio Colonial en el Continente, y en esa época sí se llegaron a concebir en los círculos de Madrid proyectos para enviar unidades militares en contra de las jóvenes repúblicas de América. Sin embargo, como ya se señaló en el

---

<sup>33</sup> Novo y Colson comparte un punto de vista similar con José Arnaldo Márquez. Luego de la captura de las islas de Chíncha y ante la posibilidad de no recibir suministros de Valparaíso, San Francisco quedaba como el único puerto capaz de abastecer la escuadra (Novo y Colson.1882: 197).

momento debido, el ascenso de Isabel II significó un importante cambio en la política exterior española, y las Cortes Reales autorizaron el reconocimiento de la independencia y soberanía de los nuevos estados. El gobierno español procuró en todo momento normalizar las relaciones diplomáticas con los países de la región, y en las instrucciones dadas a Luis Hernández-Pinzón figuraba el respeto al hecho consumado de la independencia hispanoamericana. La intervención española en Santo Domingo tuvo su origen en los pedidos del general Santana—apoyado de los sectores hispanófilos de la isla— por reincorporar el país a la monarquía hispana, antes que en acciones premeditadas de reconquista por parte de Madrid. Si España no se retiró a tiempo de Santo Domingo se debió a que subestimó la fortaleza de los sentimientos nacionalistas contrarios a la anexión, y al descrédito político que recaería entre quienes tomaran la decisión de abandonar la isla. En relación a México, España y Reino Unido llegaron a un satisfactorio acuerdo con el gobierno de Benito Juárez con respecto al pago de la deuda externa, lo que motivó el retiro de sus respectivas fuerzas armadas de territorio mexicano. En pocas palabras, la España de Isabel II no tuvo entre sus planes emprender la reconquista del continente americano, y su política exterior estaba más acorde con respeto a la independencia y soberanía de los gobiernos de la región<sup>34</sup>.

En segundo lugar, un proyecto tan ambicioso y de tamaño envergadura estaba muy lejos de las posibilidades económicas y materiales de la España de Isabel II. Por un lado, los buques de guerra que acompañaron a la comisión científica no contaban con el poderío bélico suficiente como para obligar al gobierno peruano a un inmediato cumplimiento de sus exigencias —transcurrieron varios meses luego de la captura de las islas de Chincha hasta la firma del controvertido Tratado Vivanco-Pareja— menos aún para intentar restaurar el antiguo Virreinato del Perú. La escuadra española en el Pacífico se encontraba en una situación vulnerable, por lo que Madrid tuvo la necesidad de

---

<sup>34</sup> Para Jorge Basadre, la primera causa oculta del conflicto suscitado en 1864 entre Perú y España fueron las esperanzas de algunas personas en la Península sobre una posible restauración de la influencia de la antigua metrópoli en América (no necesariamente por la vía de la reconquista). Aquello fue estimulado por la guerra de Marruecos, donde renació el espíritu belicoso y conquistador de la monarquía hispana, y los sucesos de México y Santo Domingo. Hay que tener presente que durante el reinado de Isabel II sí existen testimonios de españoles que soñaban con la recuperación de los dominios hispanos en el Continente. (Basadre Grohmann, 2005: 194). Sin embargo, su influencia en el gobierno español no era lo suficiente fuerte como para modificar las directrices generales de la política exterior española con respecto a las repúblicas americanas.

despachar permanentemente naves de refuerzo a la zona de conflicto. A pesar de los arrestos españoles por fortalecer su presencia en las costas sudamericanas, durante la guerra la Armada Real fue incapaz de neutralizar a las unidades navales combinadas de los países aliados, y fracasó en sus intentos de mantener el bloqueo de los puertos peruanos y chilenos. Además, debido a la escasa dotación de tropas de desembarco (menos de tres mil hombres) los españoles nunca hubiesen tenido la oportunidad de trasladar la campaña naval al interior del continente, único escenario bélico donde podría librarse las batallas decisivas por la reconquista de Sudamérica. Los recursos económicos para sostener la campaña del Pacífico eran escasos, y España carecía a todas luces de un presupuesto suficiente que le permitiera continuar la Guerra Hispano-Sudamericana. Tengamos en cuenta que la monarquía española había invertido enormes cantidades de dinero por tratar de mantener su presencia en Santo Domingo, territorio muy limitado en extensión y población. Finalmente, tuvieron que aceptar su derrota y abandonaron la isla a cabo de dos años de lucha, en 1865. Si España no disponía de la fuerza suficiente como para consolidar la ocupación de una pequeña nación caribeña, menos aún hubiera podido abalanzarse a la reconquista de Sudamérica.

Finalmente, a pesar de la captura de las islas de Chincha, la forma en la que las autoridades españolas encararon la crisis diplomática con el Perú, si bien sospechosa ante los ojos de los gobiernos americanos, no correspondía al de un país con objetivos expansionistas en el continente. Por un lado la Monarquía española desautorizó a los jefes de la Comisión Científica que tomaron la desafortunada decisión de ocupar las guaneras peruanas y de reivindicarlas para España. Por otro lado, las autoridades madrileñas continuaron con el control de las islas con la intención de presionar al gobierno peruano al cumplimiento de sus demandas, y una revisión de las fuentes documentales demuestra que no se elaboraron planes para anexarlas formalmente. Tanto fue así que una vez firmado el tratado Vivanco-Pareja, la escuadra española procedió a poner fin a la ocupación y entregó las islas de Chincha al gobierno peruano.

En suma, la evidencia histórica demuestra que los fantasmas de la reconquista española de América estaban más en los temores de la opinión

pública de la década de 1860 que en los verdaderos proyectos de las autoridades madrileñas. Sin embargo, el mito que se generó en aquellos años alrededor de los objetivos encubiertos de la Expedición Científica ha tenido una exitosa acogida en la historiografía peruana que se prolonga hasta nuestros días. En 1872 el educador Sebastián Lorente trató el tema de la Guerra Hispano-Sudamericana en su famoso libro *Historia del Perú compendiada para el uso de los colegios y de las personas ilustradas* (Lorente 2005: 275-277). Para el autor, los aspirantes a una nueva consolidación de la deuda fueron los instigadores del conflicto, estando detrás del nombramiento del comisario regio. Condena la captura de las islas de Chincha considerándola como un acto contrario a todo principio y forma de derecho. Critica duramente a los gabinetes de Madrid y de Lima, señalando que ninguno de los dos estuvo a la altura de su misión. Si bien «las irritantes exigencias españolas» renovaron los sentimientos creados por la opresión colonial, «como una segunda guerra de independencia» no aparece por ningún lado la referencia a un intento de reconquista premeditado de parte de España. La Guerra Hispano-Sudamericana es vista desde la perspectiva del honor y los intereses nacionales del Perú. A pesar de su origen español, Sebastián Lorente estuvo decididamente a favor de la causa peruana. Es interesante anotar que a pesar de la indiscutible influencia de la obra de Lorente en la difusión y enseñanza de la historia del Perú, el paso de tiempo ha demostrado que la tesis desarrollada por Arnaldo Márquez ha gozado de mayor aceptación y transcendencia en el discurso historiográfico del país.

¿A qué se debe aquella situación? Al respecto sería válido aludir que las acciones tomadas por el movimiento revolucionario, que se alzó en contra del general Pezet y que finalmente tomó las riendas del Estado en noviembre de 1865, requerían recubrirse de la mayor legitimidad posible ante los ojos de la opinión pública y la comunidad internacional, tanto para justificar su ascenso al poder así como las acciones armadas emprendidas en contra de España. Así, la tesis de Arnaldo Márquez sobre la reconquista de América favorecía a las acciones de propaganda del nuevo régimen, propaganda que es con frecuencia distorsionadora de la realidad y tendiente a invocar a la pasión y los prejuicios. De tal modo, los temores de la opinión pública y las exaltaciones

propias de un contexto bélico ingresaron con Márquez al campo de la historiografía peruana.

Sin embargo, existen importantes investigaciones históricas que se han apartado de aquella forma de entender los móviles detrás del envío de la Expedición Científica. Jorge Basadre se refirió a los antecedentes de la Guerra Hispano-Sudamericana en su *Historia de la República del Perú* de un modo singular. El historiador tacneño distingue entre causas ocultas y causas visibles del conflicto diplomático. Las causas ocultas son las siguientes:

1. La esperanza de algunas personas en España sobre una restauración de influencia de la antigua metrópoli en América. Cabe una actitud escéptica sobre la «probabilidad objetiva» de tales intenciones con motivo de la captura de las islas de Chincha. Ésta se reduce a una «probabilidad subjetiva» (es decir, en los temores de la opinión pública).
2. El propósito de apoderarse de las islas guaneras peruanas para contar con una abundante fuente de recursos utilizables en empresas de España dentro del continente europeo. Este factor actuó visible solo en un caso personal (y no como una intención misma del Estado español).
3. Los planes para obligar al Perú a cancelar la deuda proveniente de la época del Virreinato.
4. Los intereses y presiones de la política interna que llevaron a adoptar actitudes vehementes en la política internacional.

Basadre sostiene que entre las causas ocultas, la primera quedó como ilusión y como expectativa, la segunda tuvo un ocasional cumplimiento el 14 de abril de 1864 para luego ser abandonada, y las tercera y cuarta actuaron como factores que ensombrecieron la situación tanto en España como en el Perú.

Las causas visibles del conflicto son en cambio las siguientes:

1. El poco tino, el deseo de crear o agravar conflictos y hasta las extravagancias de algunos diplomáticos participantes en las negociaciones entre España, el Perú y Chile.

2. El concepto puntilloso del honor y de la dignidad nacional y personal vinculado a los títulos de los emisarios, al otorgamiento de satisfacciones, a la reparación de agravios, al saludo de la bandera y otros formulismos de los usos diplomáticos.
3. Los precedentes cercanos de la intervención europea en los países de América y la forma imperiosa adoptada por las grandes potencias para tratar con estas Repúblicas.
4. Los rescoldos de la larga y cruenta guerra de la Emancipación, muchos de cuyos principales protagonistas estaban vivos y tenían actuación pública en 1864.
5. La falta de relaciones diplomáticas normales entre España y el Perú al iniciarse y al desarrollarse el conflicto.

En resumen, Jorge Basadre opta por tomar distancia del tradicional «mito de la reconquista española» y a partir de una estricta consulta de las fuentes documentales disponibles sobre el tema, distingue claramente entre los motivos que llevaron al envío de la Expedición Científica y la posterior génesis del conflicto (Basadre 2005: 194-195) Por otro lado, Gustavo Pons Muzzo (1966) al abordar el tema de la Guerra Hispano-Sudamericana denuncia duramente las pretensiones españolas en América y la agresividad de su política exterior, propia de los tiempos isabelinos. El autor justifica los temores desatados en el Perú por el envío de la Expedición Científica motivado por el creciente intervencionismo europeo en el Nuevo Mundo. A su vez, destaca el sentimiento de orgullo nacional herido por afrentas reales o imaginarias entre ambos países. Sin embargo, el autor no infiere a partir de la gestación del conflicto peruano-español un velado intento de reconquista del Continente.

Una de las investigaciones más densas y detalladas en torno a la historia general de la Marina de Guerra del Perú la conforman los tomos de la colección *Historia Marítima del Perú*, publicados por el Instituto de Estudios Históricos-Marítimos en Lima. En la sección que corresponde al estudio de los orígenes del conflicto peruano-español, Fernando Romero Pintado (1984: 443-775) sostiene que es de creer que el envío de la expedición científica tuviese ya un propósito oculto que posiblemente no era del Gobierno, pero no existe duda que algunos funcionarios extranjeros sí lo abrigaban. A pesar de dejar

abierta la posibilidad, a lo largo del desarrollo del libro la presencia de la Armada Real en el Pacífico no es en ningún momento presentada como parte de un plan mayor de reconquista el Continente.

Es interesante apreciar que en los trabajos relacionados a la historia diplomática del Perú, existe la tendencia a evitar caer en el «mito de la reconquista». Ronald Bruce de St. John (1999) y Fabián Novak Talavera (2001) no identifican en el envío de la Expedición Científica de 1862 un intento de reinstauración del Virreinato del Perú. Éste último nota que «en relación a los verdaderos propósitos de esta expedición naval española se ha *especulado* mucho» [las cursivas son mías]. En todo caso—propone el autor—«se trató de una acción de fuerza que violaba la soberanía del Estado peruano, buscando amedrentarlo con el fin de someterlo a situaciones de dependencia» (Novak Talavera 2001: 36-37). Finalmente, podemos citar la monumental obra del diplomático Juan Miguel Bákula (2002). El autor tiene en más de una ocasión la oportunidad de referirse al conflicto peruano-español. Sostiene que la división naval enviada al Pacífico y la expedición científica que traía a bordo (1863), eran una secuencia propia del intento español de proyectarse al exterior (Bákula: 2002-211). Se perfilaba como una tendencia negativa el extraño dinamismo de las grandes potencias, que transformaban su interés imperialista en actos de agresión. Así, la postrera demostración de que las grandes potencias seguían considerando a los nuevos estados hispanoamericanos como entidades disminuidas fue la presencia en el Pacífico de la escuadra española al mando de Luis Hernández-Pinzón, conduciendo a Eusebio de Salazar y Mazarredo con el peregrino título de «Comisario especial extraordinario de España en el Perú», cuyo crucero terminó en el Callao el 2 de mayo de 1866. Juan Miguel Bákula (2002: 211) no sostiene que la Expedición Científica partiera de Europa con el designio explícito de reconquistar los antiguos dominios hispanos en América.

Ahora bien, no podemos dejar de mencionar las investigaciones de Enrique Chirinos Soto y Juan del Campo Rodríguez en relación a los móviles que desencadenaron el conflicto diplomático entre el Perú y España. Ambas tienen en común el haber realizado importantes críticas a la tradicional visión que da cabida al «mito de la reconquista española». Con motivo de las



conmemoraciones por el primer centenario del Combate de Dos de Mayo, Enrique Chirinos Soto identificó tres motivos para descartar las supuestas intenciones españolas de reinstaurar el antiguo virreinato del Perú. Las dos primeras están relacionadas al ámbito militar, y la última se basa en los resultados de la consulta documental generada alrededor al conflicto:

¿Quería España de veras deshacer la Independencia? La presunción parece excesiva. La crítica histórica aconseja descartarla por las siguientes razones:

- a) La expedición científica no incluía transportes con tropa. (Se calcula que la fuerza de desembarco no pasaba de los tres mil hombres).
- b) Una flota de guerra es, de por sí, instrumento bélico insuficiente para intentar la conquista de tierra firme. Puede servir para hostigar la costa, pero no para ocupar el continente.
- c) En las instrucciones impartidas al Almirante de la escuadra, se ratifica el respeto de España al hecho consumado de la emancipación.

Pero, si España no intenta o no está, a la sazón, en condiciones de intentar la reconquista, si es evidente que se propone efectuar en América una demostración de fuerza, bien sea para proteger la vida y la propiedad de los súbditos españoles vecinados en esta parte del mundo, como dicen las instrucciones, bien sea para amedrentar a los nuevos países, bien sea para reducir a éstos a una más o menos disimulada condición de vasallaje.

Los barcos españoles traen instrucciones de aprovechar cualquier incidente para entablar, de inmediato, la reclamación más enérgica. Casi pudiera decirse que traen instrucciones de provocar los incidentes.

A don Eusebio Salazar y Mazarredo, inspirador del envío de la expedición científica, funesto personaje que tan decisiva intervención tendrá en el ulterior curso del conflicto, se le ha ocurrido, como a todos los españoles, que España debe recuperar Gibraltar. Se le ha ocurrido, además, que España puede pagar, en dinero contante y sonante, la recuperación de Gibraltar. Y se le ha ocurrido, por último, que el dinero para el pago puede provenir del guano amontonado en las islas y el litoral del Perú.

En el ánimo de Salazar y Mazarredo por lo menos—según explica él en carta dirigida a don Joaquín Francisco Pacheco, Ministro de Relaciones Exteriores en el gobierno de Isabel II— los barcos españoles vienen, en 1862, a apoderarse de nuestros yacimientos guaneros (Chirinos 1866:8).

Juan del Campo Rodríguez destaca nítidamente por haber llevado aún más lejos sus críticas al modelo tradicional de la Guerra Hispano-Sudamericana. Su experiencia personal en el campo de la diplomacia peruana y una rigurosa revisión de las fuentes documentales le permite señalar una serie de carencias al enfoque mencionado:

Sin embargo, como fue un conflicto surgido en la pasión y no en la razón, hasta hoy persisten en la historiografía de las partes involucradas interpretaciones subjetivas y perjuicios que han trastocado la verdadera naturaleza de un hecho de armas que volvió a enfrentar a dos jóvenes

naciones sudamericanas del Pacífico con su ex metrópoli. [...] Un estudio desapasionado de los hechos nos muestra, contrario a la creencia popular, que la mayoría de argumentos sobre los cuales descansan las causas y el desarrollo de esa espléndida pequeña guerra carecen de sustento, más aún, si partimos del hecho que no existe un solo documento del gobierno español de aquella época que indicase la intención de emprender la reconquista del Perú o arrebatarle parte de sus riquezas. Ello, a diferencia de otros países como Estados Unidos, cuyo propio Secretario de Estado, Daniel Webster e importantes sectores del Congreso, ejecutaron a inicios de la década de 1850 iniciaron, una cruzada abierta para apropiarse, inclusive por la fuerza, de las islas peruanas de Lobos de Tierras y Lobos de Afuera.

En aquella época España ya mantenía relaciones con varios países de la región y desde 1845 poseía una estación naval en el Río de la Plata que jamás había sido utilizada para hostilizar a los países vecinos. Además, la política externa de los gobiernos de la Península se orientaba a buscar una aproximación con naciones con las cuales aún perduraba un distanciamiento, cual era el caso peruano. Era verdad que existía animadversión y recelo mutuo tanto en la prensa como en la opinión pública de ambos países. Sin embargo, España había reconocido de facto al Perú como un Estado soberano y al margen de intrigas promovidas por intereses particulares, no tenía mayores ambiciones políticas sobre su ex colonia. La presencia de cónsules de ambos países en las respectivas capitales es un ejemplo de tal aseveración.

[...]

Pretender la reconquista del Perú resultaba tan absurdo que ni al más imperialista de los consejeros de Isabel II se le cruzó por la mente ejecutar tal acción contra un Estado que, pese a sus limitaciones, distaba mucho de ser un Marruecos o una Guinea Ecuatorial. Y si bien en aquella época, [...] por razones que se explicarán en el desarrollo del presente libro, existían argumentos que sustentaban con creces tales temores, hoy, un análisis desapasionado de los hechos obliga a no insistir en tal versión, toda vez que España no tenía el ánimo ni los remedios para recuperar sus antiguos reinos. El desgaste sufrido en aquella época por las fuerzas españolas en un país pequeño como la República Dominicana y la imposibilidad de consolidar el dominio en aquel hermoso Estado caribeño, son una muestra de esta afirmación. Como bien señaló el Embajador Alberto Wagner de Reyna en su obra *La Misión Santa María en el Perú*, “ni la nacionalidad estaba en peligro ni había la forma de libertar al nuevo continente que, por lo demás, no se sentía amenazado y acechado, sino que sólo en dos de sus secciones, sufría contratiempos de importancia con una de las varias escuadras que resguardaban intereses extranjeros en el Pacífico” (Del Campo 2003:16-17).

A pesar de existir antecedentes de investigaciones que indican lo contrario, hoy en día la versión tradicional de la reconquista española todavía goza de amplia difusión en la historiografía peruana. A continuación se procederá a citar cuatro investigaciones publicadas en el transcurso de la primera década del siglo XXI, a manera de muestra representativa.

En la colección *Enciclopedia Temática del Perú* Percy Cayo Córdova sostiene que tras la emancipación de los virreinos subordinados a la

metrópoli en las primeras décadas del siglo XIX, España mantuvo la no tan velada intención de recuperar sus ex colonias americanas. Prueba de ello fueron las intervenciones en Santo Domingo y México en 1861, y posteriormente la ocupación de las islas de Chincha en 1866 [Sic].<sup>35</sup> Por su parte, Joseph Dager (2004: 343) afirma que la década de 1860 fue un año clave en el nacimiento de la historiografía republicana peruana, es recién a partir de ahí que puede observarse una producción sostenida y algo sistemática. Los ingresos guaneros posibilitaron que el Estado estimulara la investigación histórica con el fin de construir y afianzar la nacionalidad, proceso que se vio favorecido por la oposición al intento de España por recuperar sus antiguas colonias en 1866. Carlos Contreras y Marcos Cueto (2007: 32) señalan que en la década de 1860 el Perú hubo de enfrentarse a los arrestos de España por reconstruir su imperio americano, y entre revoluciones que fueron y vinieron, se consolidó un orden constitucional que, aunque con algún divorcio de la realidad, logró mantenerse vigente hasta inicios del siglo XX. Finalmente, Francisco Quiroz (2007: 269-272) retrata la amenaza española en Sudamérica entre 1864 y 1866 como un intento de la Monarquía española por restablecer su control en los países del Pacífico Sudamericano. Ya la agresión francesa a México había tenido éxito y todo señalaba que España buscaba lo mismo en esta parte de América del Sur. Hay que tener en cuenta que la investigación de Francisco Quiroz sobre la historia del Callao se encuentra entre las más logradas de su género en la historiografía peruana. Eso es una demostración que al identificar los designios que motivaron el envío de la Expedición Científica de 1862 a América, los historiadores peruanos se han decantado por dos interpretaciones que resultan incompatibles entre sí.

---

<sup>35</sup> El autor confunde el año de la captura de las islas de Chincha (1864) con el año del decisivo combate de Dos de Mayo (1866). En Cayo 2004:51.

### **Capítulo 3. Los incidentes en la hacienda Talambo, la captura de las Islas de Chincha y la firma del Tratado Vivanco-Pareja.**

La presencia de peones agrícolas de origen español en la hacienda de Talambo se encuentra enmarcada en los ambiciosos proyectos ideados durante el segundo gobierno de Ramón Castilla por atraer inmigrantes europeos al Perú. Los intentos de colonización promovidos durante aquellos apuntaban al ingreso masivo de colonos europeos. Los planes de Ramón Castilla para introducir 25 000 irlandeses o 10 000 españoles como jornaleros en el Perú nunca prosperaron en la magnitud deseada, pero sí favorecieron el arribo de una pequeña inmigración española. Juan de Arona (1991:27-29) relata en 3 páginas y media la accidentada estadía de los colonos vascongados en el Perú. Por su parte, Bonfiglio (2001:27-28) apenas dedica 2 páginas al tema, señalando que los acontecimientos en la hacienda de Talambo, seguida por la Guerra Hispano-Sudamericana, desalentarán a futuros proyectos de inmigración europea al Perú.

El 19 de julio de 1860 arribaron al Callao 58 familias vascongadas a bordo de la fragata francesa *Asie*. Los 300 colonos españoles habían sido reclutados en Guipuzcoa en calidad de trabajadores agrícolas. Su contratista era el peruano Ramón Azcárate, socio del hacendado chiclayano Manuel Salcedo<sup>36</sup>. El gobierno español se había opuesto al reclutamiento de los colonos debido a las malas condiciones laborales de las haciendas del Perú. Con miras a evadir los controles de las autoridades españolas, Ramón Azcárate dirigió a los colonos vascongados a Francia, embarcándose con ellos en Burdeos, con destino al Perú. Juan de Arona señala que Ramón Azcárate era hijo de un vascongado y que fue educado en Vizcaya. Su dominio de la lengua vascuence era equiparable al de los éuscaros contratados por él, algo importantísimo si consideramos que buena parte de los colonos vascuences no tenían conocimiento del español.

Los colonos arribaron sanos y salvos al Callao. Durante su viaje al Perú se produjeron dos o tres nacimientos, y fallecieron una mujer y dos niños.

---

<sup>36</sup> Según Pons Muzzo (1966:45) Ramón Azcárate era de nacionalidad española. Para el autor, el gobierno español tuvo noticia de la emigración vascongada, pero no la detuvo. Aparentemente, ambas afirmaciones serían equivocadas.

Los nuevos trabajadores fueron pronto trasladados a la hacienda de Talambo, de propiedad de Manuel Salcedo. El contrato establecía que los colonos debían laborar durante 8 años, durante los dos primeros debían ser mantenidos y alimentados por los empresarios, proveídos con animales e instrumentos de labranza. Por otro lado, el salario mensual sería de dos pesos de plata para los mayores de 11 años y de uno para los menores de esa edad. Al respecto Bonfiglio (2001: 27) señala que el contrato con los vascongados era parecido al que se hacía firmar a los culíes chinos que en esos años llegaban al Perú, sujetos por 8 años al hacendado que los contrataba. En contrapartida, el contrato firmado por los colonos españoles tenía mejores remuneraciones, lo que es muestra para el autor de la mayor disponibilidad económica para introducir colonos europeos en el país.

La hacienda Talambo se encontraba a tres kilómetros al noreste de la ciudad de Chepén, correspondiente en ese entonces a la provincia de Chiclayo, hoy en día a la Región La Libertad. La introducción de las familias vascongadas en la zona levantó mucha expectativa en el Perú. En torno al porvenir de los colonos, Juan de Arona escribió lo siguiente:

Azcárate calculaba que a partir del tercer año cada familia poseería 166½ quintales de algodón por cosecha, fuera de la de granos, hortaliza, y de los pastos que cultivarían enteramente para ellas. El negocio iba a ser el algodón; el emprendedor Salcedo había irrigado por sí solo vastos terrenos vírgenes en el fundo de su propiedad, y necesitaba ahora labrarlos aplicándolos al cultivo de algodón en grande escala. De ahí el origen de la expedición, enteramente nueva en su especie, pues ni eran brazos mercenarios como en el caso de los chinos y polinesios, ni colonos para las regiones internas del Amazonas, que sólo de derecho pertenecen al Perú, y que el día en que se engrandezcan volverán la espalda al estéril litoral Pacífico, que ya se la tienen vuelta geográficamente, y mirarán de frente a Europa por el Atlántico, porque ese es su providencial camino.<sup>37</sup>

A pesar de los prometedores augurios, cuatro meses después de la llegada de los inmigrantes al Perú, en la hacienda Talambo permanecían apenas 35 familias españolas con 175 personas. Hasta ese entonces, muchos de los colonos vascongados habían desertado a pesar de los anticipos que habían recibido, generando considerables pérdidas económicas a sus contratistas peruanos. Los inmigrantes que decidieron continuar con el proyecto trabajaron en la hacienda durante los tres primeros años que

---

<sup>37</sup> Arona, Juan [Pedro Paz Soldán y Unánue] *La inmigración en el Perú*. Lima: Académica Diplomática del Perú. 1971. p.132.

transcurrieron sin mayores contratiempos. Si bien durante ese tiempo se presentaron algunos desacuerdos entre Manuel Salcedo y los colonos en torno a la presencia de coolies chinos en las labores agrícolas de la hacienda y la prohibición de dedicar a las tierras otro uso que no sea el del cultivo del algodón, las labores continuaron y algunas familias vascongadas empezaron a prosperar.

Sin embargo, el 4 de agosto de 1863 ocurrieron incidentes en la hacienda. Aquel día se presentó una riña personal entre Manuel Salcedo y el español Marcial Miner.<sup>38</sup> Más adelante, 18 colonos se presentaron en la casa hacienda reclamando por el incumplimiento del contrato de 1860. Manuel Salcedo se negó a recibirles y además decidió la expulsión de Marcial Miner. A continuación, el mayordomo de la hacienda junto a una partida de hombres armados fue en búsqueda del colono español. Un grupo de los colonos decidió ayudar a Marcial Miner, produciéndose un enfrentamiento, cuyo saldo fue la de un español y un peruano muerto, además de varios heridos de ambas nacionalidades.<sup>39</sup>

Luego de los incidentes, los colonos vascongados llevaron la peor parte. El juez de Paz de Chepén ordenó la prisión de los españoles mientras se continuaban con las investigaciones, quedando insólitamente bajo la custodia de los hombres de Manuel Salcedo. El 2 de octubre de 1863 el juez de Primera Instancia de Chiclayo condenó a dos vascos a cuatro meses de prisión, liberando a los demás. El 31 de octubre el Tribunal Superior de Trujillo revocó el fallo anterior, anulando su resolución y mandando capturar y enjuiciar a Manuel Salcedo y algunos de sus hombres. Al juez de Paz de Chepén se procesó y el juez de Primera Instancia de Chiclayo fue sancionado. El asunto no terminó ahí: el 16 de febrero de 1864 la Corte Suprema declaró nula la resolución de la Corte Superior, ordenándose la continuación del juicio.

---

<sup>38</sup> Juan del Campo Rodríguez se refiere a él con el nombre de Manuel Miner. Véase Del Campo 2003: 52. El problema comenzó cuando Marcial Miner, quien era el vocero de los demás colonos, se acercó a Manuel Salcedo, quien estaba montando a caballo. Marcial Miner intentaba hablar con Manuel Salcedo, pero aquel se negó a escucharle. Se produjo así un fuerte intercambio de palabras, que estuvo cerca de terminar en una agresión física.

<sup>39</sup> El peruano muerto era Rosario Salazar, mientras que el español tenía por apellido Ormazábal.

El gobierno peruano buscó en todo momento evitar que la riña de Talambo trascendiera más allá de los cauces legales y se convirtiera en un tema de tensión con España. El 13 de agosto el Canciller Juan Antonio Ribeyro envió una comunicación al Prefecto de La Libertad, señalando que las autoridades administrativas y los funcionarios encargados de la administración justicia debían seguir un procedimiento eficaz. Más adelante la Cancillería de Lima envió al cónsul del Perú en Madrid, Mariano Moreyra, una copia de la documentación judicial sobre el caso Talambo para que se la entregue a la Cancillería de España y le dio instrucciones para demostrar la no responsabilidad del Estado peruano en los incidentes en Talambo, y que se esperaba la pronta solución de la querella por la vía judicial, sin perturbar las relaciones con España. A pesar de la buena disposición mostrada por el Estado español y el gobierno peruano, el proceso judicial no estuvo exento de demoras. La lentitud de la justicia peruana por castigar a los culpables así como los maltratos padecidos por los colonos vascongados coadyuvó a que se creara en la opinión pública y las autoridades españolas un clima de desconfianza frente al Perú, situación que fue retratada por Jorge Basadre Ghromman de la siguiente manera:

Lo ocurrido en Talambo fue inmediatamente explotado en daño del Perú, de su Gobierno y de los peruanos. El informe dado a la Sociedad de Beneficencia Española en Lima por Robustino Mansi motivó una publicación hecha en Madrid en noviembre de 1863 con el título de *Últimos asesinatos de españoles en el Perú y conducta de aquellas autoridades con motivo de este funesto acontecimiento*, y luego otra que se efectuó en Lima el 24 de diciembre de 1863 bajo el epígrafe de *La inmigración vascongada* con la firma de los colonos Julián Fano y Juan Ignacio Sorazu. Españoles residentes en el Perú, periódicos de Madrid y otras ciudades de la península, así como prominentes personas en la Corte, consideraron que laboriosos e inocentes colonos habían sido horriblemente maltratados y que Salcedo y sus servidores habían tenido una conducta incalificable. El poder judicial peruano recibió la acusación de ser hostil a los españoles, el Poder Ejecutivo la de influir sobre él, y la opinión pública de otorgar sus simpatías a un grupo de asesinos cuyas víctimas eran honestos e inocentes trabajadores del campo, leales súbditos de su reina. Por su parte, fueron muchos los peruanos que creyeron en la existencia de agentes provocadores entre los colonos de Talambo y que mencionaron, además, con mayor fundamento a los interesados en exagerar y desfigurar los tumultos ocurridos en dicha hacienda poniendo en unos de los primeros lugares dentro de esta lista al antiguo cónsul Merino Ballesteros (Basadre 2005: 202)

De esta manera, los sucesos violentos en la hacienda de Talambo se convirtieron en causa de tensión entre las autoridades peruanas y

españolas. El tema en el Perú también fue motivo de exaltación, sobre todo con posterioridad a la captura de las islas de Chincha. Más adelante, en la opinión pública del Perú se generó la idea que los incidentes de Talambo fueron un mero pretexto para la ejecución de los planes agresivos de la escuadra española despachada al Pacífico. Al respecto, podemos citar el apasionado testimonio de José Arnaldo Márquez:

En vano intervino el mismo día del delito la acción del poder judicial: en vano observó en los trámites del juicio una parcialidad evidente a favor de los españoles: en vano se apresuró el gobierno a estimular la pronta y recta administración de justicia, tan luego como tuvo la primera noticia del desgraciado suceso: en vano clamaron contra los supuestos culpables la sociedad y la prensa del país, alucinadas por un primer error: en vano se repitió por milésima vez la expresión de esa ciega simpatía y benevolencia que nos hace preferir el daño propio al ajeno, sin considerar que el delito más que la desgracia que envuelve: todo fue en vano. Los tribunales han sido acusados de odio hacia los españoles y de retardo y generación de justicia y gobierno han sido acusados de influir o, más bien, de imponer sus miradas hostiles, en las cortes: la sociedad peruana ha sido acusada de simpatizar con una turba de asesinos que había inmolado a las víctimas españolas en Talambo. Todo ha sido adulterado, desfigurado, revestido de las formas más abominables, la prensa de España, dócil a la acción de los especuladores políticos, llenó con sus lamentos el ámbito de Europa; y la calumnia española en traje de duelo, desgarró sus vestiduras, se cubrió de ceniza la cabeza, y enseñando la mentida narración de la hecatombe inmolada por la ferocidad del pueblo del Perú, lo señaló a la execración y al desprecio de todas las naciones civilizadas. *Ecce Homo*.(Márquez 1866: 54-55)

Con motivo de los sucesos en Talambo, a principios de noviembre en el puerto de Acapulco, Hernández-Pinzón sostuvo una entrevista con Eusebio Salazar y Mazarredo, ex diputado español y subdirector de asuntos políticos del Ministerio de Estado. En los meses previos Salazar y Mazarredo había estado de incógnito en Lima contactándose con los españoles descontentos de su situación en el Perú. Salazar y Mazarredo resultó ser un personaje que enturbió permanentemente las negociaciones entre las cancillerías de Lima y Madrid. Fue el principal instigador de la captura de las islas de Chincha, desobedeciendo las instrucciones dictadas por el gobierno español. Salazar y Mazarredo tenía un proyecto personal: recuperar Gibraltar para España. El territorio había sido cedido a la corona británica por medio del Tratado de Utrecht en 1713, luego de la Guerra de Sucesión Española. Como parte de sus planes, Salazar y Mazarredo había pensado que España debía anexarse las islas de Chincha, y así aprovechar sus depósitos guaneros para financiar la compra de Gibraltar.



La escuadra española se hallaba en Acapulco. En junta de guerra a bordo de la Resolución se vislumbró por primera vez la posibilidad de ocupar las islas de Chíncha para presionar al gobierno peruano con motivo de los sucesos de Talambo. Se acordó la partida de Salazar y Mazarredo a España para solicitar nuevas instrucciones con respecto a la política a seguir frente al Perú. Mientras tanto, el 13 de diciembre Hernández-Pinzón arribó nuevamente al Callao, recibiendo una vez más una cordial bienvenida de parte de las autoridades limeñas. La Covadonga fue a Pacasmayo a recoger a los colonos vascongados y luego de su retorno fue despachada a Panamá. Mientras tanto, luego de pasar una corta estadía en el primer puerto peruano, Hernández-Pinzón se embarcó a Valparaíso. En Chile decidió aguardar las nuevas instrucciones del gobierno español, consultando a Salvador de Távira, representante español en Santiago, sobre las posibilidades de obtener suministros desde Chile en caso de guerra con el Perú.

Por otro lado, en España a Eusebio Salazar y Mazarredo le fue otorgado el cargo de Ministro de Bolivia y Comisario Especial en el Perú. La Covadonga condujo a Salazar y Mazarredo desde Panamá al Callao, arribando el 18 de marzo de 1864. Dos días después, el 20 de marzo, notificó su misión a la Cancillería peruana, solicitando día y hora para presentar sus credenciales. El 30 de marzo a la 1pm fue recibido en audiencia Eusebio Salazar y Mazarredo en compañía de un joven alférez de la Resolución, apellidado Gurrea. El Ministro de Relaciones Exteriores del Perú, Juan Antonio Ribeyro, atendió a los invitados con la mayor cortesía, recibió de manos del Comisario Especial la misiva entregada por el Primer Secretario de Estado de España, Lorenzo de Arrazola. El ministro manifestó a Salazar y Mazarredo que iba a leer la nota y que sería respondida a la brevedad. En la carta se indicaba que se presentaba al enviado de la Corona Española con el título de Comisario Especial, indicando que la misión de Salazar y Mazarredo debía de contribuir a estrechar los lazos entre España y el Perú. El 1ro de abril el ministro peruano respondió cortésmente la carta de Lorenzo de Arrazola. En la misiva se sostenía que el gobierno peruano aceptaba a Salazar y Mazarredo como agente del gobierno español, acreditado por Madrid con un carácter confidencial. En los términos más cordiales se señaló que no se podía

reconocer a Salazar y Mazarredo como Comisario Especial, toda vez que tal investidura era ajena a los usos diplomáticos vigentes, y que podría acarrear interpretaciones negativas durante las negociaciones. El título de Comisario había sido utilizado por España para ciertos agentes enviados a sus colonias —recordemos que en aquel entonces estaba pendiente el reconocimiento formal de la independencia del Perú por parte del gobierno español—, lo que podría generar un clima de tensión.

El Comisario Especial se sintió ofendido por la negativa del gobierno peruano de recibirlo de acuerdo a su título. Indignado, escribió a Hernández-Pinzón en Valparaíso, indicando que se presente junto a la escuadra española en las cercanías de las islas de Chincha. En Chile los miembros de la Comisión Científica se vieron forzados a desembarcar debido a que su permanencia se hacía incompatible con las medidas de fuerza que pudiese tomar en breve la escuadra española en el Pacífico. Su estancia en Chile no fue la mejor debido a las muestras de hostilidad de la población, una vez que comenzara el conflicto peruano-español, por lo que al poco tiempo se trasladaron a Guayaquil. La escuadra española salió de Valparaíso el 9 de abril. Una vez que tuvo constancia de la llegada de Hernández-Pinzón a aguas peruanas, el 12 de abril escribió una nota de respuesta y adjuntó un largo documento con el título de Memorándum. El Memorándum era un recuento parcializado y sesgado de las relaciones hispano-peruanas, en donde se señalaba que España tomaría frente al Perú represalias «prontas, enérgicas y decisivas». Apenas fueron dejados los documentos, Salazar y Mazarredo se embarcó en la Covadonga en compañía del ex cónsul Merino Ballesteros.

En la mañana del 14 de abril de 1864, en las cercanías de las islas de Chincha, la Covadonga se encontró con el resto de la escuadra española. Salazar y Mazarredo manifestó a Hernández Pinzón que debía de ejecutarse medidas de fuerza contra el Perú, mediante la captura de las islas de Chincha. El Comisario Especial ocultó al vicealmirante de la escuadra un pliego completo de instrucciones enviadas por Madrid, afirmándole que lo había extraviado y que se trataba de papeles de importancia secundaria. En aquella documentación se dejaba clara constancia de los propósitos pacíficos de la misión que España encomendó a Salazar y Mazarredo. La fuerza debía usarse

únicamente como medida extrema, si fracasaban los intentos pacíficos de solución. Tampoco se autorizaba o se insinuaba reivindicación territorial alguna. Debido a la manipulación de la información enviada por Madrid, por parte de Salazar y Mazarredo, el vicealmirante enrumbó con la escuadra a las islas de Chincha.

A las tres de la tarde, la escuadra española se presentó en las islas guaneras. Aquellas islas, pese a su importancia en la economía peruana de entonces, disponían de una ligera protección. Una pequeña guarnición de infantería de 200 hombres y una cañonera de 150 toneladas llamada Iquique—con cuatro cañoncitos a bordo—eran sus medios de defensa (Pons Muzzo 1966: 57). El gobernador de las islas era el capitán de navío Ramón Valle Riestra. Aquellas estaban habitadas por cerca de un millar de trabajadores y 160 presos. En su fondeadero se hallaban anclados decenas de barcos de distintas nacionalidades que cargaban el guano para transportarlo a los grandes mercados mundiales. Los guardianes peruanos tardaron en darse cuenta de las intenciones de la escuadra española.

En un primer momento las fragatas de Hernández-Pinzón neutralizaron a la cañonera Iquique, y presentaron un ultimátum a Ramón Valle-Riestra, intimándole la entrega de las islas en un plazo de 15 minutos. Cumplido el plazo y ante la negativa del gobernador peruano, Hernández-Pinzón ordenó el desembarco de 205 marineros de las fragatas Resolución y Triunfo que quedaron bajo las órdenes del teniente de navío Evaristo Casarriego. A continuación en la plaza de las islas arriaron el pabellón peruano e izaron en su lugar el pabellón español, ante el saludo de 21 cañonazos de los buques españoles. La guarnición de las islas fue arrestada, y a bordo de la Resolución se despachó a nueve peruanos como prisioneros y como garantía de la integridad de los españoles radicados en el Perú: el gobernador Ramón Valle Riestra, el capitán de puerto Diego de la Haza, el comandante de la Iquique Agustín Arriola, y a otros seis oficiales. Los presos residentes en la isla fueron conducidos al Iquique. En las islas se encontraba presente el vicecónsul de S.M.B. en Pisco, Mr. Dartnell, quien recibió las garantías que la propiedades serían respetadas y que el carguío de guano continuaría con total normalidad.

En la declaración de Salazar y Mazarredo y Hernández-Pinzón del 14 de abril se señalaba que la captura de las islas de Chincha se había producido debido a la indiferencia del gobierno peruano por solucionar el caso Talambo y por negarse a recibir al Comisario Especial. Se jactaba que la independencia del Perú no había sido reconocida por Madrid y que tácticamente ambos países se encontraban en una situación de tregua desde hacía 4 décadas. Se indicaba finalmente que las islas de Chincha podían ser reivindicadas por la Corona Española.

La noche del 15 de abril el buque mercante Meyer llegó al Callao desde las islas de Chincha, informando sobre los últimos movimientos de la escuadra española. La noticia se esparció rápidamente en la población de Lima y el Callao, generándose una ola de temor y rechazo entre la opinión pública. La mañana del 16 de abril arribaron al Callao los buques españoles, generando el estupor entre las autoridades peruanas y el público congregado en el muelle. En el puerto las naves de guerra peruanas y las defensas de los fuertes aguardaban con una perturbadora tranquilidad. El vicealmirante Hernández Pinzón y el Comisario Salazar y Mazarredo conferenciaron con los jefes de las divisiones navales del Reino Unido y Estados Unidos, así como el plenipotenciario de Francia, entregándoles el Memorándum y la notificación al gobierno peruano así como la declaración del 14 de abril. A continuación la escuadra española hizo zafarrancho de combate y retiró del muelle al buque mercante Heredia, que les debía de enviar provisiones y carbón, generando la exaltación entre el público asistente. Las naves de guerra españolas permanecieron en el Callao hasta la tarde de aquel día, recogieron a algunos españoles, regresando al anochecer a las islas de Chincha.

La escuadra española ejercía una poderosa presión al gobierno peruano para la pronta atención a sus reclamos desde el mismo instante que ocupó el principal yacimiento guanero de su litoral. El presupuesto de la república del Perú dependía casi en su totalidad de los ingresos provenientes de la extracción de fertilizante orgánico en las islas de Chincha. Para los peruanos coetáneos a 1864, sin guano simplemente no había Estado. Aquella amenaza formó parte en el complicado panorama que tuvo que hacer frente el general Juan Antonio Pezet durante su gobierno. Pezet había asumido

formalmente el mando 5 de agosto de 1863, apenas un día después de los incidentes en la hacienda Talambo. Desde el inicio de su gestión, el presidente tuvo que procurar una solución honrosa de la cuestión española y los problemas derivados de aquella al interior del Perú.

La captura de las islas de Chincha causó una fuerte conmoción en el Perú. En abril de 1864 se produjeron espontáneas manifestaciones populares en distintos lugares de la República en apoyo al gobierno del general Juan Antonio Pezet y en rechazo a la agresión europea. En el imaginario colectivo de los peruanos, la captura de las islas guaneras no era otra cosa que un intento de parte de España para reconquistar sus antiguos dominios. La opinión pública exaltada veía como única solución honrosa al ultraje inferido al país una declaración formal de guerra a España, y se esperaba que el gobierno peruano actuara pronto de tal modo. A partir de la captura de las islas de Chincha y hasta la caída del general Juan Antonio Pezet, en la opinión pública del Perú la corriente predominante era partidaria a una conflagración bélica contra las fuerzas navales de España destacadas en el Pacífico.

El día 16 de abril el Ministro de Relaciones del Perú dirigió una nota de protesta al vicealmirante español en la que defendía la soberanía peruana sobre los yacimientos guaneros capturados y señalaba su sorpresa e indignación por las acciones de fuerza tomadas por la escuadra española. Así mismo, Ribeyro dudaba de la aprobación de la conducta del vicealmirante en el Pacífico por parte de las mismas autoridades madrileñas. El gobierno peruano puso como *condicio sine qua non* para entablar negociaciones diplomáticas con las autoridades españolas la previa desocupación de las islas de Chincha, negándose a tratar en el futuro con el Comisario Especial. Se manifestó asimismo que serían respetados los españoles radicados en el Perú. En correspondencia a lo último, Hernández Pinzón puso en libertad a los peruanos capturados durante la ocupación de las guaneras.

La nota de Ribeyro intentó ser la más enérgica posible en la situación de desventaja que se encontraba el país en abril de 1864. Los medios de defensa disponibles del Perú eran precarios e imposibilitaban la toma de medidas de fuerza contra los expedicionarios españoles. Los buques de guerra

estaban en malas condiciones y se carecían de las baterías que pudieran resguardar los puertos del litoral.

Ante la amenaza de la escuadra española era necesario para el Perú que se realizaran urgentes preparativos bélicos. El 17 de abril el Ejecutivo solicitó la autorización a la Comisión Permanente del Congreso para levantar un empréstito de 12 millones de pesos, elevar el ejército a 20 mil hombres y la marina hasta 20 buques de guerra. Anteriormente los presidentes Castilla y San Román habían realizado solicitudes similares en prevención de una hipotética agresión española, pero habían sido rechazados. En esta ocasión la Comisión Permanente dispuso medidas aún más favorables a las solicitadas por el presidente Pezet: un empréstito de 50 millones de pesos, elevación del ejército hasta 30 mil hombres y la marina hasta 20 buques de guerra.

El 20 de abril tuvo lugar una reunión entre el cuerpo diplomático acreditado en Lima en la cual deploraron las acciones realizadas por la escuadra española en el Pacífico y manifestaron que continuarían considerando la soberanía peruana sobre las islas de Chincha, en rechazo al derecho de reivindicación sostenido por Hernández-Pinzón y Salazar y Mazarredo.

El 2 de mayo de 1864 los representantes diplomáticos de Bolivia, Chile, Francia y Estados Unidos acreditados en Lima realizaron un intento de mediación. Se comunicaron primero con el canciller Ribeyro quien respondió favorablemente, señalando como condiciones previas para iniciar las conversaciones con España la devolución de las islas de Chincha, el saludo español a la bandera peruana y la devolución del navío Iquique. Luego los representantes diplomáticos se entrevistaron con Hernández-Pinzón. El vicealmirante español aceptó únicamente la devolución de la embarcación peruana y rechazó las dos primeras condiciones. La intransigencia de las autoridades de España y el Perú hicieron que el aquel intento de conciliación realizado por los representantes diplomáticos termine en fracaso.

Mientras tanto, Salazar y Mazarredo tomó la decisión de viajar a España para informar personalmente ante el gobierno español el desempeño en su misión. Retornó al Callao en compañía del cuerpo diplomático que estuvo

presente en las islas durante sus intentos de mediación, junto a su secretario personal, el italiano Fidelo Enrico Cerruti. Una vez arribados al primer puerto peruano el día 8 de mayo, el Comisario Especial y su secretario permanecieron en la fragata de guerra inglesa Leander en espera del vapor que lo condujese a Panamá, partiendo el día 13 de mayo. Luego de cruzar el Istmo y el Océano Atlántico, desde Southampton, Salazar y Mazarredo mandó un telegrama alarmista a Madrid en donde sostenía haber sido víctima de constantes intentos de agresión a lo largo de su viaje promovidos por el gobierno peruano.

El 24 de junio de 1864 las autoridades españolas emitieron una circular en la cual desautorizaban a Hernández-Pinzón y a Salazar y Mazarredo por haber anunciado la tesis de reivindicación de las islas de Chincha, enfatizando que no habían enviado instrucciones a la escuadra española en el Pacífico para ocupar el territorio por motivo de los incidentes en Talambo. Se afirmaba que el gobierno español nunca había vacilado en reconocer al Perú como un pueblo libre e independiente. Se dejaba en claro que la mala conducta de sus agentes en el Pacífico se debía a que ambos actuaron por cuenta propia. Si bien España desaprobaba la reivindicación de las islas de Chincha, las peripecias que Salazar y Mazarredo afirmó haber sufrido en su viaje de retorno a Europa motivaron su decisión de continuar con la ocupación de los yacimientos guaneros hasta recibir del Perú las satisfacciones correspondientes.

Ese mismo día recibió el cónsul peruano Moreyra las cuatro bases de arreglo del gobierno de Madrid:

1. El gobierno peruano debía mandar a España un representante que declarara que el Perú desaprobaba la conducta seguida por las autoridades del Callao al intentar aprisionar al secretario Cerruti, que tales autoridades habían sido ya destituidas y que el gobierno peruano estaba dispuesto a capturar a quienes intentaron agredir a Salazar y Mazarredo.
2. El gobierno español enviaría a Lima un representante suyo a título de Comisario Especial que debía reclamar justicia por el caso Talambo. El Perú debía aceptarlo y no poner en duda su título.
3. Las islas serían así desocupadas y entregadas al gobierno peruano.

4. El Perú debía enviar a España un Plenipotenciario a fin de celebrar un tratado de paz similar a los celebrados con las demás repúblicas americanas.

Finalmente, en vista de los preparativos militares realizados por el Perú, el gobierno español acordó reforzar la presencia de la escuadra española mediante el envío de un total de cuatro buques de guerra, al mando de José Manuel Pareja, ministro de Marina español al producirse la captura de las islas de Chincha.

En lo que respecta a las repúblicas de América, el Perú dirigió una circular a los gobiernos de la región comunicándoles los sucesos en las islas de Chincha y apelando a los principios de solidaridad continental para que impidieran el abastecimiento de provisiones a los buques españoles. Todas las repúblicas americanas rechazaron el principio de reivindicación invocado por Hernández-Pinzón y Salazar y Mazarredo. En Bolivia se produjeron manifestaciones populares a favor del Perú, y el gobierno boliviano protestó formalmente por la ocupación española de las islas guaneras. Distinta conducta tuvo el gobierno ecuatoriano, declarándose neutral en el conflicto y suministrando elementos tanto a las naves peruanas como españolas. El encargado de negocios del Perú en Quito, José Antonio Barrenechea, reclamó ante el gobierno ecuatoriano por su postura en el conflicto peruano-español. Tiempo después el gobierno ecuatoriano modificó su conducta.

Entre las repúblicas americanas, fue Chile la más activa en brindar su apoyo al Perú. Las noticias de la ocupación de las islas guaneras causaron malestar en el país sureño, produciéndose las movilizaciones más importantes de apoyo popular a favor del Perú realizadas en el extranjero. Si bien la simpatía por la causa del Perú tenía mucha aceptación entre la población, en un primer momento los políticos chilenos optaron por una postura prudente y de moderación en el conflicto peruano español. El presidente chileno era José Joaquín Pérez y el Ministro de Relaciones Exteriores Manuel Tocornal. El ministro mandó el 4 de mayo una circular a los gobiernos del continente declarando que la causa del Perú era causa americana, y rechazaba los derechos de reivindicación y reconquista. A pesar del contenido de la circular,



el ministro chileno estaba en desacuerdo con la idea de que Chile siguiera una conducta agresiva contra la flota española, sobre todo en vista de la prudencia peruana por evitar una confrontación bélica contra la ex metrópoli.

Dentro del gabinete chileno el Ministro de Hacienda Domingo Santa María era el partidario más importante para que su país tomara una postura más activa en perjuicio de los españoles en el Pacífico. La salida de Manuel Torconal permitió el ascenso del gabinete presidido por Manuel de Covarrubias, político chileno que estuvo a favor de seguir una línea de cooperación más estrecha con la causa peruana. Así, se decretó la prohibición de suministrar de carbón a las naves españolas. En lo que respecta a la representación peruana en el país del sur, el presidente Pezet nombró al general Manuel Ignacio de Vivanco como ministro plenipotenciario en Chile (del 16 de abril al 14 de noviembre de 1864).

Luego de la captura de las islas de Chincha, el gobierno peruano esperaba que el conflicto diplomático pudiera ser solucionado por vías pacíficas, y que el gabinete español desaprobaba la conducta de sus agentes sancionando la desocupación de las islas guaneras. Con la circular española del 24 de junio, tales esperanzas se esfumaron, y el Perú comisionó a Europa a los encargados de buscar el empréstito de cincuenta millones de pesos para alistar los preparativos bélicos que habían sido aprobados tiempo atrás por la Comisión Permanente del Congreso.

El 28 de julio de 1864 se instaló finalmente el Congreso Nacional. Ramón Castilla y José Rufino Echenique habían sido elegidos como presidentes del Senado y la Cámara de Diputados respectivamente. La sección se desarrolló bajo la conducción de Ramón Castilla. Al término del mensaje del presidente de la República, Castilla tomó la palabra y emitió un duro discurso en donde se criticaba la actitud del gobierno peruano de cara a la crisis diplomática con España. La respuesta del presidente Juan Antonio Pezet no se hizo esperar, acusando a Castilla de haberse separado con su actitud de los usos parlamentarios. El cruce de palabras entre los presidentes del Senado y de la República causó sorpresa y conmoción entre el público asistente a la ceremonia oficial. Terminada la sesión ocurrió un incidente durante la salida de

Ramón Castilla de las instalaciones del Congreso Nacional. El diputado Federico Pezet, hijo del Juan Antonio Pezet, increpó al presidente del Senado su actitud y trató de agredirlo. Con motivo de los últimos sucesos, el 30 de julio la Cámara de Senadores aprobó una moción declarando que el Congreso Nacional no aceptaba las acusaciones vertidas por Ramón Castilla.

El 1ro de agosto se publicaron en el diario oficial *El Peruano* las protestas de los jefes de los cuerpos del ejército y de los institutos armados por las declaraciones de Ramón Castilla. Tales acciones motivaron al presidente del Senado que solicitara una licencia temporal, causando agitación una vez más por su decisión de retirarse a la vida doméstica. Tal decisión fue comunicada oportunamente al Colegio Electoral de Moquegua.

Mientras tanto, en las últimas semanas la prensa de oposición difundía las noticias que llegaban desde Europa. En la opinión pública nacional causó conmoción las acusaciones que hacía el gobierno español al Perú y su decisión de enviar nuevas naves de guerra para reforzar a la escuadra española en el Pacífico. El Congreso Nacional se sintió obligado a tomar medidas enérgicas. El 8 de agosto la Cámara de Diputados acusó al Gabinete Ribeyro por “el delito de traición a la confianza pública”. El 10 de agosto el gabinete dimitió. Jorge Basadre señaló acertadamente que aquel supuesto delito no estaba tipificado en la legislación vigente (Basadre 2005: 211). Al día siguiente se les prohibió a los ex ministros ausentarse de Lima mientras duraban las investigaciones. Se les acusó de varios cargos relacionados al mal manejo del conflicto diplomático con España y de la bancarrota de la Hacienda Pública.

El 11 de agosto se nombró un nuevo gabinete presidido por Manuel Costas, quien ocupó la cartera de gobierno. Entre sus integrantes estaban Toribio Pacheco y Rivero en Relaciones Exteriores, José Simeón Tejeda en Justicia y Culto, Isidoro Frisancho en Guerra y Marina, y Julián Zaracondegui en Hacienda. Más adelante Julián Zaracondegui fue reemplazado por Felipe Barriga Álvarez (5 de septiembre), debido a un impase con los artículos publicados en el diario opositor *El Perú* de José María Químpier (Basadre 2005: 211). El ascenso de Toribio Pacheco significó un cambio en la

representación diplomática externa. Fueron destituidos el cónsul peruano en Madrid, Mariano Moreyra y al Plenipotenciario en Francia, Pedro Gálvez, culpándolos de haber iniciado negociaciones diplomáticas con España sin haber recibido instrucciones desde Lima. El Plenipotenciario en Londres José Sanz también fue destituido. En su reemplazo se nombró a Federico Barreda como Plenipotenciario del Perú en las Cortes de Inglaterra y Francia. En relación a la circular española del 24 de junio, la Cancillería de Lima respondió con tres comunicados.

En primer lugar, en las circulares del 15 y 26 de agosto Toribio Pacheco rechazó las apreciaciones del gobierno español. Sus críticas se centraban en dos puntos principales. Por un lado, si bien el gobierno español desaprobaba un hecho anterior como la reivindicación de las islas de Chincha, justificaba mantenerlas bajo ocupación debido a un hecho posterior como había sido los supuestos maltratos padecidos por el Comisario Especial en su viaje de retorno a Europa. Por otro lado, el relato apasionado que brindó Salazar y Mazarredo al gobierno español no descansaba en más pruebas que en su propio testimonio, una evidencia insuficiente y de dudosa veracidad.

En segundo lugar, en la circular del 17 de agosto Toribio Pacheco se dirigió a los gobiernos sudamericanos buscando llamar su atención en relación al conflicto diplomático entre Perú y España. La estrategia de la cancillería limeña era presentar los incidentes acontecidos en las islas de Chincha como un problema de carácter continental. El canciller hacía ver las contradicciones en que caían las autoridades españolas con respecto a la captura del territorio peruano. Al principio, las acciones de su escuadra en el Pacífico fueron justificadas como un acto de reivindicación; luego modificaron sus argumentos para mantener su permanencia en los yacimientos guaneros, a raíz de un hecho posterior como fueron las peripecias que Salazar y Mazarredo afirmó haber experimentado durante su viaje a Europa. Según Toribio Pacheco, tal contradicción buscaba crear un clima de confusión para evitar la solidaridad de las repúblicas de Sudamérica. En el documento se apelaba a la solidaridad americana para salvaguardar la mutua independencia de los países. El mantenerse indiferente a los sucesos en el Perú generaría un funesto

antecedente, que iría en contra de los futuros esfuerzos por mantener la libertad del Continente.

Mientras tanto, en las secciones parlamentarias se discutía acaloradamente en torno a la conveniencia o no de declarar la guerra a España. Era evidente que el Perú no se encontraba preparado militarmente para enfrentarse con éxito a la Armada Real. El Congreso Nacional estaba polarizado entre los partidarios de ambas posturas.

En vista de la situación, el Gabinete Costas propuso a los diputados la aprobación de una ley consistente en dos puntos, con miras a encarar la crisis diplomática con España. En las reuniones secretas de principios de septiembre el primer punto fue aprobado con prontitud. Aquel reafirmaba que el Poder Ejecutivo velaría con todos los medios legales a su disposición para mantener la integridad de la soberanía peruana, empleando la fuerza en caso de ataque o usurpación del territorio nacional. El segundo punto planteado requería de una modificación, demorándose varios días hasta lograr un acuerdo. Es importante destacar que Ramón Castilla y Rufino Echenique, grandes rivales políticos desde hacía varios años, esbozaron juntos el día 6 de septiembre la versión final del punto en cuestión. Según sus propias declaraciones, la gravedad del panorama que atravesaba el país hacía necesaria su reconciliación. El segundo punto proponía que el Poder Ejecutivo debía establecer relaciones oficiales con España en búsqueda de obtener una honrosa satisfacción por las ofensas recibidas, mediante la desocupación de las islas de Chincha y el saludo al pabellón nacional, y en caso de no conseguir las debía declararse la guerra.

Al asumir el cargo de ministro peruano en Francia e Inglaterra, Federico Barreda se trasladó desde Washington a París. Barreda entró en conversaciones con las autoridades de Napoleón III, y pronto llegaron a Madrid sus buenos oficios, transmitidos por el embajador francés en la capital española. Sin embargo, el Gobierno español rechazó cortésmente la intermediación promovida desde París. Para aquel entonces Joaquín Francisco Pacheco había dejado la jefatura del Ministerio de Estado y había asumido el nuevo cargo de embajador de Roma. Jorge Basadre señala que cuando el Gabinete de Madrid

envió a Pareja al Perú y Chile con instrucciones especiales se negó a seguir en tratos con el ministro peruano en París y Londres (2005:225).

Las críticas de la opinión pública a la gestión del gobierno peruano aumentaron con el paso de los días. Los avances en torno a la solución de la crisis diplomática con España eran escasos. El Gabinete Costas empezó a ser llamado todos los días a las secciones secretas del Parlamento, como forma de ejercer presión y de fiscalización de sus actividades. Debido a las constantes interrupciones a su labor y a sus deseos de conducirse con mayor libertad y serenidad, el Gabinete Costas intentó solicitar facultades extraordinarias al Congreso Nacional. El presidente Juan Antonio Pezet le retiró su apoyo, y las críticas de la opinión pública a las intenciones del Gabinete Costas se tornaron implacables. El 12 de octubre los ministros presentaron su renuncia, aceptándose su dimisión un par de días después, nombrándose en su reemplazo al Gabinete Allende.

El presidente del nuevo gabinete era el general de brigada José Allende, asumiendo la responsabilidad del Ministerio de Guerra y Marina. Los demás miembros eran José Calderón como Ministro de Relaciones Exteriores, Evaristo Gómez Sánchez como Ministro de Gobierno, Manuel Antonio Zárate como Ministro de Justicia y Pedro Mariano García como Ministro de Hacienda. El Gabinete Allende resultó ser muy impopular entre la opinión pública del Perú. De acuerdo con Jorge Basadre (2005:230), el Gabinete Allende irradiaba una imagen tan típicamente conversadora que no faltaron voces que lo llamaron «monasterio». Por su parte, Pons Muzzo (1966: 98) señaló que José Calderón y Evaristo Gómez Sánchez eran conspicuos miembros del sector conservador, discípulos destacados de Bartolomé Herrera en el Convictorio de San Carlos.

El 15 de octubre de 1864 empezó a sesionar en Lima el que sería el célebre Congreso Americano. La invitación había sido realizada por el entonces Ministro de Relaciones Exteriores Juan Antonio Ribeyro en su circular del 11 de enero, tres meses antes de la captura de las islas de Chincha y del inicio del conflicto diplomático entre España y el Perú. El gobierno peruano tuvo la iniciativa para convocar a la reunión, con miras a promover la unidad y la

alianza entre las repúblicas hispanoamericanas. Éste Congreso Americano tuvo como antecedentes los ideales de unión y fraternidad que impulsaron los Congresos de Panamá en 1827 y de Lima en 1847. Las muestras del creciente intervencionismo europeo en el Continente (Los recientes sucesos en México y Santo Domingo) y las sospechas en torno a la presencia de la escuadra española en Américas motivaron su convocatoria.

El Congreso Americano inició sus actividades el 15 de octubre de 1864 y sesionó hasta el 13 de marzo de 1865 en el Palacio de Torre Tagle. Participaron en las reuniones ocho plenipotenciarios: Manuel Montt como representante de Chile, Justo Arosemena como representante de Colombia, Antonio Leocadio Guzmán como representante de Venezuela, Juan de la Cruz Benavente como representante de Bolivia, Vicente Piedrahita como representante de Ecuador, Pedro A. Herrán como representante de Guatemala, y Domingo Faustino Sarmiento como representante de Argentina. Sarmiento participó *ad referendum* por decisión de sus demás colegas a la espera de recibir sus credenciales, las cuales no fueron enviadas por el presidente Bartolomé Mitre. Finalmente, fue elegido como representante del Perú José Gregorio Paz Soldán, el ilustre canciller durante el gobierno de Ramón Castilla y organizador del Congreso Americano de 1847<sup>40</sup>.

De acuerdo con la circular del 11 de enero de 1864, los objetivos de la convocatoria al Congreso Americano fueron los siguientes:

1. Declarar a América una sola familia dispuesta a sostener su independencia, sus derechos autonómicos y su existencia moral.
2. Determinar los castigos morales contra los perturbadores y traidores de la causa americana y de la paz en general.
3. Abolir la guerra entre las repúblicas y sustituirla por el arbitraje.
4. Firmar una convención postal que facilite y de seguridad a la correspondencia epistolar.
5. Tomar las medidas necesarias para concluir las cuestiones de límites.

---

<sup>40</sup> Aparte de los trabajos mencionados en la sección del balance bibliográfico, entre las investigaciones más relevantes del Congreso Americano de 1864 destacan Ulloa 1938, Wagner 1963, Dargent 2007 y De la Reza 201.

6. Obtener facilidades recíprocas entre los países americanos para proporcionarse datos estadísticos sobre su riqueza, población, medios naturales y artificiales que poseyeran.

Sin embargo, tal como señala Eduardo Dargent Bocanegra (2004), la captura de las islas de Chincha por la escuadra española alteró la agenda original de la reunión. El propósito inicial de su convocatoria —la unión de repúblicas— fue desplazado por la urgencia de resolver el problema con España. Los delegados al Congreso se encontraron al llegar a Lima frente a la difícil posición de apoyar al gobierno anfitrión en su reclamo contra España por la ilegal toma de las islas, defendiendo así el respeto mutuo a su independencia, y cuidándose a la vez de no involucrar a sus respectivas repúblicas en ese contencioso más allá de lo estrictamente necesario.

Los miembros del Congreso Americano intentaron promover un acercamiento entre el vicealmirante Pinzón y el gobierno de Juan Antonio Pezet. A pesar de las esperanzas puestas en su labor, el Congreso Americano fracasó en su misión de mediar en la crisis diplomática entre España y Perú. Los miembros del Congreso Americano criticaron la postura diplomática indecisa y dubitativa de la cancillería de Lima, al mismo tiempo que se hacía evidente la patente debilidad de la Marina de Guerra del Perú en relación a las fuerzas navales de España, próximas a ser reforzadas. Los dos factores descritos convergían en un escenario sumamente complejo para el éxito de las operaciones de los delegados extranjeros reunidos en Lima. Así, los intentos de unir a las repúblicas americanas en una alianza defensiva contra España no tuvo posibilidad de prosperar durante los meses que sesionó el Congreso Americano:

El presente ensayo tiene por objeto analizar la conducta de los Estados que participaron en el Congreso Americano. Nuestra conclusión será que en él existió una tensión entre un discurso a favor de la unidad, con claros tintes republicanos, e intereses más pragmáticos e inmediatos que ya hacían difícil esa unión. El discurso en favor de la unión aparecerá en la convocatoria y en las notas diplomáticas previas al Congreso, resaltando la necesidad de establecer una “familia de repúblicas” para prevenir cualquier amenaza contra su independencia. Sin embargo, durante el desarrollo del Congreso este discurso va siendo dejado de lado y puede apreciarse a repúblicas con agendas propias, conflictos pendientes y muy cuidadosas de no apoyar decididamente la causa peruana, como se esperaba en Lima. Frente a las declaraciones y comunicados de las cancillerías que se sustentaban en una supuesta hermandad y alianza, existía ya una realidad política de conflictos y

celos mutuos que echará por la borda, una vez más, la posibilidad de fortalecer esos aparentes lazos “familiares”. A pesar de los tratados que se aprobaron, el Congreso no logrará la unidad de las repúblicas que propuso en su convocatoria (Dargent 2007: 443-444).

A partir del mes de noviembre el Perú atravesó una grave crisis interna que pareció por varios momentos insostenible, debido a las crecientes críticas a la administración del general Juan Antonio Pezet y la oposición de la ciudadanía en torno a la manera en la que se encaraba el conflicto diplomático con España. El descontento y malestar de la opinión pública era tal que entre las esferas políticas se tenía el temor que en cualquier momento estallase una revuelta popular en contra del régimen.

El 8 de noviembre el sucesor de Joaquín Francisco Pacheco, el ministro español Alejandro Llorente, mandó una circular consistente en cuatro puntos: El primer punto sostenía que si el Perú no aceptaba en un breve plazo las condiciones españolas del 24 de junio con miras a arreglar el conflicto, iban a ser consideradas por Madrid como no presentadas. En el segundo punto se recalca que no existían intenciones de reconquista de América por parte de las autoridades isabelinas. En el tercer punto se sostenía que las islas de Chíncha estaban ocupadas únicamente como forma de presionar al Perú la satisfacción de los agravios cometidos en contra de España. En el cuarto y último punto se abría la posibilidad de afectar el comercio guanero para evitar financiar los preparativos de guerra del Perú e indemnizarse por los gastos de ocupación.

Las bases señaladas llegaron a Lima el 20 de diciembre. El ministro Calderón contestó la circular española por medio de un comunicado el día 22 del mismo mes. Su contenido afirmaba que el Perú tenía derecho a exigir satisfacciones a España, y que no se negaría ningún pedido español con tal que sea ecuaníme y sensato y que el país haría todo tipo de sacrificios a su alcance antes de perder la honra y dignidad.

El 25 de noviembre se incendió de manera fortuita la fragata española Triunfo, generando una oleada de excitación popular que demandaba un inmediato ataque a la escuadra española, próxima a ser reforzada. El 26 de noviembre el Congreso Nacional aprobó una ley de dos artículos: En el primer



artículo se disponía que el Poder Ejecutivo debía de procurar la desocupación de las islas de Chincha en los próximos ocho días, y debía de dar cuenta al Poder Ejecutivo una vez logrado el cometido. En el segundo artículo demandaba celebrar un tratado con España previa desocupación del territorio nacional. A los pocos días el Parlamento Peruano dejó sin efecto el plazo previsto para el desalojo de las guaneras, de acuerdo al contenido de la ley del 26 de noviembre.

El 6 de diciembre arribó al Callao el nuevo jefe de la escuadra española, el general José Manuel Pareja. Al día siguiente Pareja tomó formalmente el mando en reemplazo del vicealmirante Luis Hernández-Pinzón, quien lucía además las mismas prerrogativas diplomáticas del Comisario Especial, Salazar y Mazarredo. Las autoridades madrileñas lo habían investido con plenos poderes para buscar una pronta solución a la crisis en el Pacífico.

El 24 de diciembre el gobierno del Perú nombró en forma secreta como Ministro Plenipotenciario a Manuel Ignacio de Vivanco para tratar con el general José Manuel Pareja una solución pacífica al conflicto. El 29 de diciembre en la mañana el representante peruano viajó a bordo del vapor Chalaco al encuentro de las naves españolas. Al día siguiente Vivanco alcanzó a las islas de Chincha, coincidiendo con la llegada de las fragatas de refuerzo despachadas por las autoridades madrileñas al Pacífico. En el transcurso de los siguientes días se llevaron a cabo las negociaciones entre ambos generales, pero no se llegó a ningún acuerdo específico.

En la noche del 24 de enero, el representante peruano arribó nuevamente al Callao con dos borradores de tratado en las manos, dirigiéndose en tren a Lima al día siguiente. Aquel día 25 al medio día se presentaron frente a las costas chalacas 5 naves de guerra españolas en posición de combate. En el primer puerto cundió la alarma ante lo que parecía un inminente ataque contra las posiciones peruanas. En vista de haber terminado las conversaciones con Vivanco sin alcanzar un arreglo al conflicto, el general José Manuel Pareja se presentó con la escuadra bajo su mando para dar un ultimátum de 48 horas al gobierno peruano, para que acepten las

bases de arreglo propuestas por España en sus circulares del 24 de junio y 8 de noviembre de 1865.

Vivanco se reunió con Pareja a bordo de la Villa de Madrid, y con algunas variantes tomó como base uno de los dos borradores anteriores para firmar un acuerdo final. El tratado Vivanco-Pareja fue suscrito el 27 de enero de 1865 y contenía 8 artículos:

1. España desaprobaba la conducta de sus agentes en el Pacífico y la toma de posesión de las islas de Chincha a título de reivindicación, y el Perú desaprobaba los maltratos sufridos por el Comisario Especial durante su viaje a Panamá. Las fuerzas españolas se retirarían de las islas de Chincha al no quedar más obstáculos que prolonguen su ocupación.
2. El Perú acreditaría un Ministro a la Corte de España.
3. España enviaría a Lima a un Comisario Especial para que entable gestiones en relación a los sucesos de la hacienda Talambo, y éste debía ser recibido por el Perú. Se dejaba en claro que las autoridades peruanas no se habían negado en un principio a admitir al Comisario Especial y que el título en sí mismo no afectaba la soberanía del país.
4. El Ministro Plenipotenciario del Perú suscribiría un Tratado de Paz, Amistad, Navegación y Comercio.
5. En el tratado se establecerían las bases para la liquidación, reconocimiento y pago de la deuda de la independencia contraída por el Perú.
6. El pago de la deuda se haría en base a auténticas pruebas documentales.
7. Las dificultades o dudas en la liquidación de la deuda serían resueltas por una comisión de seis individuos.
8. El Perú indemnizará a España con tres millones de pesos fuertes españoles <sup>41</sup> para cubrir los gastos desembolsados por la escuadra española durante la ocupación de las islas de Chincha.

Adicionalmente, en el protocolo del Tratado Vivanco-Pareja ambos negociadores acordaron que las banderas del Perú y España serían saludadas

---

<sup>41</sup> También conocida como reales de a 8, el peso fuerte fue una moneda de plata española de amplia aceptación en el comercio mundial.

de forma recíproca y simultánea. El acuerdo debía ser ratificado por las autoridades de Lima y Madrid y canjeado en un plazo de 90 días.

El 29 de enero en el Consejo de Ministros se discutió los puntos del Tratado Vivanco-Pareja. El 30 de enero el tratado fue elevado al Congreso Nacional—apenas a tres días de entrar en receso— para someterlo a su aprobación o rechazo, y se informó al Congreso Americano de su existencia. Al interior del Congreso Nacional existía una fuerte oposición a la aprobación del tratado por considerarlo indecoroso y lesivo a la dignidad nacional. Finalmente, el Congreso clausuró sus sesiones de la Legislatura Ordinaria de 1864, sin discutir el Tratado Vivanco-Pareja.

Ante tales circunstancias, el Ejecutivo prefirió no convocar al Congreso Extraordinario para que debata exclusivamente el proyecto de tratado, debido a que era altamente probable que sea rechazado. Así, el gobierno de Pezet ratificó el 2 de febrero el Tratado Vivanco-Pareja sosteniendo que cumplía las disposiciones dadas por el Congreso Nacional mediante la ley del 9 de septiembre.

Rápidamente se procedió a cumplir las disposiciones del tratado. El mismo día de su ratificación por el presidente Pezet fueron intercambiados los saludos de veintiún cañonazos a las banderas nacionales de Perú y España desde las fragatas Amazonas y Villa de Madrid. Al día siguiente las islas de Chincha fueron desocupadas y entregadas al gobierno peruano y se le encargó al contralmirante peruano Domingo Valle Riestra la misión diplomática a la Corte de Madrid. En julio de 1865 fue recibido en Lima el Comisario Especial Regio Jacinto Albístur.

Tanto las autoridades peruanas como las españolas juzgaron que la suscripción del Tratado Vivanco-Pareja pondría punto final a la crisis diplomática entre ambos gobiernos, y que ésta alejaría definitivamente los fantasmas de la guerra de las aguas del Pacífico. Las relaciones diplomáticas entre Perú y España iban a quedar pronto regularizadas en un tratado definitivo de paz y de amistad, y los marinos españoles podrían iniciar así los preparativos para retornar a su patria después de una larga ausencia. Por otro lado, las autoridades peruanas podían sentirse más que satisfechas: habían

recuperado el control de las islas de Chincha, principal obstáculo que impedía un entendimiento con España, y habían evitado que el Perú se embarcase en una aventura bélica contra una potencia marítima europea, guerra que hubiese resultado bastante onerosa para la República y ante la cual había pocas probabilidades de victoria.

Sin embargo, tales pronósticos fueron demasiado optimistas y desconocedores del profundo malestar que al interior de la sociedad peruana había generado el desempeño del gobierno de Juan Antonio Pezet ante la crisis diplomática con España. El Tratado Vivanco-Pareja no fue capaz de aliviar el descontento de la población peruana ni puso punto final a la crisis con España. Al difundirse el contenido del arreglo, la impopularidad y desaprobación al régimen de Pezet al interior del país se exacerbó a tal punto que afectó gravemente su gobierno y provocó su caída.

#### **Capítulo 4. Las críticas al Tratado Vivanco-Pareja y sus repercusiones al interior del Perú: el ocaso del régimen de Juan Antonio Pezet.**

El Tratado Vivanco-Pareja recibió duras críticas tanto en España como en el Perú. No todas las autoridades reales estuvieron satisfechas con el resultado de la misión del brigadier Pareja. Para el sector descontento, la desocupación de las islas de Chincha había sido una decisión demasiado apresurada y poco meditada. Por otro lado, la prensa española criticaba el exiguo monto que iba a ser abonado por el Perú como concepto de indemnización, sosteniendo que tuvo que haberse exigido una suma muchísimo más elevada para realmente resarcirse de los grandes gastos demandados por la escuadra en el Pacífico<sup>42</sup>. Hubo una opinión general en España que el Tratado Vivanco-Pareja fue muy benevolente para el Perú y que el general José Manuel Pareja debió imponer condiciones aún más duras al país, con mayor razón cuando las naves de guerra españolas despachadas al Pacífico le brindarían a todas sus demandas un poderoso respaldo militar.

En lo que respecta al Perú, las críticas al Tratado Vivanco Pareja fueron más duras. En importantes sectores políticos y de la población causó indignación que el tratado haya sido aprobado sin ser debatido en el Congreso Nacional o en un Congreso Extraordinario, lo que era visto como un exceso del Ejecutivo que invalidaba de por sí todo el acuerdo. Desde este punto de vista, el gobierno de Juan Antonio Pezet se había salido de la legalidad, y el Perú no estaba obligado a cumplir el tratado debido a su ilícita aprobación.

En lo que respecta al contenido del acuerdo, el punto que causó más revuelo fue el artículo 8°, el correspondiente a la indemnización de tres millones de pesos que debía abonarse a España. Para los opositores al tratado, tal condición era a todas luces humillante y excesiva. De acuerdo con ellos, el Perú no debía realizar pago alguno por el mantenimiento de la escuadra que capturó las islas de Chincha, por haberse originado a partir de un exceso de los marinos españoles y como un acto de agresión injustificado y contrario al derecho internacional. En todo caso, el Perú debía de ser el país resarcido y no

---

<sup>42</sup> El tema de la indemnización fue una iniciativa personal de José Pareja. El gobierno español recompensó la inesperada indemnización obtenida por el brigadier mediante su ascenso a rango de vicealmirante.

España. El artículo 8° justificaba la indemnización debido a que en los primeros días de la crisis, el Perú se había negado al ofrecimiento de Hernández-Pinzón de devolver las islas, y por tal motivo España se había visto en la obligación de desembolsar fuertes gastos para mantener su ocupación. Al respecto, el general José Pareja cometió una equivocación, ya que tal ofrecimiento no consta en la documentación generada en torno al conflicto.

Otras críticas adicionales que se le imputaba al Tratado Vivanco-Pareja giraban en torno al saludo del pabellón peruano, que fue realizado en simultáneo al español y no previo a aquél. Además, mientras que el Perú nombraba un Ministro Plenipotenciario a Europa para que entable un acuerdo definitivo con las autoridades españolas, aquellas enviaban a Lima a un funcionario de menor rango y limitada capacidad negociadora como era un Comisario Especial. Finalmente, el tratado de paz definitivo debía de tomar como modelo el tratado suscrito entre España y Chile, restringiendo severamente al Perú la elaboración de un tratado que sintonizase con sus intereses.

El domingo 5 de febrero de 1865 en la mañana, a poco más de una semana de haberse suscrito el polémico tratado, ocurrieron serios incidentes en Lima y el Callao protagonizados por un grupo de marinos españoles y la enardecida población. Aquel día desembarcaron en el Primer Puerto un total de 154 tripulantes de la Armada Real. José Pareja fue a visitar al prefecto del Callao, general José Miguel Medina y el resto de hombres se dispersaron entre la población. De acuerdo a sus graduaciones, los marinos españoles conformaban un grupo bastante heterogéneo, había desde oficiales y guardias marinas hasta fogoneros y grumetes. La mayor parte de los marinos se dirigieron a Lima, quedándose en los barrios chalcos un aproximado de 60 hombres.

Cerca del mediodía algunos españoles se hallaban paseando por la Plaza Beneficencia hasta que uno de ellos se acercó a un muchacho que fumaba un cigarro. El marino le solicitó fuego y el muchacho arrojó su cigarro al suelo y comenzó a correr, alejándose rápidamente del lugar. El español, enfurecido por la actitud del muchacho, le arrojó una piedra que le impactó en

la cabeza, dejándolo inconsciente. De este modo se dio inicio a la trifulca. Los testigos de la escena pensaron equivocadamente que el muchacho estaba muerto, y trataron de linchar con palos y piedras a los españoles. La noticia del asesinato de un muchacho en manos de un marino español se esparció como reguero de pólvora en el Callao, formándose espontáneamente partidas de hombres que perseguían a los españoles con el fin de agredirlos.

Al iniciarse los incidentes, José Pareja se hallaba todavía en la Prefectura del Callao en compañía de los altos mandos de la escuadra y el general Medina. Al tener conocimiento de los sucesos, José Pareja se embarcó en la Villa de Madrid, y ordenó despachar botes al puerto para que recojan a los marinos. Las autoridades peruanas buscaron inmediatamente acabar con los desórdenes. El Prefecto y el Intendente de Policía mandaron a sus fuerzas para que protejan a los españoles que se hallaban dispersos por el Callao, conduciendo a buen número de ellos a la Prefectura y la Intendencia. Otros tantos lograron embarcarse seguros en los botes despachados por el brigadier Pareja, mientras que los demás marinos encontraron refugios en casas particulares. A eso de las 6 de la tarde el cabo Esteban Fradera, tripulante de la Resolución, se dirigía al muelle para embarcarse cuando empezó a ser perseguido por una multitud enardecida. Los fleteros no permitieron embarcarse a Fradera, sintiéndose acorralado por sus perseguidores. Fradera tomó su puñal y trató de abrirse paso entre la multitud, provocando la muerte de un hombre e hirió a otro, hasta que finalmente falleció producto las pedradas propinadas por la población.

El incidente del cabo Esteban Fradera reavivó los ánimos de la población chalaca en contra de los españoles. La muchedumbre no sólo continuó persiguiendo a los marinos, sino que empezaron a arremeter contra las casas y los comercios de los españoles avecinados en el puerto, mientras que otros tantos intentaron destruir los rieles de la vía férrea Lima-Callao. Se temía el estallido de una revolución. El prefecto dispuso la salida de todo el contingente acantonado en Bellavista, y solicitó refuerzos a Lima. Finalmente, las fuerzas armadas lograron sofocar los tumultos al anochecer por medio de la violencia, dejando como saldo dos muertos, numerosos heridos y detenidos.

El tren de las 5 de la tarde llevó a Lima las noticias de los últimos tumultos en el Callao. Los marinos españoles buscaron refugio en casas particulares, en el Palacio de Gobierno y en las legaciones diplomáticas. Los ánimos de la población estaban exaltados, y no tardaron en producirse en la Capital desórdenes similares a los acontecidos en el Primer Puerto. Las fuerzas del orden salieron a enfrentarse a la multitud exaltada, y fue suspendida la partida del tren que conducía al Callao. Frente al Hotel Morín se produjo un choque que causó dos muertos y varios heridos, mientras que otros tantos fueron detenidos. De acuerdo con Jorge Basadre (2005: 245), los sucesos del 5 de febrero anticiparon las muchas violentas protestas populares no solo contra el tratado de 27 de enero sino también contra el Gobierno en él partícipe.

Al día siguiente de los tumultos registrados en Lima y Callao, el lunes 6 de febrero de 1865, el mariscal Ramón Castilla se presentó ante Palacio de Gobierno para hacer sentir su voz de protesta por el violento accionar de las fuerzas del orden contra la población civil durante la víspera, ocasionando muertos y heridos. Ramón Castilla fue recibido por el Presidente de la República y sus ministros de estado. En la entrevista el Presidente del Senado increpó duramente a Juan Antonio Pezet la forma en la que había conducido el gobierno durante la crisis diplomática con España, caldeándose los ánimos. La discusión terminó abruptamente cuando el presidente Pezet ordenó la prisión de Ramón Castilla, a pesar de que aquél por su cargo en el Senado peruano gozaba de inmunidad parlamentaria. El Gobierno estaba consciente del creciente malestar que reinaba entre la población y tenía el fundamentado temor de que en cualquier momento podía estallar una rebelión en su contra. El régimen vio en Ramón Castilla, un caudillo con una vasta red de influencias y popularidad, un potencial peligro. Así, el presidente Juan Antonio Pezet, decidió desterrar a Ramón Castilla a Europa. El Bergantín Guisse lo condujo a Panamá, continuando luego su ruta por Acapulco, para terminar desembarcándolo en Gibraltar.

Con respecto al destierro de Ramón Castilla, Juan Antonio Pezet lo justificó en su Exposición, calificándolo como un caudillo peligroso para las



libertades públicas del Perú y que era evidente que iba intentar ponerse a la cabeza de la rebelión. Así:

Preso el Mariscal Castilla, no era prudente mantenerlo así en Lima, ni someterlo a juicio, ni expulsarlo simplemente del territorio peruano. En los dos primeros habría sido pretexto y estímulo para nuevas y peligrosas conmociones en la Capital, y en el tercero se le habría dejado campo para incorporarse á los rebeldes, cosa que de ninguna manera convenía al orden constitucional. No se proponía el gobierno vengarse de él ni ultrajarle, sino asegurarse bien de su persona, quitando á la rebelión un candillo [Sic] de nombre y prestigio, cuya cooperación habría sido muy perjudicial á la causa que estaba obligado á sostener; y se dispuso que pasase preso á un buque de guerra y se le mantuviese ausente mientras se restablecía la tranquilidad interior del país proveyéndole de todo lo necesario para su comodidad y ordenando se le tratase con todas las consideraciones debidas á su persona. Tanto más justa é indispensable era esta medida cuanto que el Mariscal Castilla, por su alto grado en la milicia y por su antigua influencia en el ejército, estaba designado para encabezar una sublevación en la capital, pues se creía que á su voz, tan largo tiempo *obedecida* con temor y sumisión, el pueblo acudiría presuroso á sostenerlo y varios cuerpos militares abandonarían al gobierno en el conflicto. Nunca pensó al dirigirse á palacio, que se tomase con él tan enérgica providencia (Pezet 2007: 109-110).

El día martes 28 de ese mismo mes en la ciudad de Arequipa, el prefecto del departamento, coronel Mariano Ignacio Prado, encabezó una revuelta nacionalista en contra del gobierno. Al día siguiente, 1ro de marzo, en cabildo abierto se dictó el Acta Revolucionaria, suscrita por varios miles de ciudadanos. En el documento se acusó al general Juan Antonio Pezet de haber faltado a sus sagradas obligaciones al haber violado la ley del 9 de septiembre en miras a un arreglo decoroso acorde con los intereses nacionales, el no haber preparado adecuadamente al país para enfrentar a la escuadra española, el ignorar la opiniones favorables a una guerra entre el Perú y España, el haber firmado el tratado de 27 de enero sin la aprobación del Congreso, entre otras acusaciones más. Se declararon al presidente y los miembros de su gabinete como “reos de alta traición” encomendando en su reemplazo al coronel Mariano Ignacio Prado en el ejercicio del mando político y militar del Perú.

A los pocos días la revolución se expendió a los departamentos de Tacna, Puno, y Cusco (5, 9 y 24 de marzo respectivamente). El día 13 de marzo los sublevados se dieron el nombre de “Ejército Restaurador” escogiendo a la ciudad de Arequipa como su cuartel general. Al mes siguiente la revolución se extendió al Norte del Perú, sumándose a la revolución

Cajamarca, La Libertad, Piura y Áncash. El coronel José Balta tomó desde Chiclayo la «Comandancia General del Ejército Revolucionario del Norte». Así, a fines de abril el gobierno de Juan Antonio Pezet apenas controlaba la zona central del Perú y mantenía su posición de dominio en el mar, mientras tanto tenía que hacer frente a los constantes conatos en la capital. El gobierno decidió concentrar sus fuerzas en Lima e inició los preparativos para defenderla. El 24 de junio el vicepresidente Pedro Diez Canseco se sumó a los insurrectos desde Ayacucho asumiendo la dirección del movimiento, brindándole a partir de entonces un cariz constitucional.

En lo que respecta al frente diplomático, el 10 de mayo el contralmirante Domingo Valle-Riestra presentó ante la Reina Isabel II sus credenciales de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Perú en compañía de su secretario, José Antonio Barrenechea. El 21 de julio fue recibido en Lima el nuevo Comisario Especial de España en el Perú, Jacinto Albistur, quien cambió a los pocos días sus credenciales por las de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario. El 5 de mayo José Pareja envió a la goleta Covadonga con el fin de contactar al representante español en Chile, Salvador de Távira, y solicitar al gobierno chileno por intermedio de él un desagravio a España por la actitud hostil tomada por aquella República durante el conflicto con el Perú. El 13 de mayo Salvador de Távira presentó sus reclamaciones al gobierno chileno, recibiendo al cabo de tres días una cordial respuesta del Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, Álvaro Covarrubias. Tales explicaciones fueron aceptadas por Salvador de Távira, mas no así por José Pareja.

Finalmente, en España a mediados de junio la Unión Liberal tomó nuevamente al poder y Bermúdez de Castro fue designado como Ministro de Estado. El ascenso de Bermúdez de Castro marcó nuevamente el inicio de una política de línea dura en relación a las negociaciones sostenidas con los gobiernos sudamericanos. Con respecto al Perú el diplomático Domingo Valle-Riestra tuvo que lidiar con las severas demandas planteadas por el nuevo gabinete de Madrid. Con respecto a Chile, Salvador de Távira fue destituido de su cargo y José Pareja fue nombrado Plenipotenciario de España en Chile, recibiendo instrucciones para actuar con energía, dándole autorización para

presentar ultimátum y bloquear los puertos chilenos en caso de no obtener las satisfacciones que los españoles demandaban. José Pareja arribó a Valparaíso el día 17 de septiembre, víspera del aniversario de la independencia de Chile, a bordo de la Villa de Madrid. Al día siguiente y coincidiendo con las celebraciones oficiales por fiestas patrias José Pareja presentó al gobierno de Santiago sus credenciales y una nota con duras reclamaciones, indicando que las previamente brindadas al destituido Salvador de Tavira no habían sido del beneplácito del gobierno español. Luego de un áspero intercambio de notas entre José Pareja y Álvaro Covarrubias, el 24 de septiembre la Armada Española inició el bloqueo de los principales puertos chilenos, y al día siguiente el gobierno de Chile emitió formalmente la declaratoria de guerra a España.

Mientras tanto en lo que respecta al desarrollo de la guerra civil en el Perú, a mediados de septiembre los revolucionarios se concentraron en Chíncha Alta, preparándose para el avance final a la capital. A mediados de octubre, el general Juan Antonio Pezet mantenía únicamente el control de Lima y de los alrededores de la ciudad.

Durante el mes de noviembre el panorama se tornó adverso para los intereses españoles, debilitándose sus posiciones en el litoral del Pacífico. En lo que respecta al Perú, el día 6 en la madrugada el ejército restaurador ingresó a la ciudad de Lima, burlando al grueso de las fuerzas leales al general Juan Antonio Pezet, quienes se hallaban acantonadas en Monterrico esperando la llegada de los revolucionarios. Triunfante el movimiento revolucionario, el depuesto presidente Juan Antonio Pezet y sus principales colaboradores buscaron asilo en la corbeta británica *Shear Water*. El vicepresidente Diez Canseco asumió así la jefatura del estado, pero el día 26 fue depuesto a favor de Mariano Ignacio Prado, quien fue proclamado «Jefe Supremo Provisorio de la República». Ese mismo día en aguas chilenas la corbeta *Esmeralda* capturó en combate a la goleta *Covadonga*, siendo tomados como prisioneros cerca de 120 marinos españoles. El día 28 Mariano Ignacio Prado convocó a personajes de gran prestigio para que conformen su gabinete: José Gálvez asumió la secretaría de Guerra y Marina, Toribio Pacheco la de Relaciones Exteriores, Manuel Pardo la de Hacienda, José Simeón Tejeda la de Justicia e Instrucción, y la de gobierno José María Químper. Ese mismo día José Pareja recibió la

noticia de la pérdida de la Covadonga, sumándose además de los rumores sobre la posible captura de la Vencedora. Al día siguiente José Pareja se suicidó.

En reemplazo del fenecido vicealmirante José Pareja, el jefe de la Numancia, Casto Méndez Núñez, asumió el comando de las naves españolas. Por otro lado, ante la instalación del flamante régimen de Mariano Ignacio Prado, los diplomáticos Domingo Valle-Riestra en España como Jacinto Albistur en el Perú fueron cesados en sus cargos por sus respectivos gobiernos, rompiéndose las relaciones entre ambos. El 5 de diciembre los gobiernos de Perú y Chile suscribieron la alianza ofensiva y defensiva para repeler la agresión española, en virtud de la cual el 14 de enero el Perú declaró formalmente la guerra a España. Al poco tiempo los gobiernos de Ecuador y Bolivia se adhirieron al tratado peruano-chileno (30 de enero y 22 de marzo de 1866 respectivamente), conformándose así la Cuádruple Alianza del Pacífico.

## **Segunda parte: Los elementos de tensión que dieron origen al conflicto peruano-español y que condujeron a la Guerra Hispano-Sudamericana.**

En los siguientes capítulos se identificará los tres elementos de tensión que no sólo dieron origen al conflicto peruano-español, sino que precipitaron el fracaso de las negociaciones de paz entre ambos gobiernos, llevándolos finalmente a la guerra.

Durante las décadas previas a la salida de la Expedición Científica las relaciones diplomáticas entre el Perú y España no fueron uniformes. Con el retiro de las últimas fuerzas realistas en el Perú en 1826, los vínculos formales a nivel diplomático entre ambos países permanecieron rotos hasta 1853, cuando se suscribió el primer proyecto de Tratado de Paz y Amistad entre ambos países. Durante las décadas previas a esa fecha, los contactos entre el Perú y España pasaron de ser nulos a esporádicos, dándose momentos de cercanía y cordialidad así como de distanciamiento y frialdad. En vísperas a la partida de la Expedición Científica las relaciones entre los gobiernos de Perú y España no atravesaban su mejor momento. A partir de los sucesos de Talambo, y ante la presencia de naves de guerra españolas en costas sudamericanas, la posibilidad de originarse algún conflicto diplomático peruano-español se encontraba latente.

A pesar del clima adverso entre ambos gobiernos, aquellos buscaron evitar provocar algún incidente que desencadenase el conflicto. Si bien la situación era delicada, tanto Perú como España tenían la convicción que sus diferencias debían ser solucionadas por vías pacíficas, y el uso de la fuerza sólo se contemplaba en circunstancias extremas. La Expedición Científica recorrió sin mayores contratiempos las costas del Perú, y a su arribo al primer puerto los marinos españoles correspondieron con las muestras de cortesía que le brindaron las autoridades peruanas así como los pobladores de Lima y el Callao. Las evidencias históricas demuestran que al finalizar su recorrido por las costas del Pacífico, las naves españolas tenían planificado retornar a la tranquilidad de sus bases en el Río de la Plata y la península ibérica. A pesar de la buena voluntad de ambos gobiernos por mantener la paz en la región, se produjo la captura de las Islas de Chincha, iniciándose así el conflicto peruano-español.

Los detonantes del mencionado conflicto así como los causantes del fracaso de las consiguientes negociaciones de paz se deben a los elementos de tensión presentes en tres esferas: Una primera al interior de las negociaciones diplomáticas, una segunda durante la búsqueda por conseguir la superioridad militar en caso de ruptura de las hostilidades, y una tercera al nivel de la opinión pública como fiscalizadora de las negociaciones diplomáticas. En la primera esfera se considera tanto a la política oficialmente seguida por el gobierno así como las cualidades y actitudes personales de sus agentes. En la segunda esfera se consideran los posibles escenarios de conflicto, ya sean favorables al Perú (y por extensión, a los aliados), a España, o en uno donde ambos contrincantes dispongan de fuerzas relativamente equilibradas. En la tercera esfera se consideran a las corrientes de opinión pública que sean aprobatorias del desempeño de las autoridades del gobierno y a favor de los acuerdos llevados a cabo o que sean críticas del desempeño de las autoridades del gobierno y opuestas a los acuerdos realizados.

## **Capítulo 5. Elementos de tensión presentes al interior de las negociaciones diplomáticas.**

La génesis del conflicto peruano-español corresponde básicamente a las tensiones experimentadas al interior de las relaciones diplomáticas. A partir de la inconducta profesional de ciertos agentes diplomáticos se dieron las condiciones necesarias para la captura de las Islas de Chincha, en el momento y la manera en que se produjeron. Si no fuera por tal factor inicial, hubiese sido difícil que a partir de otras circunstancias se origine aquel conflicto tan poco deseado tanto en el Perú como en España. Por tal motivo, la primera sección del capítulo abordará el indicador de las cualidades y actitudes personales de los agentes diplomáticos.

Luego de la captura de las Islas de Chincha, la búsqueda de un arreglo pacífico para la disputa enfrentó dos obstáculos. Por un lado, ambos gobiernos fueron poco flexibles en las posturas oficialmente adoptadas frente al conflicto. Tanto Perú como España tenían la voluntad de alcanzar la paz en términos decorosos para sus respectivos países, sin embargo aquello entró en contradicción con la dureza de sus planteamientos y sus propios prejuicios en torno a temas como la honra, el honor y la dignidad – la sociedad estaba impregnada de tales valores –, además del nacionalismo. Por el otro lado, con el ascenso de Mariano Ignacio Prado a la máxima jefatura del Estado, el Estado peruano manifestó nítidamente su desinterés por alcanzar una solución pacífica a la disputa. El movimiento revolucionario de 1865 tuvo como metas principales el derrocamiento del presidente Juan Antonio Pezet y la recuperación de la dignidad del Perú, que de acuerdo a sus partidarios sólo podía quedar satisfecha mediante la anulación del Tratado Vivanco-Pareja y la declaratoria de guerra a España.

### **Primer indicador: Cualidades y actitudes personales de los agentes diplomáticos:**

En torno a este indicador se identificaron hasta cinco comportamientos conflictivos llevados a cabo por los agentes diplomáticos: acciones contrarias a las instrucciones recibidas por su gobierno, acciones a título personal, ocultamiento de la información, elaboración de informes

tendenciosos y cualidades personales poco propicias para el entendimiento y la negociación. La presente investigación resalta la importancia de este factor ya que si no fuera por la conducta de los agentes diplomáticos que tuvieron bajo su cargo las negociaciones el incidente de la hacienda Talambo no hubiese pasado de un reclamo formal, y pudo ser solucionado a través de medios judiciales. El mal desempeño de los agentes diplomáticos fue la principal razón para que se iniciara el conflicto peruano-español. Es importante destacar las absurdas circunstancias que condujeron a la Guerra Hispano-Sudamericana y sus consecuentes pérdidas humanas, económicas, y materiales.

En las vísperas y durante el desarrollo del conflicto peruano-español (que posteriormente se extendió a Chile) se dio la participación de un número importante de agentes diplomáticos, entre los cuales se han identificado un total de seis personajes, cinco españoles y uno peruano, que desarrollaron conductas poco propicias para el entendimiento. El alto número de españoles es una evidencia del poco cuidado que tuvieron las autoridades madrileñas para confiar en tales personajes su representación diplomática. En lo que respecta a la historiografía en torno al conflicto peruano-español y la Guerra Hispano-Sudamericana, los historiadores americanos y europeos han enfatizado los desaciertos que tuvo el Ministerio de Relaciones Exteriores de España al nombrar a diplomáticos que fueron incapaces de generar un clima propicio para el entendimiento entre ambos gobiernos, siendo más bien promotores del conflicto. En contrapartida, el Gobierno del Perú no se caracterizó por nombrar agentes que generaran obstáculos que encaminasen al camino de la paz. A continuación se esbozarán algunas explicaciones tentativas a tal situación

En primer lugar, el Gobierno español pudo haber priorizado el nombramiento de sus agentes más prestigiosos y de mejores cualidades en la cobertura de puestos diplomáticos de importantísima relevancia dentro del contexto internacional: Portugal, Inglaterra, Francia, Prusia, Austria, Rusia y los Estados Unidos entre los más representativos; mientras que en líneas generales a los países de América Latina, arribaron diplomáticos españoles de menor preparación. En cambio para el Perú, entablar relaciones diplomáticas con España o con las grandes potencias de la época resultaba una necesidad



prioritaria, lo que repercutía favorablemente en la calidad de sus agentes. Tal situación guardaría relación con las condiciones de jerarquía y desigualdad en las que los países más poderosos entendían sus relaciones con las nuevas repúblicas americanas. Adicionalmente, el hecho de haber quedado pendiente la celebración de un Tratado de Paz y Amistad definitivo entre el Perú y España quizás pudo haber influido en detrimento de la calidad de los diplomáticos hispanos, a diferencia de lo experimentado en otros países latinoamericanos. Un ejemplo de aquello podría ser el caso chileno. En el contexto previo al estallido de la Guerra Hispano-Sudamericana el Encargado de Negocios de España en Chile, Salvador de Távira (quien desempeñó el cargo entre 1847 y 1865) fue un agente diplomático de extraordinaria capacidad que realizó una actuación notable con miras a mantener la paz entre ambos países.

En segundo lugar, se podría argüir que el mal desempeño de los agentes diplomáticos puede ser visto a partir de nuestra perspectiva temporal como un evento extraordinario, pero es posible que en aquel entonces no fuera visto como algo tan fuera de lo común. Errores de tal naturaleza serían motivo de escándalo y de reprobación hoy en día, pero podrían ser totalmente esperables dentro del contexto de la diplomacia tradicional. En aquella época la diplomacia estaba atravesando un proceso lento e intermitente de profesionalización que no culminó hasta bien entrado el siglo XIX. En la diplomacia tradicional las autoridades gubernamentales solían entretener sus propias ambiciones personales en las cuestiones de política exterior. Las fronteras entre lo público y lo privado eran más tenues que las de hoy en día. También los mismos estándares de formación y proceso de selección de los agentes diplomáticos eran menores en comparación a las del siglo XX. Los gobiernos de España y el Perú encomendaron para su representación en los puntos cruciales de las negociaciones a personajes pertenecientes a los altos mandos militares en vez a diplomáticos de carrera. La selección de Luis Hernández Pinzón, José Manuel Pareja o Manuel Ignacio de Vivanco corresponderían a prácticas bastante recurrentes para una época en que la política estaba bastante militarizada. Finalmente, una idea en común que se cultivó desde los tiempos de la diplomacia tradicional y que continuó con el paso de la diplomacia moderna gira en torno a las cualidades y aptitudes

propias de los diplomáticos. Si bien existió un consenso general en la identificación y valorización de ciertas características deseables en los agentes, a los diplomáticos del siglo XIX no les resultó nada fácil poner en práctica tales ideales.

A continuación se señalará con mayor profundidad cuáles fueron aquellas conductas no deseadas en las que recurrieron los cinco agentes identificados en la investigación. En todos los casos presentados se dieron disposiciones personales poco propicias para el entendimiento, tanto en los españoles como en el peruano Manuel Ignacio de Vivanco. Adicionalmente, José Merino Ballesteros elaboró informes tendenciosos; Luis Hernández Pinzón realizó acciones contrarias a las instrucciones recibidas por el gobierno español (y fue copartícipe en los excesos cometidos por su colega Eusebio Salazar y Mazarredo) y José Manuel Pareja llevó adelante acciones a título personal, excediéndose en sus funciones. Sin lugar a dudas, el personaje que tuvo la más nefasta participación en las negociaciones fue Eusebio Salazar y Mazarredo, el principal instigador del conflicto peruano-español y de la consecuente Guerra Hispano-Sudamericana. Además de elaborar informes tendenciosos, cometer excesos a partir de acciones realizadas a título personal y de desobedecer las instrucciones recibidas desde Madrid, Eusebio Salazar y Mazarredo ocultó a sus colegas españoles información valiosísima remitida por las autoridades peninsulares, con la finalidad de promover la captura de las islas de Chincha.

#### **a) José Merino Ballesteros: Vicecónsul español en Lima**

En 1862 José Merino Ballesteros fue designado cónsul español en Lima en reemplazo de José de Jane. Sin embargo, al momento de presentar sus credenciales ante las autoridades peruanas, a José Merino Ballesteros no se le otorgó el exequátur correspondiente, aludiéndose sus disposiciones personales poco animosas hacia la República. La elección de tal personaje como representante español no resultó ser la más acertada, en vista de sus antecedentes en su relación con el Estado peruano.

Durante el mandato del presidente peruano José Rufino Echenique (1851-1854) se encargó al Plenipotenciario de Madrid, Joaquín José de Osma,

la contratación de un maestro español para que viniera al Perú a promover la reorganización de la escuela primaria, escogiéndose para realizar tal labor a Francisco Merino Ballesteros. De acuerdo con el investigador español Luis Monguió (1968: 329) aquel personaje era natural de Córdova, en donde fue maestro y fundador – junto a su hermano Raúl y otros profesores – de la Escuela Normal, llegando a ser más adelante Inspector General de Instrucción Primaria del Reino. Francisco Merino Ballesteros fue además un prolífico autor y traductor de textos escolares y pedagógicos, siendo durante aquellos años un activo promotor y director de la enseñanza primaria en la Península. A principios de 1854 arribaron a Lima los tres hermanos Merino Ballesteros: Francisco, Román y José, además de su sobrino Ángel Avilés Merino, de apenas 12 años de edad. Al igual que Francisco, Ramón y José eran pedagogos notables (Monguió 1968: 330). Francisco Merino Ballesteros debía promover un reglamento y un plan de estudios para una Escuela Normal y ser director de la misma, recibiendo un sueldo de 2 000 pesos anuales, mientras que sus hermanos Ramón y José recibirían un sueldo de 1 200 y 800 pesos respectivamente. El 25 de abril de 1854 Francisco Merino Ballesteros presentó un programa para la Escuela Normal de instrucción primaria, que fue aprobado por resolución suprema el 1ro de mayo del mismo año.

Luego del ascenso de Ramón Castilla a la presidencia, se promulgó el 7 de abril de 1855 un Reglamento de Instrucción Pública que hizo necesario modificar el de la Normal de Lima, para ponerlo en concordancia a las nuevas disposiciones, y con la creación de otras Escuelas Normales en Cusco y Trujillo. Merino Ballesteros perdía así la exclusividad de la enseñanza normal, y quedaba sometido a la autoridad de la recién establecida Dirección General de Estudios del Ministerio a cargo de su compatriota Sebastián Lorente, en lugar de depender directamente del Ministerio. Las nuevas bases para el reglamento de la Escuela Normal se presentaron con bastante demora, siendo aprobadas por el decreto del 14 de agosto de 1867. En vista de los retrasos en la inauguración de la nueva Escuela, el gobierno ordenó la apertura de la Normal Central el día 8 de enero de 1858, recibiendo la dura oposición de Francisco Merino Ballesteros. Llegado aquel día, el Gobierno rescindió el contrato a los hermanos Merino Ballesteros, quienes se sintieron ofendidos por la actitud del

Gobierno. Más adelante, la Escuela Normal se inauguró finalmente el 1ro de junio de 1859 bajo la dirección de Miguel Estorch. Luego de la cancelación de sus contratos, Francisco y Ramón regresaron a España mientras que José optó por permanecer en Lima con la intención de presentar una reclamación contra el Estado peruano, manifestando de manera pública su enemistad con el gobierno (Monguió 1968:331-332).

A pesar de estos antecedentes, en 1862 a José Merino Ballesteros se le nombra como nuevo Cónsul de España en Lima, el mismo año en que zarpó la Expedición Científica con rumbo a América. Luego de habersele negado el exequátur respectivo de parte de las autoridades peruanas, José Merino Ballesteros dirigió a la Península y al Almirante Luis Hernández Pinzón una serie de informes tendenciosos que buscaban predisponer a las autoridades españolas en una actitud negativa frente al Perú. José Merino Ballesteros decidió permanecer a bordo de una de las naves que conformaban la Expedición Científica, y estuvo presente durante la captura de las Islas de Chincha del 14 de abril de 1864.

Las historiografías española y peruana coinciden en presentar una imagen negativa del actuar de José Merino Ballesteros durante su estadía en Perú. Tal personaje fue uno de los principales promotores del enturbiamiento de las relaciones peruano-españolas. Historiadores peruanos como Jorge Basadre y Gustavo Pons Muzzo no dudan en señalar a José Merino Ballesteros como un personaje rencoroso con el Perú y que tendía a enviar informes distorsionados o falsos a las autoridades españolas. En lo que respecta a la historiografía hispana, ante el polémico nombramiento de José Merino Ballesteros, el español Pedro Novo y Colson sostuvo lo siguiente:

Por entonces había sido nombrado Vice-cónsul de España en Lima D. José Merino Ballesteros, en sustitución del Cónsul señor Jane. Esta elección de nuestro gobierno fue muy desacertada bajo el punto de vista político. Conviene saber que en 1853 dicho señor Ballesteros, así como sus hermanos D. Francisco y D. Ramón, fueron contratados en Madrid por el Sr. Osma para que fundasen en Lima una Escuela Normal Central en la que ejercerían los cargos de director y profesores durante seis años, debiéndoles abonar por el Estado 2 000 pesos anuales al D. Francisco, 1 200 al D. Ramón y 800 al D. José, con varios otros emolumentos y ventajas. Llegados a Lima y encargados de la construcción de la escuela retardaron mucho más de lo justo su terminación e inauguración, dando motivo a que el gobierno, después de otorgarles distintos plazos, se molestara hasta el punto de destituirlos por medio de un razonado decreto. Según parece, la

conducta de aquellos señores fue bastante informal. Como resultado lógico no podría haber en lo sucesivo deferencias y consideraciones del gobierno peruano hacia los señores Ballesteros, y ninguno de estos podrían tener un criterio sano e imparcial respecto al Perú y a los actos de sus autoridades. Lo innegable es que el Gobierno español hubiera debido elegir persona de más prestigio o de más independencia social en aquel punto para representar a sus súbditos en circunstancias tan difíciles (Novo y Colson 1882: 87).

Por su parte, el español Luis Monguió afirma que el Perú no fue un país afortunado al adquirir los servicios de los hermanos Merino Ballesteros. A pesar de haberse dejado previamente organizada la Escuela Normal Central, los perjuicios que José Merino Ballesteros causó al Perú fueron mayores a los beneficiosos proyectos pedagógicos que los hermanos habían iniciado (Monguió 1968: 333). Finalmente, podemos presentar el testimonio del historiador español José Ramón García Martínez, quien califica la desafortunada elección de José Merino Ballesteros como «inconmensurable error de tacto»:

Paralelamente a lo recogido en anteriores páginas el Gabinete madrileño adopta una resolución que, cuanto menos, hemos de calificar de cómo inconmensurable error de tacto. Osma, en 1853, había contratado en Madrid a los hermanos Ballesteros, para fundar una Escuela Central en Lima. Llegados éstos a la Ciudad de los Reyes, demoraron y retardaron hasta lo indecible la apertura de dicho instituto cultural, hasta tal punto que al Gobierno peruano no le quedó otro remedio que el de destituirlos de sus pactadas funciones. Pues bien, uno de los tres hermanos Ballesteros, D. José Merino, fue precisamente el escogido para el cargo de vice-cónsul de España en Lima. Lógicamente no le fue concedido el pertinente para ejercer sus funciones ante el Gobierno de la República del Perú. Ballesteros protestó y en sus gestiones terminó encaminándose hacia el agente francés, rogándole amparase en el interin a la colonia e intereses hispanos (García Martínez 1993: 9).

En resumen, las autoridades madrileñas cometieron un desacierto cuando nombraron a José Merino Ballesteros como nuevo agente diplomático español. Debido a sus antecedentes aquel personaje se convirtió en uno de los principales instigadores del conflicto peruano-español.

#### **b) Luis Hernández Pinzón. Vicealmirante al mando de la Expedición Científica Española**

El vicealmirante Luis Hernández Pinzón se caracterizaba por ser impulsivo. No tuvo en ningún momento la intención de instigar un conflicto diplomático como tampoco quiso desobedecer a las instrucciones recibidas desde Madrid. Él estaba al tanto de los difíciles momentos en que se hallaban

las relaciones entre Perú y España, y sintonizaba con las preocupaciones y la perspectiva de las autoridades españolas en relación a aquello. Sin embargo, Hernández Pinzón sabía claramente que su misión era de paz y que él debía de actuar con energía cuando las circunstancias lo ameritaban, y sólo en una situación extrema él procedería a tomar las correspondientes medidas de fuerza. A diferencia de José Merino Ballesteros o de Eusebio Salazar y Mazarredo, Luis Hernández Pinzón no traía en lo personal un ímpetu agresivo contra el Perú.

El Vicealmirante era una persona temperamental, se enojaba con facilidad y podía llegar a ser ardoroso al defender sus ideas. Su actuar correspondía al del prototipo de hombre romántico del siglo XIX, era hondamente nacionalista y orgulloso de su estirpe hispana. De los cuatro agentes españoles identificados en la investigación, Luis Hernández Pinzón era quizás el que tenía más marcado el tema de la honra y el honor personal. Sin embargo, al mismo tiempo el Vicealmirante disponía de un claro sentido del deber. Su voluntad era cumplir fielmente con las instrucciones recibidas desde España y ante tal objetivo podía supeditar su pasión.

En lo que respecta a la historiografía, el historiador español José Ramón García Martínez presenta la siguiente escena:

El día 6 de octubre las fragatas fondean en Rio de Janeiro. A primeros de Noviembre llegan a Montevideo [Sic], donde se las une la goleta *Vencedora*, con la cual el Almirante se dirige a Buenos Aires. También el almirante Pinzón se entrevistó con Seoane. Este le preguntó por sus instrucciones. La reunión entre ambos no fue especialmente amistosa, dado el temperamental carácter del Almirante y la desmesurada desconfianza del peruano (García Martínez 1993:11)

Por otro lado, el historiador argentino Miguel Ángel del Marco contrastó la impresión que ofreció Casto Méndez Núñez en comparación a la de Luis Hernández Pinzón:

Mientras la *Numancia* estuvo en la capital uruguaya se advirtió el aumento de los preparativos bélicos y la llegada de tropas y vapores del Brasil que se aprestaban a operar contra el Paraguay. La fragata estaba a las órdenes de una de las figuras más nobles y empinadas de la marina española, el entonces capitán de navío Casto Méndez Núñez, que por su tacto, cultos modales, respetuoso talante y rígido concepto de la disciplina militar, causó en Montevideo una impresión bien distinta de la que ofreciera Hernández Pinzón con su arrebatado carácter (De Marco 2008: 315).

Como se expondrá a su debido momento, a Eusebio Salazar y Mazarredo no le fue difícil inducir a la exaltación al Vicealmirante, quien pensaba equivocadamente que su proceder estaba conforme a las disposiciones dadas por Madrid frente a circunstancias excepcionales. Juan del Campo Rodríguez resalta la falta de celo de Luis Hernández Pinzón, quien terminó envuelto en las intrigas de su compatriota y comprometió irresponsablemente fuerzas navales de Su Majestad Católica en un acto de agresión contra una república independiente (Del Campo 2003: 67). El Vicealmirante se excedió en sus instrucciones ya que estas autorizaban en circunstancias excepcionales la toma de represalias, pero aquellas no indicaban que se procediera a la captura de territorio peruano y lo reivindicara a nombre de la Corona Española. Además, las acciones emprendidas no estuvieron acordes con las fórmulas diplomáticas ya que primero se tuvo que haber notificado un ultimátum al gobierno peruano y si luego de 48 horas no obtenían la esperada respuesta se procedería recién a la hostilización del litoral. Asimismo, es importante valorar que el Vicealmirante se percató posteriormente del engaño en que había caído y lamentó que su accionar haya estado en contra de la voluntad de las autoridades madrileñas. Tiempo después de producida la captura de las Islas de Chincha, Luis Hernández Pinzón recriminó con duros términos el accionar de Eusebio Salazar y Mazarredo y puso su cargo a disposición ante las autoridades españolas.

En resumen: La personalidad de Luis Hernández Pinzón lo hacía poco proclive a la generación de un clima de confianza durante las negociaciones diplomáticas. Es importante anotar el vicealmirante español no generó por cuenta propia obstáculos insalvables para el entendimiento entre peruanos y españoles y que en él ejerció una nefasta influencia Eusebio Salazar y Mazarredo

### **c) Juan Ugarte. Vicecónsul español en Lima**

Luego de no ser admitido José Merino Ballesteros como vicecónsul español en Lima, las autoridades madrileñas nombraron al vascongado Juan Ugarte en su reemplazo. Aquel era un inmigrante español avecinado en la capital peruana que había amasado una respetable riqueza. Juan de Ugarte

tuvo una participación fugaz en las vísperas del inicio del conflicto peruano-español. Su designación generó incomodidad entre la colonia española radicada en el Perú, debido a que lo consideraban un personaje con marcadas simpatías al Perú y notoriamente desafecto a los intereses españoles. Dadas las ácidas críticas que recibió su nombramiento, el Gobierno Español se vio en la necesidad de retirarlo prontamente de su cargo. El caso de Juan Ugarte es distinto al de los demás agentes españoles ya que durante su efímero nombramiento él no desarrolló conductas que pudieran ser identificadas claramente como entorpecedoras de los arreglos pacíficos entre ambos países, una situación que si se dio nítidamente en los demás casos. Si bien en la historiografía peruana el nombramiento de Juan de Ugarte no pasó desapercibido,<sup>43</sup> es en su contraparte española donde se han dado las más significativas críticas a su elección como vicecónsul. Novo y Colson describió así el nombramiento de Juan de Ugarte en reemplazo de José Merino Ballesteros:

[...] El Marqués de Miraflores se vio apremiado por el general Zavala (y éste por Osma) para que confiriese el consulado a un don Juan Ugarte, vascongado enriquecido y avecinado en Lima. Para nada se tuvieron en cuenta los antecedentes y conducta del candidato, ni mucho menos las razones que en 1861 habían aconsejado al Gobierno el reducir la categoría de sus agentes en el Perú. Ante todo, era preciso complacer al amigo; así, en lugar de Ballesteros, el hombre de las cizañas pero en fin buen español, fue nombrado Ugarte, que sobre ser inepto para redactar un oficio, había gritado en la plaza principal de Lima: *¡Viva el Perú, muera España!* Esto se ha aseverado a alguien bajo su firma, pero si encerrara alguna exageración, no es dudoso que apenas conocido por los españoles en el Perú el nombramiento de Ugarte, manifestaron su profundo disgusto, acusándolo de estar íntimamente ligado con el Gobierno de la República, y la legación de una potencia amiga (consultada más tarde) pasó una nota en la que hacía indicaciones que el flamante Cónsul español no merecía el honor que se le había otorgado (Novo y Colson 1882:137-138).

Por su parte, José Ramón García Martínez describió los acontecimientos de esta manera:

[...] Procedamos ahora a unir estos incidentes con el brutal error ministerial siguiente: el nuevo Gabinete Miraflores, en sustitución del tanta veces citado D. José Merino Ballesteros, nombre al Sr. Ugarte, español radicado en Lima, como nuevo agente de S.M.C. la colonia hispana no lo aprueba por su acendrado antiespañolismo y por sus indudables simpatías hacia el Perú. Ballesteros le niega la entrega del archivo del consulado, pues razona ser preferible donarlo directamente al Gobierno peruano. Madrid

---

<sup>43</sup> Las menciones de Juan de Ugarte en la historiografía peruana son por lo general bastante escuetas. De acuerdo con Gustavo Pons Muzzo (1996: 47), el cónsul Ugarte fue destituido de su cargo por considerársele peruanófilo.



salomónicamente, desaprueba a Ballesteros y releva de sus no iniciadas responsabilidades a Ugarte, ordenándole la entrega del fichero al Encargado de Negocios de Francia en Lima. En esos precisos momentos la representación diplomática española en la República del Perú se circunscribe tan sólo al Sr. Albistur, vice-cónsul de S.M.C. en Islay (García Martínez 1993: 13-14).

En resumen, la selección de Juan Ugarte como nuevo vicecónsul español no fue una decisión acertada por parte de las autoridades de Madrid, quienes no pudieron prever con anticipación lo impopular que iba a ser su nombramiento en el seno de la colonia española radicada en el Perú. Las fuentes primarias revisadas en la investigación no permitirían corroborar fehacientemente si Juan Ugarte manifestó o no sus simpatías hacia el Perú y desafecto a los intereses españoles. En caso de ser así, la selección de tal personaje hubiese sido bastante perjudicial para los objetivos de España en relación al Perú. Así, el caso de Juan Ugarte es tomado en la presente investigación como una muestra adicional de los malos criterios de las autoridades españolas para elegir a personajes polémicos como representantes de su gobierno.

**d) Eusebio Salazar y Mazarredo. Ex diputado Español en las Cortes Reales. Comisario Especial en el Perú y Ministro Residente en Bolivia**

De acuerdo con la presente investigación, Eusebio Salazar y Mazarredo fue el principal agente instigador del conflicto peruano-español y de la Guerra Hispano-Sudamericana. Las acciones realizadas por el Comisario Especial causaron un efecto más pernicioso en comparación con el actuar de los demás agentes españoles identificados. Ni el vicealmirante Luis Hernández Pinzón ni los frustrados vicecónsules José Merino Ballesteros y Juan de Ugarte eran los personajes más idóneos para la generación de un clima de confianza para la negociación entre los gobiernos de España y el Perú. En la víspera de producirse los sucesos de la hacienda de Talambo, la situación entre ambos países era bastante precaria: la representación española en Lima permanecía vacante debido a los últimos incidentes descritos con anterioridad, y en las costas del Pacífico permanecían las naves de guerra comandadas por Hernández Pinzón.

Sin embargo, a pesar de lo complicado que se presentaba el panorama debido a la presencia de José Merino Ballesteros y de Luis Hernández Pinzón, todavía no se producían obstáculos insalvables para el entendimiento de ambos gobiernos, ya que se mantenía la voluntad tanto en Lima como en Madrid de arribar a un arreglo pacífico y satisfactorio a sus diferencias. Si España hubiese despachado al Perú a un agente de buenas cualidades diplomáticas y con un título que fuera del beneplácito para ambos gobiernos, las discrepancias hubiesen quedado a nivel diplomático. En vez de aquello, las autoridades madrileñas eligieron a Eusebio Salazar y Mazarredo y, para entorpecer aún más la situación, lo designaron como Comisario Especial. Aquella última decisión resultó polémica ya que, en opinión de las autoridades peruanas – opinión compartida por la mayor parte de los investigadores del conflicto peruano español<sup>44</sup> – el título de Comisario Especial no estaba acorde con los usos diplomáticos vigentes entre los estados soberanos. Las observaciones del gobierno peruano al título de Eusebio Salazar y Mazarredo causaron notorio malestar en él, llevándolo a promover la captura de las Islas de Chincha, dándose así inicio al conflicto peruano-español.

Aparentemente el gobierno español vio en Salazar y Mazarredo una persona indicada para asumir el cargo, debido a varios motivos. En primer lugar por su previa estancia en distintos lugares de América y especialmente en el Perú, desde donde mantuvo constante correspondencia con las autoridades madrileñas. En segundo lugar por haber realizado coordinaciones con la Escuadra Española en el Pacífico; y en tercer lugar por retornar a España para informar personalmente a sus superiores sobre los pormenores de los últimos sucesos acontecidos en el Perú. Sin embargo, aquella decisión no resultó ser la más idónea.

Los datos biográficos de Eusebio Salazar y Mazarredo son escasos. A continuación se analizará la participación del agente español en el conflicto a partir de los siguientes indicadores:

---

<sup>44</sup> Además de los historiadores peruanos, el español Novo y Colson reconoció que el título de Comisario Especial no estaba acorde con los usos diplomáticos. Novo y Colson 1882: 167.

**Disposiciones personales poco propicias para el entendimiento:** Eusebio Salazar y Mazarredo estaba obsesionado con la idea de que España recuperase Gibraltar, y había concebido el plan de canjear aquel territorio por las Islas de Chíncha o de utilizar los abundantes recursos guaneros de la última para comprar a los británicos su estratégico enclave en el Mediterráneo. En 1863 fue publicado un libro en Sevilla por Francisco M. Tubino, amigo de Salazar y Mazarredo, quien «inspirado por el más acendrado patriotismo» dedicó su libro al futuro Comisario Especial. En el desarrollo del libro el autor resalta la figura de Salazar y Mazarredo como gran defensor de la postura de recuperar Gibraltar para España:

Reservándonos ampliar este raciocinio más adelante, diremos que, por lo que a España respecta, la primera excitación transcendental en tan interesante materia se debe al señor Salazar y Mazarredo, quien en el seno del Congreso de los Diputados y con ocasión de discutirse el tratado de comercio con Marruecos, habló de Gibraltar como debía hacerlo quien siente correr por sus venas la generosa sangre española. Y en verdad que no han transcurrido muchos días desde que el mismo augusto recinto ha resonado la elocuente palabra de nuestro amigo, reproduciendo lo que entonces manifestara, llevado del deseo de borrar de la frente de su patria la mancha que hace siglo y medio lanzaran sobre ella los errores de una política infausta y malhadada. La prensa de la Corte, lo mismo que la de provincias, ha acogido sus frases con gran entusiasmo; pero no todos, al transmitir a sus lectores la impresión causada por el discurso del joven orador, han tenido el tacto necesario para contenerse dentro de los límites que de consuno aconsejaban la razón y el patriotismo (Tubino 1863: 17).

El historiador español José Ramón García explica así las intenciones de Salazar y Mazarredo detrás de la captura de las islas de Chíncha:

¿Por qué las Chinchas? El mismo Salazar nos lo explica. Son una fortuna a disposición de quien quiera tomarla y la venta de huano supondría para España el rescate de Gibraltar de manos inglesas, la emancipación de los esclavos de Puerto Rico y Cuba y la construcción de una gran armada, equiparable a la británica, que frenase a los norteamericanos en sus pretensiones expansionistas hacia Panamá y la Gran Antilla (García 1993:17).

Por su parte, Jorge Basadre se refirió a Salazar y Mazarredo como un hombre enfermizo, epiléptico, locuaz, entrometido, ufano por su presunto parentesco con la emperatriz Eugenia, esposa de Napoleón III (Basadre 2005: 202). Existe una carta fechada el 12 de abril de 1864 en la que Salazar y Mazarredo informa de su polémico plan personal de recuperar Gibraltar mediante la captura de los yacimientos guaneros del Perú. Tal carta fue publicada por el historiador español Pedro Novo y Colson y fue retomada más

adelante por historiadores peruanos como Jorge Basadre y Gustavo Pons Muzzo. Aquel último escribió al respecto:

El señor Salazar era un enemigo del Perú. Diputado a Cortes, redactor del diario «La Época» desde cuyas columnas había hecho acerba campaña contra el Perú, el señor Salazar estaba empeñado en crear un conflicto y con tal objeto había estado de incógnito aquí cuando llegó la escuadra y cuando se produjo el incidente de Talambo recogiendo reclamaciones de sus connacionales contra el Perú. Luego fue a dar el encuentro a Pinzón a su regreso de California y participó en la junta de guerra a bordo de la «Resolución». De regreso de España, venía investido del título de Ministro Residente de España en Bolivia y Comisario Extraordinario de España en el Perú. Traía un famoso plan sobre las Islas de Chincha que días antes de ocuparlas se lo comunicara al nuevo Ministro de Estado español, don Joaquín Pacheco, según relata el historiador español del conflicto don Pedro Novo y Colson. Le decía Mazarredo: «Si alguna vez he querido ser ministro, ha sido para preparar lo que la torpeza de esta gente (los peruanos) coloca hoy en nuestras manos. Gibraltar ha sido siempre mi pesadilla desde niño. Por eso me dediqué a estudios sobre marina; por eso fui autor de la expedición al Pacífico; por eso contribuí el año pasado a que no retornase a España y por eso vine a ver a Pinzón. Si dentro de algún tiempo ofreciésemos a los ingleses 15 o 20 millones de duros, por lo que hoy les sirve de poco, quién sabe si lo obtendríamos. Es de hombres de Estado ver las cosas desde lejos y he soñado con ser el Guiso del Pacífico, el Calais español». Desde Panamá el Comisario escribió al almirante Pinzón diciéndole que su gobierno había aprobado su conducta, que los obstáculos habían sido allanados, y que se dirigiera a las Islas de Chincha. El Comisario venía decidido no a tratar, sino a iniciar un conflicto (Pons Muzzo 1966: 52-54).

Por otro lado, el historiador peruano Juan del Campo Rodríguez afirma que poco antes de producirse la captura de las Islas de Chincha el Comisario Especial presentó una minuta a ser sometida en consideración por Hernández Pinzón y los demás oficiales de la Escuadra, con los argumentos que justificaban la acción a adoptar. De acuerdo con Salazar y Mazarredo, «El Perú tiene una finca de valor inmenso que nos corresponde de derecho y que con un ligero esfuerzo nos pertenecerá de hecho también, en brevísimo plazo», haciendo notar que España tenía ventajas jurídicas para proceder con la reivindicación, en alusión a los incidentes de 1852 entre los Estados Unidos y el Perú. Además, el Comisario Especial sostenía que varios ministros en Madrid habían solicitado a la Secretaría de Estado que reivindicase ese derecho, el cual «es un clamor del mundo, toda vez que España podría bajar el precio del guano y ayudaría a la agricultura del mundo». Juan del Campo Rodríguez resalta el ardor y la pasión con la que Salazar y Mazarredo defendía su proyecto. De acuerdo con el Comisario Especial:

«El Perú ha empleado su riqueza para oprimir a sus vecinos. ¿Qué ha hecho el Perú con el guano? ¿Alguna obra de civilización? De ninguna manera. Su producto ha servido para corromper la sociedad, estimular la indolencia y despertar apetitos de conquista. Las únicas mejoras materiales que ha llevado a cabo son un paseo público y una penitenciaría. España en cambio convertiría el tesoro de las islas en elemento civilizador: caminos, industrias, pago de deudas; destancaría el tabaco y la sal, daría una nueva vida a la agricultura y a la marina mercante y llegaría a la restitución de aquella plaza extranjera que es la pesadilla de mi ardiente patriotismo: Gibraltar. En suma, desde todo punto de vista, jurídico, social, económico y patriótico, es aconsejable la tesis. No se preocupe V. S. de los resultados de la lucha que va a entablarse» (Del Campo 2003: 59-60).

Así, el Comisario Especial estaba predispuesto a provocar en cualquier momento algún incidente que le permitiese justificar el uso de la fuerza contra el Perú y la consecuente captura de las islas de Chincha. Salazar y Mazarredo encontró el pretexto ideal para llevar adelante su proyecto personal en las reservas que tuvo el Gobierno peruano para recibirlo en su calidad de Comisario Especial. Aquel título no estaba acorde con las normas y usos diplomáticos vigentes y podía más adelante generar suspicacias durante negociaciones. En los tiempos coloniales España envió a sus dominios ultramarinos a autoridades metropolitanas bajo los títulos de comisarios. Ante la falta de un acuerdo de Paz y Amistad entre ambos gobiernos —en donde se reconociese de manera explícita la independencia del Perú— el título de Comisario Especial podría devenir en un asunto bastante engorroso.

Eusebio Salazar y Mazarredo le entregó al Ministro de Relaciones Exteriores del Perú una comunicación fechada en Madrid el 18 de enero de 1864, de parte del Primer Secretario de Estado y Presidente del Consejo de Ministros de España, Lorenzo Arrazola, en donde se manifiesta el envío del Comisario Especial, para que con sus conocimientos y cualidades personales pueda contribuir a estrechar los lazos entre los dos Estados. Juan Antonio Ribeyro respondió con una comunicación fechada el 23 de abril de 1864, en donde se afirma que se recibirá a Salazar y Mazarredo con la más viva cordialidad, dándole aquellas facilidades y concediéndole todas aquellas preeminencias, que el derecho reconoce y que son necesarias para el desempeño exacto de su encargo. Salazar y Mazarredo era aceptado en cuanto agente de Madrid, explicándole Ribeyro que la denominación de Comisario, al estar disconforme con las reglas y usos diplomáticos, traería tal vez embarazos en el curso de las negociaciones que, en bien de uno y otro

gobierno, debían alejarse a toda costa. Si Salazar y Mazarredo admitía aquella previa y precisa explicación podría, cuando lo estimara conveniente: «dar principio a su misión, seguro de encontrar de parte de Perú y su administración las más felices disposiciones para entenderse con el representante de la ilustrada nación española» (Ribeyro 1864a: 42-43)

Sin embargo, Eusebio Salazar y Mazarredo en una actitud soberbia respondió con una nota agresiva al Perú, en donde afirmaba erróneamente que las autoridades de Lima abrigaban el pensamiento de contratar un empréstito de setenta millones de pesos con la intención de «adquirir medios para oponerse a la justas exigencias de la España», además de amenazar de represalias prontas, enérgicas y decisivas si en el Perú se cometieran en su ausencia excesos en contra de los súbditos españoles, «pues la España moderna está firmemente resuelta a no consentir que se atropelle a sus hijos ni que se mancille su bandera».

El Comisario Especial adjunto al mencionado escrito un documento que lo tituló como Memorándum, en el cual se brindaba una visión histórica antojadiza de las relaciones entre ambos países, desde la Independencia hasta aquel entonces. En el Memorándum el Perú aparecía como el gran responsable del mal estado de las relaciones con España. Salazar y Mazarredo afirmaba que: «La serie de atentados de que han sido víctimas en el Perú los súbditos de S. M. desde que en 1853 se pusieron ambos gobiernos en comunicación oficial, es quizá mayor que la del período en que la instalidad [Sic] del nuevo orden político, disculpaba hasta cierto punto, las violencias cometidas». Desde el punto de vista del autor, Salvador de Távira fue maltratado por las autoridades peruanas durante su gestión ante el apresamiento de la barca española María y Julia en Guayaquil y en comparación con el Imperio Otomano: «La Sublime Puerta no trata a los enviados de Trípoli o Túnez con un desdén más soberano que el que fue objeto en la ciudad de Pizarro, el representante de la nación de Carlos V». Luego de los crímenes de Talambo, «[...] varios españoles eran atropellados y vejados en diversos puntos de la República; Ramón Prieto en Singa, departamento de Junín; D. Juan José Uceda y su familia en Polloc, cerca de Cajamarca; D. Ramón Contador en Chiclayo; José Manuel Barros en Moyobamba; D. Lorenzo

Apaulaza en Abancay; en una palabra, apenas hay departamento de donde no se tenga noticias, que los súbditos de S.M. son perseguidos en connivencia con las mismas autoridades administrativas y judiciales».

El Comisario Especial señala al gobierno peruano de ser «el único que protestó violentamente contra la reincorporación de Santo Domingo» y que «desconoció además la rectitud de las intenciones de España en México, permitió que se calumniase a su Reina y que se enviaran auxilios a las tropas de Juárez», ante lo cual afirmó que:

El gobierno peruano puede vivir tranquilo. La España no pretende renovar esos trescientos años de su dominación que los oradores y escritores del Perú; se complacen en llamar “Tres siglos de vergonzosa esclavitud, sostenida por tigres sedientos de sangre”. No lo pretende, porque la América fue la principal causa de su decadencia, y solo vuelve a ser grande, desde que concentrando en sí misma todas las fuerzas de que dispone, se dedica con fruto a desarrollar los grandes elementos de prosperidad que encierra su privilegiado suelo.

La América privó a España de libertad, de población, de industria y de agricultura. El glorioso descubrimiento de Colón le arrebató una generación de gigantes, coetáneos a los hombres de 1521, que hubiera consolidado el sistema constitucional más antiguo de toda Europa. Sin la América tendría ahora la Península Ibérica cuarenta millones de habitantes, tesoro cien veces más valioso que todos los metales de México y del Perú; y la brillante juventud hispanoamericana coadyuvara hoy con la española a la generación de una misma patria.

Roma en su mayor grandeza no hubiera realizado en tan breve plazo una empresa semejante a la que acometieron aquellos héroes, que habrían pasado a la posteridad como seres legendarios, en los tiempos que el escapelo de la crítica no ponía de relieve el tributo que rinden los mortales a la debilidad humana (Ribeyro 1864a: 1-8).

Salazar y Mazarredo afirmó que «en paragón del espectáculo que han ofrecido algunas Repúblicas», se contrasta con el de Cuba, a quien califica como «feliz Antilla, miserable ayer, joya hoy de más precio que los antiguos virreinos». De acuerdo con el autor: «La responsabilidad del Gobierno Peruano en todos los atentados de que han sido víctimas durante medio siglo los súbditos de S.M. no puede ser más evidente, y los fastos diplomáticos presentan pocos ejemplos semejantes». Salazar y Mazarredo examina la hipótesis de que si tales atentados son producto de un odio innato de los peruanos hacia España en lo relativo a la visión histórica de los tiempos coloniales. Para el autor, aquel desafecto no tendría ningún sustento, afirmando que es hora de anteponer la verdad ante las calumnias:

El Gobierno Español envió al Perú desde mediados del siglo XVI esclarecidos gobernantes y sacerdotes como Mongrovejo, Guerra y otros, cuyos sublimes hechos constituyen una de las glorias del catolicismo, y dictó en las leyes de Indias cláusulas tan favorables para los indígenas, que son por su exquisita solicitud en este siglo imparcial, la admiración de escritores distinguidos Norteamericanos, Ingleses, Chilenos y Colombianos.

España es también la nación por excelencia, que lejos de exterminar o considerar como parias a los primitivos habitantes, se confundió con ellos asimilándose los por completo en América y en las islas Filipinas, y dándoles en la práctica mayores garantías que las que disfrutaban de hecho en la actualidad.

El primer virrey del Perú, Núñez de Vela, tuvo que sofocar una sublevación de los colonos en cuanto se posesionó del mando, (1544) fundada en que los nuevos reglamentos eran tan favorables a los indios como perjudiciales a los españoles.

Las ciudades del Perú atestiguan además en sus edificios la solicitud del Gobierno español, y los nombres de sus familias demuestran que la sociedad de la Metrópoli, rivalizó en poblar estas comarcas con sus vástagos más ilustres. Habían ya pasado dos siglos de la colonización, y las demás provincias de América reprochaban todavía a la Corte de Madrid, la parcialidad con que miraba a esta hija predilecta de la España (Ribeyro 1864a: 10).

Con respecto a su título de Comisario Especial, Salazar y Mazarredo sostiene que «el representante de una nación no puede ser recibido con un carácter distinto de aquel, con que le envía a su Gobierno, y la contestación del Señor Ribeyro es una nueva injuria a la nación española». (Ribeyro 1864a: 18).

Como se puede apreciar, Eusebio Salazar y Mazarredo no presentaba las mejores disposiciones personales que hubiesen permitido disipar las tensiones entre ambos gobiernos. Las notas exaltadas que dirigió al gobierno peruano resultaron exageradas y desproporcionadas a la supuesta ofensa que afirmaba haber recibido él y la España al ser aceptado con un título distinto al nombrado en Madrid. Al respecto el investigador norteamericano Ronald Bruce de St. John afirmó lo siguiente:

Cuando Salazar y Mazarredo presentó sus credenciales al ministro de Relaciones Exteriores peruano, Juan Antonio Ribeyro, el 30 de marzo de 1864, el gobierno peruano le informó que no podía aceptarlo en su calidad de comisionado especial. Debido al recuerdo de los poderes arbitrarios de los representantes reales durante la colonia, su título levantó temores que España no estaría dispuesta a reconocer la independencia del Perú. El 1º de abril de 1864 Ribeyro le dirigió una cortés nota a Salazar y Mazarredo en la que indicaba la intención del gobierno peruano de aceptarlo como representante oficial de España pero a condición que adoptara un título diferente, tal como enviado extraordinario o ministro residente. Ribeyro señaló que el gobierno peruano no rechazaba al emisario español, ni tenía objeción personal alguna en contra de Salazar; solamente encontraba su título objetable. Salazar y Mazarredo respondió a Ribeyro con una nota de



tono arrogante, fechada el 12 de abril de 1864, que distorsionó el espíritu y el contenido de la comunicación anterior. La respuesta también contenía una extensiva y arbitraria revisión de las relaciones hispano-peruanas que expresaba puntos de vista parcializados y prejuicios sobre el rechazo de Merino y el incidente de Talambo. Sin interesarse en la respuesta peruana, Salazar y Mazarredo partió de Lima el mismo día para encontrarse con Pinzón en el Pacífico (Saint John 1999: 65)

Por un lado, el secretario personal de Eusebio Salazar y Mazarredo, el italiano F. E. Cerruti, luego de citar un extracto del polémico documento en su libro que publicó en Londres en 1864, también expresó su disconformidad ante el actuar del Comisario Especial:

The extracts I have just quoted show conclusively that Señor Salazar was met with all courtesy by the authorities of Peru, who at once expressed their readiness to open negotiations with him on a footing which should be intelligible, and which his very title defined. The mendacity of Señor Salazar, in stating that he was refused admission, is on a par with the arrogance which has marked his conduct throughout the whole of these disgraceful proceedings (Cerruti 1864: 14)

Por el otro lado, el Ministro de Relaciones Exteriores del Perú, Juan Antonio Ribeyro, describió así sus impresiones luego de recibir las dos notas del Comisario Especial:

[...] Cuando debía esperarse contando aún con las reglas usuales de la cortesía, una respuesta, sino satisfactoria, que abriese al menos la discusión, para arribar a resultados proficuos y convenientes para las dos partes, se formuló contra la República, contra sus autoridades y contra sus ciudadanos particulares tal cúmulo de cargos, la mayor parte falsos o exagerados, que se hacía inverosímil que un diplomático pudiese comenzar de este modo la misión delicada que su Gobierno le confió. A los cargos casi desfigurados o fingidos, añadió el señor Salazar tantas injurias, tantas calumnias y tal virulencia y apasionamiento en sus escritos, que ya desde entonces el Gobierno empezó a temer otras demasías y mayores desafueros (Ribeyro 1864a: 74).

Para finalizar, en el Memorándum de Eusebio Salazar y Mazarredo no solo encontramos una visión parcializada y excedida de los sucesos acontecidos en suelo peruano, también se evidencia la existencia de información falsa relacionada a la situación de los españoles vejados en diversos puntos de la República. A continuación se expondrá un ejemplo de aquello. El Comisario Especial aseveró de manera errónea que en Moyobamba el súbdito español Eulogio Ramón Barros (quien lo llamó equivocadamente como Manuel) había sido objeto de atropellos. El 4 de julio de 1864 se reunieron en la prefectura de aquella ciudad un grupo numeroso de ciudadanos nacionales y extranjeros con el fin de presenciar la exposición que hizo Eulogio

Ramón Barros acerca de los sucesos y procedimientos judiciales que se practicaron con él, con motivo de creérsele implicado en la introducción de moneda falsa proveniente de Brasil, con el objeto de contestar o contradecir las aseveraciones vertidas por Salazar y Mazarredo. Eulogio Ramón Barros sostuvo que desde su ingreso al Perú había gozado de manera plena de las garantías individuales a la par de los peruanos. No tenía el más leve motivo de queja respecto al procedimiento de las autoridades y juzgados del país, siendo falso que hubiese sufrido atropellos o vejámenes a su persona. Declaró que tampoco fue hostilizado por las autoridades locales, y cediendo a un principio de justicia, hizo protesta de las falsas aseveraciones expresadas por el señor Mazarredo, a quien seguramente le suministraron datos equivocados. El acta fue firmada por el mismo Eulogio Barros en compañía de dos españoles, además de otros ciudadanos extranjeros provenientes de Italia, Alemania, Francia, Portugal, Colombia y Brasil, además de varios peruanos.<sup>45</sup>

**Elaboración de informes tendenciosos:** Eusebio Salazar y Mazarredo era propenso a distorsionar la realidad al momento de redactar los informes oficiales dirigidos a sus colegas o superiores españoles. El Comisario Especial no solo exageraba sino que solía mentir con frecuencia: a veces lo hacía deliberadamente o quizás engañado a sí mismo por sus propios prejuicios y otras veces por simple descuido al no corroborar fehacientemente la veracidad de las noticias que recibía. Al respecto, Novo y Colson anotó así la primera participación de Eusebio Salazar y Mazarredo en los sucesos del Pacífico:

El mismo día que la fragata Resolución fondeaba en San Francisco, un diputado a Cortes español que se hallaba en Nueva York, escribió al ministro plenipotenciario de S.M.C. en Washington que, *las dos fragatas de la escuadra de Pinzón habían encallado y héchose pedazos en la Baja California*. Como aquel día era de correo, Tassara trasladó la noticia al Gobierno, si bien añadiéndole que nada se sabía oficialmente, ni los periódicos decían de ello una palabra. Como entonces no había las facilidades y la rapidez de hoy para comunicar con las costas del Pacífico, la inquietud fue grandísima y viva la ansiedad, hasta el 14 de octubre que se recibió un telegrama desmintiendo la noticia y participando que ningún accidente le había ocurrido a los buques. ¿Pero quién era ese diputado español que con tanta ligereza y poco fundamento despertó a alarma? El señor Salazar y Mazarredo; así daba la primera muestra de la perspicacia y prudencia que había de persistir a todos sus actos, en el desempeño de la misión diplomática que algo después llevó al Pacífico (Novo y Colson 1882: 130).

---

<sup>45</sup> Véase el apéndice documental que acompaña la publicación de Ribeyro 1864c.

Los informes tendenciosos que escribía Salazar y Mazarredo buscaban predisponer a las demás personas en una actitud de confrontación hacia el Gobierno del Perú. En el caso de Luis Hernández Pinzón, el Comisario Especial lo recriminaba por mantener una actitud demasiado contemplativa y prudente en relación al Perú (buscando generar en él la idea de no estar cumpliendo con su deber), al mismo tiempo que dramatizaba las dificultades que afrontaba ante las autoridades limeñas. Así, Salazar y Mazarredo procuraba inducir al Almirante a la toma de acciones de fuerza en contra del Perú. El historiador Novo y Colson tuvo razón al calificar las frases que el Comisario Especial dedicó al Jefe de la Escuadra Española como injustificadas:

Estas injustificadas frases, pues no había habido ocasión en que demostrar poca o mucha energía, fue un recurso de Salazar para herir el orgullo de Pinzón; precisamente si algo temía España del almirante era todo lo contrario. ¡Increíble parece que el Gobierno hubiese confiado su representación a persona que aparentaba merecer el dictado de loco! ¡Quién le dijera que le estaba reservado al Gabinete Miraflores nombramiento más inoportuno y descabellado que el del famoso Ugarte! (Novo y Colson 1882: 166).

Con respecto al mismo punto, el secretario del Comisario Especial, el italiano Fidelo Enrico Cerruti, reconoce al Almirante importantes cualidades y virtudes personales. En contrapartida, el mismo Cerruti mantenía una opinión sumamente crítica con respecto al desempeño de Eusebio Salazar y Mazarredo en su calidad de agente español. De acuerdo con Cerruti, Hernández Pinzón se vio involucrado en la captura de las Islas de Chíncha a causa de las noticias alarmantes y exageradas que el Comisario Especial le escribió desde Lima a Valparaíso:

It is a subject of regret to very many persons that Admiral Pinzon should have been made a party to the taking of the Islands. All who know him cannot but believe he must have acted in the matter under a misapprehension, for his brave and generous nature, to which Mr. Jerningham in his letter to Earl Russell of the 13<sup>th</sup> May bears witness, would have scorned to attack a defenseless place, without positive orders also from his Queen, unless the whole affair had been grossly misrepresented. It is therefore reasonable to suppose that when Señor Salazar wrote to him at Valparaiso, he must have exaggerated both of the Peruvians with respect to him (Cerruti 1864: 29)

Luego de retornar a Europa y ya distanciado del Comisario Especial, en 1864 Cerruti publicó en la capital inglesa un libro con el título de *Peru and Spain, being a narrative of the events preceding and following the seizure of the Chíncha Islands, with an analysis of the dispatch of Señor Salazar y Mazarredo*,

*Her Catholic Majesty's "Special Commissary" to Peru, and minister to Bolivia, detailing his adventurous voyage homewards.* La dedicatoria del libro está dirigida a los españoles Luis de Cepeda y Granados, Antonio Cencio y Romero, y a los hermanos Melchor y Fernando Ordoñez y Ortega, a quienes aparentemente Cerruti conoció durante su estancia en el Pacífico, y a quienes no duda en calificarlos como bravos y generosos. El autor está seguro que ellos darían sus vidas por España, pero él no desearía que sus amigos se sacrificasen a favor de una causa que él considera indigna, y en la cual ellos se convertirían en víctimas de una guerra generada por motivos innobles e inescrupulosos. Para Cerruti no es Luis Hernández Pinzón el responsable de aquella situación, haciendo alusión en cambio a Salazar y Mazarredo:

Understand me rightly. I do not by the latter term allude to de Admiral now in command of your country's squadron in the Pacific. I believe him to be an upright gentleman and gallant officer, who, incapable of meanness himself, is too apt to believe in the honour of others. I refer more especially to the man, who, having it in his power to conciliate differences which he was actually commissioned to settle, has chosen rather to increase them, and who, to soothe his wounded self-love or gratify some malignant feeling, has not hesitated to resort to measures which will, I sincerely hope, be yet turned against their author (Cerruti 1864: 1-2).

De acuerdo con su dedicatoria, Fidelo Cerruti escribió su libro con la finalidad de que su contenido sea aprovechado con miras a facilitar el retorno del entendimiento entre el Perú y España, explicando las causas principales de la actitud hostil asumida «by the latter country towards one of her fairest daughter» (Cerruti 1864:1). El antiguo secretario de Salazar y Mazarredo se convirtió en uno de sus principales detractores, y fue especialmente crítico de los informes tendenciosos que dirigió al Gobierno de España con el fin de predisponer a las autoridades peninsulares a adoptar una política dura en contra del Perú y aprobatoria de las medidas de fuerza que fueran tomadas en el Pacífico. La ruptura entre ambos personajes se produjo luego del retorno de ambos a Europa, y se debió al malestar que Fidelo Cerruti sentía con respecto a los informes escritos por Salazar y Mazarredo, en donde el italiano era colocado como testigo de cada uno de los hechos fantásticos que el ex Comisario Especial relataba. Fidelo Cerruti no compartía el punto de vista del Comisario Especial, y finalmente decidió apartarse de él y escribir un libro en donde relató su punto de vista en torno a los orígenes del conflicto.

Con el fin de profundizar aún más en torno a las motivaciones que estuvieron detrás de la publicación del mencionado libro, se citará a continuación segmentos seleccionados de una epístola que un «vecino respetable» del Primer Puerto del Perú recibió de parte de Fidelo Cerruti. En el comunicado se deja constancia del carácter «irascible e intratable» de Salazar y Mazarredo; la propuesta de juramentación que recibió Cerruti en Southampon por parte del agente español y que devino en su mutuo distanciamiento; el uso indebido que hizo Salazar y Mazarredo del nombre de su ex secretario y los planes del último de publicar pronto el libro que ha sido citado con anterioridad. Los fragmentos fueron publicados gracias a la voluntad del receptor en el periódico *El Mercurio* de Lima el día miércoles 5 de octubre de 1864 bajo el título de «Intrigas del Comisario Mazarredo – Sus manejos en transparencia – Vindicación del Perú – Folleto del Secretario Cerruti», cuya traducción se atribuye S.D.J.A:

Londres, agosto 20 de 1864

Querido amigo.

Le dirijo a usted estas líneas cumpliendo con la oferta que le hice en el mes de febrero y en las cuales después de saludarlo afectuosamente, le anticipo que me encuentro en esta ciudad gozando de buena salud en el seno de la familia.

...

No está de más recordar a U. que salí del Callao el 13 de mayo a bordo del vapor «Talca» con dirección a esta por la vía de Panamá, en calidad de secretario particular del señor Mazarredo, en sus funciones de Comisario Extraordinario cerca de esa República. Si este caballero hubiera sido hombre de buen sentido, me hubiese holgado sobremedida en mi nueva posición, ofreciéndole un porvenir halagüeño a la sombra y recomendaciones del Almirante Pinzón. Mas por desgracia [Sic] el carácter irascible e intratable del Comisario, me hizo perder bien pronto toda esperanza de adelanto arrancándome una a una las ilusiones del futuro, a pesar de todo me hallaba casi decidido a continuar en su compañía hasta la capital de España, si uno de sus tantos caprichos no hubiese venido a poner en compromiso mi honor y mi conciencia.

Inmediatamente que arribamos a Southampon, el señor Mazarredo me propuso confidencialmente que certificase bajo juramento, que los peruanos habían intentado asesinarlo en su tránsito y particularmente en el Istmo de Panamá. A semejante insinuación, yo que conocía su falsedad y el fin inicuo que envolvía, solo tuve fuerza para preguntarle si hablaba en seriedad, a lo que repuso presentándome un papel, cuyo contenido renuncié a copiar- «Es tan formal mi propuesta que si U. firma este documento quedará satisfecho de mi gratitud».

Hasta ahora no puedo darme cuenta de la cusa que contuvo la explosión de mis impulsos; no si fue lo intempestivo o lo audaz de la proposición. El

resultado fue que me dejo paralizado un momento dudando si ahogaría al autor entre mis brazos o lo arrojaría de mi presencia a bastonazos. Triunfó por fin la prudencia y armándome de serenidad, le contesté que me felicitaría de terminar en ese momento toda relación con él, y que abonándome los dos meses que me adeudaba, nos despidiéramos para siempre. Añádale por último que si pensara insistir en su plan de difamación contra el Perú, no se valiera de mi nombre como un instrumento favorable, porque me vería en la dura necesidad de desmentirlo a la faz del mundo entero.

Ya comprenderá U. caro amigo, cual sería mi sorpresa al ver publicada en un periódico de Madrid la carta que Mazarredo dirigía al Ministro Pacheco, en que con sin igual imprudencia insiste en el supuesto asesinato y se apodera de mi nombre para corroborar tan atroz calumnia. A su lectura no pudo menos de sublevarme mi indignación, y acto continuo comencé un pequeño trabajo, que una vez terminado pienso dar a la luz bajo la forma de opúsculo. En él no defiendo al Perú ni acuso a la España: pongo solo en transparencia los manejos del Comisario Mazarredo y dejo al mundo la apreciación justa de los hechos.

Pudiera suceder que esta determinación me malquistase con muchos y aun me enajenara la voluntad de los amigos a quienes aprecio de corazón como el Dr. Cencio, los hermanos Ordóñez, don Luis Cepeda y don Pedro Ossa, pero entre el honor y la gratitud no era dudosa la elección, y yo espero que haciendo más tarde justicia a mis sentimientos, mis nobles amigos me sabrán conversar su tan cara estimación...

...

Los asuntos del Perú han llamado grandemente la atención de este país. Los señores Barreda y Quintana hacen heroicos esfuerzos para inclinar la opinión a favor de su patria y merecen en mi concepto toda la gratitud de sus compatriotas. Por el contrario los demás peruanos residente aquí se manifiestan tan indiferentes, que salvo el señor García parecen más bien tributarios de España que miembros de la gran familia Americana.

Su afectísimo

Fidele Enrico Cerruti.<sup>46</sup>

Luego de escribir la dedicatoria e introducción, Fidelo Cerruti dividió su libro en dos secciones principales. En la primera parte aborda dos temas: por un lado el origen de las dificultades entre el Perú y España y por el otro la captura de las islas de Chíncha y su correspondencia oficial. En la segunda parte aborda otros dos: por un lado el viaje de retorno a Europa y sus aventuras personales y por el otro un análisis del despacho de Salazar y Mazarredo. El libro finaliza con un epílogo y un apéndice documental.

En la primera parte Fidelo Cerruti refuta las afirmaciones vertidas por Salazar y Mazarredo en el Memorándum que dirigió al Gobierno del Perú a vísperas de partir al encuentro de Hernández Pinzón y proceder a la captura de

---

<sup>46</sup> *El Mercurio*. Miércoles 5 de octubre de 1864.

las Islas de Chincha. En relación a los incidentes en la Hacienda Talambo, el italiano sostiene que es infundado afirmar que setenta peruanos portadores de armas hayan caído sobre dieciocho desarmados españoles, cuando el total de personas que estuvieron involucradas en la reyerta no superan las cuarenta personas. Cerruti también expresa sus dudas en torno a que las autoridades peruanas hayan sido las instigadoras de las acciones de violencia contra los españoles.

The total number of persons engaged in this affair did not exceed forty, and the assertion of Señor Salazar, that *seventy armed* Peruvians fell upon *eighteen unarmed* Spaniards, is perfectly unfounded, nor can a single declaration of a reliable person be brought forward to substantiate it. Nor can the assertion of Señor Salazar that the affair was a premeditated one, having for object the extirpation of the Spanish colonists, and that the authorities were not only parties to it but actually sent some of their menials to assist in the unholy work, be regarded as worthy of credence; for if this were the fact, what was there to prevent the colonists being slaughtered to a man? Surely not he *eighteen unarmed* Spaniards treacherously taken unawares by *seventy* blood-thirsty assassins! I repeat, and intelligent persons will surely coincide with prove; — but that in no case can the Government of Peru be responsible for an event which was just as likely to arise in the old world as the new; under the oldest as the youngest dynasties. [...] (Cerruti 1864: 6).

Luego de citar la secuencia de incidentes que Salazar y Mazarredo afirma que se cometieron en perjuicio a los españoles en la hacienda Talambo, Cerruti empieza a refutar paso a paso cada una de las acusaciones, dándolas por falsas o improbables:

The evidence is at variance with nearly *all* Señor Mazarredo's so-called facts, which, from mere hearsay, and coloured to suit his own purpose, he has, with singular effrontery, set forth in a document addressed to Foreign Powers as a justification for an act of spoliation.

To begin, it is simply untrue that the 18 Basques who met on the 4<sup>th</sup> of August at Señor Salcedo's house, had been summoned there by him; it is also untrue that when there, they were attacked by 70 armed men. [...]

It is again untrue that the wounded Spaniards received extreme unction. Their hurts were not of a nature to require the performance of so serious a ceremony; but more that, *there was not a Catholic priest within miles of the locality!*

The plundering of Ormazabal's house (the Spaniard shot in the fray) has been proved to be simply false; but the death of the wife and son of Eguren is a statement almost ludicrous, in

The Assertion of Señor Salazar y Mazarredo that the Governor of Chepen breakfasted with Señor Salcedo on the morning in question, and that on leaving the "Hacienda" he met the assassins without attempting to frustrate their diabolical plans, rests upon the Special Commissary's word alone. None of the witnesses examined hinted at such a matter; and the

circumstance is so improbable that it may well be left to the judgment of the impartial (Cerruti 1864: 32-33).

Es importante señalar los excesos que Eusebio Salazar y Mazarredo cometió en sus escritos debido a que tales afirmaciones no fueron únicamente transmitidas por él al Gobierno del Perú, sino que también las retransmitió a su colega Luis Hernández Pinzón, al cuerpo diplomático acreditado en Lima y a sus superiores en Madrid.

En la segunda parte del libro Cerruti analiza el informe que el Comisario Especial entregó a las autoridades españolas en la cual narra la serie de desaventuras que afirmó haber sufrido durante su viaje de retorno a Europa. Jorge Basadre no dudó en calificar el relato del agente español como novelesco. De acuerdo con Salazar y Mazarredo, en el Callao él y Fidelo Cerruti recibieron constantes ofensas de parte de emisarios enviados por el Gobierno del Perú. Además, en tales circunstancias se presentó un intento de secuestro que fue frustrado gracias a la decisiva acción de un almirante inglés, quien con tal de impedirlo llegó a amenazar con lanzar un ataque la escuadra peruana. Luego de comenzado el viaje marítimo, Salazar y Mazarredo había esquivado dos intentos de envenenamiento y uno de hurto de su portafolio con su documentación, acciones tramadas por agentes peruanos. Continuando con el relato, una vez que arribaron a Panamá, Salazar y Mazarredo sufrió un intento de agresión de parte de una turba de afrodescendientes dirigidos por los anteriores agentes peruanos, y quienes insultaron a Isabel II, Napoleón III, Francia y España. Finalmente, durante su travesía por tren se presentó un nuevo intento de secuestro a su persona. En relación a los hechos referidos líneas arriba, Jorge Basadre sostuvo que el Comisario Especial «Se había ya ganando el apodo de “Más enredo” y nuevamente actuó como si hubiera querido justificarlo» (Basadre 2005: 216).

La intención detrás del informe presentado por Salazar y Mazarredo era incitar a las autoridades españolas para que se mantuvieran las medidas de fuerza que previamente ya habían sido adoptadas contra el Estado peruano (captura de las islas de Chincha) y disipar aún más las posibilidades de lograr un acuerdo pacífico para ambas partes. Adicionalmente, la gravedad de las acusaciones sostenidas por Salazar y Mazarredo en su informe permitiría



desviar la atención de las autoridades españolas en torno a los terribles excesos que había cometido el propio Comisario Especial durante sus gestiones en el Perú.

Fidelo Cerruti en su libro cita párrafos enteros del informe escrito por Salazar y Mazarredo, para a continuación brindar su propia apreciación personal de los hechos en calidad de testigo presencial. Fidelo Cerruti suele invocar al sentido común de los lectores para alegar que las suposiciones del Comisario Especial son pruebas en sí mismas insuficientes para sostener las graves acusaciones que formula. Salazar y Mazarredo, presa de la agitación del momento, tendía exagerar y ver peligros donde no los había:

If the lines just quoted are intended by Señor Salazar to substantiate the charge which the Spanish Minister asserts, "*eclipses all the other charges which Spain conceives that she has against Peru*" I feel satisfied that all serious men will agree with me that the vague suspicions thus set forth are not only insufficient to support a grave accusation, but they strengthen the doubt as to the goodness of the other causes which have led Spain to her present hostile attitude towards Peru. It is not perhaps surprising that a man like Salazar, who, during the time that the events to which he alludes were taking place, was laboring under a degree of nervous excitement bordering on distraction, should exaggerate the position and see danger and menace where they did not exist, but it is astonishing that a Minister, in the calm retreat of his own cabinet, should be found ready to endorse the accusations against Peru although founded upon the merest hearsay and conjecture (Cerruti 1864: 38-39).

Salazar y Mazarredo asume que detrás de todos los complots que se tienen planeados en su contra se encuentran las autoridades peruanas. Sin embargo, en opinión de Fidelo Cerruti, el Comisario Especial no posee pruebas suficientes que permitan confirmar sus sospechas. De acuerdo con el planteamiento del secretario italiano, debido a la percepción de importancia que tenía de sí mismo, Salazar y Mazarredo era incapaz de concebir que personas individuales quisieran atentar contra él sin que estuviesen implicadas con las autoridades peruanas:

Admitting, for the sake of argument, that Señor Salazar was justified in believing that a plot was hatching against his person, still it must be held as most strange that private individuals should have been in possession of the secret days, nay weeks, before it was to be realized; and if such a plot were contemplated, what right had he to infer that the Government of Peru was a party to it? For he does not allege that the parties who were so anxious for his safety, informed him *where* the plot was hatching, or *who* were the parties aiding or abetting it.

The only ground upon which Señor Salazar can base his charge against the Peruvian authorities must be sought for in his own notions of self-

importance, which will not permit him to believe that a private individual would dare to conspire against his life (Cerruti 1864: 29).

Eusebio Salazar y Mazarredo tuvo tanto temor de ser víctima de un atentado en su contra durante el transcurso de su viaje hasta el extremo de volverse una víctima fácil de quienes, aprovechándose de su angustia, intentaban jugarle una broma pesada. Luego de citar un pasaje del Memorándum, Fidelo Cerruti hace notar que Salazar y Mazarredo creyó en la veracidad del testimonio de un viajero que buscaba divertirse a costa de su ingenuidad:

We find in the passage just quoted the same belief uppermost in Señor Salazar's mind, that not only was his life sought, but that the conspirators had used so little caution, that even indifferent persons were made acquainted with it. The supposition is so childish and improbable that it may with safety be left to the judgment of thinking men; but we cannot help noticing that in order to curry favour with the Minister to whom he addressed his letter, he thus publicly confesses that he did his best to pump from his casual acquaintance the secrets of the Peruvian authorities. It was unfortunate for the Special Commissary that he should on this occasion have made a confidant of a man who, not perhaps out of malice, but from that simple love of fun, which distinguishes his countrymen, "fooled him to the very top of his bent" and was only rejoiced at the opportunity thus offered to while away the tedium of a sea voyage (Cerruti 1864: 42).

Una de las afirmaciones más osadas que Eusebio Salazar y Mazarredo sostuvo en su informe a las autoridades españolas gira en torno a la vulnerabilidad de la correspondencia marítima. El Comisario Especial señaló que él había escrito una carta a Mariano Prado, Encargado de Negocios de España en Quito, y afirmó que: «it was entrusted to the Clerk of the steamer, and notwithstanding that it was in a double envelope for the English Consul at Guayaquil», esta fue abierta por las autoridades de la Oficina Postal en Paita. Según el Comisario Especial, afortunadamente para él no había nada escrito en la carta que haya sido de importancia. Como veremos a continuación, Fidelo Cerruti dudaba de la veracidad de aquella historia, y señala que es una acusación realmente gravísima y que compromete la seguridad de la correspondencia marítima internacional. De acuerdo con Cerruti:

This charge is as serious as it is sweeping. It raises a doubt as to the integrity of the Purser of the steamer (who was not a Peruvian), and openly attacks the Post Office officials at Paita, thus raising a feeling of distrust throughout the community of South America as to the safety of their correspondence; for it must be borne in mind that all the mails from Europe to Ecuador, Bolivia, Chili, and Peru pass through the hands of the agents referred to. But *can* this story be true? Would one single quarter of an

hour,— the time that the passengers remained on shore,— suffice for the contents of Señor Salazar's letter to be made know? (Cerruti 1864: 46)

Finalmente, podemos agregar que Fidelo Cerruti no fue el único de los detractores del polémico informe escrito por Salazar y Mazarredo. Como muestra de aquello se puede citar el comunicado publicado en el periódico *El Mercurio* de Lima el día lunes 10 de octubre de 1864 que el Cónsul Colombiano en el Callao, Joaquín Miró Quesada, le envió al General P. Santacoloma. El Cónsul realizó el viaje a Panamá en compañía de Salazar y Mazarredo en el Talca, y desmiente la versión de los incidentes relatados por el agente español. El enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de los Estados Unidos de Colombia, Justo Arosemena, certificó la autenticidad de la firma del cónsul.<sup>47</sup>

**Ocultamiento de la información:** El día 14 de abril Salazar y Mazarredo se encontró en altamar con Luis Hernández Pinzón. El Comisario Especial le hizo entrega al Almirante de un pliego de instrucciones remitido desde Europa en donde se exponía el tema de las reclamaciones de súbditos españoles ante el Gobierno del Perú, indicándoles que debían de actuar con especial atención. De no ser atendidos por las autoridades peruanas, el jefe de la Escuadra Española debía enviar un ultimátum al Gobierno peruano, dando un plazo de treinta horas para recibir respuesta, manteniendo siempre abiertos los canales con miras a alcanzar el entendimiento. En caso de no obtener ninguna proposición de arreglo la Escuadra podía proceder a apoderarse de los buques peruanos o al bombardeo de uno de sus puertos, pero siempre enfatizando en que sólo podían recurrir a la violencia en casos extremos y cuando se hubiesen agotado las alternativas de solución pacífica. Sin embargo, Salazar y Mazarredo ocultó a su colega español un segundo pliego de instrucciones, afirmando que eran papeles de poca importancia y asegurando que se le habían extraviado. En el documento mencionado las autoridades madrileñas resaltaban que la misión que le habían encomendado al Comisario Especial era de paz y que esa era la voluntad del Gobierno español, y que sólo mediante medios pacíficos se aspiraba a obtener la solución a sus diferencias con el Gobierno peruano. Eusebio Salazar y Mazarredo ocultó tal información debido a que las instrucciones iban en contra de sus planes personales, que tenían

---

<sup>47</sup> *El Mercurio*, lunes 10 de octubre de 1864.

como propósito aumentar el nivel de enfrentamiento entre ambos gobiernos en vez de atenuarlo. El historiador español José Ramón García describió la escena de la siguiente manera:

Salazar, encolerizado novela a Pinzón sus desventuras y le hace entrega de unas segundas instrucciones que el Ministerio de Marina le confió. En ellas se razona el deseo español de paz con la solución digna del pleito judicial de Talambo y, sólo en una línea, se sostiene lo siguiente: “queda más justificado el uso de la fuerza”, que en el caso extremo de atentado contra la seguridad de los buques, su personal o el honor nacional. Pinzón solicita al S. Comisario las instrucciones que faltan, las primeras, y éste se disculpa diciendo haberlas extraviado, manifestándole ser aquellas un documento burocrático de muy secundaria importancia, sin mayor trascendencia. No satisfizo esta explicación (Sic) al Almirante ni a su Mayor General, pero hubieron de aceptarla pues lo contrario habría supuesto recelar del honor de un Ministro de España, presunción ésta absolutamente impensable.

Las instrucciones perdidas eran de una exagerada minuciosidad, considerando todas las coyunturas posibles ante la presentación oficial de Salazar y Mazarredo como Comisario ante el Gobierno peruano. Salazar, no hace falta recalcarlo, las obvió al límite, empujando en su alocada aventura al férreo d. Luis (Sic) Hernández Pinzón, a la minúscula Escuadra del Pacífico y a la nación española (García 1993: 15-16).

Luego de la partida del Comisario Especial a Europa, Luis Hernández Pinzón encontró el pliego de instrucciones que le había sido oculto. De acuerdo con el historiador Jorge Basadre, «fue entonces cuando habló de engaño y arteria sin nombre en una comunicación al Ministerio de Marina (9 de junio de 1864)» (Basadre 2005: 212). Al darse cuenta del error que había cometido, Luis Hernández Pinzón decidió poner su cargo a disposición. Mientras esperaba su relevo el Almirante español adoptó a partir de ese entonces una política más conciliadora y moderada frente al Perú.

**Acciones llevadas a cabo a título personal:** Salazar y Mazarredo se excedió en sus funciones cuando decidió reivindicar las Islas de Chíncha en nombre de la Corona Española. En las instrucciones que el agente español recibió de las autoridades madrileñas no se le indicaba o sugería que capturase o tomase como prenda a las guaneras peruanas. Además, la idea de la reivindicación iba en contra de la política española de acercamiento y reconocimiento de la independencia de las nuevas Repúblicas de América (a excepción de la actual República Dominicana). Con respecto a este polémico punto, la historiografía peruana no es la única que ha adoptado una posición sumamente crítica de la tesis de reivindicación. La historiografía española también se ha caracterizado por reprobador duramente las palabras del Comisario Especial. Para José Ramón

García, la idea de reivindicación sugiere una vuelta hacia el pasado, de una simple tregua de cuarenta años en las guerras de la independencia americana, de reconquista, lo que califica como un «gigantesco y monstruoso error» (García 1993: 17). Por su parte, Novo y Colson también mostró su indignación frente a los sucesos acontecidos en el Pacífico:

La toma de las Chinchas fue una agresión injustificada y arbitraria; para efectuarla se faltaron a las instrucciones del gobierno y a todas las conveniencias, traspasando, desde aquel instante y por ese solo hecho, al Perú, la razón y justicia que nos asistía. Empezamos por dar el golpe antes que el amago, y ese fue nuestro gran error. Si el Perú, después de la intimidación y el *ultimátum* hubiese permanecido tenaz en no conceder lo razonable, entonces, alta la frente, tranquila la consciencia y con aplauso general, hubiéramos clavado en las Chinchas nuestro pabellón en espera de las satisfacciones exigidas. Ni los sucesos de Talambo, ni todos los anteriores agravios reunidos, constituían causa de tanta monta que obligara a medios extremos (Novo y Colson 1882: 189).

Con relación a la tesis de reivindicación, el día 20 de abril de 1864 los ministros extranjeros que conformaban el cuerpo diplomático acreditado en Lima, y bajo la presidencia de Christopher Robinson —Enviado Extraordinario y Ministro plenipotenciario de los Estados Unidos de América— hicieron pública una declaración. El cuerpo diplomático hizo notar que las resoluciones adoptadas por Salazar y Mazarredo y Hernández Pinzón el 14 de abril no fueron precedidas por una declaración de guerra, ultimátum u otra formalidad que previene «el derecho público de las naciones» y que uno de los fundamentos aducidos para la ocupación fue el invocar a un derecho que se atribuía a España de reivindicar las islas pertenecientes al Perú.

La declaración del 20 de abril estaba dividida en dos puntos. En el primero los diplomáticos extranjeros «deploraban sinceramente que los señores Comisario y Comandante en jefe no hayan ajustado sus procedimientos a lo que el derecho internacional prescribe para tales casos». En el segundo afirmaron que no iban a aceptar «[...] el derecho de reivindicación que se ha invocado como uno de los fundamentos de la ocupación, sino que seguirán considerando las islas de Chincha como pertenecientes a la República Peruana, ínterin sus respectivos gobiernos resuelvan lo que tuviesen por conveniente». El documento estaba firmado por el decano del cuerpo diplomático, Christopher Robinson; J. de la Cruz Benaventa, Ministro Plenipotenciario de Bolivia; Thos. R. Eldredge, Encargado de Negocios

y Cónsul General de S.M. el Rey de Hawái; Wm. Stafford Jerningham, Encargado de Negocios Británico y Cónsul General y J. Nicolás Hurtado, Encargado de Negocios de Chile. El documento fue entregado al Ministro de Relaciones Exteriores del Perú de manos de Thos. R. Eldredge y de Nicolás Hurtado.

A la declaración del Cuerpo Diplomático se adhirieron pronto Justo Arosemena, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Colombia, quien se encontraba momentáneamente apartado de Lima y Domingo Faustino Sarmiento, Ministro Plenipotenciario de la República Argentina. A su vez, el diplomático Francisco Adolfo de Varnhagen, perteneciente a la Legación Imperial del Brasil en Valparaíso, aseguró a Juan Antonio Ribeyro que «el gobierno y el pueblo de Brasil, acompañarán al gobierno y pueblo del Perú, en su justa indignación contra este nuevo acto de violencia perpetrado sin respeto a las formas requeridas por los usos internacionales, y con la agravante circunstancia de que para cohonestarlo se invocaron principios contrarios a los que ha sostenido y apoyando el mismo gobierno de S.M.C.[...]». Las autoridades diplomáticas de los gobiernos de Bolivia, Costa Rica, Nicaragua y Venezuela manifestaron en sus comunicaciones a Juan Antonio Ribeyro su expectativa de que España iría a desaprobar las acciones emprendidas por sus agentes en el Pacífico.<sup>48</sup>

Como se verá a continuación, los diplomáticos extranjeros no se equivocaron en sus presunciones. Una vez que la noticia llegó a manos del Gobierno español, las autoridades madrileñas emitieron un comunicado en donde rechazaban rotundamente la tesis de reivindicación invocada por Eusebio Salazar y Mazarredo y procedieron a desautorizar sus palabras, debido a que no mantenían concordancia con los deseos de buena voluntad expresados en anteriores oportunidades por la reina Isabel II.

**Acciones contrarias a las instrucciones recibidas por su gobierno:** La misión que el Gobierno Español confió a Eusebio Salazar y Mazarredo era de paz y buena voluntad. La solución de las controversias o diferendos entre ambos gobiernos debían resolverse mediante fórmulas pacíficas, y solo en

---

<sup>48</sup> Véase el apéndice documental de Ribeyro 1864c.

casos extremos recurrir a acciones de fuerza. Sin embargo, como se ha demostrado en repetidas oportunidades, el Comisario Especial no cumplió con tales instrucciones. El agente español desobedeció en más de una ocasión las instrucciones que recibía desde Madrid:

En primer lugar, en vez de promover el diálogo y el entendimiento, Salazar y Mazarredo actuó con la clara intención de generar un conflicto entre ambos gobiernos, para lo cual decidió emprender medidas de fuerza que estaban destinadas únicamente en caso de haberse agotado previamente todas las vías pacíficas de solución.

En segundo lugar, en lugar de seguir las fórmulas previstas por su gobierno antes de emprender las hostilidades contra el Perú —ultimátum con 30 horas de anticipación— Salazar y Mazarredo simplemente las pasó por alto, ignorándolas del todo.

En tercer lugar, Salazar y Mazarredo estaba obligado a compartir con su colega Hernández y Pinzón las instrucciones que las autoridades españolas habían despachado con la finalidad de guiar la conducta de ambos en América. Sin embargo, el Comisario Especial decidió no mostrarle al Almirante uno de los pliegos de instrucciones con el fin de instigar la captura de las islas guaneras peruanas.

En cuarto lugar, las autoridades españolas habían previsto que Salazar y Mazarredo debía de permanecer al lado de Hernández Pinzón y la Escuadra del Pacífico hasta que terminase su misión. Sin embargo, el Comisario Especial desobedeció una vez más las instrucciones del Gobierno Español, y decidió acompañar a los delegados del cuerpo diplomático acreditado en Lima, quienes habían ido a entrevistarse con los agentes españoles en el Pacífico y estaban por retornar al Callao. Desde ahí Salazar y Mazarredo continuó con su viaje de retorno a Europa para, según él, informar personalmente en Madrid sobre los pormenores de los últimos acontecimientos.

En resumen, las gestiones realizadas por el Comisario Especial en el Pacífico iban en contradicción con las buenas predisposiciones de los

Gobiernos del Perú y España para alcanzar un entendimiento. Salazar y Mazarredo buscaba agravar el clima de tensión entre ambos países. No contribuyó a la conservación de la paz, y al instigar la captura de las Islas de Chincha se convirtió en el principal responsable del inicio del conflicto peruano-español.

**e) José Manuel Pareja. Comandante general de la Escuadra del Pacífico.**

José Manuel Pareja y Septien nació en Lima el 8 de febrero de 1813. Fue hijo del brigadier español Antonio Pareja, a quien nunca tuvo la oportunidad de conocerlo en persona, ya que partió dos meses antes del nacimiento de su hijo al sur de Chile, al mando de una expedición que iba a combatir a los patriotas chilenos donde falleció en plena campaña militar luego de padecer una penosa enfermedad. José Pareja abandonó el Perú a corta edad y decidió enrolarse en la marina española. Debido a su experiencia en el mar, José Pareja tuvo la oportunidad de recorrer prácticamente todo el mundo. Mantuvo una destacada participación al servicio de la Corona Española en la Primera Guerra Carlista. Prestó sus servicios en las costas de España y Cuba, y participó en la expedición española que en 1849 acudió en socorro de los Estados Pontificios durante la Primera Guerra de Independencia Italiana. En 1864 ocupó el cargo de Ministro de Marina. El 22 de octubre de 1864 José Pareja fue nombrado comandante general de la escuadra del Pacífico, dándosele además los títulos de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de España.

Al momento en que reemplazó en el cargo a Luis Hernández Pinzón, José Pareja se había consolidado como una de las principales autoridades de la Marina de España, y era sin lugar a dudas una figura de prestigio. El Gobierno de España le confió la delicada misión de ponerle fin de manera honrosa para su país al contencioso con el Gobierno del Perú. Las autoridades de Madrid lo habrían escogido no solo por la confianza en su profesionalismo, sino que el hecho de ser limeño de nacimiento podría traducirse en un elemento favorable para tratar con las autoridades americanas. José Pareja le guardaba simpatía a su tierra natal, y tenía una buena predisposición para



entenderse con el Gobierno del Perú, sin que aquello se tradujese en debilidad. El Comandante español buscaba negociar un arreglo de paz que fuese honroso y favorable a España, y esa era su primera prioridad.

Sin embargo, pronto resultó evidente que José Pareja no era la persona más indicada para llevar a cabo la misión. Si bien el Comandante no demostró ninguna predisposición hostil contra el Perú, en lo que respecta a Chile la situación era bastante distinta. Su padre había muerto en el transcurso de las guerras de independencia de la antigua Capitanía General, y José Pareja había desarrollado un sentimiento de animadversión en contra de aquel país. La agresividad y prepotencia con la que José Pareja negoció con las autoridades chilenas trajo como consecuencia la declaratoria de guerra de Chile a España.

El padre del Comandante José Pareja, brigadier Antonio Pareja, nació en Córdoba, España en 1757. Desde muy temprana edad se dedicó a la marina, llegando a ser comandante de varias embarcaciones a lo largo de su vida. En Europa participó en distintas acciones de armas, siendo algunas de las más importantes la de los combates navales de San Vicente (1797) y Trafalgar (1805), en los cuales tuvo bajo su cargo el mando de la fragata Perla y el navío Argonauta respectivamente. Tiempo después se instaló en Lima, donde se puso a las órdenes del virrey Fernando de Abascal. El virrey había planeado la salida de dos expediciones. La primera partió hacia el Alto Perú desde donde se combatiría a los patriotas del Río de la Plata. La segunda partió al mando del brigadier Antonio Pareja con destino al sur de Chile, desde donde se organizaría un ejército realista que se batiría con las fuerzas insurgentes.

El brigadier Pareja zarpó del Callao el 12 de diciembre de 1812 a bordo de 5 bergantines, llevándose consigo una importante cantidad de dinero y pertrechos militares, y un escaso pero selecto grupo de hombres. De acuerdo con el historiador chileno Sergio Villalobos, a comienzos de 1813 el brigadier Pareja había logrado organizar un ejército de 4 mil hombres en Chiloé y Valdivia e inició desde Concepción la primera ofensiva contra los patriotas. Las fuerzas al mando de José Miguel Carrera detuvieron el avance y obligaron al brigadier Pareja a encerrarse en Chillán. Sergio Villalobos afirma que el sitio de

esta ciudad fue un verdadero desastre para los patriotas a causa del rigor del invierno. Suspendido el sitio, el grueso del ejército a mando de Carrera fue sorprendido en El Roble; «pero la derrota fue convertida en victoria gracias al valor de don Bernardo O'Higgins».<sup>49</sup> Durante su estancia en Chile el brigadier Pareja contrajo una fiebre maligna y se vio forzado a dejar el mando de las tropas al comandante Juan Francisco Sánchez. La enfermedad del español se agravó hasta el punto de terminar con su vida el 21 de mayo de 1813.

Ahora bien, luego de la destitución de Salvador de Távira, el Gobierno Español otorgó a José Pareja el cargo de ministro plenipotenciario en Chile. De acuerdo con las instrucciones brindadas por las autoridades de Madrid, el Gobierno Español esperaba que Chile diera muestras positivas para alcanzar un arreglo satisfactorio. En caso de no ser así, el Vicealmirante José Pareja se vería obligado a utilizar como último recursos las fuerzas bajo su mando, y procedería a bloquear su extenso litoral. En caso de que el Gobierno de Chile mantuviese una posición inflexible, la Escuadra Española pasaría a bombardear algunos de los puertos, siendo el principal objetivo Valparaíso.

Las discrepancias entre ambos gobiernos derivaban del conflicto diplomático peruano-español. El gobierno de Chile declaró el carbón como contrabando de guerra y negó su aprovisionamiento a la Escuadra del Pacífico. La prensa de aquel país manifestaba su solidaridad con la causa peruana, dirigiendo diatribas feroces en contra de los expedicionarios españoles, su gobierno, la reina Isabel II y la familia real. Desde Chile partió una columna de voluntarios chilenos dispuestos a batirse en contra los españoles en caso de rompimiento de las hostilidades. En las principales ciudades chilenas se habían realizado manifestaciones públicas de rechazo a las acciones emprendidas por los españoles en el Pacífico. En opinión de las autoridades hispanas, el trato de las autoridades chilenas estaba parcializado. De acuerdo con los reclamos españoles, el buque peruano Lerzundi había podido abastecerse de víveres y pólvora en Chile, además de enganchar varios cientos de hombres. Desde Chile habían sido enviado caballos al Perú, a pesar de ser considerados como elementos de guerra. Finalmente, España no estaba en guerra contra el Perú, y

---

<sup>49</sup> Se recomienda consultar Villalobos 2002: 165 y Villalobos 1989: 91.

sin embargo se le negaba el aprovisionamiento de carbón mientras que en el caso de Francia, que si estaba en guerra contra México, no ocurría lo mismo.

El 17 de septiembre el Vicealmirante arribó al Valparaíso, e inmediatamente presentó ante las autoridades chilenas un ultimátum el cual contenía cuatro exigencias que en caso de no ser atendidas se procedería al rompimiento de relaciones diplomáticas y se responsabilizaría al Gobierno de Chile de los perjuicios que se pudiesen producir en una eventual toma de medidas de fuerza:

1. El Gobierno de Chile debía saludar con 21 cañonazos a la bandera española como muestra de desagravio ante las supuestas ofensas que había recibido de parte de la República americana. Se dispuso de cuatro días de plazo.
2. Pago de tres millones de pesos por concepto de indemnización para subsanar las pérdidas de la Escuadra del Pacífico al no recibir carbón.
3. El cumplimiento estricto del tratado comercial chileno-español.
4. El envío de un ministro plenipotenciario a España para arreglar los asuntos que puedan quedar pendientes.

El vicealmirante José Pareja fue sumamente imprudente al presentar el ultimátum en coincidencia con el aniversario de la independencia chilena. Su actitud fue arrogante y agresiva. En los ánimos de José Pareja se evidencia su poca disposición al diálogo y su deseo de imponer condiciones humillantes a Chile. El vicealmirante confiaba en que las fuerzas navales que tenía bajo su mando eran elementos suficientes para amedrentar a los sudamericanos. Sin embargo, José Pareja se equivocó en sus cálculos, pues no esperaba que el canciller chileno Álvaro Covarrubias respondiera el ultimátum con la energía y contundencia con que lo hizo. Entre el Gabinete chileno y el agente español se produjo un intercambio de encendidas notas que terminaron el 24 de septiembre, cuando José Pareja decidió pasar a la ofensiva y declaró bloqueado el litoral chileno. La respuesta del Gobierno chileno no se hizo esperar, y al día siguiente declaró la guerra a España.

En lo que respecta al Perú, José Pareja fracasó en su objetivo de solucionar, de una vez por todas, el conflicto peruano-español. El Vicealmirante

arribó al Perú el 6 de diciembre de 1864, y al poco tiempo se sentó a negociar con el general Manuel Ignacio de Vivanco. José Pareja tenía la intención de alcanzar en el menor tiempo posible un arreglo con el Perú, sintonizando así con los deseos de las autoridades madrileñas. Finalmente, el 25 de enero el vicealmirante presentó un ultimátum al Gobierno del Perú en donde le daba un plazo de 48 horas para suscribir un acuerdo. Ante la amenaza de un bombardeo al Callao, el día 27 de ese mismo mes se firmó el controvertido Tratado Vivanco-Pareja.

En lo que respecta al tratado Vivanco-Pareja, la indemnización de 3 millones de pesos que obtuvo José Pareja fue producto de una propuesta personal que no tenían previstas las autoridades madrileñas. El acuerdo firmado resultaba bastante favorable a los intereses españoles, y José Pareja esperaba así congraciarse con el Gobierno español. Para desdicha del agente español, el Tratado Vivanco-Pareja, lejos de disipar los fantasmas de la guerra, generó una grave crisis política en el Perú que amenazaba con devenir en el rompimiento de las hostilidades entre americanos y europeos. La precariedad de la situación en el Perú obligó a José Pareja a descartar la posibilidad de abandonar las aguas del Pacífico y debió permanecer en ellas junto con las fuerzas a su mando.

José Pareja se equivocó al pensar que las condiciones del tratado iban a garantizar la paz entre Perú y España, cuando en realidad fue el detonante que inició la Revolución de 1865 en el Perú, que terminó con el triunfo de los rebeldes y la declaratoria de guerra a España. A partir de entonces, el estado emocional de José Pareja empezó paulatinamente a deteriorarse, producto de las dificultades que experimentaba durante sus gestiones en ambos países. El vicealmirante manifestaba sentimientos encontrados: tenía simpatías personales hacia el Perú por ser su tierra natal, y al mismo tiempo le guardaba una celosa fidelidad a España. Por otro lado, debido a sus antecedentes familiares, José Pareja tenía una animosidad en contra de Chile. En España lo acusaban por aparentemente mostrar demasiado cariño hacia el Perú en perjuicio de los intereses españoles, cosa que lo hería de sobremanera. Mientras tanto en el Perú lamentaban que fuese un limeño de nacimiento quien estuviese al servicio de un gobierno extranjero que se había

mostrado agresivo al Perú, y que en caso de ruptura de las hostilidades, fuera él mismo quien dirigiera los ataques hacia su propia tierra natal. El historiador español Novo y Colson describió así la situación del Vicealmirante José Pareja:

El ilustre español, por la circunstancia de haber nacido en el territorio peruano, era acusado en Madrid de una exagerada simpatía hacia aquella tierra, y de haber mostrado menos entereza de la debida; mientras que en el Perú se le acusaba de recibir el precio en que había vendido su derecho de ultrajar a una república indefensa; que como oriundo del país, la ley de las naciones le salvaba de la necesidad de tomar parte en una guerra contra la nación depositaria de su cuna, pero que por una triste fatalidad, el Perú estaba destinado a ser víctima de sus propios desnaturalizados hijos, acaso más aún que de los extranjeros. Mal se combinaban las dos opiniones, de las cuales, la primera fue para el bravo marino un dardo envenenado que penetró en su alma, causando la desesperación sombría y la severa actitud que guió sus pasos en las sucesivas gestiones diplomáticas (Novo y Colson 1882: 227).

Por otro lado, José Pajera no tomó la mejor de las decisiones cuando ordenó dispersar en exceso a las naves que tenía a su mando a fin de extender el bloqueo del litoral chileno a la mayor cantidad de puertos posibles. Aquella decisión dejó en una situación muy vulnerable a la goleta Covadonga, la nave más débil de toda la Escuadra del Pacífico. A pesar de las quejas constantes de la junta de oficiales, José Pareja decidió despachar sola a la Covadonga a bloquear Coquimbo. El vicealmirante subestimó en exceso la capacidad de acción de la Armada de Chile, a pesar que ésta estaba conformada prácticamente por una sola nave, la legendaria Esmeralda.

Finalmente, los temores de los oficiales españoles de perder a la goleta Covadonga se hicieron realidad cuando el 26 de noviembre la corbeta Esmeralda la capturó en el combate de Papudo. Las naves chilena y española estaban al mando de Juan Williams Rebolledo y Luis Fery respectivamente. Williams Rebolledo decidió recurrir a una táctica de engaño para tomar por sorpresa a los españoles. La Esmeralda se acercó a la Covadonga portando el pabellón británico, y una vez que estuvo a una distancia prudente la tripulación lo arribó e izó inmediatamente el pabellón chileno, al mismo tiempo que abrió fuego contra el enemigo. La lucha entre ambas naves fue desigual debido a que la Esmeralda presentaba características superiores a la Covadonga en artillería, velocidad y desplazamiento, además de tener la ventaja del factor sorpresa. El combate duró 50 minutos, y terminó con la rendición de la nave española. El comandante Luis Fery ordenó a los maquinistas de la Covadonga

que abrieran las válvulas de la nave para hundirla y evitar su captura, pero los chilenos la abordaron antes que ocurriera aquello. Manuel Thomson asumió el mando de la Covadonga, que fue inmediatamente incorporada a la Armada de Chile, tomándose a su anterior tripulación española como prisionera.

Al vicealmirante José Pareja el asunto se le estaba saliendo de control, y el panorama de la Escuadra del Pacífico se estaba tornando más complejo. Las autoridades de Madrid esperaban que José Pareja tuviera éxito en la misión de apaciguar los ánimos en las repúblicas sudamericanas de manera honrosa para España. Sin embargo, la guerra con Chile había estallado mientras que en el Perú el movimiento rebelde se había hecho con el control del país. Por un lado, era evidente que el Tratado Vivanco-Pareja había ofrecido una solución precaria y efímera al conflicto peruano-español. Por otro lado Escuadra del Pacífico carecía de pequeñas embarcaciones que pudiesen ser usadas como avisos, por lo que el vicealmirante José Pareja se enteró de la pérdida de la Covadonga por medio de los informes chilenos. Además, corría el rumor que la Vencedora también había sido capturada. La noticia devastó al vicealmirante José Pareja, más aun cuando el golpe que recibió la Escuadra del Pacífico provenía de una armada considerada débil y al servicio de Chile, país al que guardaba tanto rencor. El 29 de noviembre, luego de informarse a través del cónsul estadounidense Nicholson de los resultados del combate de Papudo, y de la posible pérdida de la Vencedora, el vicealmirante aparentó mantener la tranquilidad, paseó por la cubierta, almorzó y fumó como de costumbre. Sin embargo, a los pocos minutos de haber bajado a su recámara, tomó su revólver y se suicidó. El vicealmirante dejó una nota en la que pedía que no fuese sepultado en aguas chilenas, y deseando que los marinos se conduzcan con honor.

En resumen, las autoridades españolas se equivocaron cuando pensaron que el nombramiento del vicealmirante José Pareja iría a disipar las tensiones en el Pacífico. José Pareja cometió muchos errores en su misión. Fracasó en sus esfuerzos por dar término al conflicto peruano-español de manera satisfactoria, y su predisposición agresiva hacia Chile terminó por desencadenar la guerra entre ambos países. El hecho de haber nacido en Lima y que su padre haya fallecido durante el transcurso de las guerras de la

independencia chilena fueron elementos que afectaron severamente su estado mental al asumir el mando de la Escuadra del Pacífico.

**f) Manuel Ignacio de Vivanco. Ministro plenipotenciario del Perú en Chile y la Escuadra del Pacífico.**

Manuel Ignacio de Vivanco es el único de los agentes diplomáticos de nacionalidad peruana que la presente investigación lo identifica como una persona con pocas cualidades personales para las labores diplomáticas. Era un caudillo poseedor de un nivel cultural sobresaliente, que lo distinguía del promedio de altos mandos militares del Perú. Él descendía de la aristocracia colonial limeña, y era conocido por sus sentimientos hispanófilos, tendencias autoritarias y su histórica rivalidad con Ramón Castilla. A pesar de la activa participación de Manuel Ignacio de Vivanco en la guerra de la independencia y en las posteriores guerras civiles e internacionales de inicios de la República, su carrera política fue calificada por Jorge Basadre como tempestuosa y estéril. Su nombramiento como Supremo Director tuvo apenas una duración efímera entre 1843 y 1844 (Basadre 2005: 243)

En los primeros meses del conflicto diplomático peruano-español Manuel Ignacio de Vivanco tuvo un pobre desempeño como ministro plenipotenciario en Chile. El antiguo Supremo Director consideraba la captura de las islas de Chíncha como un incidente de menor relevancia. Para él, los sucesos del 14 de abril eran una forma en la que España ejercía presión para el pago de la deuda de la independencia. En su opinión, Juan Antonio Ribeyro debió de recibir a Salazar y Mazarredo en su calidad de Comisario Especial. A pesar del entusiasmo público que había entre la población chilena a favor del Perú, Manuel Ignacio de Vivanco mantuvo una actitud demasiado pasiva frente a la crítica situación que atravesaba el país, y no oculta públicamente su menosprecio hacia los líderes políticos peruanos. Vivanco no hizo mayores esfuerzos por granjearse el apoyo de las autoridades políticas de Chile a favor del Perú.

Al retornar al Perú Vivanco se sentó a negociar con José Pareja los términos de un acuerdo que permitiera ponerle fin al conflicto. Sin embargo, el nombramiento del hispanófilo Vivanco fue bastante impopular en el Perú. Es

importante reconocer que durante los tratos previos a la firma del Tratado Vivanco-Pareja, el antiguo Director Supremo disponía de una limitadísima capacidad negociadora debido a la tremenda desproporción de elementos bélicos a favor de la Escuadra del Pacífico y ante la amenaza no poder contrarrestar un inminente ataque a las posiciones peruanas.

En resumen: Manuel Ignacio de Vivanco no era un agente diplomático que se caracterizara por su profesionalismo y trayectoria destacada. Era importante evitar nombrar a un hispanófilo que no había demostrado mucho entusiasmo en defender la postura del Perú frente a la agresión española del 14 de abril. La participación de tal personaje durante el conflicto peruano-español fue siempre impopular en la opinión pública del Perú.

### **Segundo indicador: Política exterior seguida por los gobiernos en cuestión**

Este indicador analiza la postura oficialmente adoptada por los gobiernos de España y el Perú en relación al conflicto suscitado entre ambos países, dejando de lado las conductas individuales que pudieron desarrollar los agentes diplomáticos que estuvieron a su servicio. A partir de la captura de las islas de Chincha es posible distinguir hasta dos posturas desplegadas en materia de política exterior que no contribuyeron a generar consensos que permitieran terminar con las discrepancias y evitar el estallido de la guerra.

En primer lugar se encuentra la poca flexibilidad en la postura oficialmente adoptada por los dos estados. Los gobiernos de España y el Perú tenían la intención de solucionar sus diferencias de manera pacífica y decorosa. No obstante, aquello resultó incompatible con la rigidez de sus planteamientos. Ninguno de los dos países estaba dispuesto a ceder o hacer concesiones frente al otro incluso desde antes de iniciarse las negociaciones diplomáticas, por lo que el conflicto daba la impresión de extenderse indefinidamente y sin visos a una pronta solución. Si bien se quería evitar la guerra, tanto el gobierno de España como el del Perú no se sentían inclinados a conciliar y fueron incapaces de alcanzar un acuerdo que fuese del beneplácito general. Las desavenencias resultaron ser insuperables, y el Tratado Vivanco-Pajera resultó ser la imposición de los intereses españoles



sobre los peruanos antes que un acuerdo que fuese satisfactorio para ambas partes. Se presentaron motivaciones profundas que estuvieron detrás del fracaso. Tanto en España como en Perú no alcanzaron a ser dominados los prejuicios que generaban temas como la honra, el honor y la dignidad, que fueron defendidos vehementemente. A su vez, la atmósfera nacionalista limitó la capacidad de ejecución de los acuerdos. Es importante señalar que ya sea por producto de la presión popular o por propia convicción, era evidente que la postura de los gobiernos no podía mantenerse demasiado alejada a los clamores de la opinión pública de sus respectivos países. La opinión pública y el impacto de la prensa fueron factores que afectaron los acuerdos.

En segundo lugar como consecuencia del ascenso de Mariano Ignacio Prado a la jefatura máxima de Estado peruano, se evidenció por primera vez de manera inequívoca el desinterés de una de las partes por alcanzar una solución pacífica a la disputa. El triunfo del movimiento revolucionario de 1865 trajo como resultado la revisión de la política exterior del gobierno del Perú frente a los asuntos con España. La legitimidad del nuevo régimen descansaba en las promesas que se habían hecho durante la última guerra civil, es decir, la anulación del Tratado Vivanco-Pareja y la declaración de guerra a España. Así, el rompimiento de las hostilidades entre ambos países resultó inevitable.

¿Cuáles fueron las posiciones que desarrollaron ambos gobiernos de cara al conflicto peruano-español?

### **Política exterior del gobierno español frente al conflicto con el Perú:**

Durante el reinado de Isabel II (1833- 1868) las principales directrices de la política exterior española eran trazadas desde la Presidencia del Consejo de Ministros, quien fue ocupado por las siguientes personalidades:

### **En las vísperas del conflicto peruano-español (1858-1864):**

- Leopoldo O'Donnell (30 de junio de 1858- 2 de marzo de 1863).
- Manuel Pando Fernández de Pinedo (2 de marzo de 1863- 17 de enero de 1864).
- Lorenzo Arrazola (17 de enero de 1864- 1 de marzo de 1864).

**Durante el conflicto peruano-español (14 de abril de 1864- 14 de enero de 1866):**

- Alejandro Mon y Menéndez (1 de marzo de 1864- 16 de septiembre de 1864).
- Ramón María Narváez (16 de septiembre de 1864- 21 de junio de 1865).
- Leopoldo O'Donnell (21 de junio de 1865- 10 de junio de 1866)

Leopoldo O'Donnell fue la cabeza indiscutible de la Unión Liberal. En 1856 alcanzó por primera vez la presidencia del Consejo de Ministros de España, ocupando el cargo durante poco menos de tres meses. La segunda presidencia de Leopoldo O'Donnell se caracterizó por impulsar una política exterior agresiva y expansionista hacia territorios extra europeos.

Fue en ese entonces cuando dieron lugar a las grandes inversiones pecuniarias con miras a refortalecer la Armada Real y cuando se impulsó un renovado ciclo de intervenciones de España en ultramar. Leopoldo O'Donnell patrocinó las incursiones militares y/o los actos de presencia españolas en la Conchinchina, Golfo de Guinea, Río Muni, Marruecos, México y Santo Domingo. Durante la guerra contra Marruecos él mismo comandó en persona a las tropas que se impusieron sobre los africanos, lo que le valió el título de duque de Tetuán con Grandeza de España. Fue también durante su gestión cuando partió la Expedición Científica rumbo a América al mando del vicealmirante Luis Hernández Pinzón.

La política exterior desplegada por Leopoldo O'Donnell durante su segunda presidencia generó honda preocupación y malestar en el Perú, lo que causó el deterioro de las relaciones diplomáticas entre ambos estados. Si bien a partir de entonces la posibilidad de que se originase un conflicto peruano-español estaba latente, los sucesores de Leopoldo O'Donnell demostraron una buena predisposición para solucionar sus diferencias con el Perú. Sin embargo, la captura de las Islas de Chincha precipitó el conflicto de una manera inesperada. Asumía en ese entonces la presidencia del Consejo de Ministros Alejandro Mon y Menéndez, y los Ministerios de Estado y de Marina estaban ocupados por Joaquín Francisco Pacheco y José Manuel Pareja.

Las autoridades de Madrid estaban interesadas en terminar con el conflicto peruano-español sin necesidad de recurrir a la violencia. A pesar de desaprobador los actos y declaraciones de sus agentes en el Pacífico, Eusebio Salazar y Mazarredo y Luis Hernández Pinzón, el Gobierno Español decidió mantener la ocupación de las Islas de Chíncha. El fantástico informe que escribió Salazar y Mazarredo narrando las peripecias que tuvo que afrontar en su viaje de retorno a Europa motivó aquella medida. El Gobierno Español demandaba a su homólogo peruano que administrase pronta justicia a sus súbditos radicados en el país sudamericano, y que ofreciera las satisfacciones necesarias ante los maltratos a los que había sido expuesto el Comisario Especial. La ocupación de las islas de Chíncha se prolongaría indefinidamente hasta que el Gobierno Peruano ofreciera a España las reparaciones necesarias por los agravios cometidos en su contra. España no estaba dispuesta a ceder en sus puntos, y como contrapartida a sus demandas, el Gobierno Español decidió fortalecer su presencia en el Pacífico mediante el envío de nuevas unidades navales.

El nuevo gabinete español presidido por Ramón María Narváez continuó con los lineamientos trazados por su antecesor. Finalmente, la firma del Tratado Vivanco-Pareja resultó ventajosa para los españoles debido a que se firmó desde una posición de fuerza favorable a la Escuadra del Pacífico. Su contenido estaba conforme con las principales demandas planteadas al Gobierno Peruano, que se dieron por satisfechas.

Finalmente, Leopoldo O'Donnell asumió una vez más la presidencia del Consejo de Ministros. A diferencia de los lineamientos de sus antecesores, bajo el mandado de Leopoldo O'Donnell la política exterior española se tornó notoriamente más enérgica e inflexible al abordar las cuestiones pendientes en América. Era inminente que el Duque de Tetuán trataría de emular los lineamientos agresivos y expansionistas que caracterizaron a su anterior gestión, y las costas del Pacífico no iban a ser la excepción. Con Leopoldo O'Donnell se continuó reforzando el poderío de la Escuadra del Pacífico, y se dio el visto bueno para que José Pareja planteara a Chile los reclamos del Gobierno Español en términos sumamente duros y bajo el amparo de su superioridad bélica con relación a la del país sudamericano. La inflexibilidad de

la postura española trajo como consecuencia el rompimiento de hostilidades entre ambos países, a lo que pronto se sumó el Perú luego del ascenso de Mariano Ignacio Prado.

**Política exterior y de defensa del gobierno peruano frente al conflicto con España:** A diferencia de lo que sucedía en España, las principales directrices de la política exterior del Perú eran trazadas desde la máxima jefatura del Estado, a la cual se supeditaban quienes conformaran el gabinete de ministros. Entre 1858 y 1866 los gobernantes en el Perú fueron de cuatro clases: Presidente Constitucional, Presidente Provisorio, Presidente interino y Jefe Supremo. Tales cargos mencionados fueron ocupados por las siguientes personalidades:

**En las vísperas del conflicto peruano-español (1858- 1864):**

- Ramón Castilla y Marquesado (24 de octubre de 1858- 24 de octubre de 1862). Presidente Constitucional de la República del Perú.
- Miguel de San Román y Meza (24 de octubre de 1862- 3 abril de 1863). Presidente Constitucional de la República del Perú.
- Ramón Castilla y Marquesado (3 de abril de 1863- 9 de abril de 1863). Presidente Provisorio del Perú.
- Pedro Diez Canseco Corbacho (9 de abril de 1863- 5 de agosto de 1863). Presidente interino del Perú.

**Durante el conflicto peruano-español (14 de abril de 1864- 14 de enero de 1866):**

- Juan Antonio Pezet (5 de agosto de 1863- 6 de noviembre de 1865). Presidente Constitucional de la República del Perú.
- Pedro Diez Canseco Corbacho (6 de noviembre de 1865- 28 de noviembre de 1865). Presidente interino del Perú.
- Mariano Ignacio Prado Ochoa (28 de noviembre de 1865- 15 de febrero de 1867). Jefe Supremo del Perú.

En líneas generales, durante el transcurso de los dos mandatos constitucionales de Ramón Castilla (1845-1851 y 1858-1862), el gobierno peruano desplegó una política exterior caracterizada por su solidaridad con los

países americanos frente a las pretensiones europeas o amenazas filibusteras. Entre 1846-1847 se opuso a los preparativos de la Expedición Armada de Juan José Flores a América y entre 1847-1848 se congregó en Lima un Congreso Americano. En 1856 las acciones del filibustero William Walker en Centroamérica generaron malestar en el Perú. En 1861 el Gobierno Peruano expresó su solidaridad con México y Santo Domingo en su lucha contra los europeos, y se opuso a los intentos de García Moreno por convertir a Ecuador en un protectorado francés.

A grandes rasgos, la segunda presidencia de Ramón Castilla en el Perú y la de Leopoldo O'Donnell en España coincidieron cronológicamente. La política exterior de solidaridad continental impulsada por el Perú se contraponía a la política exterior agresiva y expansionista impulsada por España. Al momento de la partida de la Expedición Científica, las relaciones diplomáticas entre ambos países estaban en franco proceso de deterioro, quedando latente la posibilidad de producirse un conflicto.

Mientras la Expedición Científica partía de Cádiz e iniciaba su recorrido por costas americanas, en el Perú se sucedieron rápidos cambios de mando. La salida de la Expedición coincidió con el final del mando de Ramón Castilla, y mientras aquella recorría las costas del Atlántico y del Pacífico sudamericano se produjo el fallecimiento de Miguel de San Román y los gobiernos transitorios de Ramón Castilla (6 días) y Pedro Diez Canseco (4 meses) hasta que asumiese el mando el primer vicepresidente, el general Juan Antonio Pezet, quien en ese entonces se encontraba ausente del Perú.

Los incidentes de la hacienda Talambo se produjo en la víspera al ascenso de Juan Antonio Pezet a la presidencia del Perú. La inesperada captura de las Islas de Chincha condujo al inicio del conflicto peruano-español. Como señala acertadamente Ronald Bruce de St. John, los incidentes del 14 de abril pusieron en un dilema al nuevo gobierno peruano debido a que un objetivo central de la política exterior peruana desde la primera administración de Castilla fue el mantenimiento de la soberanía peruana sobre las islas guaneras (St. John 1999: 66).

Con relación al conflicto peruano-español la política exterior desplegada por el Gobierno del Perú fue bastante compleja. El Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú esperaba que las autoridades españolas desautorizaran las medidas adoptadas por sus agentes en el Pacífico. A partir de la captura de las Islas de Chincha, el Gobierno del Perú se negó rotundamente a entrar en tratos con Salazar y Mazarredo, y declaró que se negaría a intercambiar enviados diplomáticos y a iniciar negociaciones con España hasta que se cumplieran condiciones previas tales como la devolución inmediata de las Islas de Chincha y de la nave peruana Iquique, además del desagravio a la bandera peruana mediante el saludo español. Cuando Hernández Pinzón y Salazar y Mazarredo decidieron devolver a la Iquique, negándose a cumplir con el resto de las demandas planteadas por el canciller Juan Antonio Ribeyro, el Gobierno peruano optó por rechazar la devolución.

Más adelante, al retornar Salazar y Mazarredo a Europa, las autoridades españolas demandaron que el Gobierno peruano declarara desconocer los maltratos y conatos de agresión que el Comisario Especial afirmó padecer durante su travesía del Callao a Southampton, y castigar y destituir a los culpables. Ronald Bruce de St. John señala que la inclusión del asunto referido a un supuesto acoso oficial o encubierto a Salazar y Mazarredo complicó aún más las negociaciones porque el cargo era contencioso y directamente relacionado a asuntos de orgullo personal y honor nacional (St John 1999: 67). El Gobierno del Perú, al ser informado de los cargos formulados por Salazar y Mazarredo, consideró que tales pretensiones eran un nuevo insulto a la nación peruana de mayor gravedad que la ocupación de las Islas de Chincha o la captura de la nave Iquique.

Las posturas de los Gobiernos de España y el Perú eran irreconciliables. Por un lado, el Gobierno Perú se sentía ultrajado y herido en su orgullo nacional, y no estaba dispuesto a iniciar negociaciones hasta que su homólogo español les brindara las satisfacciones necesarias frente a los agravios cometidos por sus agentes en el Pacífico. Por su parte, el Ministerio de Relaciones Exteriores de España esperaba que el Perú fuese el primero en rectificarse por los constantes agravios que afirmaba haber recibido el Gobierno Español, su agente Salazar y Mazarredo y los súbditos de Isabel II

radicados en el país sudamericano, para luego proceder a la desocupación de las islas de Chincha.

El Gobierno Peruano no obtuvo satisfactorios resultados en su intento por granjearse el apoyo decidido de las repúblicas americanas en su postura diplomática frente a España. Durante la realización del Congreso Americano celebrado en Lima durante la presidencia de Juan Antonio Pezet, las muestras de solidaridad de los diplomáticos extranjeros no pasaron de las declaraciones solemnes y las buenas intenciones sin efectos vinculantes.

Las autoridades peruanas y españolas buscaban evitar que el conflicto se agravara y terminase en un enfrentamiento militar. Si bien el 9 de diciembre de 1864 el Congreso del Perú dio su visto bueno para que se declarase la guerra a España si ésta se negaba a desocupar las islas y saludar el pabellón nacional, fue precisamente el Gobierno del Perú el menos interesado en que se llegara al rompimiento de hostilidades, en comparación a su homólogo español. El Perú no estaba lo suficientemente preparado para afrontar exitosamente un enfrentamiento militar con la Armada Real. Por tal razón, ante la amenaza de un inminente ataque a las posiciones peruanas por parte del vicealmirante José Pareja, el Gobierno del Perú tuvo que ceder en sus demandas frente a las planteadas por las autoridades madrileñas.

Finalmente, a fines de 1865 la política exterior del Perú dio un giro de 180 grados como producto de la caída del régimen de Juan Antonio Pezet y la pronta destitución del vicepresidente Pedro Diez Canseco. Éste último todavía se mostraba renuente a respaldar el uso de medidas de fuerza en contra la Escuadra del Pacífico, tal como ocurría con su antecesor. El nuevo gobierno liderado por Mariano Ignacio Prado se mostraba desinteresado por alcanzar una solución pacífica de la disputa. Aquella era una postura diplomática nueva del Perú, ya que por primera vez no se contemplaba la paz sino la guerra con España. De este modo, el conflicto diplomático peruano-español dio paso al inicio de la Guerra Hispano-Sudamericana.

## **Capítulo 6. Elementos de tensión presentes durante la búsqueda por conseguir la superioridad militar en caso de ruptura de las hostilidades.**

La partida de la Expedición Científica desde España causó honda preocupación en el Perú debido a que aquella navegaba abordo de naves de guerra pertenecientes a la Armada Real. Se tenía el temor que la presencia de tales elementos bélicos en el litoral del Pacífico correspondiera a propósitos agresivos en contra del Perú. Se ha señalado repetidas veces que ambos gobiernos mantenían la disposición de promover relaciones pacíficas entre sí. Sin embargo, los sucesos del 14 de abril alteraron el panorama, abriéndose la posibilidad que se produjera el rompimiento de las hostilidades.

Entre 1858 y 1862 España había obtenido resultados favorables en dos enfrentamientos bélicos extra europeos realizados en Cochinchina y Marruecos. Sin embargo, para las autoridades madrileñas, el emprender una guerra en Hispanoamérica —como ya ocurría en aquel entonces en Santo Domingo— presentaba características diferentes en comparación a las experimentadas previamente en África o Asia.

En primer lugar, España e Hispanoamérica eran regiones que guardaban mayor afinidad entre sí. Las repúblicas hispanoamericanas mantenían importantes vínculos históricos y culturales con España en materia de lengua, religión, población, gastronomía, costumbres y tradiciones. En segundo lugar, existía un antecedente no muy lejano de un enfrentamiento armado de resultados trascendentales, en el cual las fuerzas hispanoamericanas se habían impuesto sobre las armas españolas. Entre 1808 y 1826 las guerras de independencia hispanoamericanas pusieron fin a cerca de trescientos años de dominio español, dando lugar al nacimiento de nuevas repúblicas en amplias zonas del Continente. El recuerdo de la *gesta libertadora* tenía una importancia fundamental en la expresión de sentimiento nacionalista de los países recientemente emancipados, que en sus primeros años manifestó sentimientos anti monárquicos y antiespañoles.

Luego de la captura de las Islas de Chincha, ¿Cómo se hubiese desarrollado una guerra entre el Perú y España? Ambos eran países lejanos entre sí que no compartían fronteras y que mantenían comunicación



únicamente a través de vías interoceánicas. Era evidente que en caso de un enfrentamiento militar el escenario principal sería en el mar. Las operaciones en tierra firme solo podrían realizarse luego de que uno de los bandos se impusiera sobre el otro en el transcurso de los combates navales, y de haber la voluntad y los recursos suficientes que permitiesen proseguir con la guerra.

Es importante destacar que España estaba en mejores condiciones – especialmente navales – para enfrentarse militarmente en contra del promedio de repúblicas hispanoamericanas. ¿Cuáles eran aquellas ventajas, desde una perspectiva comparativa? En primer lugar, el país ibérico disponía de recursos humanos, económicos y materiales significativamente superiores, condiciones básicas para el sostenimiento del esfuerzo bélico. En segundo lugar, a diferencia de las repúblicas hispanoamericanas, España disponía de bases de apoyo distribuidas en cuatro continentes, incluyendo América. En el Caribe los españoles aún mantenían el control en Cuba y Puerto Rico, y en Sudamérica contaban con el apostadero naval del Río de la Plata. En tercer lugar, la Armada Real atravesaba uno de sus mejores momentos del siglo XIX. España había adquirido naves de guerra modernas y de reciente fabricación, convirtiéndose a comienzos de la década de 1860 en la cuarta potencia naval del mundo. La ventaja de la Armada Real sobre sus homólogas hispanoamericanas era verdaderamente abrumadora. Si tomamos como referencia el año de 1864, el poderío naval de España estaba en capacidad de hundir en combate a todas las naves de guerra disponibles conjuntamente por las repúblicas hispanoamericanas, todas las cuales era de madera.

España contaba con los medios necesarios para emprender una guerra ofensiva en contra de una república hispanoamericana y no a la inversa. Resultaba difícil que Santo Domingo o el Perú pudieran atacar exitosamente las posesiones españolas en América o en la misma península Ibérica. Sin embargo, España sí estaba en capacidad de bombardear el litoral de ambos países, tomar territorio enemigo en prenda e inclusive —en el caso de Santo Domingo— de realizar operaciones terrestres. Así, resultaba evidente que el escenario principal de combate en caso de una guerra entre el Perú y España se ubicaría en las costas del Pacífico Sudamericano. En aquel tiempo era frecuente que los países europeos emprendieran campañas militares en

territorios allende al Atlántico, pero jamás se habían visto en la necesidad de rechazar en su propio suelo a enemigos provenientes de otros continentes.

Se debe tomar en consideración en líneas generales, y con las notables excepciones de Estados Unidos y Japón; y en menor medida por los territorios beneficiados por el auge del Imperialismo Británico y cuyas poblaciones estaban conformadas principalmente por eurodescendientes —Canadá, Australia, Nueva Zelanda, Argentina y Uruguay—, en el transcurso de la segunda mitad del siglo XIX las grandes potencias europeas fueron consolidando paulatinamente su supremacía industrial, económica, comercial, militar, científica, técnica, cultural y política sobre el resto de países del orbe. Sin embargo, los niveles de desarrollo y prosperidad al interior de Europa eran desiguales. La pujanza y el dinamismo se concentraban en las zonas centrales y noroccidentales del Continente, en donde se situaban el Reino Unido, Bélgica, Holanda, Francia (exceptuando al Mediodía francés), los estados germánicos (destacándose Austria y Prusia) y el norte de la península italiana. En contrapartida, las zonas más atrasadas y empobrecidas se concentraban al sur y oriente de Europa, en donde destacaban la península Ibérica, el Mezzogiorno italiano, la península Balcánica y el Imperio Ruso.

En lo que respecta a España, a principios de la Edad Moderna se había convertido en la primera potencia europea —destacándose los reinados de Carlos V y Felipe II— y disponía del mayor imperio colonial conocido hasta ese momento, además de la principal fuerza naval de Europa. Sin embargo, con el paso de los siglos su fortaleza fue declinando hasta perder su condición de potencia europea. En las primeras décadas del siglo XIX España perdió la mayor parte de sus dominios coloniales, mientras que la Armada Real quedó reducida a su mínima expresión. Entre 1858 y 1866 el refortalecimiento de su poderío marítimo español le permitió a España emprender un renovado ciclo de intervenciones en el extranjero, siendo parte de sus arrestos con miras a recuperar su sitial de potencia europea. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos realizados, la España del siglo XIX no logró salir de su rezago en relación a los países más pujantes y desarrollados de Europa.

Por tal motivo, a pesar de las ventajas que gozaba el país Ibérico frente a las repúblicas hispanoamericanas—en materia de recursos humanos, económicos y materiales; bases de apoyo en cuatro continentes y gran poderío naval— aquellas no eran suficientes como para permitirle sostener durante largo tiempo un esfuerzo bélico de importante magnitud en el Pacífico. La fortaleza española era limitada comparada al de países más poderosos como el Reino Unido o el Imperio francés, y en el contexto de 1864 un triunfo militar de España sobre el Perú no estaba del todo asegurado.

España estaba únicamente en condiciones de sostener una guerra en contra del Perú de mediana intensidad y en un plazo relativamente breve. De no darse así, no era descabellado predecir una derrota de la Armada Real en el Pacífico a manos de las fuerzas hispanoamericanas. La guerra, desarrollándose básicamente en el litoral occidental de Sudamérica, terminaría con el abandono de las naves españolas del escenario de los combates y su retorno a la tranquilidad de las bases de la Armada Real en la Península y/o dominios en ultramar. Las operaciones militares cesarían en breve plazo debido a lo complicadísimo que resultaría para los hispanoamericanos proseguir con la guerra a España en otras latitudes.

En aquel entonces las fuerzas españolas estaban sufriendo serios reveses en Santo Domingo, terminando la lucha al año siguiente con su derrota y retirada de tropas. En comparación con la nación caribeña, el Perú resultaba para España un rival más difícil de enfrentar. En primer lugar, el Perú estaba dotado de mejores medios navales y recursos materiales, humanos y económicos para sostener una guerra. En segundo lugar, la ubicación del Perú y lo extenso de su territorio y litoral generaban serios inconvenientes a los españoles. Por un lado, lo limitado del territorio dominicano así como su proximidad a Cuba y Puerto Rico le permitieron a España realizar operaciones terrestres que no estaban en condiciones de emular en el caso peruano. Por otro lado, el Perú era un país más difícil de acceder debido a que la base española más cercana al Pacífico se encontraba a varios días de navegación, en Río de la Plata.

No eran los únicos obstáculos que tendrían que sortear los españoles en una eventual guerra en el Pacífico.

En primer lugar, las autoridades madrileñas no estaban en condiciones de despachar la totalidad de sus fuerzas navales al escenario del Pacífico. No era aconsejable así como tampoco estaba en la mente de los políticos españoles dejar desguarnecida el litoral de la Península Ibérica ni de sus dominios en Cuba, Puerto Rico y las Filipinas por aventurarse en una guerra en Sudamérica que no le reportaría mayores beneficios a España más sí enormes gastos. En una eventual guerra en el Pacífico, la Armada Real dispondría de una fracción limitada de su poderío naval, mientras que el Perú sí estaría en posibilidad de utilizar la totalidad de sus unidades navales en la defensa de su litoral.

En segundo lugar, existía la amenaza del movimiento de solidaridad entre las repúblicas hispanoamericanas. El aprovisionamiento de la Escuadra del Pacífico podía verse en peligro a medida que las repúblicas fuesen adoptando una actitud hostil o de neutralidad hacia los españoles, y la guerra en el Perú podía extenderse a otras repúblicas hispanoamericanas ubicadas en el Pacífico e inclusive en el Atlántico. Finalmente, si bien la Armada Real era notoriamente más poderosa comparada a sus homólogas hispanoamericanas, existía la posibilidad que aquella tendencia se fuese atenuando a medida que se desarrollase la guerra. Era factible que el Perú realizara preparativos bélicos que le hubiesen permitido rechazar a la unidades navales de la Real Armada despachara en el Pacífico, más aun si las demás repúblicas hispanoamericanas emulaban sus pasos y luego unían fuerzas en contra de los españoles.

A partir del momento en que se produjo la captura de las Islas de Chincha, ambos países se percibían vulnerables frente a un eventual ataque de sus rivales. En lo que respecta al lado español, la Escuadra del Pacífico estuvo conformada en sus orígenes únicamente por cuatro naves de guerra. La presencia de tales embarcaciones era insuficiente como para obligar al gobierno peruano a un pronto cumplimiento de las exigencias españolas. Si bien la Escuadra del Pacífico estaba en mejores condiciones para combatir en

comparación con la Marina de Guerra del Perú, las diferencias de poderío bélico entre ambas no eran muy pronunciadas. Si las autoridades limeñas impulsaban en breve plazo los aprestos navales necesarios, era factible esperar que la Marina de Guerra del Perú neutralizara en combate a las cuatro naves españolas. En lo que respecta al lado peruano, en abril de 1864 la Marina de Guerra del Perú no estaba en condiciones de recuperar las Islas de Chincha mediante el uso de la fuerza, mucho menos de contrarrestar a las naves de refuerzo españolas que eventualmente se despacharían al Pacífico.

Durante el desarrollo del conflicto diplomático peruano-español, ambos países iniciaron una carrera entre sí en el terreno de los preparativos bélicos. La guerra era algo indeseable para las autoridades políticas de Lima y Madrid y se hicieron esfuerzos para evitarla. Sin embargo, aquel escenario era posible en las aguas del Pacífico. Los preparativos bélicos iniciados por ambos países cumplían con un doble objetivo. En primer lugar, les proveería a uno de los lados de una fuerza disuasiva necesaria para fortalecer su postura diplomática en relación a las demandas planteadas por su contraparte. En segundo lugar, les daría la posibilidad de mejorar sus perspectivas de triunfo en caso de rompimiento de las hostilidades.

Las estrategias adoptadas por ambos países fueron distintas. España reforzó a la Escuadra del Pacífico con el envío de naves de guerra provenientes de sus bases en el Atlántico. En cambio el Perú, además de alistar al máximo a las fuerzas militares con las que disponía previamente, buscó proveerse de nuevos elementos bélicos, tanto nacionales como adquiridos en el extranjero.

Las autoridades madrileñas procuraron enviar con prontitud embarcaciones de refuerzo a la Escuadra del Pacífico con el fin de dotarla de una fuerza disuasiva suficiente para permitirle endurecer su postura diplomática durante las negociaciones con el Gobierno del Perú. Se tenía la intención de intimidar a las autoridades peruanas frente al despliegue naval realizado por la Armada Real, con el fin de conseguir que aquellas cedieran a las demandas planteadas desde Madrid.

La flota de guerra española que estuvo presente en las costas del Pacífico a vísperas de la Guerra Hispano- Sudamericana era formidable. La Escuadra del Pacífico no solo era más poderosa que las similares despachadas por motivo de las guerras en Marruecos, Cochinchina o Santo Domingo, sino que era la mayor que había reunido España desde el Combate de Trafalgar (1805) y la más notable que había surcado hasta aquel entonces el litoral del continente americano. El despliegue naval realizado por España frente a las costas sudamericanas fue superado recién en 1898 en el contexto de la Guerra Hispano-Norteamericana. Las ocho principales naves de guerra españolas en conjunto desplazaban un promedio de 28 000 toneladas y disponían de 278 cañones.

Entre las naves que conformaron la Escuadra del Pacífico existían dos que sobresalían notoriamente frente a las demás. Una de ellas era la fragata Villa de Madrid, que disponía de un tonelaje y poder de fuego superior a cualquiera de las embarcaciones que tuvieran disponibles los aliados sudamericanos, quizás a excepción del monitor Huáscar. Pero sin lugar a dudas la más importante de todas era la fragata blindada Numancia. En aquellos años la Numancia estaba considerada como una de las mejores naves de guerra del Mundo y era llamada en la prensa peruana como la «montaña de hierro». A excepción de la Numancia, el resto de las naves españolas estaban construidas enteramente de madera.<sup>50</sup> La Numancia fue fabricada en el astillero francés de Toulon, siendo botada en 1863. A diferencia de las naves de madera, los buques blindados eran prácticamente invulnerables frente a los ataques de los cañones convencionales, cuyas balas eran incapaces de perforar sus planchas metálicas. Adicionalmente, los blindados podían acometer con su espolón, lo que ocasionaría serios estragos en las embarcaciones de madera. Los británicos y franceses tomaron con escepticismo la decisión de las autoridades madrileñas de despachar a la Numancia a las costas sudamericanas, debido a los fracasos que ambos países habían experimentado al momento de movilizar a sus blindados en viajes trasatlánticos. Sin embargo, los españoles lograron efectuar con éxito no

---

<sup>50</sup> La tecnología de las naves acorazadas era novedosísima para la época. El primer buque blindado de la historia fue La Gloire, botado por Francia en 1859. Al año siguiente los británicos botaron su primer buque blindado, el HMS Warrior.

solo el primer viaje intercontinental de un blindado, sino que la Numancia se convirtió en la primera embarcación en su género que dio la vuelta al Mundo. Luego de participar en la Guerra Hispano-Sudamericana, la Numancia se dirigió a las Filipinas para luego continuar con su periplo rumbo al oeste, hasta alcanzar España nuevamente. La travesía del blindado español fue tan notable que inspiró a Benito Pérez Galdós a componer «La vuelta al Mundo en la Numancia» narración que la incluyó dentro de los *Episodios Nacionales*. En términos bélicos, la Numancia no solo destacaba por su blindaje y poder de fuego, sino que desplazaba el triple del tonelaje de la Independencia o el séxtuple del Huáscar, las mejores embarcaciones con las que contaron los aliados. El superior tonelaje de la Numancia le brindaba una ventaja decisiva al arremeter con su espolón. El marino Eduardo Iriondo – quien formó parte de la tripulación que acompañó a la Numancia en su recorrido alrededor del mundo – dejó las siguientes impresiones en torno a la capacidad bélica de la formidable nave:

No falta, en fin, a bordo de tan hermoso buque, ninguno de cuantos medios y aparatos se conocen, con arreglo a los últimos adelantos del arte, para hacerle tan completo como es posible en su doble carácter de miliar y marino, sin descuidar lo que hace relación a la mejor comodidad de los tripulantes. Pero los aparatos de vapor para la maniobra del timón en malos tiempos, para la ventilación de las cámaras y paños, para la destilación del agua salada; los inmejorables juegos de bombas para el achique de los distintos compartimentos, y tantos otros de que está dotada la Numancia, no pueden aquí detallarse, como no es posible formar idea, sin verla, de su grandiosidad, de su solidez y resistencia, de los vastos espacios que deja disponibles para la colocación de todos los pertrechos y municiones; y por cima de todo calcular los terribles efectos del choque de tan monstruosa masa lanzada sobre un adversario cualquiera con toda su velocidad y sin echar en olvido el agudo espolón de que va armada la proa (Iriondo 1867: 17).

Es necesario recordar que la superioridad de la Escuadra del Pacífico frente a la Marina de Guerra del Perú no resultó evidente durante todo el tiempo que duró el conflicto diplomático. El momento más vulnerable para los españoles se produjo a partir del 25 de noviembre de 1865. Ese día se produjo frente a las costas de Pisco el incendio accidental de la fragata Nuestra Señora del Triunfo. Luego de aquel suceso el poderío de la Escuadra del Pacífico quedó reducido prácticamente a la mitad, debido a que todavía no habían arribado los refuerzos despachados por las autoridades madrileñas. Hasta ese

momento el Gobierno del Perú había impulsado importantes preparativos bélicos. Parecía inminente que la escuadra peruana no iba a dejar pasar la oportunidad de atacar a las naves españolas. Sin embargo, el temor a la pronta llegada de refuerzos españoles hizo desistir a los peruanos en el rompimiento de las hostilidades.

Finalmente, la Escuadra del Pacífico contó con el apoyo de la Estación Naval de Río de la Plata, que venía operando desde 1845 y funcionó hasta 1900. De acuerdo con el historiador argentino Miguel Ángel de Marco, el 13 de julio de 1845 partieron desde El Ferrol la fragata Perla y el bergantín Héroe con rumbo a Montevideo. La precaria situación de los inmigrantes españoles avecinados en la zona, y el propósito de explorar posibilidades comerciales para la Península, habían determinado a las autoridades madrileñas a enviar a Carlos Creus a bordo de la fragata Perla como su primer encargado de Negocios en Montevideo. Su misión era proteger a los intereses de sus nacionales y gestionar con las autoridades de ambas bandas rioplatenses. El agente de la reina Isabel II desembarcó el 23 de octubre, e inmediatamente se entrevistó con el presidente uruguayo para tratar el tema de la libertad de los súbditos españoles enrolados en las guerras internas. De este modo comenzó una etapa de intensa actividad para la Estación Naval (De Marco 2008: 155-161).

Años después, en noviembre de 1862, la Estación Naval recibió a la tripulación a bordo de la Expedición Científica en su recorrido por las costas rioplatenses. En octubre de 1864 arribaron a Montevideo los refuerzos despachados por las autoridades madrileñas. En Uruguay las naves de guerra tomaron provisiones y dejaron al cuidado de sus colegas la tripulación enferma que tenían a bordo, para continuar sin problemas rumbo al Pacífico. Durante el conflicto diplomático peruano-español y la Guerra Hispano-Sudamericana la Estación Naval del Río de la Plata brindó un apoyo valiosísimo a la Escuadra del Pacífico. Al respecto, Miguel Ángel de Marco escribió lo siguiente:

En tanto se habían desarrollado los expresados acontecimientos en el Pacífico, la Estación Naval Española del Río de la Plata redoblaba su actividad a la vez que adquiría importancia como centro receptor y emisor de comunicaciones para la Escuadra. El capitán de fragata Belando y Paz debía responder a las exigencias que le planteaba la difícil situación de los súbditos españoles residentes en las márgenes de los ríos Uruguay y



Paraná, con motivo de la lucha que se libraba con el Paraguay, [...]; a la vez proteger, con su vetusto bergantín a vela, a los numerosos buques mercantes españoles que operaban en el Plata, de un eventual ataque chileno o peruano (De Marco 2008: 317).

Finalizado el combate del Dos de Mayo, Méndez Núñez decidió que la Escuadra del Pacífico abandonase el litoral sudamericano. La Villa de Madrid, la Almansa, la Blanca y la Resolución retornaron a la Estación Naval de Río de la Plata, en donde las naves y la tripulación lograron reparar sus averías, recargar provisiones y recibir atención médica. El resto de la Escuadra inició un largo viaje al oeste que los condujo a las Filipinas. Desde la Estación Naval Méndez Núñez se mantuvo a la expectativa de continuar con las hostilidades, y tenía la misión de rechazar las posibles correrías de las naves aliadas pudieran emprender en el Atlántico.

En lo que respecta al Perú, los principales elementos bélicos que disponía el país al producirse la captura de las Islas de Chincha habían sido adquiridos durante las dos presidencias constitucionales de Ramón Castilla (1845-1851 y 1858-1862). El bombardeo de Arica por parte de los británicos en 1844 impulsó al nuevo presidente peruano a reformar el servicio de relaciones exteriores del Perú. El incidente, al hacer evidente la pobrísima capacidad defensiva del país ante agresiones extranjeras, motivó al Ramón Castilla a mejorar las condiciones del ejército y la escuadra naval del Perú. Las adquisiciones realizadas por Ramón Castilla permitieron elevarse a la Marina de Guerra del Perú como la tercera armada más poderosa de América, detrás de la de Estados Unidos y la del Imperio de Brasil.

Sin embargo, a partir de 1856 se dejaron de realizar las grandes adquisiciones en materia naval. Para mediados de la década de 1860, la capacidad de combate de la Marina de Guerra del Perú se mantenía superior a la de los países vecinos. Sin embargo, aquella no estaba en capacidad de enfrentar exitosamente el ataque de una gran potencia marítima europea como lo era la España de ese entonces. A la par que el Perú dejaba de realizar grandes inversiones en compras navales, entre 1858 a 1864 la Armada Real realizaba importantísimas adquisiciones que le permitieron fortalecer su poderío marítimo. Las principales naves de guerra españolas que integraron la

Escuadra del Pacífico fueron construidas en aquel período, siendo la única excepción la fragata Berenguela.

Al iniciarse el conflicto diplomático peruano-español, la escuadra del Pacífico estaba conformada por tres naves de guerra: Las fragatas gemelas Resolución y Nuestra Señora del Triunfo y la goleta Covadonga. Las naves de guerra más importantes con las que contaba en ese entonces la Marina de Guerra del Perú eran las fragatas Amazonas y Apurímac, que disponían de una capacidad bélica notablemente superior al de la goleta española. La Covadonga y la Vencedora —que arribará tiempo después a la costa peruana— fueron siempre las naves más débiles de la Escuadra del Pacífico, y no representaron un serio obstáculo para la Marina de Guerra del Perú, que estaba en la capacidad de hundirlas o capturarlas en caso de romperse las hostilidades. Es importante recordar la facilidad con que la corbeta chilena Esmeralda capturó en combate a la Covadonga en 1865. Luego de la pérdida de la Covadonga, corrían rumores que la Vencedora también había sido apresada por la Armada de Chile. Si bien el rumor resultó falso, es un indicador del estado de vulnerabilidad en la que se encontraban ambas goletas españolas en situación de combate. Sin embargo, para la Marina de Guerra del Perú la gran amenaza provenía de las fragatas Resolución y Nuestra Señora del Triunfo. Ambas naves de guerra españolas desplazaban aproximadamente el doble del tonelaje y juntas tenían una capacidad de combate superior al de las fragatas Amazonas y Apurímac al momento de iniciarse el conflicto peruano-español.

En abril de 1864 la Escuadra del Pacífico no se hallaba en condiciones de obligar al Estado peruano al inmediato cumplimiento de sus demandas. Si bien las naves españolas gozaban de superioridad bélica, aquella todavía no se inclinaba decisivamente por alguno de los bandos, situación que influenciaría en el desenlace del conflicto peruano-español. Así, el Gobierno de Juan Antonio Pezet debía de elegir entre dos alternativas para recuperar las Islas de Chincha:

- La primera alternativa era recurrir al uso de la fuerza, lo que significaría entrar en guerra contra España. Para llevar adelante este proyecto debía de contarse previamente con un poderío naval que le permitiese derrotar no solo a la flota española presente en el Pacífico, sino a los eventuales refuerzos que serían despachados desde Europa. Si más adelante las autoridades españolas optaban por abandonar las hostilidades, el Perú se encontraría en una situación de ventaja en relación a España al momento de negociar la paz.
- La segunda alternativa implicaba negociar con los agentes españoles con miras a alcanzar una solución pacífica que fuese del beneplácito de la opinión pública peruana. Para llevar adelante el segundo proyecto debía de mejorarse previamente la capacidad defensiva del Perú hasta obtenerse una fuerza disuasiva capaz de fortalecer la postura diplomática del país frente a las exigencias españolas. Si más adelante las autoridades españolas optaban por romper las hostilidades, el Perú se encontraría en una situación de ventaja en relación a la Escuadra del Pacífico al momento de entrar en combate.

Como se puede apreciar, cualquiera de las dos alternativas implicaba el fortalecimiento del poderío bélico del Perú. Si el gobierno peruano fracasaba en sus intentos por dotar al país de una fuerza marítima suficientemente capaz para enfrentar o disuadir militarmente a los españoles, el Perú sería obligado a firmar un tratado lesivo a sus intereses nacionales. Además, el régimen de Juan Antonio Pezet se vería gravemente erosionado en el frente interno en lo que respecta a las simpatías y apoyo popular, lo que podría conducir a su caída.

Los aprestos militares que emprendieron los gobiernos de España y el Perú se convirtieron así en un elemento de permanente tensión, debido a que la fluctuación de aquella variable colocaba por momentos a ambos países al borde de la guerra, a medida que el juego de poder bélico se iba inclinando a favor de uno u otro lado, y las posturas diplomáticas adoptadas por España y el Perú continuaban presentándose inflexibles. La tendencia a una escalada militar en el Pacífico generaba el clima propicio para que se produjera en un

futuro próximo el rompimiento de las hostilidades. A medida que la tensión aumentaba y se contaba con los preparativos necesarios para afrontar una guerra, aquella se volvió inevitable.

Frente a la disyuntiva con España, el Gobierno Peruano adoptó sucesivamente dos lineamientos a seguir a medida que se realizaban los preparativos militares:

- El primer lineamiento se tomó mientras Luis Hernández-Pinzón permaneció al mando de la Escuadra del Pacífico. En aquel entonces la Escuadra del Pacífico aún se mantenía débil como para obligar al Gobierno peruano a ceder en su rígida postura diplomática. La estrategia del Perú era la de ganar tiempo en el campo diplomático, mientras se apresuraba en la adquisición de los elementos bélicos que requería con urgencia. Las autoridades peruanas adoptaron una postura prudente, buscaban en la medida de lo posible evitar la guerra, pero dejaban abierta aquella posibilidad en caso de presentarse una coyuntura favorable para el país en el campo militar. Aquello último se hizo evidente luego del incendio de la fragata Triunfo. El incidente asestó un durísimo golpe a la Escuadra del Pacífico, mientras que el Perú había mejorado significativamente su capacidad de combate. Las autoridades peruanas evaluaron la posibilidad de aprovechar la situación y atacar a las naves de guerra españolas. Sin embargo, declinaron en pasar a la ofensiva debido a la incapacidad de resistir posteriormente a los refuerzos despachados por las autoridades madrileñas que estaban próximas a arribar.
- El segundo lineamiento se tomó con el arribo de José Pareja y el fortalecimiento de la Escuadra del Pacífico a un nivel decisivamente superior en comparación al poderío naval peruano, volviéndose imposible para el Perú afrontar exitosamente una guerra en contra de España. La estrategia peruana de ganar tiempo se había agotado, y las autoridades madrileñas aprovecharon el respaldo militar que le brindaban sus cañones para imponer duras condiciones de paz al país sudamericano. Con el fin de evitar las funestas consecuencias que

acarrearía la guerra en tales circunstancias, las autoridades peruanas finalmente se inclinaron por la paz, a pesar de los términos onerosos y lesivos a los intereses nacionales.

**Aprestos militares realizados en el Perú:** El domingo 17 de abril la Comisión Permanente del Congreso autorizó al Gobierno Nacional a levantar un empréstito de 50 millones de pesos, elevar el ejército a treinta mil soldados y la marina a veinte naves de guerra. El 20 de abril se hizo un primer empréstito interno por 10 millones de pesos. Recién a mediados de junio y cuando se hizo evidente que las autoridades madrileñas no iban a devolver las islas guaneras, el gobierno del Perú comenzó las gestiones para obtener el resto de los recursos en Europa. El empréstito permitió financiar los preparativos bélicos realizados en el Perú que fueron descritos por Pezet tiempo después de la siguiente manera:

Amenazados de guerra era forzoso prepararse a la guerra, bien para resistir al invasor, bien para ponernos en actitud de obligarle a una paz decorosa. Nada omití para el efecto, como es notorio y como lo atestiguan y publican los hechos y los innumerables documentos dados a luz por la imprenta.

Luego que se supo la ocupación violenta de las islas, el gobierno no vaciló ni perdió momentos tan preciosos. Solicitó y obtuvo de la Comisión legislativa la autorización constitucional que necesitaba para arbitrar recursos pecunarios [Sic] y elevar la fuerza naval y terrestre al pie que las circunstancias exigiesen. Careciase de los elementos más indispensables, y estaba el Tesoro en grande atraso; pero no por eso desmayó el ánimo ante los costosos sacrificios que la seguridad pública hacia necesarios. Se abrió inmediatamente un empréstito nacional de diez millones, aprovechando el entusiasmo que la amenaza española había producido en la población; se despachó una comisión inteligente a negociar otro mayor en Europa, esperando también obtenerlo con mejores condiciones que las que prometían los consignatarios de guano; se dio órdenes e instrucciones a los agentes diplomáticos, y se envió comisionados entendidos, para que comprasen buques de guerra, si le presentaba la ocasión, o los hiciesen construir y armar en los astilleros europeos; se despachó otra comisión a California a solicitud de un monitor que se anunciaba estar en venta, y a comprar los buques y demás elementos que allí pudiesen proporcionarse; se pidió, sin demora y en abundancia, artillería gruesa de plaza, armamento, proyectiles, municiones y cuantos artículos de guerra o repuestos de marina faltaban o escaseaban en nuestros depósitos; se montó con grande actividad la fábrica de pólvora, se hizo rayar cañones, construir baterías y reparar fortalezas; se compró un vapor de aviso de que carecíamos; se hizo blindar uno de nuestros buques, sacar otro sumergido en las aguas y construir un monitor para la defensa de nuestro puerto principal; se hizo, en fin, reparar y mejorar, en cuanto lo permitían los medios del país, nuestros pocos buques de guerra, armarlos convenientemente y proverlos [Sic] de la [Sic] necesario para hacer el servicio (Pezet 1867: 22-23).

Se reclutaron hombres para reforzar el ejército a pie, la infantería de marina y la gendarmería, además de las guardias nacionales. Mientras tanto en el Callao se iniciaron las labores de fortificación del primer puerto. Las fortalezas chalacas fueron reparadas, y se rayaron nuevos cañones que fueron pronto instalados. En lo que respecta a las naves de guerra, las autoridades peruanas buscaron reacondicionarlas adecuadamente hasta que estuviesen expeditas para entrar en combate, teniendo especial cuidado en las calderas. El vapor Loa fue blindado con hierro de ferrocarril y se le montó nuevos cañones. En astilleros chalacos se construyó asimismo un pequeño blindado de torreón que fue bautizado como Victoria. Se presentó también el proyecto del Toro Submarino por parte del ingeniero Federico Blume, que fue materializado años más adelante durante el desarrollo de la Guerra del Guano y del Salitre. En los preparativos militares realizados por el Perú se tenía previsto adquirir importantísimos materiales de guerra en el extranjero. Si bien se compró quintales de pólvora en Chile y Panamá, las compras más importantes se realizaron en el Reino Unido, el Imperio Francés y en los Estados Unidos, en ese orden.

**Adquisiciones en Reino Unido:** El gobierno peruano instruyó a sus agentes diplomáticos en Londres y Liverpool, Mariano J. Sáenz y Enrique Kendall, para ver si era posible concretar en el Reino Unido la compra de un blindado cuya venta a la armada de los Estados Confederados de América había sido cancelada. Si bien no fue posible adquirir aquella última embarcación, el gobierno peruano despachó a los oficiales navales Aurelio García y García y Miguel Grau Seminario quienes en coordinación con los agentes diplomáticos debían ordenar la construcción de nuevas naves de guerra. Finalmente, en el Reino Unido José María Salcedo y Enrique Kendall suscribieron el contrato de construcción de dos blindados que serían bautizados Huáscar e Independencia respectivamente. Enrique Kendall recibió asimismo instrucciones para apoyar a la misión del coronel Francisco Bolognesi en ese mismo país, cuyo principal encargo era la compra de una docena de cañones Armstrong y Blakely, además de armas de fuego, municiones y sables.

**Adquisiciones en Francia:** En astilleros franceses los Estados Confederados de América habían mandado a construir cuatro embarcaciones que serían bautizadas como Louisiana, Mississippi, Texas y Georgia. Aquellas fueron camufladas con los nombres códigos de Osaka, Yedo, San Francisco y Shangai respectivamente. Sin embargo los diplomáticos estadounidenses lograron detectar su construcción y apoyándose en las leyes de neutralidad impidieron que aquellas naves fuesen adquiridas por los confederados, poniéndose finalmente a la venta. Las naves fueron adquiridas por las autoridades prusianas y peruanas. Las gestiones de Federico Barreda permitieron comprar para el Perú las corbetas gemelas Texas y Georgia, siendo rebautizadas como América y Unión respectivamente.

**Adquisiciones en los Estados Unidos:** El gobierno peruano inició gestiones para adquirir en los Estados Unidos el vapor Colón. Sin embargo, la nave fue retenida en San Francisco debido a las restricciones que existían en aquel país para la exportación de elementos bélicos. Debido a la guerra civil que atravesaban los Estados Unidos, las autoridades de Washington habían dispuesto la prohibición de la venta equipos de uso militar al mercado extranjero. Aquellas restricciones habían llevado al agente diplomático del Perú en la capital estadounidense, Federico Barreda, a dirigirse a Europa para apoyar la compra de naves de guerra. Luego de las protestas del gobierno peruano y la realización de una investigación, el vapor Colón fue finalmente liberado en marzo de 1865 y pudo iniciar su travesía a las costas sudamericanas. En los Estados Unidos también se adquirieron algunos quintales de pólvora.

El Reino Unido fue el proveedor más importante de elementos bélicos para el Perú durante el conflicto diplomático con España. Aquel país no solo contaba con excelentes fábricas de armamento. A mediados del siglo XIX, sus astilleros disponían de la más avanzada tecnología para la época en fabricación de embarcaciones de guerra, lo que le había permitido situar a la Royal Navy como la primera del mundo. Recordemos que las adquisiciones navales más importantes realizadas durante el gobierno de Ramón Castilla —las fragatas Amazonas y Apurímac— eran de origen británico.

En lo que respecta a las baterías terrestres, los Armstrong y Blakely eran los cañones más potentes del mundo al momento de su adquisición, y es importante resaltar que fue en el Combate de Dos de Mayo cuando se probaron por primera vez en la historia militar cañones con un calibre de 300 y 500 libras. Los españoles les dieron el sobrenombre de «cañones monstruosos». Aquellas baterías terrestres eran capaces de ocasionar grandes daños en cualquiera de las naves de madera que conformaban la Escuadra del Pacífico. Bastaba solo un certero disparo en la distancia y lugar más apropiado de uno de los cañones Armstrong y Blakely para poder echar a pique a las naves españolas.

En el Reino Unido también fueron adquiridas las dos naves de guerra más poderosas con las que contó la Marina de Guerra del Perú durante todo el siglo XIX. Los blindados Huáscar e Independencia estaban destinados a cumplir un rol esencial en una eventual guerra en el Pacífico. Estaban provistos de una coraza que los volvía invulnerables a los cañoneos de las naves españolas. El Huáscar contaba con un par de cañones Armstrong de 300 libras, cuya fuerza de disparo era superior al de cualquiera de los cañones que tuviesen disponibles la Escuadra del Pacífico. Las naves de madera españolas no estaban preparadas para resistir eficientemente los ataques de espolón de los blindados o los disparos provenientes del monitor Huáscar y se verían forzadas a recurrir al abordaje de su cubierta para intentar neutralizarlos, de la misma manera como lo hizo en 1879 el comandante de la Esmeralda, Arturo Prat, en el combate de Iquique frente al Huáscar. Las destacables capacidades operativas del Huáscar y la Independencia llevaron al secretario de Marina de los Estados Confederados —Stephen S. Mallory— a instruir a su agente en Reino Unido —James Murray Mason— para que procurase comprar las naves destinadas al Perú con miras a ser usadas en la guerra civil estadounidense.<sup>51</sup>

Con miras a enfatizar el poderío bélico de los blindados peruanos se puede señalar los pormenores de su travesía desde el Atlántico Norte hacia el

---

<sup>51</sup> Tema por primer vez abordado en la historiografía peruana en Del Campo 2003: 156-157.



Pacífico Sur. La travesía de los blindados se inició en enero de 1866, durante la dictadura de Mariano Ignacio Prado y cuando el conflicto diplomático peruano-español había devenido en guerra. Las autoridades españolas se mostraron preocupadas por el recorrido que emprendían el Huáscar y la Independencia. Sus características técnicas los convertían en adversarios peligrosos, debido a las grandes dificultades que tendría que afrontar la Armada Real para neutralizarlos con sus naves convencionales de madera. Uno de los principales aportes de Juan del Campo Rodríguez ha sido la difusión de los comunicados de las autoridades españolas en relación a la amenaza que representaban el Huáscar y la Independencia a sus intereses en el Atlántico. Ante la partida de los blindados peruanos, el Ministro de Marina español comunicó lo siguiente a su homólogo de Guerra:

En la noche del 24 del mes actual han salido de Brest los buques peruanos blindados Independencia y Huáscar, ignorándose su dirección y como puede suceder que se presenten en las aguas de la Península e islas adyacentes o bien en las de nuestras posesiones de ultramar, le manifiesto a Vuestra Excelencia de Real Orden, significándose la necesidad de que por el Ministerio de su digno cargo se disponga cuanto corresponda para que las fortificaciones de los puertos y costas estén preparadas y prontas a hostilizar a los referidos buques si se pusiesen bajo sus fuegos, ya que fuese persiguiendo algún buque español o con cualquier otro intento, en el concepto que la Independencia es corbeta de hélice de la fuerza de 550 caballos, artillada con dos cañones Armstrong de 150 y doce de 70, y el Huáscar, monitor de 300 caballos y dos torres con tres piezas del mismo sistema de grueso calibre.<sup>52</sup>

España empezó a adoptar medidas preventivas ante un posible ataque del Huáscar y la Independencia en las costas de la Península Ibérica o de los dominios españoles en el Caribe. El comandante de Marina de Gijón ordenó reparar las fortificaciones y colocar baterías, además de reforzar la guarnición con una compañía procedente de Oviedo. Por otro lado, el Capitán General de Cádiz, José María Bustillo, comunicó al Ministro de Marina:

[...] si bien estoy persuadido de que los buques peruanos Huáscar e Independencia no sustentarán un ataque serio ni mucho menos sobre las fortificaciones de Cádiz, pueden proponerse hacer alguna demostración hostil sobre la ciudad, colocándose por la parte sur de ella y arrojando sobre la población algunas granadas con las piezas de gran alcance que montan, siendo este el caso para el que, deseo del mejor servicio de Su Majestad y en descargo de mi responsabilidad, ruego a Vuestra Excelencia que sirva darme sus instrucciones sobre la línea de conducta que deba seguir con las

---

<sup>52</sup> Citado por Campo 2003: 155, a partir de los documentos relativos a la campaña del Pacífico 1863-1867. Archivo Álvaro de Bazán, sección de Expediciones, Museo Naval de Madrid, 1966.

fragatas Navas de Tolosa, Gerona y Princesa de Asturias, si se hallasen en bahía<sup>53</sup>.

El Ministro de Marina respondió al Capitán General de Cádiz de este modo:

Atendiendo la reina a que los buques de guerra peruanos Huáscar e Independencia, por su calidad de blindados, no pueden ser batidos con probabilidades de éxito sino por otras de iguales condiciones, y considerando que si se presentasen en las aguas de Cádiz, la salida de las fragatas Navas de Tolosa, Gerona y Princesa de Austria daría ocasión a un combate desigual que podría comprometer nuestras armas, se ha dignado resolver Su Majestad a que si llegase el caso antes indicado, permanezcan las referidas fragatas en el fondeadero de puntales, si bien completamente preparadas para coadyuvar a la defensa del puerto, si osasen penetrar en él los enemigos.<sup>54</sup>

Durante su travesía por el Atlántico el Huáscar y la Independencia hostilizaron las rutas de navegación españolas en América. El 28 de marzo los blindados peruanos interceptaron a los bergantines mercantes españoles Dorotea y Paca cuando se hallaban frente a las costas brasileñas cubriendo la ruta Montevideo- La Habana. La Dorotea fue hundida el 5 de abril a la altura de Río de Janeiro, mientras que la Paca logró huir. El 5 de mayo fue interceptado el bergantín español Manuel frente a las costas uruguayas, siendo hundido por los blindados peruanos. Finalmente, el 7 de mayo fue interceptado el bergantín español Pepita Victoria, siendo despachada como presa al Callao. Las tripulaciones de la Dorotea, el Manuel y el Pepita Victoria fueron desembarcados en territorio argentino. Las acciones emprendidas por los blindados peruanos demostraron que la Marina de Guerra del Perú estaba en condiciones de golpear los intereses españoles en escenarios distintos al Pacífico Sudamericano. Del Campo Rodríguez señaló acertadamente lo siguiente:

Por primera vez se presentaba entre los españoles, incluidos funcionarios y marinos, algo que nadie hubiese podido imaginar cuando el presuntuoso Salazar y Mazarredo apuró la ocupación de las islas Chincha casi dos años atrás: una sensación de impotencia frente a un enemigo peligroso y la aceptación implícita de que naves de guerra de Su Majestad podían ser

---

<sup>53</sup> Citado por del Campo 2003: 157, a partir de los documentos relativos a la campaña del Pacífico 1863-1867. Archivo Álvaro de Bazán, sección de Expediciones, Museo Naval de Madrid, 1966.

<sup>54</sup> Citado por del Campo 2003: 157-158 a partir de los documentos relativos a la campaña del Pacífico 1863-1867. Archivo Álvaro de Bazán, sección de Expediciones, Museo Naval de Madrid, 1966.

aniquiladas en combate por el adversario. Para muchos, ya no se trataba de una aventura pseudo colonial a la británica. Definitivamente el asunto se aproximaba más a un conflicto que ponía en riesgo la integridad de intereses españoles. Inclusive, el ayuntamiento y la Cámara de Comercio de Santander, que era uno de los principales puertos del comercio español con América, elevó una queja al gobierno ante la carencia de baterías o naves de guerra que pudiese resguardar el puerto de posibles incursiones enemigas. Asimismo los navieros, comerciantes e industriales de Barcelona solicitaron a la reina que instaurase el sistema de convoyes y que se otorgaran patentes de corso para contrarrestar a los sudamericanos (Del Campo 2003: 158).

En general, los preparativos bélicos realizados durante el desarrollo del conflicto diplomático peruano-español fueron notables. Una vez iniciada la Guerra Hispano-Sudamericana, los equipos adquiridos por la administración de Juan Antonio Pezet le brindaron al Perú la posibilidad de enfrentarse exitosamente a la Escuadra del Pacífico en los combates de Abtao y Dos de Mayo. El renovado poderío militar de la armada peruana permitió a las autoridades peruanas la planificación del ambicioso proyecto de bombardear las posiciones españolas en las Filipinas, contratándose para dirigir la arriesgada empresa al ex marino confederado Juan Randolph Tucker. El proyecto finalmente no se materializó, pero es una demostración de confianza que tenía el Gobierno del Perú en la fortaleza de su Marina de Guerra. Es importante señalar que en 1879, a vísperas del estallido de Guerra del Guano y del Salitre, buena parte del equipamiento militar peruano disponible en ese entonces había sido adquirido en el contexto del conflicto peruano-español.

Sin embargo, no se debe olvidar que, a pesar de los esfuerzos desplegados, los españoles lograron conservar la superioridad de la Escuadra del Pacífico sobre las fuerzas navales sudamericanas, sobre todo debido a que contaban con la presencia del blindado Numancia a su favor. José Ramón García señaló acertadamente que en el Perú la escuadra española se percibía como una amenaza tan grande que no dudaron en proveerse de minas, torpedos y canoas explosivas para ser usadas en la defensa del Callao. El uso de aquellas armas era considerado infame y despreciable, siendo un recurso desesperado que el adversario más débil estaba dispuesto a emplear:

Esta defensa, imprescindible es decirlo, fue considerada como un recurso cobarde e innoble, ya que se apartaba por completo de las imperantes y por todos aceptadas “reglas de la guerra”. Estas normas, exigían que el combate se desarrollase “frente a frente”, tal y como en duelo medieval, sin emplear subterfugios o argucias que, enmascarando el “noble arte de la

guerra”, coadyuvasen a la victoria de cualquiera de los contendientes. Tácticamente estas armas, “minas”, “torpedos” no eran más que remedios accesorios a las defensas tradicionales de una plaza y, por supuesto, constituían el recurso empleado por el bando considerado como el más débil. Por ello, las grandes potencias marítimas, temerosas de la estratégica pérdida de preponderancia de sus grandes, costosos e industrial, naval y militarmente desarrollados buques, recusaban su uso bélico. Los testimonios al respecto de lo aquí aducido son legión por lo cual estimo pertinente prescindir de la mayoría de ellos. [...] (García 1993: 73)

Finalmente, en lo que respecta a los aprestos militares impulsados por el Perú, si bien fueron valiosísimos, aquellos se realizaron a un ritmo más lento en comparación con la velocidad en que los españoles fortalecieron el poderío de la Escuadra del Pacífico. Cuando el vicealmirante José Pareja arribó al Callao, España disponía de una extraordinaria fuerza naval que le permitió negociar un acuerdo plenamente satisfactorio con los intereses españoles. El Tratado Vivanco-Pareja fue firmado por las autoridades peruanas bajo la presión de los cañones europeos. En ese entonces todavía no habían arribado al Callao los cañones Armstrong y Blakely para la defensa adecuada del puerto, ni ninguna de las cinco importantes naves de guerra adquiridas en Reino Unido, Francia y los Estados Unidos. Las corbetas Unión y América y el vapor Colón arribarán al Perú luego de la firma del Tratado Vivanco-Pareja, llegando a participar activamente en la Guerra Hispano-Sudamericana. Cuando los blindados Huáscar e Independencia arribaron al Perú, la Escuadra del Pacífico ya se había retirado de las costas aliadas y los combates navales terminados.

Ahora bien, es importante señalar la capacidad operativa de la Armada de Chile. Paulatinamente las tribulaciones diplomáticas peruano-españolas se fueron extendiendo hacia el país del sur, lo que generó tensiones que condujeron al rompimiento de las hostilidades. La captura de las Islas de Chíncha fueron motivos de preocupación para las autoridades de Santiago, quienes dispusieron iniciar pronto preparativos bélicos. Si bien aquellos no se realizaron con la misma intensidad desplegada por el Gobierno del Perú, la decisión fue tomada como medida de precaución ante la posibilidad de iniciarse una guerra cercana a las fronteras chilenas. Al iniciarse el conflicto peruano-español, la Armada de Chile se encontraba a un nivel inferior comparado con la de la Escuadra del Pacífico y la Marina de Guerra del Perú, ya que estaba conformado apenas por la corbeta Esmeralda y el vapor Maipú.

En agosto de 1864, el Congreso de Chile aprobó una partida presupuestal de un millón y medio de pesos destinado a la compra de materiales de guerra. El Gobierno de Chile alistó los preparativos necesarios para adquirir naves de guerra en el Reino Unido. Por un lado, los agentes chilenos firmaron un contrato para la fabricación de los cruceros Chacabuco y O'Higgins. Por el otro lado, los Estados Confederados de América habían encargado en astilleros británicos la construcción de dos cruceros que fueron bautizados como Pampero y Tornado. Tal como había sucedido con las Shangai y San Francisco, mandadas a fabricar en Francia, los agentes diplomáticos estadounidenses descubrieron los preparativos de los Estados Confederados y, apoyándose en las leyes de neutralidad, consiguieron cancelar la transacción, poniéndose en venta ambas embarcaciones. El agente chileno Manuel Carvallo concretizó la adquisición de los cruceros Pampero y Tornado. Al romperse las hostilidades con España, el Reino Unido se vio en la necesidad de suspender la entrega de las cuatro embarcaciones hasta que cesasen los combates. Debido a la patente debilidad de la Armada de Chile, las autoridades de Santiago buscaron atraer al Perú a firmar una alianza defensiva para así combinar esfuerzos y luchar en contra de la Escuadra del Pacífico.

En lo que respecta a Ecuador y Bolivia, ninguno de los dos países tuvo mayores problemas o discrepancias con las autoridades madrileñas durante el conflicto diplomático peruano-español. Las turbulencias diplomáticas en el Pacífico terminaron afectando a Chile pero no así a Ecuador y Bolivia, cuyas preocupaciones se centraban en las luchas intestinas que permanentemente los azotaban. Si bien es posible encontrar un sentimiento de solidaridad entre la población en relación a los sucesos acontecidos en Hispanoamérica —especialmente en el caso boliviano y debido a su participación en el Congreso Americano— a medida que se desarrolla en conflicto, ambos gobiernos optaron inicialmente por mantenerse al margen de aquel, y no emularon a los Gobiernos de Perú o Chile en iniciar aprestos militares. Tanto Ecuador como Bolivia no participaron en la escalada militar en la región que terminó aumentando las tensiones entre los países y propició el rompimiento de las hostilidades en el Pacífico.

Sin embargo, luego de las declaraciones de guerra de Chile y Perú a España, los políticos ecuatorianos y bolivianos, sintiéndose imbuidos por un noble sentimiento americanista, decidieron unirse a sus vecinos y declarar la guerra a España. Tal actitud no tomó por sorpresa a las autoridades españolas debido a que preveían desde tiempo atrás que el conflicto diplomático peruano-español podía acarrear un movimiento de solidaridad y compromiso entre las repúblicas hispanoamericanas. Además, la Escuadra del Pacífico no consideró a Ecuador y Bolivia como una amenaza real a su poderío naval como si lo podía ser la Marina de Guerra del Perú o la Armada de Chile, ni antes de iniciarse la guerra ni durante el desarrollo de la misma. Así, los españoles desistieron de emprender ataques a las posiciones ecuatorianas y bolivianas.

La solidaridad de Ecuador y Bolivia fue un gesto generoso y bastante arriesgado debido a que ambos países expusieron a su indefenso litoral a que pudiesen recibir un ataque devastador de parte de la Escuadra del Pacífico. Para los gobiernos de Perú y Chile —quienes si estaban en la capacidad de resistir militarmente a los españoles— la participación de Ecuador y Bolivia les favorecía estratégicamente por dos motivos principales. En primer lugar, aquello impedía el abastecimiento de la Escuadra del Pacífico en los puertos ecuatorianos y bolivianos. Los españoles estarían frente a un extenso litoral hostil que comprendía desde Tierra del Fuego hasta Esmeraldas, extremos sur y norte de Chile y Ecuador respectivamente. En segundo lugar, la decisión ecuatoriana y boliviana de participar en la guerra serviría de ejemplo a las otras repúblicas hispanoamericanas para que se unieran en un futuro a la alianza militar en contra de España.

La participación de Ecuador y Bolivia en la Guerra Hispano-Sudamericana tuvo antes que nada un carácter simbólico. Los combates en contra de la Escuadra del Pacífico se desarrollaron íntegramente en el litoral peruano-chileno y en los cuales hubo ausencia de las fuerzas armadas de Ecuador y Bolivia. ¿Por qué Ecuador y Bolivia no participaron en la guerra con la misma intensidad como si lo hicieron el Perú o Chile? Aquello se debió a que, en comparación a sus aliados, Ecuador y Bolivia eran países que disponían de menores recursos económicos, humanos y materiales. Por consiguiente, los elementos bélicos que tenían disponibles ambas repúblicas

eran insuficientes como para haberles permitido participar de manera más activa en la contienda. Ecuador y Bolivia carecían de unidades navales que pudieran oponerse a la Escuadra del Pacífico, y sus fuerzas terrestres eran modestas y carecían de las piezas de artillería de grueso calibre que le hubiesen permitido defender sus puertos.

En lo que respecta al Ecuador, a fines de 1857 José Arnaldo Márquez estuvo de paso por aquel país durante su travesía a Panamá. Al limeño le decepcionó el poco desarrollo que encontró en Guayaquil, atribuyéndolo a las negligencias de las autoridades ecuatorianas y los incendios y terremotos que había padecido la ciudad. En ese entonces se vislumbraba la posibilidad de una guerra entre el Perú y el Ecuador. En opinión de Arnaldo Márquez, los precarios medios de defensa del Ecuador lo imposibilitaban para enfrentar una guerra de manera exitosa:

El Ecuador vive casi exclusivamente de la renta que el comercio produce a la aduana de Guayaquil, al paso que carece de bastantes medios para sostener una marina de guerra que proteja ese comercio. Está además en la imposibilidad de emprender una guerra exterior ofensiva por falta de recursos para mantener un ejército suficiente a ese propósito. Cualquier caso de guerra, por consiguiente, pondría en una dificultad insuperable al gobierno del Ecuador, desde que se impidiese a los buques mercantes el acceso a la embocadura del río. Un bloqueo de pocos meses terminaría definitivamente la cuestión (Márquez 2003: 75-76).

El tiempo demostró que los cálculos realizados por José Arnaldo Márquez fueron los correctos. En 1859 el Ecuador atravesó una profunda crisis política a la que se agregó una intervención armada proveniente de Perú. La facilidad con la que la Marina de Guerra del Perú consiguió bloquear la costa ecuatoriana y desembarcar 5 mil hombres en territorio enemigo demostró la vulnerabilidad que tenía Ecuador ante un ataque proveniente del extranjero. Más adelante, en 1862 y 1863 se dieron dos brevísimas guerras entre Ecuador y Colombia cuyos resultados fueron igualmente adversos para las autoridades quiteñas. Las fuerzas ecuatorianas fueron derrotadas tanto en la primera como en la segunda guerra contra Colombia, luego de las batallas de Tulcán (1862) y Cuaspud (1863) respectivamente. El desinterés de los colombianos en continuar con las hostilidades hizo posible que los términos de paz no resultasen demasiados onerosos para los ecuatorianos.

Tal situación no pudo ser revertida por aquel país en vísperas de la guerra Hispano-Sudamericana. En 1863 la Expedición Científica recorrió el litoral del Pacífico Sudamericano, y luego de su estancia en Guayaquil Luis Hernández Pinzón dio testimonio del paupérrimo estado en que se encontraban los medios de defensa ecuatorianos:

[...] El almirante se dirigió a Guayaquil a bordo de la Covadonga, y durante los seis días de su permanencia en la República de Ecuador, estuvo muy atendido y obsequiado por el General Flores, Gobernador civil, Cónsules extranjeros y personas más notables de la población. Pudo observar que la única fuerza marítima de toda la República consistía en una goleta de vela de mala construcción y peor armamento; del ejército no daba pormenores, con lo que le hizo un buen favor (Novo y Colson 1882: 127).

Por tal motivo, una vez que el Ecuador declaró la guerra a España, el Perú se aprestó a despacharle piezas de artillería de alto calibre para la fortificación de Guayaquil, además de prometerle el envío de más elementos bélicos si fuese necesario.

En lo que respecta a Bolivia, el panorama no lucía mucho mejor. Durante la larga presidencia de Andrés de Santa Cruz (1829-1839) Bolivia había conseguido hacerse de un importante poderío terrestre y naval en relación a sus vecinos sudamericanos. El historiador boliviano José de Mesa señaló acertadamente que desde el punto de vista militar aquel fue el período más exitoso de la historia republicana del país altiplánico. Los triunfos de las armas bolivianas o confederadas frente a los ejércitos de Perú, Chile y Argentina no tuvieron parangón en años posteriores. En el período 1834- 1839 la sucesión de lauros militares fue ininterrumpida, mientras que los intentos de los argentinos y chilenos por invadir suelo boliviano o confederado resultaron infructuosos hasta 1839 (Mesa 2007: 297). En lo que respecta al aspecto naval, la Confederación Peruano-Boliviana logró armar una importante escuadra marítima. Los barcos fueron adquiridos mediante los recursos financieros aportados por los tres estados miembros, provenientes de astilleros nacionales o extranjeros. Entre las naves de guerra compradas por Bolivia previamente y durante la confederación destacaron los guardacostas General Sucre y María Luisa, el cañonero Morro, la corbeta Confederación y la goleta Yanacocha.

Sin embargo, luego de la disolución de la Confederación Peruano-Boliviana y la partida de Santa Cruz al exilio en 1839, el país altiplánico entró



en un período caracterizado por las penurias económicas, guerras intestinas e inestabilidad política que se prolongó durante varias décadas. Desde distintos puntos de vista, el país altiplánico empezó a quedarse rezagado frente a los países vecinos. Paulatinamente, el otrora destacable poderío terrestre y naval de Bolivia fue desvaneciéndose hasta quedar en el recuerdo. Tal como sucedió en 1879 a vísperas del estallido de la Guerra del Guano y del Salitre, durante la Guerra Hispano-Sudamericana Bolivia carecía de los mínimos elementos bélicos requeridos para participar en una guerra internacional. A pesar de no estar lo suficientemente preparada en el aspecto militar, vísperas de la ruptura de las hostilidades con España las disputas fronterizas entre Bolivia y Chile eran tan álgidas que parecía inminente el estallido de una guerra. Los sucesos del Pacífico acercaron a las autoridades santiaguinas y sucrenses, lo que les permitió firmar el tratado de límites de 1866.

## **Capítulo 7. Elementos de tensión presentes en el ámbito de la opinión pública como fiscalizadora de las negociaciones diplomáticas.**

El paulatino deterioro de las relaciones diplomáticas entre el Perú y España durante el contexto previo a la partida de la Expedición Científica impactó significativamente en el proceso de formación de la opinión pública de ambos países. El apoyo que dio la Unión Liberal de Leopoldo O'Donnell a las expediciones españolas en México y Santo Domingo, sumada a la proclamación del II Imperio Mexicano bajo el amparo de las armas francesas, había atizado en la opinión pública del Perú y las demás repúblicas hispanoamericanas sentimientos antieuropeos y antimonárquicos. Entre los hispanoamericanos se tenía el temor que los sucesos acontecidos en México y Santo Domingo fueran las primeras acciones de un proyecto más amplio de reconquista europea de sus antiguos dominios en el Nuevo Mundo. Las expediciones en contra de objetivos americanos eran percibidas desde una doble perspectiva: como una amenaza a la independencia y soberanía de las jóvenes repúblicas así como una agresión de las monarquías europeas al sistema republicano.

El intervencionismo de españoles y franceses en el Nuevo Mundo coincidió cronológicamente con el desarrollo de la Guerra de Secesión en los Estados Unidos de Norteamérica. Los Estados Unidos eran para ese entonces la nación más próspera y adelantada de todo el continente y sobresalía por haber adoptado de manera vigorosa y exitosa el sistema republicano de gobierno. El sistema político practicado en los Estados Unidos, al ser contrapuesto a las tradiciones políticas del Antiguo Régimen se convirtió en un verdadero paradigma y sirvió como guía e inspiración para las repúblicas hispanoamericanas.

Al producirse la Guerra de Secesión, el Coloso del Norte quedó temporalmente imposibilitado para liderar una oposición rotunda frente al intervencionismo europeo, de acuerdo a los lineamientos de la Doctrina Monroe. No fueron pocos los hombres de letras hispanoamericanos quienes vieron en la Guerra de Secesión un suceso lamentable en cuanto podría ser capaz de cuestionar o erosionar los principios republicanos en los cuales se fundamentaba el sistema político estadounidense.

Desde la perspectiva de tales letrados, las instituciones monárquicas y las republicanas eran incompatibles entre sí y se hallaban en un permanente enfrentamiento ideológico y político por demostrar cuál de las dos era la forma más idónea de gobierno. El sistema republicano había sido adoptado por los Estados Unidos y las Repúblicas Hispanoamericanas, mientras que las tradiciones monárquicas tenían amplia vigencia en el Viejo Mundo. La Guerra de Secesión estaba debilitando al máximo exponente del sistema republicano en América, mientras que las jóvenes repúblicas en México y Santo Domingo caían nuevamente bajo la órbita monárquica en las personas de Maximiliano de Habsburgo e Isabel II de Borbón.

A continuación podemos analizar el testimonio de José Arnaldo Márquez (2003). Márquez consideraba a los Estados Unidos como un modelo de «progreso y civilización» para las repúblicas hispanoamericanas en aspectos clave como sistema político, libertad religiosa, educación pública, prensa periódica y lecturas públicas, beneficencia pública y condiciones de la mujer y el niño, y en contraposición a los valores de la monarquía imperantes en el Viejo Mundo. En referencia al estallido de la Guerra de sección, el autor sostiene que el enfrentamiento fue instigado por las potencias europeas con el fin de dividir y debilitar a los Estados Unidos, y tener así la posibilidad de intervenir libremente en los asuntos de Hispanoamérica. Recordemos que la publicación del libro se realizó al año siguiente del inicio de las intervenciones europeas en México y Santo Domingo. De acuerdo con Márquez, la difícil situación de la «Gran República del Norte» ha sido aprovechada por los monarquistas para cuestionar los valores y principios del sistema político republicano en América. La esclavitud, institución heredada de los tiempos coloniales, era la generadora de tales turbulencias al ser antagónica e incompatible con las instituciones libres de los Estados Unidos:

La guerra civil en que se encuentra envuelta la gran república del Norte ha venido a suministrar a los monarquistas europeos un pretexto para negar la superioridad de los principios republicanos, así como para animar a algunos de sus gobiernos a emprender a mano armada la propaganda de los absurdos e iniquidades que forman el fondo de sus doctrinas que por canales más o menos tortuosos conducen irremisiblemente a la degradación del ser humano y al imperio del despotismo. No traen a la memoria los partidarios de las monarquías, que ninguna de las modernas ha gozado período alguno de tan dilatada y completa prosperidad como el que han tenido los Estados Unidos a la sombra de sus leyes democráticas

hasta la aparición de la actual contienda; y que esta misma es fruto exclusivamente de una de las bárbaras y funestas instituciones implantadas por los gobiernos monárquicos en el nuevo mundo.

La guerra civil de la Unión americana es la lucha de la democracia contra la esclavitud: lucha natural e inevitable, prevista desde muchos años por todos los hombres de Estado y los escritores que han figurado en este siglo entre los americanos del norte: pero que ha sido diferida constantemente por prudencia, en obsequio a la paz pública y a fin que no sirviese de acusación contra la estabilidad de los principios democráticos. Añadiremos también que si ha estallado ahora se debe no solo a las dimensiones colosales que pretende asumir la esclavitud y a su última actitud agresiva, sino también a la influencia hostil de una diplomacia envidiosa de la prosperidad de los principios republicanos, que no contenta con haber legado un cáncer a la joven república se ha valido de él en nuestros días para amenazar la vida del cuerpo entero y producir la penosa convulsión que presenciamos.

¿Quién ignora que desde tiempo atrás ahora más que entonces la diplomacia europea ha explotado infatigablemente el antagonismo de las instituciones libres con la esclavitud a fin de producir el trastorno que amenaza dividir y, por consiguiente, debilitar el poder de los Estados Unidos? ¿Quién no ve a las potencias europeas preparando de antemano y en silencio la guerra civil a cuya sombra pueden lanzarse sobre la América española, libres en su concepto de la intervención adversa de esa nación que tanto han tenido que respetar y temer? Sin la activa parte que han tomado por medio de sus agentes diplomáticos en traer a tan deplorable desenlace la cuestión sobre la esclavitud es más que probable que la sensatez de los americanos habría hallado al fin una solución pacífica que hubiese dejado a cubierto la bien merecida reputación de la superioridad de su forma de gobierno (Márquez 2003: 183-184).

Ante los ojos de la opinión pública hispanoamericana expresada en la prensa escrita, los sucesos acontecidos en Estados Unidos, México y Santo Domingo estaban íntimamente relacionados entre sí. Para aquel entonces los gobiernos de España y Francia mantenían una estrecha cercanía y colaboración mutua, y existía el temor que la reina Isabel II y el emperador Napoleón III hubiesen pactado secretamente para repartirse territorialmente Hispanoamérica. De acuerdo con esta línea, la reincorporación de una isla caribeña como Santo Domingo a los dominios españoles tenía por objetivo dotar a los europeos de un puesto de avanzada desde donde podrían lanzarse a la reconquista de tierra firme. Muchos de los artículos periodísticos publicados en aquel contexto exponen tales temores. A manera de ejemplo, en diciembre de 1863 en *La República* fue publicado un artículo titulado «La anexión de Santo Domingo», en donde se exponen las suspicacias que despertaba la intervención española en la isla caribeña.

Me permitiré ahora, señores Editores, algunas reflexiones para terminar esta carta que ya se alarga demasiado. Supuesto estando en el siglo *del oro*, en que todo es cálculo y negocio ¿Qué utilidad reporta la España con la posesión de Santo Domingo? Su clima, uno de los más mortíferos del globo,

consume ¡*El sesenta por ciento!* de la guarnición europea: su población ignorante y poco industriosa no pasa de 300 000h. : su comercio exiguo apenas (exagerándolo todo) un millón de pesos por importaciones anuales. En el primer año de la anexión gastó el real Tesoro seis millones de pesos y no había sino iniciado los mejoras [Sic.] materiales que se decretaron. De las premisas asentadas. no puede menos que deducirse una de dos consecuencias. O la Nación española disipa sus caudales y la sangre de sus hijos por satisfacer una estúpida vanidad, ó sostiene a cualquier precio una Antilla que le sirva de puesto avanzado para lanzarse sobre el Continente. Esta es la versión más lógica y natural y muy alto hablan los hechos de la triple alianza en México para que nuestro juicio parezca ligero y aventurado, y lo corrobora el dicho de los mismos españoles en Santo Domingo

¿Y cree la España que le será fácil reconquistar la América? [...] <sup>55</sup>

Ante tal panorama, la partida de la Expedición Científica Española con destino a América generó suspicacias en la opinión pública del Perú básicamente en dos sentidos.

En primer lugar, resultaba bastante sospechoso el interés del gobierno isabelino por organizar e impulsar una importante misión de estudio e investigación a territorios allende al Atlántico. Hacía mucho tiempo que el gobierno español no impulsaba una empresa científica de tal envergadura. A mediados del siglo XIX España era uno de los países menos innovadores y dinámicos de Europa en lo que respecta al desarrollo de ciencia y tecnología —de hecho, en relación a ambas materias, la España isabelina estaba rezagada frente a los países más avanzados— por lo que la salida de aquella expedición fue vista como un suceso fuera de lo común.

Las últimas grandes misiones oficiales españolas de carácter científico y de exploración habían sido impulsadas por la dinastía borbónica en los tiempos de la ilustración. España había organizado y/o patrocinado importantes misiones científicas dirigidas a sus entonces dominios americanos a lo largo del siglo XVIII y hasta los albores del siglo XIX, con la partida de la Real Expedición Filantrópica o Expedición de la Vacuna de la Viruela (1803-1806).

España se vio imposibilitada durante varias décadas de proseguir con la promoción de sus misiones científicas a raíz de la crítica situación que experimentó el país durante el reinado de Fernando VII. Con el ascenso al

---

<sup>55</sup> La República, domingo 27 de diciembre de 1863

trono de Isabel II, y como parte de los arrestos por recuperar su antiguo sitio de gran potencia europea, España volvía a impulsar una nueva expedición científica de envergadura con destino a América.

Sin embargo, a diferencia de lo que había ocurrido en el pasado, el panorama político era evidentemente distinto, debido a la presencia de las jóvenes repúblicas hispanoamericanas en lo que habían sido los antiguos dominios españoles. La voluntad de las autoridades madrileñas de patrocinar una nueva misión científica que explorase el territorio americano, equivalente a las que fueron impulsadas durante los tiempos coloniales, fue un factor que en cierta medida hirió la susceptibilidad de parte de la opinión pública hispanoamericana, considerando que todavía quedaba pendiente el reconocimiento de la independencia de ciertas repúblicas.

Las anteriores expediciones científicas tenían como uno de sus objetivos el indagar sobre cuáles eran los recursos naturales, económicos y humanos disponibles en los dominios hispanos, en miras a buscarles el mayor provecho posible en beneficio de la corona española. Por primera vez se estaba impulsando una misión de investigación a territorios que ya no estaban sujetos a la soberanía española. Así, el envío de una nueva expedición científica podía ser (mal) interpretado de este modo: El Gobierno Español estaría interesado en ponderar cuáles eran los recursos disponibles en el territorio americano. A partir de los resultados de sus investigaciones, las autoridades españolas procederían a buscar la manera de poder aprovecharlos en su beneficio propio. Aquello podía ser realizado de innumerables maneras, y entre las cuales cabía la posibilidad de que España buscase la reincorporación de segmentos puntuales del territorio americano ricos en recursos, tal como era el caso de las Islas de Chincha.

De esta manera, existía el temor que la Expedición Científica fuera una mera fachada que ocultara posibles designios agresivos de los españoles en contra de objetivos en el Nuevo Mundo. Las suspicacias de los americanos no solo estaban basadas en los últimos sucesos acontecidos en México o Santo Domingo, sino también en el hecho tangible de que los ocho hombres de ciencia que conformaban la pequeña expedición estuviesen resguardados por

una desproporcionada cantidad de naves de guerra de la Real Armada. Nunca antes el gobierno español había despachado una fuerza naval tan importante al lado de una expedición científica a América. A modo de referencia, la expedición científica de mayor envergadura que había impulsado España hasta ese momento, la de Alejandro Malaspina, partió en dos pequeñas corbetas, a pesar de recorrer un espacio geográfico sin duda muchísimo más amplio que abarcaba tres continentes: América, Asia y Oceanía.

Es posible argüir que tamaña disparidad es debida a los contextos históricos distintos en que fueron impulsadas ambas expediciones. A diferencia del siglo XVIII, las naves que componían la remozada Armada Real de mediados del siglo XIX eran de mayor envergadura y poderío, además que la Expedición Científica del Pacífico ahora debía surcar aguas internacionales y distantes a sus bases de apoyo. Sin embargo, la presencia de un importante número de naves de guerra en una misión de estudio e investigación generó alarma en la opinión pública hispanoamericana, especialmente en el caso del Perú.

En segundo lugar, se veía con sospecha que la escuadra española realizara importantes acercamientos diplomáticos con el Imperio de Brasil, primer destino de la Expedición Científica a su paso por costas americanas. En realidad la decisión de escoger al país como primera escala en América correspondió a la favorable ubicación geográfica de los puertos brasileños en relación a España, y a la búsqueda de las autoridades madrileñas por promover el acercamiento diplomático con los gobiernos de la región en general, y no exclusivamente con los regímenes hispanoamericanos. Una corriente importante de opinión en el Perú veía con mucha suspicacia y recelo el importante recibimiento que había tenido la escuadra española en Brasil, situación que se acentuó a partir de la captura de las islas de Chincha e iniciada la guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay.

Es importante tomar en consideración las turbulencias acontecidas durante aquellos años en la cuenca del Río de la Plata. El Imperio Brasileño era frecuentemente percibido por los políticos e intelectuales hispanoamericanos como un aliado natural de las monarquías europeas. Pedro

II, de la dinastía de los Braganza, fue emperador de Brasil desde 1831 hasta 1889, entidad política de inmensas dimensiones —comprendía cerca de la mitad de la superficie sudamericana— y que disponía de importantes recursos humanos, naturales y materiales. Brasil era visto con sospecha por sus vecinos sudamericanos debido al sistema político que el país había adoptado a partir de 1822 al independizarse de Portugal. El desarrollo del conflicto peruano-español y la posterior Guerra Hispano-Sudamericana coincidió con el deterioro de las relaciones diplomáticas entre Paraguay, Argentina, Uruguay y Brasil, preludio de la Guerra de la Triple Alianza (1864-1870).

En relación a las grandes guerras que sacudieron el continente americano durante la década de 1860, Aljovín de Losada señala que aquellas implicaron fuertes debates ideológicos, debido a que ponían sobre el tapete temas como la esclavitud, formas de gobierno (monarquía o república), la seguridad de los Estados y la independencia americana. «Estos debates, sin lugar a dudas, cuestionaban las bases de las repúblicas americanas: sus fundamentos y sus promesas».<sup>56</sup> A raíz del intervencionismo francés y español en América, las autoridades peruanas buscaron promover un movimiento de solidaridad americana que permitiese enfrentar las amenazas externas. Ante la gravedad de las circunstancias, en el Perú no se veía con buenos ojos el desarrollo de un conflicto entre países sudamericanos, así como tampoco una posible «polonización» de Paraguay.

Una corriente de opinión pública en el Perú sostenía la posibilidad de que el Imperio de Brasil estuviera en coordinaciones con las monarquías europeas para dividir internamente a las repúblicas hispanoamericanas, tomando como pretexto los asuntos del Paraguay. De acuerdo con esta idea, la monarquía de los Braganza apoyaría subrepticamente el intervencionismo impulsado por las autoridades parisinas y madrileñas en el Nuevo Mundo. El Imperio de Brasil no podía sentirse identificado con la «causa republicana» de los países hispanoamericanos, y su supuesta neutralidad no sería sincera. De

---

<sup>56</sup> Cristóbal Aljovín de Losada, «El Perú y la guerra del Paraguay 1864-1870», Nuevo Mundo Mundos Nuevos, Coloquios, 2009, [En línea], Puesto en línea el 13 enero 2009. URL : <http://nuevomundo.revues.org/48562>. Consultado el 10 octubre 2011



hecho, las autoridades cariocas mantuvieron en todo momento una postura por demás favorable a los expedicionarios españoles, al asegurarles el cobijo y la protección de los puertos brasileños:

#### Peligros de la situación

Necesario era que se repitiesen los hechos por todas partes, para hacernos conocer la verdad, y hacernos comprender la misión que tenemos que desempeñar.

Francia invadió México, e impuso a los mexicanos una monarquía.

Después, un incidente no pequeño nos ha hecho reconocer la influencia de Francia en las cuestiones de Norteamérica: el apoyo material de fuerzas que los rebeldes han prestado a los monarquistas contra las tropas republicanas del General Cortinas, que a su vez han sido apoyadas por fuerzas del ejército de los confederados del Norte: lo que significa demasiado para reconocer el alma y el móvil de esta lucha gigantesca que desgarrar el corazón de la Gran República de los Estados Unidos, que era el centinela de la democracia americana.

La invasión de Santo Domingo. Los proyectos de anexión a la monarquía mexicana, de Guatemala y el Salvador. La alevosa agresión al Perú. Y ahora la invasión monárquica de Brasil a la República Cisplatina o de Uruguay, cuyos documentos registramos en este número.

No son suposiciones, ni vagos rumores los que hemos enumerado; son hechos consumados, que nos explican bastante las tendencias de los monarcas contra la existencia de las repúblicas americanas, que hoy sufren una cruzada combinada por todas partes.

La lucha de la monarquía contra la república, ha comenzado: es el antagonismo de dos sistemas políticos, de dos doctrinas, de dos instituciones que se excluyen mutuamente. O el imperio de la ley emanada de la soberanía del pueblo, o el imperio de una familia apoyada por la fuerza y la usurpación: o tenemos que ser siempre ciudadanos libres, o vasallos de un monarca. Este es el dilema; esta es la cuestión que nos ha planteado los monarquistas, y esta es la causa real y verdadera de las diferentes agresiones que hemos enumerado. No hay duda ya que los monarcas, están convenidos, y que han comenzado a obrar simultáneamente para protegerse mutuamente. Sólo faltaba que el Brasil secundara los esfuerzos de sus correligionarios: el proyectado casamiento de la hija de D. Pedro del Brasil con un individuo de la casa de los Hapsburgo (Sic) a que pertenece Maximiliano, nos parecía un delirio: hoy se da por verificada esa alianza que será un eslabón más a la cadena con que se pretende aherrojar (Sic) a la América republicana.

Mientras tanto, el Perú, Chile y Bolivia están unidos en el Pacífico: ¿La Confederación Argentina permanecerá impasible ante la agresión brasilera? No, no es posible. En el Plata hay demócratas por convicción, republicanos de corazón, que muy luego tomarán la iniciativa y se reunirán para defender al Uruguay. La experiencia es la lección más elocuente para los pueblos. Si en apoyo y socorro de México hubiesen marchado fuerzas republicanas de Sudamérica, no se habría establecido fácilmente una monarquía. Si la América viese con indiferencia la suerte del Perú, peligrarían todas las repúblicas de este continente. Si la República Argentina no socorriese al Uruguay, protestando como lo ha hecho el Paraguay, contra toda

intervención del Brasil en nuestras cuestiones domésticas, correría el peligro que corren hoy los Estados de Centro América [...]<sup>57</sup>

Existía el temor que la monarquía brasileña hubiese pactado en secreto con sus homólogas española y francesa el reparto del continente, incorporando una vez más a la órbita monárquica nuevos dominios a costa de las repúblicas hispanoamericanas. Se debe considerar que las autoridades cariocas nunca ocultaron su anhelo de ampliar permanentemente las fronteras del imperio. En el contexto del conflicto diplomático peruano-español, el expansionismo brasileño quedará evidenciado a partir de la invasión a la República Oriental del Uruguay y la posterior mutilación territorial de la vencida República del Paraguay. Al respecto el historiador argentino Ricardo J. de Titto escribió lo siguiente:

La extensión territorial es uno de los más antiguos *leivmotiv* del Imperio heredado desde las épocas de la conquista portuguesa. El gran desafío es la necesidad ineludible de abrir caminos en la enorme cuenca amazónica; al Estado de Mato Grosso, por ejemplo, solo se accede subiendo por los ríos de la cuenca del Plata. Dos estados relativamente pequeños, como el Uruguay y el Paraguay, son en consecuencia antiguas ambiciones del imperio. La crisis recurrente del Uruguay le abre las puertas para intervenir, ahora en ese país y, dado ese paso, provocar conflictos con López. Como ha sucedido antes, la diplomacia brasileña tiene un norte; si no logra aumentar su influencia, pretende, al menos, limitar la de Argentina (De Titto: 2006: 295-296).

Aún hay más en relación a los celos que despertaba el Imperio de Brasil. Se tenían fundadas sospechas para pensar que la política exterior de la monarquía brasileña buscaría dividir la natural solidaridad entre las repúblicas hispanoamericanas ante las agresiones europeas. De acuerdo con esta propuesta, las repúblicas de Argentina y Uruguay habrían caído en los enredos maquinados por Brasil con miras a que participen en la Guerra de la Triple Alianza, desviando así su atención frente la grave amenaza que representaba el intervencionismo de las monarquías francesa y española en los asuntos de las repúblicas hispanoamericanas.

Era deseable que el conjunto de repúblicas del continente unieran sus fuerzas para enfrentar al enemigo común, dejando en un segundo plano los divisionismos y rivalidades que podían mantener entre sí. Aquello se logró con relativo éxito en la costa del Pacífico de Sudamérica. La agresión española al

---

<sup>57</sup> El Mercurio, miércoles 26 de octubre de 1864

Perú generó un importante movimiento de solidaridad en Chile, país que pronto terminó involucrándose de lleno en el conflicto. En lo que respecta al gobierno boliviano, el país altiplánico mantenía serias fricciones con su homólogo chileno en relación a los límites, colocando a ambos países al borde de la guerra. Sin embargo, las autoridades bolivianas decidieron dejar de lado las diferencias con Chile, concertando un rápido tratado de límites con el vecino del sur y uniéndose a la alianza del Pacífico, a pesar de no contar con los medios bélicos suficientes para enfrentar a la escuadra española. La República del Ecuador, si bien inicialmente mostró su indiferencia en relación a la captura de las Islas de Chincha, terminó incorporándose a la alianza del Pacífico, a pesar de haber sufrido una reciente ocupación peruana en 1859, y de carecer de los medios de defensa adecuados.

Sin embargo, en lo que respecta al escenario de Atlántico Sudamericano, el panorama se presentó bastante distinto. Las repúblicas de Argentina y Uruguay demostraron una escasa solidaridad frente a las acciones realizadas por los expedicionarios españoles en el Pacífico. Si bien en ambos países es posible identificar una importante corriente de opinión pública favorable a la causa de las repúblicas hispanoamericanas frente a las pretensiones europeas, aquella no se tradujo en una política exterior activa que buscara oponerse con decisión a las agresiones foráneas. Argentina y Uruguay optaron por la neutralidad, y resultaron infructuosos los intentos de los diplomáticos peruanos y chilenos de conseguir su incorporación a la alianza militar sudamericana en contra de España. Las esporádicas palabras de aliento y apoyo de las autoridades rioplatenses a la causa aliada nunca se materializaron en un apoyo sistemático y perceptible, y los españoles contaron con la seguridad y tranquilidad que les ofrecían los puertos atlánticos. En la década de 1860 las relaciones diplomáticas entre España y las repúblicas rioplatenses atravesaban en líneas generales un buen momento, y ni en Buenos Aires ni en Montevideo existía la intención de enturbiarlas, y mucho menos de llegar al extremo de romper hostilidades contra la antigua metrópoli. Tanto Argentina como Uruguay se encontraban inmersos en una gran campaña militar en contra de Paraguay, y habría sido irresponsable que decidieran abrir

un segundo frente bélico simultáneo en el Atlántico, más aún si era contra un país con quien no tenían mayores diferencias que precipitara una ruptura.

Había adicionalmente un importante factor geoestratégico que desalentaba una posible participación de los rioplatenses en la Guerra Hispano-Sudamericana. A diferencia de sus homólogos en el Pacífico, la Argentina y Uruguay eran los países más cercanos a España por vía marítima. En caso que las repúblicas rioplatenses se hubiesen sumado a la declaratoria de guerra de la Alianza del Pacífico, era evidente que el principal teatro de operaciones navales se trasladaría de las costas peruano-chilenas a las del Atlántico Sur. Las fuerzas navales de la Argentina y Uruguay hubieran asumido así una gran responsabilidad en el desarrollo y definición de la guerra. Por una parte, para los españoles resultaría más sencillo, económico y rápido desplazar sus unidades marítimas frente a las costas de las repúblicas rioplatenses que a las del Pacífico Sudamericano. Por el otro lado, los peruanos y chilenos enfrentarían un reto mayor al sostener acciones navales en un escenario de guerra distante a sus costas. Así, a diferencia de las repúblicas del Pacífico, las repúblicas rioplatenses se hallarían más expuestas a recibir la mayor parte de las secuelas de destrucción que ocasionaría la guerra.

En resumidas cuentas, la decisión de las repúblicas rioplatenses de mantenerse al margen del movimiento de solidaridad de las repúblicas del Pacífico frente a la agresión española resultó paralela a su activa participación en la campaña militar contra el Paraguay. Aquella situación no fue vista con buenos ojos desde el Perú. En el país andino se desarrolló una importante corriente de opinión pública que afirmaba que la actitud de indiferencia de Argentina y Uruguay era producto de las intrigas sembradas por el Imperio de Brasil. De acuerdo con esta idea, las autoridades cariocas promovían la desunión entre las repúblicas hispanoamericanas mientras soterradamente contribuían al intervencionismo y expansión de los poderes monárquicos en el Nuevo Mundo.

Hasta el momento hemos señalado el impacto que tuvo en la opinión pública peruana los sucesos acontecidos en América al comenzar la década de 1860. La guerra de Secesión en los Estados Unidos y el intervencionismo

francés y español en México y Santo Domingo generaron la percepción de que los sistemas republicanos de gobierno se encontraban gravemente amenazados por los sistemas monárquicos. Luego, tras la partida de la Expedición Científica, se generó el temor que tal misión de estudio e investigación fuera en realidad una mera fachada que ocultaba sus verdaderos designios agresivos en contra del Perú. Además, se tenía desconfianza del Imperio de Brasil, en cuanto se pensaba que aquel país se identificaba con las pretensiones de Napoleón III e Isabel II en América, y más adelante debido a que a lo largo del desarrollo del conflicto diplomático peruano-español y la posterior Guerra Hispano-Sudamericana parecía que Brasil intentaba desalentar el movimiento de solidaridad de las repúblicas rioplatenses frente al intervencionismo español, involucrándolos en una cruenta guerra contra Paraguay.

A pesar de los antecedentes descritos, a mediados de 1863 la Expedición Científica arribó finalmente al Callao sin mayores apuros. La tripulación fue recibida con cordialidad por parte de las autoridades políticas peruanas, luego de lo cual la Expedición Científica continuó su ruta hacia el Pacífico Norte. Fue en ese contexto previo cuando se produjo el 14 de abril de 1864 la captura de las Islas de Chincha, acontecimiento que generó una fortísima conmoción en la opinión pública del Perú.

En relación al panorama suscitado en el Perú a lo largo del conflicto diplomático peruano-español, la presente investigación sostiene que el factor decisivo para el fracaso de un arreglo pacífico a la disputa se encuentra en las presiones ejercidas por la opinión pública. El conflicto se originó debido a las tensiones presentes a nivel de las negociaciones diplomáticas, y el despliegue militar generó un clima de tensión entre Perú y España. Sin embargo, la presencia de una opinión pública favorable a la guerra y no predispuesta a ceder frente a las demandas españolas fue el factor clave para el fracaso del Tratado Vivanco-Pareja, la erosión final del régimen de Juan Antonio Pezet y la declaración de guerra a España.

Resulta necesario realizar algunas precisiones con respecto a las publicaciones periodísticas de la época. Apenas conocida la captura de las

Islas de Chincha, en abril de 1864, en la prensa limeña se experimentó una «vorágine de publicaciones» tanto de artículos como de comunicados cuyos autores, guiados por la exaltación patriótica del momento, denunciaban la agresión española y llamaban a la defensa de la soberanía del Perú. En la década de 1860 no resultaba inusual que en la prensa limeña fueran publicados artículos contrarios al intervencionismo europeo en América. Sin embargo, debido a la coyuntura de abril de 1864, el número de tales publicaciones y la virulencia de su contenido se hizo mayor. Una atenta consulta al conjunto de fuentes periodísticas publicadas en Lima entre los años 1863-1865 nos permite identificar una serie de patrones a tomar en consideración.

Antes de producirse la ruptura de hostilidades entre el Perú y España, se presentaron en la prensa limeña dos grandes coyunturas en las cuales fueron publicados un gran número de «artículos y comunicados exaltados». La primera coyuntura corresponde a las semanas posteriores a la captura de las Islas de Chincha, en especial en abril de 1864. En cambio, la segunda coyuntura se ubica en los días previos y posteriores al ascenso de Mariano Ignacio Prado al sillón presidencial. Acontecimientos como el incendio de la Triunfo o la firma del Tratado Vivanco-Pareja también generaron un número importante de publicaciones en la prensa limeña. Sin embargo, en comparación con las dos coyunturas previamente mencionadas, tales publicaciones no fueron tan numerosas y su contenido mostró menor consenso de ideas entre sí.

¿A qué pudo deberse aquello? En lo que respecta al número de publicaciones, se debe de tomar en consideración que los controles ejercidos por las autoridades políticas sobre la prensa limeña se fueron haciendo cada vez más estrictos a medida que se iba desarrollando el conflicto peruano-español, a diferencia de lo que ocurrió en abril de 1864, cuando apenas se había iniciado el impase diplomático. Luego de la salida de Juan Antonio Pezet de la presidencia, los controles a la prensa se relajaron una vez más, conllevando a un aumento en el número de publicaciones. En lo que respecta al consenso de ideas, tanto la firma del Tratado Vivanco-Pareja como la

posibilidad de una ofensiva naval peruana luego del incendio de la Triunfo tuvieron tanto defensores como detractores. Mientras que en las coyunturas de abril de 1864 y de noviembre de 1865 es posible identificar un mayor consenso en torno a la idea de salvaguardar la soberanía peruana enfrentando decididamente a la amenaza española.

En relación a las dos grandes coyunturas de exaltación de la prensa limeña, en el presente capítulo se hará énfasis en señalar los artículos periodísticos publicados en abril de 1864, sin que aquello signifique dejar de lado los publicados en fechas posteriores hasta la caída de Juan Antonio Pezet. Recordemos que la segunda gran coyuntura de exaltación corresponde al ascenso de Mariano Ignacio Prado al poder, por lo que al escapar de las líneas temporales de la presente investigación serán tomadas únicamente como referencias.

A continuación se presentará un análisis de los testimonios escritos recopilados durante el desarrollo de la presente investigación. Los testimonios fueron extraídos a partir de libros y periódicos, dos de los más importantes medios de difusión de la información y formadores de ideas y de opiniones de la segunda mitad del siglo XIX. En ocasiones no se presentan grandes diferencias entre el contenido de información difundida por los libros y periódicos. En los libros están presentes constantes referencias de los artículos de la prensa periódica. Una serie de artículos publicados en la prensa escrita en torno a un tema en específico podían ser luego recopilados por el autor y publicarlos nuevamente bajo el formato de libro. Los testimonios recopilados nos permiten conocer el contenido de la opinión pública gestada en Lima en relación al conflicto diplomático peruano-español, y cómo repercutió en las decisiones tomadas por las autoridades políticas y en el fracaso de las negociaciones de paz.

Juan Antonio Ribeyro fue el Ministro de Relaciones Exteriores del Perú al momento de iniciarse el conflicto diplomático peruano-español. Él publicó cuatro libros en donde defendía la postura del Perú frente a la agresión española. Su primera publicación lleva por título *Cuestión entre el Perú y la España*, el cual salió de la imprenta poco tiempo después de la captura de las

Islas de Chincha, en un contexto de gran efervescencia nacionalista en Lima. El escrito es una defensa de la posición peruana frente a la agresión española, y su publicación corrió a cargo del Gobierno del Perú. En el texto es posible identificar una serie de referencias en torno a la capacidad de influencia que tenía la prensa española en las decisiones políticas y sobre el contenido de la opinión pública generada a raíz de las turbulencias diplomáticas entre ambos países.

La primera referencia la encontramos cuando Juan Antonio Ribeyro desarrolla su crítica a la doctrina de reivindicación de las Islas de Chincha, planteadas por Eusebio Salazar y Mazarredo y Luis Hernández Pinzón. El Ministro sostiene que las Islas de Chincha habían sido reconocidas previamente como pertenecientes a la República del Perú por toda la comunidad internacional, incluyendo a la propia España. Sin embargo, en opinión de Ribeyro, los diarios españoles habían propalado la idea de reivindicar las islas desde hacía tiempo atrás, sentando un importante antecedente de la captura de las Islas.

[...] Los señores Mazarredo y Pinzón han *reivindicado* a nombre de su patria, unas islas valiosas que pertenecen a una nación independiente, contaba en la comunidad de las demás, y que ha sido generalmente reconocida en la plenitud de su personalidad política, sin excluir al Gobierno de Madrid, que en más de una vez, se ha comunicado con ella como de Estado a Estado;— *reivindicación* que ha sido propalada en los diarios españoles antes de ahora, que se ha fomentado con estudio y que hoy se realiza sin miramientos, ni respetos de ningún género. [...] (Ribeyro 1864a: 38-39).

Es importante anotar que Juan Antonio Ribeyro sostiene estar al tanto del contenido de los artículos periodísticos que la prensa española había estado publicando últimamente en torno al Perú. De acuerdo con él, tales artículos estaban parcializados al exponer una imagen bastante negativa del Perú. ¿Cuál es el origen de las falsas aseveraciones en contra del Perú? Para Ribeyro, los artículos periodísticos son redactados entre dos individuos que se mantienen comunicados por medio de correspondencia. Uno se encuentra radicado en Lima, y el otro en España, y ninguno de los dos podría justificar su actitud en contra del Perú. Si bien en ningún momento se mencionan los nombres de tales personajes, es posible deducir que Ribeyro estaba haciendo referencia a los hermanos Merino Ballesteros:



Se nota, no sin profundo sentimiento, que la prensa de España, de algunos años a esta parte, registra en periódicos acreditados, publicaciones contra el Perú que una sola persona de allá en correspondencia con otra residente en esta capital tienen el cuidado oficioso de redactar. No hay impostura que no aseveren, ni acontecimiento que no tergiversen, pintando a la nación sin costumbres ni moralidad, entregados todos los habitantes a las demasías de una repugnante silenciosidad [...] y al Gobierno como instrumento de todos esos excesos y de todos estos atentados. Menos que un país bárbaro, el Perú es considerado como una reunión de malvados, donde no se respeta ningún derecho y donde la existencia está de continuo expuesta y amagada. Estas calumnias sistemáticamente difundidas han podido producir en ciertos ánimos ingratas impresiones; y de aquí es, sin duda, de donde han partido tantas prevenciones, contra las autoridades de la República, que no han podido ser dominadas, poniendo así obstáculos al pronto arreglo de entre ambas naciones.

Y dicho sea de paso en este momento de revelaciones importantes: — el móvil de esta conducta reprobada no es otro que una pasión innoble mucho más vituperable desde que no hay ni fundamento especioso que la justifique (Ribeyro 1864a: 46).

En opinión de Ribeyro, las calumnias propaladas por la prensa española han producido «en ciertos ánimos ingratas impresiones» contrarias a las autoridades peruanas, generando obstáculos a la búsqueda de un arreglo diplomático entre ambos países. Así, para el Ministro de Relaciones Exteriores del Perú, las opiniones generadas por la prensa española tienen repercusiones negativas durante el proceso de negociaciones diplomáticas.

Ahora bien, en el libro también es posible leer transcripciones de la documentación diplomática, entre las cuales se encuentra la polémica proclama de Eusebio Salazar y Mazarredo y Luis Hernández Pinzón en donde justifican la captura de las Islas de Chincha y sostienen la polémica doctrina de reivindicación. Ambos personajes afirman haber tenido noticia de que las autoridades peruanas comisionaron a sus agentes en el extranjero la realización de un empréstito por setenta millones de pesos, una enorme suma de dinero que no tiene correspondencia con los gastos ordinarios que incurre la República. ¿Por qué el Gobierno del Perú está interesado en tremendo empréstito? Según los agentes españoles, la opinión pública tiene la respuesta a tal interrogante: una parte del empréstito será invertido en la mejora de los medios de defensa del Perú. Los obstáculos que Salazar y Mazarredo afirma haber padecido en el cumplimiento de su misión son producto de una estrategia planeada por las autoridades peruanas, quienes buscan ganar tiempo mientras culminan con los aprestos militares. Así, los agentes

españoles toman como referencia las afirmaciones sostenidas en la opinión pública como una importante justificación de la captura de las Islas de Chincha:

Considerando que según la opinión pública, parte de ese capital se destinará a adquirir los medios de oponerse a las justas exigencias de la España; y que los obstáculos puestos al recibimiento del infrascrito Comisario especial, tienen por objeto ganar el tiempo suficiente para terminar aquella operación rentística (Ribeyro 1864a: 55).

Una última referencia de importancia la encontramos una vez más en el texto compuesto por Juan Antonio Ribeyro. El Ministro de Relaciones Exteriores hace una dura crítica de la prensa de Madrid, afirmando que aquella se ha degenerado en un «órgano de difamación y de calumnias». Los artículos periodísticos son escritos por súbditos españoles que tienen una predisposición hostil hacia el Perú, quienes además remiten informes alarmistas a las autoridades madrileñas. De acuerdo con Ribeyro, los artículos e informes sesgados han generado una fuerte conmoción e impacto en la Corte de Madrid, por lo que se decidió el envío del Comisario Especial para atender los asuntos pendientes con el Perú. Una vez más vemos la conexión que realiza Ribeyro entre las opiniones vertidas por la prensa española y sus repercusiones en las decisiones políticas:

Los españoles por negocios antiguos unas veces, y otras por intereses recientes, se colocaron contra el Perú en cierta actitud, que, sin ser completamente hostil, ha contribuido a deshonorar un país por muchos títulos digno de estimación y respeto. La prensa periódica de Madrid ha sido convertida, con desnaturalización de sus principios esenciales, en órgano de difamación y de calumnias; y nuestras instituciones, nuestras costumbres y nuestros más distinguidos personajes han sido el blanco de tiros emponzoñados y alevosos. Esta conducta, seguida con sistemático empeño, junto con informes apasionados de algunos súbditos de la Península, cuyas esperanzas frustradas los han llevado a extremidades vergonzosas, han dispuesto de tal manera las cosas en la Corte de Madrid, que vino en acreditar un Enviado especial para formular cargos contra esta Nación (Ribeyro 1864a: 72-73)

Más adelante, el Ministro Ribeyro publicó un segundo libro bajo los auspicios del Estado, la *Memoria que el Ministro de Relaciones Exteriores presenta a la Legislatura Ordinaria de 1864 sobre los asuntos de España*, el cual estuvo acompañado de un rico apéndice documental. En el texto se identifican importantes referencias en torno a la prensa española que serán analizadas a continuación.

Una de las primeras referencias gira en torno a la existencia en España de «algunos hombres públicos» que a través de la prensa lanzan duras diatribas en contra del Perú. De acuerdo con Ribeyro, las acusaciones son calumniosas y excesivas. Podemos ver la preocupación del Canciller del Perú en relación a las afirmaciones vertidas por la prensa española, ya que generan un ambiente de confrontación y rivalidad entre ambos países.

Después de tantos y tan fundados motivos de justificación de parte del Perú, creíase imposible, encontrar en el Gabinete Español pretextos de ninguna clase, para acusarnos de faltos de fe y hasta de una mediana probidad, pero por más hondo que sea el sentimiento que nos produzca una verdad tan amarga como desconsoladora, algunos hombres públicos, no todos por fortuna, han agotado las diatribas, las imputaciones y el sarcasmo mismo contra la Nación, contra el Gobierno, contra los ciudadanos peruanos y contra lo más grande y lo más pequeño de esta tierra. La prensa española, siguiendo este impulso maléfico, nos difama a mansalva, y ora bajo las apariencias de un falso celo nacional, ora directa o incisivamente, nos atribuía delitos a cual más enormes y espantosos, pintaba nuestra patria casi en un estado de descomposición social y hacia apreciaciones tan desfiguradas, tan caprichosas y tan inverosímiles, que más de una vez, a pesar de nuestro carácter benigno, se exhalaban quejas muy sentidas contra tan pertinaces detractores (Ribeyro 1864c: 12).

Más adelante, Ribeyro hace mención a ciertos «hombres de ingrato recuerdo» que, motivados por pretensiones personales, mantenían una mala predisposición al Gobierno del Perú. Las autoridades peruanas optaron por «repeler en sus pretensiones» a tales individuos, llevándolos a aumentar la virulencia de sus imputaciones en contra de la República, y a participar en la publicación de los polémicos artículos periodísticos. Si bien el Canciller Ribeyro evita mencionar los nombres de aquellos «hombres de ingrato recuerdo», aparentemente es una nueva referencia a los hermanos Merino Ballesteros:

Algunos que aquellos hombres de ingrato recuerdo, que vinieron a la República en busca de medros personales, luego que alcanzaron lo que con entusiasmo insólito apetecían, llevaron sus pretensiones tan adelante que el Gobierno, llenando atribuciones muy severas, hubo de repelerlas para no enajenarse la voluntad de los pueblos cuyos destinos dirigía. Desde entonces comenzó con más vivo ardor el plan de los ataques y en correspondencia secreta, pero sostenida, estuvieron ciertos españoles largo tiempo fomentando los desahogos del diarismo de la Península. A tantas calumnias y a tantas falsedades, el Perú respondió con la circunspección que cumplía a su propia dignidad, dejando a los gratuitos ofensores que se llevasen una celebridad tan funesta (Ribeyro 1864c: 12-13).

A continuación se hace referencia a los reclamos que algunos españoles han presentado al Gobierno del Perú. En opinión de Ribeyro, tales demandas no solo figuran en la documentación presentada en tales casos, sino que también han sido recogidas y difundidas por la prensa española.

[...] se deriva de aquí ese cúmulo de mal zurcidas demandas que figuran tanto en los periódicos, como en documentos, que sin ser oficiales, se ha pretendido atribuirles ese carácter, únicamente debido a piezas donde lucen a la vez la verdad, la justicia y el pundonor (Ribeyro 1864c: 14).

Juan Antonio Ribeyro cuestiona la decisión de las autoridades madrileñas de escoger a Eusebio Salazar y Mazarredo como Comisario Especial. De acuerdo con el Canciller del Perú, la línea de conducta que debe seguir un diplomático durante el cumplimiento de su misión resulta incompatible con las expresiones de quienes están familiarizados con las actividades periodísticas, propia de personajes como Salazar y Mazarredo. Queda en evidencia la pésima impresión que tenía el Canciller Ribeyro de la retórica empleada en los artículos periodísticos.

[...] No se hermanan jamás las tareas arduas y sagradas de la diplomacia con las destemplanzas y ardorosas expresiones de los hombres habituados a la vida agitada de la prensa periodística: de aquí ha procedido, a juicio de personas competentes, el preliminar desagradable de la misión confiada al Sr. Salazar y Mazarredo (Ribeyro 1864c: 14).

El tercer libro del Ministro Ribeyro se titula *Exposición de los actos agresivos contra el Perú ejecutados por el almirante de la escuadra española D. Luis H. Pinzón*, la cual fue impresa en la Imprenta El Mercurio. En lo que respecta a su contenido, Juan Antonio Ribeyro realiza una nueva referencia sobre la retórica empleada en los artículos periodísticos de aquel entonces. El Ministro de Relaciones Exteriores realiza una refutación de cada uno de los párrafos que conforman el memorándum que fue presentado por Eusebio Salazar y Mazarredo ante las autoridades peruanas, previa a su salida de Lima.

En uno de esos párrafos, el Comisario Regio sostiene que la política de conciliación y moderación seguida por el Gobierno de Madrid solo sirvió para que el Perú olvidara las obligaciones sagradas que tiene con España. Ribeyro impugna aquella aseveración, afirmando que el Perú no tiene más obligaciones con España que las que puede tener con el resto de estados, y

considerando además que entre ambas no se ha celebrado ningún tratado. De acuerdo con el ministro peruano, en el momento que Salazar y Mazarredo formulaba sus cargos, era necesario que lo hubiese acompañado de las indicaciones relativas a cuándo y en qué circunstancias tales obligaciones no fueron cumplidas por el Perú. A continuación Ribeyro califica como frívolas el discurrir y las razones planteadas por Salazar y Mazarredo, sosteniendo que semejantes «relumbrones» podrían esperarse en un artículo periodístico, pero no en la actividad diplomática.

Frívolo puede llamarse este modo de discurrir, pero frívolas son también las razones expuestas en el párrafo que examinamos, al punto que se hace imposible tratar seriamente sobre la materia. Hablar a un Gobierno de “obligaciones sagradas” sin dejar entender siquiera cuales eran; increparle que “las olvida” y que abriga una “creencia” errónea acerca de la potencia de otra nación, es buscar achaques donde no los hay y no ser muy feliz en la elección. Semejantes relumbrones podrían tener cabida en un artículo de periódico, entre las excrecencias retóricas a que se apela para dar golpe, pero siempre estarán fuera de lugar y de propósito, cuando a ellas se recurra en circunstancias solemnes (Ribeyro 1864b: XIX).

El último de los libros publicados por Ribeyro lleva por título *Perú y España. Exposición de algunos puntos importantes de la cuestión actual entre los dos países*. Este texto se diferencia de sus antecesores por varios motivos. En primer lugar, por haber sido publicado al año siguiente a la captura de las islas de Chincha, en 1865. En segundo lugar, porque en el momento en que fue publicado Juan Antonio Ribeyro ya no ocupaba el cargo de Ministro de Relaciones Exteriores. Y finalmente, por haber sido impreso el libro en la tipografía de Aurelio Alfaro y Ca. El local estaba ubicado en la antigua calle de Baquíjano (Jirón de la Unión) número 317, lo que nos indicaría que su publicación no contaba necesariamente con los auspicios del Gobierno del Perú.

En las primeras líneas el autor explica a sus lectores el motivo que lo motivó a escribir el libro. Ribeyro hace referencia a los «sin sabores» que sufren los hombres que participan en la «vida pública» cuando se malinterpreta su conducta, generando apasionadas acusaciones y sospechas infundadas que son necesarias esclarecer. De acuerdo con Juan Antonio Ribeyro, a pesar de sus esfuerzos por esclarecer todos los hechos relativos a su gestión en el

Ministerio de Relaciones Exteriores, todavía existen voces que continúan lanzando acusaciones en su contra. Por esa razón, a través del presente libro el autor busca defenderse de tales acusaciones:

[...] Herido todavía como ciudadano, y perseguido por pertinaces, aunque pocos malquerientes, me veo en el deber de levantar la voz para defenderme de supercherías y calumnias, y para impedir la circulación de muchas fábulas, que en épocas normales, no tendrían, por cierto aceptación. Será este trabajo pobre de galas literarias, pero rico de exactitud y de sentimientos nobles y genuinos (Ribeyro 1864b: 4).

Tal como sucedió en las tres publicaciones anteriores, Ribeyro realiza importantes referencias sobre la prensa española, y, por primera vez, también de su homóloga peruana. La primera referencia la encontramos cuando se toca el tema de la captura de las islas de Chincha. Poco después de sucedido el atentado, las naves de guerra españolas se hicieron presentes frente al Callao. De acuerdo con Ribeyro, ante la presencia de la escuadra peninsular, las autoridades peruanas procuraron «medir sus pasos» para evitar provocar cualquier lance que fuese tomado por los españoles como excusa para «cohonestar sus procederes». Era preferible evitar abrir fuego en contra de las posiciones españolas. Al proceder así, el Gobierno del Perú quedó vindicado de las acusaciones absurdas y descaradas de la prensa española.

[...] Su venida al puerto del Callao, después de la aprehensión de las Huaneras, no puede traducirse de otro modo: si entonces por un exceso de civismo, y arrastrados por el sentimiento de la más justa indignación, hubiésemos repelido con la fuerza a los *invasores*, habrían conseguido su propósito levantando sus quejas muy arriba para concitarnos adversarios por do quiera. Males de otro género hubieran sobrevenido; y hoy tendríamos que deplorar pérdidas irreparables tanto de personas como de propiedades. No debe arrepentirse el Gobierno de un acto que lo vindica de las absurdas inculpaciones que la prensa española le ha hecho y hace con inverosimilitud y con descaro reprehensible; que nos enaltece en las regiones de la elevada política internacional, y que añade una prueba más de sensatez a las muchas que han dado a todos sus actos administrativos, un carácter especial de benevolencia y de cultura (Ribeyro 1864b: 7).

Ahora bien, en el contexto de los preparativos militares desplegados por ambos países, la prensa española continuaba mostrando una actitud hostil en contra del Perú. De acuerdo con Ribeyro, Juan Antonio Pezet tenía la obligación de disipar las desfavorables impresiones que la prensa española

había generado entre los pobladores de España y los demás países. Las autoridades peruanas pusieron como condición para entrar en tratos con España que se le brindarían las más completas satisfacciones. Así, el clima de confrontación promovido por la prensa española tuvo una repercusión directa en las decisiones tomadas por las autoridades peruanas a nivel diplomático.

En la imposibilidad de tomar una actitud imponente para infligir a los agresores un escarmiento que les hiciera conocer la enormidad de su felonía, hubo, sin desatender los preparativos de su defensa, hartos escasos en esos momentos, de ostentarse por do quiera el desprendimiento con que procedimos en contraste con los avances de los jefes de la escuadra usurpadora. Veníase desde hace tiempo preparando este lance; y la prensa al compás de otros hechos de más significación todavía, atacaba al Perú y le achacaba siniestros y malaventurados sucesos, que ni se habían consumado, ni tan siquiera venido a la imaginación de los ciudadanos que formaban el Gobierno. No podía olvidarse el austero deber que asistía al jefe del Estado, de disipar las desfavorables impresiones que tan sistemático empeño había producido, ora en los pueblos de la Península, sorprendidos con los romances de descontentadizos y desengañadísimos pretendientes, ora en otras naciones, para quienes la distancia larga en que se encuentran de nosotros, era y es una condición muy aparente para darles de nuestro país ideas erróneas y hasta absurdas. Entonces dijimos, como ahora se repite, que estamos prontos a tratar con el Gobierno de Madrid, si nuestro honor era, como debía ser, ampliamente satisfecho (Ribeyro 1864b: 11-12).

En otro capítulo, Ribeyro hace referencia al clima de desconfianza que empezó a sucederse en el Perú en relación a sus autoridades políticas. De acuerdo con el autor, las autoridades se percataron de aquellas «voces siniestramente difundidas» le inculpaban apatía al gobierno, condescendencia con España, y manejos clandestinos. Ribeyro sostiene que aquellas noticias eran calumniosas y falaces, y mostraba su preocupación de que se propaguen con «gran perseverancia». En las líneas del ex Canciller no se especifica el o los medios por los cuales eran propagadas aquellas noticias. Sin embargo, a partir de una lectura atenta de todo el capítulo, se colige que el autor se refería a la prensa peruana como el principal medio de difusión de aquellas noticias.

[...] tales noticias calumniosas y falaces se hacían propagar con gran perseverancia, rompiendo así la unidad [...] .Como los partidos no calculan jamás en las consecuencias de sus actos, los que alzaron la enseña de la oposición, guiados por un civismo exagerado, no comprendieron, que acusando al gobierno sin pruebas y sin datos, acusaban a la Nación, a la que exhibían malamente, por que como ha dicho bien un célebre escritor, los pueblos son los que sus conductores y gobiernos (Ribeyro 1864b: 26-27).

Es importante apreciar que es la primera vez que el ex Canciller hace una referencia a la prensa peruana. En los tres libros publicados por él en 1864, el autor dedica densas líneas a tratar el tema de la prensa española y de la manera en la que afecta negativamente el proceso de negociaciones diplomáticas, notándose en cambio la ausencia de referencias a su homóloga peruana. ¿A qué se debería ahora el cambio? Eso respondería al nuevo contexto histórico en que dio a luz la última publicación, fechada en enero de 1865.

En aquel entonces, ante los ojos de la ciudadanía, el conflicto peruano-español parecía extenderse indefinidamente sin visos de pronta solución, mientras que las islas de Chincha permanecían bajo el poder de las autoridades españolas. Frente a tal contexto, en el Perú se había desarrollado una fuerte corriente de opinión pública que criticaba duramente el desempeño de las autoridades políticas del Perú de cara al conflicto con España, situación que no se presentaba con la misma intensidad tiempo atrás, cuando Ribeyro en su calidad de Canciller había publicado sus primeros tres libros. El clima de malestar generado entre la ciudadanía peruana era un tema que generaba preocupación a Ribeyro. Ante la amenaza de las pretensiones españolas, resultaba inquietante que en la sociedad peruana se produjese una situación de divisionismo y antagonismo, quebrándose la unidad interna que debería ser prioritaria.

De acuerdo con el ex Canciller, apenas producida la captura de las guaneras, «y ante la inminencia del peligro y ante la solemnidad de las circunstancias», la prensa depuso inicialmente «todos sus ataques» al Gobierno. Sin embargo, según su testimonio, en los días posteriores, aquellos «ataques» de la prensa se reanudaron con aún mayor intensidad que antes:

La prensa había tomado un aspecto alarmante en los días posteriores a la ocupación de las Islas, porque si bien al principio depuso la oposición todos sus ataques ante la inminencia del peligro y ante la solemnidad de las circunstancias, reapareció después con más brío en contra del Gobierno. No es mi ánimo sostener debates acerca de la conveniencia de los escritos, en contradicción con el Gabinete en los momentos de común aprieto; pero creo sí y con mucha fe, que en casos como el que nos ocurre a la sazón, la homogeneidad de miras, de sentimientos y de esfuerzos es el mejor arbitrio y la más indisputable medida que puede emplearse, para resistir a



enemigos que a todos sin excepción nos humillan e insulta, dejando para más tarde las reconvenciones y los cargos contra funcionarios que no hubiesen llenado bien sus puestos, ni colocándose a la altura de los sucesos. [...] (Ribeyro 1864b: 27-28).

Tengamos presente que Ribeyro ejerció el cargo de Ministro de Relaciones Exteriores desde abril de 1863 a agosto de 1864. Su salida del gabinete se produjo como repercusión directa del clima de malestar generado en la ciudadanía. De acuerdo con el ex Canciller, fue en los días posteriores a la captura de las guaneras cuando la prensa peruana tomó «un aspecto alarmante». Sin embargo, la presente investigación ha hecho notar que en los tres primeros libros que Ribeyro publicó siendo Ministro, no hay referencias sobre la agitación de la prensa peruana en contra del Gobierno en los días posteriores a la captura.

La presente investigación sostiene que la agitación de la prensa peruana en contra de las autoridades políticas no se produjo de un momento a otro, sino que paulatinamente fue aumentando su virulencia hasta que desembocó finalmente en un clima de malestar generalizado que terminó con la salida del Canciller. Ribeyro debió cometer un error de apreciación cuando en enero de 1865 sostuvo que la prensa «tomó un aspecto alarmante en los días posteriores a la ocupación de las Islas». Su visión de retrospectiva pudo verse afectada a partir de su salida del gabinete y en el contexto de agitación por parte de la prensa peruana que se estaba experimentando en el momento en que fue publicado el libro.

Sin embargo, es importante destacar que una constante de Ribeyro es su preocupación por las publicaciones de la prensa española sobre el Perú, y cómo aquella predispone a un enturbiamiento en el panorama diplomático:

[...] Por primera vez ocupóse el diarismo de ultramar de los asuntos de estas regiones, que consideraban encenegadas [Sic] en los vicios de una vida vagabunda, por primera vez se nos ha antepuesto a los gobiernos fuertes, y por primera vez hemos visto prevalecer el débil valer de las repúblicas hispanoamericanas sobre los antiguos y poderosos resortes de la política europea. [...] (Ribeyro 1864b: 29-30).

Juan Antonio Pezet escribió durante su exilio las memorias de su gestión en relación al conflicto diplomático peruano español. El libro fue

publicado en París en 1867, bajo el título de *Exposición del general Don Juan Antonio Pezet, ex presidente del Perú*. En el preámbulo Pezet afirmó que durante más de un año optó por permanecer en silencio en relación a los acontecimientos relativos al conflicto peruano-español, los cuales provocaron su caída. Aquella decisión se debió al contexto de la guerra a España, para así no contribuir a la acusación de ser, «más que el defensor enérgico de la libertad peruana el aliado de los enemigos de la patria». Al interior del texto es posible identificar numerosas referencias en torno a la agitación periodística que se vivía en el Perú y la capacidad de ejercer influencia de la opinión pública en la toma de decisiones gubernamentales.

Una de las primeras referencias gira en torno al impopular nombramiento de Manuel Ignacio de Vivanco como Plenipotenciario del Perú en España en 1863. Su nombramiento causó el rechazo de los miembros del bando liberal, quienes lo acusaban de ser un hispanófilo. De acuerdo al testimonio, las críticas que generó el nombramiento llevó al ex presidente a aplazar la partida de Vivanco a Europa. El episodio finaliza con unas reflexiones sobre lo complicado que resultaba realizar una elección que sea de la satisfacción tanto del Gobierno como de la ciudadanía.

Resolví, pues [Sic], cuando ejercí el mando, acreditar como Plenipotenciario en Madrid al Gral. D. Manuel I. de Vivanco, como al hombre a quien una proverbial honradez y notorios talento e hidalguía me presentaban como el más aparente para desempeñar esa delicada misión. Tal nombramiento fue encarnizadamente combatido por el partido *liberal* que acusaba al ministro nombrado, de muy *adicto* a España, sin recordar que la espada del general Vicanco [Sic] había brillado en los campos de Ayacucho y que las simpatías de raza jamás predominan en las almas nobles y honradas en los casos en que pugnan con los deberes del honor y con el amor a la patria.

Si de algo puede acusarme en este particular, es de haber aplazado el envío del general Vivanco, esperando que acallara la grito de los impugnadores de su nombramiento, pues más tarde las insistencias del Gobierno para que ese general marchara, escollaron contra las invencibles resistencias de voluntad que él opuso para aceptar entonces el mandato

Muy lejos estoy de agraviar a los hombres de Estado del Perú, considerando al Gral. Vivanco como al único que pudiera haber merecido la confianza del Gobierno, para esa plenipotencia, pero nadie dejará de confesar cuán embarazosa es, en semejantes casos, una elección que, no solo satisfaga al Gobierno, sino que, siendo de las simpatías de la mayoría nacional, pudiera también ganarse las del gobierno, cerca del cual iba acreditado y dar así provechosos resultados de sus operaciones (Pezet 1867: 16-17).

Más adelante, luego de haber presentado un extenso recuento de todos los preparativos bélicos que se realizaron durante su mandato, Pezet aborda el tema de su preocupación por obtener las muestras de solidaridad entre las repúblicas hispanoamericanas. A continuación el autor realiza una mención especial de Chile, país donde las manifestaciones públicas a favor del Perú tuvieron como consecuencia la salida de Manuel Antonio Tocornal, Ministro de Relaciones Exteriores de Chile. En el país sureño la población mostró su simpatía con la causa peruana, generando un movimiento de opinión pública solidaria con el Perú y contraria a las pretensiones españolas en América.

No contento con eso, el gobierno procuró además fortalecerse con la ayuda de las repúblicas vecinas. A todas comunicó el estado de la cuestión interesándolas en su causa; pero siendo Chile la más próspera y mejor preparada para el caso, solicitó expresamente su cooperación, con tanta mayor confianza cuanto que el pueblo chileno se había pronunciado en nuestro favor, y hecho manifestaciones tan enérgicas que ocasionaron nada menos que la dimisión del Señor Tocornal, Ministro de Relaciones Exteriores. [...](Pezet 1867: 29).

Resulta interesante destacar la manera en la que Pezet apreció la apertura de la legislatura ordinaria del Congreso, en julio de 1864. Por motivo de la ocasión, el Ministro de Relaciones Exteriores había presentado una memoria especial acompañada de toda la documentación relativa al conflicto peruano-español. De acuerdo con el ex presidente, las autoridades del ejecutivo esperaban el apoyo de los legisladores para enfrentar el complicado panorama internacional. Sin embargo, «las exageraciones de la opinión común» se habían trasladado a los representantes del legislativo, no permitiendo que se llegue a un consenso en torno a la manera de abordar el conflicto diplomático peruano-español. Pezet señala que «la prensa belicosa y las pasiones encendidas por esta» eran un elemento de tensión que repercutían en la toma de decisiones al interior del Congreso:

Reunióse el Congreso nacional ordinario en Julio de 1864, y se le dio cuenta de la cuestión en una memoria especial, acompañando todos los documentos conexados con el asunto de España. Esperaba el gobierno que el cuerpo legislativo, discutiendo en calma la materia, le ayudase con la sabiduría de sus consejos y la fuerza moral de su autoridad suprema, a dominar la penosa situación; pero las exageraciones de la opinión común ya recibida, habían penetrado también en el Seno de las Cámaras, y a pesar de las buenas disposiciones de la mayoría, hicieron imposible el acuerdo de una solución explícita y determinante, cual provenía a la gravedad del caso y a las dificultades en que se veía envuelto el Poder Ejecutivo. Tal era el

estado de los ánimos y la presión que sobre ellos ejercían la prensa belicosa y las pasiones encendidas por esta, que un diputado moderado por carácter, de posición independiente y sanas doctrinas políticas, increpó al gobierno con vehemencia y precisa, de paz o de guerra, sin lo cual, decía, no era dable que el Congreso deliberase (Pezet 1867: 29-30).

El ex presidente dedicó unas líneas a tratar el tema del «estado político interior» que se vivía en el Perú al iniciarse el conflicto diplomático. De acuerdo con Juan Antonio Pezet, en los primeros instantes de la cuestión española, «los partidos» pospusieron sus diferencias con miras a enfrentarse unidos al enemigo extranjero. Sin embargo, todo aquello resultó ser «una falsa tregua que había de romperse pronto». El ex presidente describe con durísimas palabras la situación que se desarrolló en los siguientes meses, lamentando que aquellos «combates de odio encarnizado» conducían al debilitamiento del país frente a la amenaza española. El autor describe así el panorama suscitado en aquel entonces:

[...] Grande, activo, insólito, fue el calor de las gentes en todo aquel periodo memorable: crujía la imprenta, formábanse clubs, multiplicábase las juntas populares, peroraban los tribunos, agitábanse las turbas, ardían los ánimos, se conmovían los pueblos

¿Era el fuego sagrado que se transmitía de pecho en pecho para alzar los corazones a la abnegación heroica, y estrecharlos en torno al gobierno para la salvación de la República? ¡No! [...] Eran las mil teas de la furiosa discordia que prendían el fuego abrasador de todas las pasiones insanas! Las lenguas de la calumnia se desataron contra el gobierno; todos los ciudadanos que participaban de la autoridad ejecutiva eran llamados traidores a la patria; las Cámaras legislativas resonaban con las más odiosas acusaciones; el pueblo era públicamente instigado a tomar por sí, como soberano, la reparación del honor nacional que se decía sacrificado por mí; y nada, en fin, se omitía de cuanto podía concitar a la desobediencia y al desorden, despojando así al poder público del primer elemento de fuerza que le era indispensable para resistir al enemigo común. La causa ostensible de este vértigo, de este furor lamentable, era que el Poder Ejecutivo no se había prestado a declarar inmediatamente la guerra a España, punto del que trataré más tarde; pero la causa secreta, el motivo real, el objeto verdadero de tanta exaltación y cólera, era revolver los pueblos y arrastrarlos a la rebelión, utilizando para ésta los odios despertados contra España. De esta suerte el gobierno, combatido de fuera, sentía tronar dentro la tempestad que se armaba contra su poder; tempestad inevitable, ora se decidiese a la guerra, otra ajustase la paz con la antigua metrópoli (Pezet 1867: 36-37).

En otra sección del texto Pezet aborda el tema de la anómala situación en la que se hallaba el Perú durante el desarrollo del conflicto peruano-español, una situación que no era propiamente ni de paz ni de guerra. El autor sostiene que era preferible evitar la guerra, y deseaba con preferencia un arreglo que estuviese conforme con la dignidad de la República. Sin

embargo, en la opinión pública se continuaba interpretando los acontecimientos del Pacífico como un intento de reconquista española. El ex presidente sostiene que los revolucionarios se aprovecharon de tales temores para explotarlos en su beneficio, y lograr así socavar su régimen.

La cuestión española tomó al fin su verdadera forma; despejada ya de las proporciones gigantescas con que se la había presentado al principio. Las repúblicas vecinas se tranquilizaban, los gobiernos americanos desechaban todo temor, y el Congreso que los representaba en Lima, indudablemente, había dado al viento sus zozobras. La idea de usurpación y reconquista solo quedaba ardiendo en la multitud, agitada por el genio revolucionario que la explotaba, en provecho de la ambición, para derribar las instituciones legítimas (Pezet 1867: 49).

Más adelante, en el capítulo titulado “La Revolución y el Gobierno”, Pezet realiza una interesante referencia en torno a la animadversión que sentían los nacionalistas peruanos en relación a España. El ex presidente sostiene que en el Perú no se había disipado del todo el sentimiento antiespañol, herencia de las guerras de independencia. Entonces, en el contexto del conflicto diplomático, en el Perú se despertaron con más encono que antes los odios hacia los «antiguos dominadores». Aquel sentimiento antiespañol fue aprovechado por los revolucionarios para exaltar a la población en contra del régimen y sus autoridades. «El entusiasmo patriótico cundió confundido con la pasión» y los intereses públicos con los «intereses de la ambición demagógica». En la opinión pública habían tres ideas que generaban exaltación entre la población: La idea de la reconquista, los recuerdos de la aborrecida dominación española y la memoria de las hazañas de la guerra de la independencia:

Mas el asunto de España había dado al partido revolucionario ocasión y medios de allegar prosélitos, que no le dieran, por cierto, las cuestiones meramente domésticas. No disipados del todo, reaparecieron más enconados, si cabe, los odios contra nuestros antiguos dominadores; y los enemigos del gobierno se apresuraron a excandecerlos y explotarlos en su provecho. ¡Ciega pasión, la más ciega de cuantas se apoderan del corazón del hombre! Si el conflicto hubiese ocurrido con el imperio británico o con el francés, desde luego que no habríamos visto ese fervor general que se hizo sentir por todas partes, como no lo vimos en 1844 y 1858, cuando tan duramente fuimos tratados por aquellos gobiernos poderosos. Con España era diferente. La idea de la reconquista generalizada de propósito, el recuerdo de la aborrecida dominación española y la memoria de nuestras espléndidas hazañas de la independencia, de tal manera obraban sobre los ánimos, que se creía tan fácil vencerla hoy en el Océano como, en otro tiempo, en los gloriosos campos de Ayacucho, y nadie podía convencerse de que fuese posible tratar con esa monarquía sin deshonor y sin oprobio. El entusiasmo patriótico cundió confundido con la pasión, y los intereses

públicos, malamente comprendidos, aparecieron identificados con los intereses de la ambición demagógica. [...] (Pezet 1867: 98).

Otra referencia del libro de Pezet gira en torno a las medidas que durante su régimen se adoptaron para contrarrestar el movimiento revolucionario. Entre las medidas adoptadas se encuentra las limitaciones a la libertad de imprenta. Con tal medida se buscaba conseguir que los impresores y periodistas no publicaran artículos que incitaran a la rebelión. Para el ex presidente, resultaba necesario detener aquellas «publicaciones incendiarias» que generaban alteraciones en el orden público y erosionaban su régimen.

Otra de las medidas fue la que se dictó respecto de la imprenta, contraída a intimar a los impresores y periodistas que se abstuvieran de publicar producciones sediciosas o que de cualquiera manera afectasen al orden público, y a cerrar las imprentas cuyos propietarios o directores no hubiesen prestado la fianza ni cumplido las demás condiciones que para el caso prescribían los reglamentos de policía vigente. Esta última disposición era legal; y la otra, aunque no lo fuese estrictamente, era necesaria para evitar el mal que hacían las publicaciones incendiarias que se repetían todos los días para desmoralizar al ejército y al pueblo y lanzarlos en la insurrección. Consentir esa licencia escandalosa de la prensa en los momentos de mayor agitación y peligro, habría sido una debilidad indisculpable, propia solo de un gobierno que no comprendiese la trascendencia de sus deberes, o que tuviese en poco la ruina de la sociedad policía que le había encomendado su seguridad y reposo (Pezet 1867: 110).

A continuación el ex presidente justificó las medidas de represión tomadas durante su gobierno. De acuerdo con él, la gravedad de las circunstancias extraordinarias que estaba atravesando la República lo convenció para en más de una ocasión salirse de la legalidad en la defensa de su régimen. Se pasaron por alto los procedimientos judiciales estipulados por las leyes peruanas al momento de emprender acciones en contra de sus detractores. Pezet deja testimonio de las duras medidas represivas adoptadas en contra de quienes fueron calificados por él como «escritores silenciosos y anarquistas», además de los «conspiradores». El ex presidente estaba preocupado de la presencia en el Perú de una opinión pública contraria a su régimen.

Se dirá que para esos casos las instituciones del país trazan medios de represión, que debieron emplearse contra el Mariscal Castilla y demás conspiradores, y contra los escritores licenciosos y anarquistas, entregándolos a los tribunales para que fuesen juzgados y castigados según las leyes; a lo que contesta la misma Constitución de la República, la cual estableciendo las facultades extraordinarias para los tiempos de peligro público, reconoció que las perezosas formas de procedimiento judicial no eran freno suficiente para contener las conspiraciones, y que trastornado el orden legal, era forzoso proceder discrecionalmente contra los

trastornadores, so pena de alentarlos y fortalecerlos en la criminal empresa (Pezet 1867: 110-111).

Prosiguiendo con la justificación de sus polémicas medidas, el ex presidente expone lo que hubiese pasado en caso que haber decidido procesar a los escritores y conspiradores en los tribunales ordinarios. De acuerdo con el autor, en ambos casos los acusados hubieran salido libres al poco tiempo, motivándolos luego a emprender acciones aún más osadas en contra de las autoridades peruanas. Pezet sostiene que la «causa pública» demanda que se tomen «medidas breves, oportunas y enérgicas que corten el mal antes de propagarse», logrando así contener las revueltas. Nótese la relación que el ex presidente establece entre los escritores y las revueltas.

[...] ¿Qué habría resultado de la acusación de los escritores y de la entrega de los conspiradores a los tribunales ordinarios? En el primer caso los jurados, irresponsables y compuestos de individuos simpáticos, por lo menos, con la causa revolucionaria, los hubieran absuelto inmediatamente, infundiéndoles con la absolución nueva osadía para volver a su tarea. En el segundo, no hallando los jueces las pruebas materiales en virtud de las cuales tienen que fallar conforme a las leyes, hubiéranse visto obligados a sobreseer en el procedimiento y a decretar la libertad de los conspiradores, los que alentados con ese triunfo y presentándose al pueblo como víctimas meritorias de una persecución oficial, se habrían lanzado con mayor brío en la obra de la conspiración. La causa pública lo que pide en tales circunstancias no es enjuiciamientos ni castigos, sino medidas breves, oportunas y enérgicas que corten el mal antes de propagarse, que quiten el poder de dañar a los perturbadores de la paz y den prestigio y fuerza al gobierno para restablecer la seguridad común y el imperio de la ley. Los juicios y los castigos son buenos para ejemplar y escarmiento, no para prevenir y contener las revueltas; y lo que interesa a la sociedad es precisamente contenerlas y prevenirlas (Pezet 1867: 111).

A continuación abordaremos el libro de José Arnaldo Márquez, titulado *El Perú y la España Moderna*, el cual fue pionero en dos aspectos claves. Por un lado fue el primer libro que ofreció una primera visión panorámica de la historia de las relaciones diplomáticas entre Perú y España, correspondiente a las primeras cuatro décadas posteriores al final de las guerras de la independencia americana. Por el otro, fue el primer estudio histórico que propuso la tesis de la reconquista de América como uno de los móviles principales detrás del origen del conflicto peruano-español.

El libro fue publicado en la imprenta de la calle La Rifa, poco tiempo después de producido el combate de Dos de Mayo. Al igual que Juan Antonio

Ribeyro, Arnaldo Márquez tuvo el privilegio de hacer uso de la imprenta que había sido adquirida recientemente por las autoridades peruanas para reemplazar a la ubicada en Palacio de Gobierno. El libro tuvo un carácter oficioso, ya que su contenido correspondía al de la visión histórica oficial promovida por Mariano Ignacio Prado. Así, la obra fue publicada con plena complacencia y aprobación de parte de las autoridades gubernamentales.

En relación a este punto, Pezet advirtió que en el Perú había mucha preocupación ante la posibilidad que España intentara emprender la reconquista de sus antiguos dominios americanos. En su opinión, aquel temor fue hábilmente explotado por los revolucionarios para ganar nuevos adeptos al bando rebelde. Una vez que Prado asumió el Mando Supremo del Perú, la tesis de la reconquista de América se integró al discurso oficial y tuvo un papel fundamental al otorgar legitimidad al nuevo régimen y justificar tanto el derrocamiento de Pezet así como la nulidad del Tratado Vivanco-Pareja y la declaración de guerra a España. El Gobierno de Prado buscaba ganarse la simpatía y adhesión de la opinión pública tanto del interior del país como del extranjero, y la obra de Arnaldo Márquez resultaba ser una contribución significativa a los esfuerzos gubernamentales. Aquellas circunstancias explican que el libro fuera escrito usando un lenguaje apasionado, parcializado con la postura peruana del conflicto y no pocas veces sesgado por el sentimiento nacionalista.

En el texto es posible identificar referencias en torno a las publicaciones tendenciosas de la prensa española, reflexiones sobre la opinión pública generada en América y Europa, así como la manera en que la conducta del gobierno peruano iba en sentido contrario a la opinión pública.

Una primera referencia la encontramos al comenzar el capítulo VI, que lleva el título de «Nueva Inmigración – Prensa Española». De acuerdo con Márquez, luego de que el Perú hiciera sentir su voz de protesta contra las intervenciones españolas en Santo Domingo y en México, a las costas peruanas empezó a arribar una nueva inmigración española «que en nada se parecía a la antigua y honrada población peninsular residente en el país». Aquellos nuevos inmigrantes son calificados por el autor como «turba de



aventureros» y «repugnantes huéspedes», algunos de los cuales decidieron retornar a España mientras que otros optaron por permanecer en el Perú.

De acuerdo con Márquez, el resentimiento y la codicia de ambos grupos de españoles los llevaron a impulsar una «guerra de calumnia y difamación contra el Perú». La prensa española empezó a publicar una serie de polémicos artículos cuyo contenido era provisto por los inmigrantes residentes en el Perú. Aquellos escritos buscaban formar entre los lectores europeos una opinión pública negativa hacia el Perú y sus autoridades:

El despecho de los que se iban y la depravación de los que aún quedaban entre nosotros, se aliaron para emprender una guerra de calumnia y difamación contra el Perú, que al mismo tiempo que satisfacía su venganza, debía allanar el camino a las pretensiones de su codicia. La prensa española, dentro y fuera de España, se puso a arrojar lodo a manos llenas sobre el nombre de nuestra patria, y comentó en todos los tonos imaginables las correspondencias que recibía de sus compatriotas en el Perú: correspondencias en que no se sabe qué admirar más, si la audacia o la multiplicidad de las calumnias (Márquez 1866: 37-38).

En relación a este punto Márquez anota unas reflexiones en torno al grado de validez que tendrían los juicios y las opiniones emitidas por los inmigrantes europeos radicados en América. De acuerdo con el autor, existe una «perniciosa influencia que ejerce en Europa una parte de la población extranjera residente en las repúblicas americanas». La inmensa mayoría de los inmigrantes europeos presentan tres características principales: En primer lugar, poseen bajos niveles de instrucción y educación. En segundo lugar, se hayan influidos perniciosamente por los hábitos y preocupaciones de las tradiciones monárquicas, propias de sus países de procedencia. Finalmente, los inmigrantes mantienen una predisposición adversa a las instituciones republicanas, ante las cuales no se encuentran familiarizados. Si bien el autor destaca que los inmigrantes pueden ser personas inteligentes y trabajadoras, aquellos no resultan ser las personas más idóneas para juzgar sobre la condición política y social de las repúblicas que los acogen. El autor destaca lo importante que resulta contar con niveles de educación e instrucción adecuados para poder emitir una opinión válida sobre el acontecer en el Perú:

Antes de pasar adelante es necesario consignar un hecho, por ser la única explicación de la importancia que llegaron a alcanzar esas inicuas maquinaciones. Este hecho es la perniciosa influencia que ejerce en Europa una parte de la población extranjera que reside en las repúblicas americanas. La emigración europea que viene al Perú, lo mismo que la que

va a cualquier otro país, no se compone, por cierto, de hombres de Estado ni de filósofos ni de literatos. Hombres trabajadores e industriosos, aunque sean inteligentes, no son los mejores jueces de la condición política y social de una nación, si no han recibido una enseñanza de que por lo común no disfrutaban en Europa las clases a que ellos pertenecen en general. Gran número de los emigrados no sabe leer: un número mayor carece de instrucción media; muy escasos son los que han recibido la superior; y casi ninguno está libre del influjo de los hábitos y preocupaciones heredados bajo el sistema monárquico, y de cierta predisposición adversa a nuestras instituciones como que son enteramente extrañas a la organización de los países europeos (Márquez 1866: 38).

El autor insiste que las apreciaciones de los inmigrantes europeos de temas que no son capaces realmente de comprender y entender resultan erróneas e inexactas. La prensa difunde las impresiones recogidas de tales inmigrantes, generándose desinformación entre los lectores, y promoviendo la publicación de ataques y artículos apasionados. Así, de acuerdo con Márquez, para que las personas puedan ser partícipes de la opinión pública, es necesario que cuenten con adecuados niveles de educación e instrucción, de lo cual carecen la mayoría de los inmigrantes europeos.

La observación anterior es aplicable a la gran mayoría: esto es, a los individuos que procediendo de buena fe juzgan del estado de nuestra república sin suficiente aptitud y con los datos más incompletos. No es de admirar que sean inexactas las apreciaciones que hacen de hechos que no pueden conocerse a fondo, es decir, tanto en los principios en que se fundan como en las circunstancias que influyen en su aplicación; ni que, faltos de experiencia, se hagan a menudo el eco de las opiniones apasionadas y los justos ataques de nuestra prensa periódica tan agitada por el espíritu de partido aun en las situaciones más graves; porque mal podrían evitar el caer en tales errores en un país extranjero, aquellos que difícilmente acertarían a hacer una apreciación fundada del suyo propio (Márquez 1866: 38-39).

De acuerdo a sus apreciaciones, Márquez hace énfasis en el gran desconocimiento e ignorancia de la gran mayoría del público europeo sobre los asuntos americanos en general. Por tal motivo, cuando la prensa europea difunde noticias erróneas sobre los últimos acontecimientos sucedidos en el Nuevo Mundo, la credulidad de los lectores no les permite percatarse de lo dudosa que es tal información.

La población europea recibe, pues, sus informes de la correspondencia de estos compatriotas suyos; y como la ignorancia de todo lo relativo a las nuevas repúblicas americanas es tan absoluta en Europa, que hasta en las clases más educadas y aun entre los hombres de Estado, no se sabe si los americanos estamos vestidos de plumas, o si el Amazonas es la capital de las Chinchas; aquellos informes, por erróneos y extravagantes que sean, encuentran la acogida y obtienen el influjo que no puede negarles la credulidad consiguiente a tan perfecta ignorancia (Márquez 1866: 39).

Si bien Márquez sostiene que las apreciaciones políticas de los inmigrantes europeos tienen una influencia negativa, tales efectos serían matizados por las buenas referencias que aquellos mismos brindan sobre la prosperidad del comercio y la industria en América. Sin embargo, en la prensa europea se continúa presentando en la mayoría de casos una imagen distorsionada de la realidad americana. Son dos los elementos que permiten aquella situación. Por un lado, los maliciosos elementos extranjeros radicados en América transmiten informes malintencionados a Europa, y por otro lado a los crédulos lectores europeos que ignoran sobre los asuntos del Nuevo Mundo:

No obstante, esos corresponsales de buena fe al transmitir sus opiniones, se ocupan de dar cuenta de la situación más o menos próspera en que se encuentra su industria o su comercio, y ofrecen de este modo un correctivo a la desfavorable influencia de sus apreciaciones políticas. Pero hay en toda inmigración cierto número de hombres de mal carácter, de aventureros desalmados, candidatos a penitenciaría o al patíbulo, cuya presencia neutraliza y a veces supera con su funesto contacto el influjo de las buenas costumbres y de los hábitos de trabajo [Sic] y economía que traen sus compatriotas a nuestro país. [...] La perversidad de estos encuentra ya preparado el terreno por la ignorancia de los otros; y reunidos ambos esfuerzos, presentan a la población de allende el Atlántico una fuente impura y bastarda de datos para juzgar el carácter y la civilización de esta y las demás repúblicas de Sud- América (Márquez 1866: 39).

Márquez aborda el borrascoso tema de las indemnizaciones que los súbditos europeos planteaban ante los gobiernos americanos. De acuerdo con el autor, es posible hablar de una alianza entre «ignorantes, aventureros y editores», quienes unen sus esfuerzos para que sus demandas reciban las simpatías de la opinión pública europea. Las grandes potencias europeas presionan a los gobiernos americanos en el cumplimiento de las reparaciones exigidas por sus súbditos, llegándose al extremo de auspiciar intervenciones armadas.

Cuando sucede que haya en Europa cualquier individuo relacionado con la prensa periódica e interesado en propagar la difamación para allanar el camino a los abusos de la fuerza y obtener alguna opulenta *indemnización*, esas correspondencias equivocadas, o falsas, o absurdas, se elevan a la categoría de documentos cuasi-oficiales y son lanzados a circular en el vasto campo de la opinión pública. Formase, pues, una *triple alianza* de ignorantes, aventureros y editores, cuya acción llega a invadir las regiones más elevadas de la sociedad y del gobierno, y acaba por poner en movimiento las escuadras y los ejércitos y por encender la guerra en los más remotos confines del mundo.

[...]

Tantas infamias han sido necesarias para desacreditar nuestros países, atraerles el desprecio del mundo y convertirlos en fáciles víctimas de una explotación que no tiene nombre. Ya sabemos en América lo que significa la industria de *reclamaciones por indemnización*: sépase en Europa cuales son los medios de que se vale, para que se pueda juzgarla en toda su cínica deformidad (Márquez 1866: 40-41).

En opinión de Márquez, el Gobierno Peruano tuvo que haber reclamado de manera oficial en contra de «los ataques calumniosos» publicados en la prensa extranjera. El autor hace notar que no en todos los países europeos rige el principio de la libertad de imprenta. En tales lugares el contenido de las publicaciones periódicas tiene que pasar previamente por la censura de la autoridad. Estas últimas estaban permitiendo que fueran publicados en sus países «los ataques calumniosos», generando fuerte impresión en los lectores. El gobierno peruano no tuvo que haber permanecido indiferente ante tal situación. En última instancia, hubiese sido positivo que las autoridades peruanas emprendieran una campaña informativa que neutralizara los artículos tendenciosos. De acuerdo con Márquez, resultaba importante que el Gobierno Peruano dispusiera de los medios de publicidad adecuados que les permitiera difundir su postura ante la opinión pública europea:

Acostumbrados como estamos a no dar a las exageraciones de nuestra prensa periódica más importancia que la que merecen, y a mirar con indiferencia y menosprecio los abusos a que da lugar el derecho de la libre expresión del pensamiento, hemos dejado pasar al principio los ataques calumniosos de la prensa extranjera, considerándolos, poco más o menos, como a los que suelen aparecer en nuestro propio país. Este desprecio envolvía un grave error; porque no siendo libre la imprenta en todos los países europeos, pudimos y debimos reclamar *oficialmente* contra tales publicaciones, que por haber pasado por la censura previa de la autoridad, habían recibido de este modo una sanción que aumentaba en alto grado su influjo en el público. A lo menos debimos contraernos a rechazar y desmentir esas acusaciones y calumnias con la misma perseverancia con que eran forjadas y puestas en circulación: valiéndose de iguales o mejores medios de publicidad que nuestros enemigos. La negligencia en que hemos incurrido a este respecto es tanto más grave, cuanto que ese espíritu de difamación se extendía a todo lo que influye en el crédito moral de nuestra patria, desde el gobierno hasta los tribunales de justicia, desde el hogar doméstico hasta el carácter, las costumbres y los gustos de la sociedad. Las exageraciones desatendidas al principio sirvieron de base a las mentiras, y estas a poco esfuerzo produjeron y garantizaron la calumnia, hasta que al fin la opinión pública de Europa llegó a considerarnos en globo como un conjunto de tribus semisalvajes (Márquez 1866: 41).

Márquez asegura que agentes españoles pusieron en práctica un plan que buscaba generar un clima propicio para el rompimiento entre los gobiernos de España y el Perú. Por un lado, los súbditos de Isabel II presentaron ante las autoridades peruanas un número elevadamente inusual

de reclamaciones por concepto de indemnizaciones. Por otro, en la prensa española aumentaron «los ataques calumniosos» contra el Perú. Véase la relación que establece el autor entre el accionar de los agentes españoles y la publicación de artículos negativos en detrimento del Perú:

Más de una vez ha resonado en el recinto de algunas asambleas de Europa la palabra crédula o interesada que repetía las odiosas acusaciones de la prensa; y ya se concibe cuán fácil había de ser al gobierno de España explotar las circunstancias de que hemos hecho mención, para preparar y consumir el atentado en grande escala de que iba a ser teatro el Pacífico.

No una serie imposible de coincidencias sino un verdadero plan en que se relacionan perfectamente el fondo y cada uno de los pormenores, hizo que crecieran y se multiplicaran las pretensiones de los súbditos españoles contra el gobierno del Perú: pretensiones exageradas y absurdas que no podían menos que ser rechazadas de la manera más explícita, con tanta mayor justicia cuanto que muchas de ellas tenían por origen la participación de esos extranjeros en las cuestiones de política interior y en las guerras civiles que habían agitado a la república. A este movimiento correspondía una recrudescencia igual en los ataques de la prensa española; y el conjunto de uno y otros revelaba el hecho, hasta entonces oculto, de la nación incesante de agentes enviados por el gobierno de España. Los esfuerzos para reparar cualquiera complicación que condujese a un rompimiento eran infatigables, y no tardó en presentarse una ocasión que se prestaba a ser explotada a favor del odioso designio (Márquez 1866: 42-43).

Ahora bien, en lo que respecta al capítulo VII, que lleva por título “La Expedición Científica”, el autor sostiene que en la prensa española publicó diatribas dirigidas en contra de las mujeres del Perú en el momento en que la Expedición Científica se hallaba frente a las costas americanas. Tales ofensas habrían contribuido a aumentar el clima de animadversión en la opinión pública del Perú con respecto a España:

La prensa española se ha engalanado con algunos pasquines lanzados bajo la forma de una correspondencia epistolar desde la escuadrilla, cuyo principal objeto era vilipendiar el honor y escarnecer el carácter de nuestras compatriotas. El bello sexo de Lima fue particularmente el blanco de los más soeces y cobardes insultos de esos corresponsales a bordo, sobre cuya cabeza ondeaba el pabellón de la patria de Isabel II.<sup>58</sup>

En el capítulo VIII, titulado «El Suceso de Talambo», José Arnaldo Márquez insiste una vez más en su afirmación con respecto al plan trazado por los agentes españoles para precipitar la ruptura entre el Perú y España. Aquello es por motivo del nombramiento de José Merino Ballesteros como vicecónsul en Lima. Aquel personaje participaba en

---

<sup>58</sup> Ibíd, p.45-46.

coordinación con sus hermanos radicados en España en la publicación de artículos negativos sobre el Perú en la prensa europea:

Por extraño que parezca, es un hecho que el gobierno de España había nombrado en 1863 vicecónsul en Lima al más encarnizado de los corresponsables que militaban en la cruzada de la difamación contra el Perú. El ministro de relaciones exteriores no podía someterse a semejante insulto, y devolvió la patente expresando la resuelta negativa del gobierno a concederle el *exequátur*. Nada había, sin embargo, en tal nombramiento que no fuese consecuente con el plan de suscitar al Perú todo género de dificultades y de arrastrarlo a todo trance a un rompimiento (Márquez 1866: 50).

Más adelante, Márquez expone los pormenores del incidente de la hacienda de Talambo. El autor sostiene que el incidente ha sido abordado de manera exagerada por la prensa española. Tal imagen parcializada y distorsionada de los sucesos ha sido difundida en Europa, generándose un movimiento de opinión pública que proyectaba una imagen negativa sobre el Perú:

Tal es en resumen el acontecimiento de Talambo, sin alterar un ápice de la verdad de los hechos: tal es el incidente a que a dado la prensa española tan exageradas y monstruosas dimensiones, que la opinión pública ha lanzado un grito de horror e indignación contra el Perú.

[...] Todo ha sido adulterado, desfigurado, revestido de las formas más abominables: la prensa de España, dócil a la acción de los especuladores políticos, llenó con sus lamentos el ámbito de Europa; y las calumnias española en traje de duelo, desgarró sus vestiduras, se cubrió de ceniza la cabeza, y enseñando la mentida narración de la hecatombe inmolada por la ferocidad del pueblo del Perú, lo señaló a la execración, y al desprecio de todas las naciones civilizadas (Márquez 1866: 53-54).

En lo que respecta al capítulo XII, que lleva por título «Romance del Comisario.— La Triunfo», José Arnaldo Márquez hace una referencia importante sobre la expectativa generada entre la población peruana a partir del incendio de la Triunfo. La pérdida de aquella nave significó un duro revés para la Escuadra Española, quien a partir de ese momento se encontraba en una situación vulnerable frente a un ataque de la Marina de Guerra del Perú. Ambas fuerzas navales se encontraban en una situación bastante equilibrada en caso de presentarse un combate. De acuerdo con el autor, la opinión pública clamaba que fuesen atacadas las posiciones españolas antes que arribaran al Pacífico los refuerzos despachados por las autoridades madrileñas. Sin embargo, el Gobierno Peruano desestimó aquellos pedidos, optándose por

permanecer en una situación expectante, que sin duda resultaba sumamente impopular para la mayoría de la población:

A pesar de la inercia del gobierno y gracias a la presión ejercida sobre él por el entusiasmo popular, la exigua marina de guerra peruana había recibido algunas mejoras, de regular importancia; de manera que al recibirse en Lima la noticia de la pérdida de la *Triunfo*, quedaban en tal proporción las dos escuadrillas, que cualquier gobierno inspirado por motivos menos innobles, habría intentado un ataque inmediato para vengar el honor de su nación, [...].

El mismo contralmirante español esperaba de un momento a otro ver presentarse los buques peruanos en las aguas de las islas: la opinión pública dejó oír un clamor unánime en favor de una expedición que apresara o destruyera a la escuadrilla española; y el congreso mismo ordenó al Ejecutivo que procediese en un plazo de pocos días a ejecutar la empresa que el honor de la nación y su propio deber le señalaban (Márquez 1866: 82).

Más adelante, en el capítulo XIII, que lleva por título «Traición a la Patria», Márquez realiza una interesante apreciación en torno a las «influencias favorables a la política de unión y fraternidad con el pueblo español» que, de acuerdo con él, surgieron en el Perú en la década de 1840. Fue en tal contexto cuando Bartolomé Herrera «pronunció el panegírico de España», en el sermón del aniversario de la independencia del Perú. De acuerdo con el autor, Bartolomé Herrera en su papel de educador fue el principal difusor entre la juventud de «las teorías más adversas al espíritu de las instituciones republicanas y democráticas que forman el credo político del Perú». Los alumnos del «ultramontano predicador» fueron influenciados por tales ideas políticas, produciendo veinte años después «sus naturales amargos frutos». En opinión de Márquez, fue entre los discípulos de Bartolomé Herrera «donde buscó y obtuvo los instrumentos de la reacción el gobierno de 1864».

Así, el nombramiento de Manuel Ignacio de Vivanco como plenipotenciario del Perú en España correspondía a los esfuerzos de Juan Antonio Pezet en «reunir y concentrar todos los elementos de la reacción» al servicio de su gobierno. Tal nombramiento fue rechazado con tanta contundencia por parte de la opinión pública que tuvo que ser dejado sin efecto:

Pocos meses habían corrido desde el nombramiento hecho por el gobierno en la persona del general Vivanco para ministro plenipotenciario en España: nombramiento rechazado por la opinión pública con tal unanimidad y energía, que se hizo inevitable dejarlo sin efecto. Apenas instalado el nuevo

gabinete reaparece este mismo personaje en la capital, demostrando con su presencia el empeño que el gobierno ponía en reunir y concentrar todos los elementos de la reacción (Márquez 1866: 86).

Finalmente, Márquez aborda el tema de las limitaciones impuestas por el régimen de Juan Antonio Pezet a la libertad de expresión. En la prensa peruana se publicaron denuncias y artículos críticos al régimen. Las autoridades políticas reaccionaron mediante la censura de la prensa y el apresamiento de los principales detractores:

Fácil es comprender el efecto de semejantes transacciones sobre la moral pública, y el funesto influjo con que amenazaban el porvenir de la nación, tanto en los fundamentos de su desarrollo económico cuanto en sus condiciones sociales y políticas. Debemos recordar, sin embargo, en honra del pueblo peruano, el profundo disgusto y universal indignación producidos por aquellos desórdenes.

La prensa periódica había denunciado en alta voz algunos de esos abusos, y preparaba la opinión contra las miras de un gobierno tan esencialmente arbitrario; pero no tardó en ser víctima de su patriotismo; y el allanamiento, el despojo, la multa y la cárcel vinieron a ponerle una mordaza y a condenarla al silencio más profundo (Márquez 1866: 87).

El prestigioso intelectual chileno Benjamín Vicuña Mackenna publicó en Santiago dos libros en torno a la Guerra Hispano-Sudamericana. El primer libro fue publicado en 1867 y lleva por título *Diez meses de misión a los Estados Unidos de Norteamérica como agente confidencial de Chile*. El segundo libro fue publicado en 1883 y lleva por título: *Historia de la Guerra de Chile con España (de 1863 a 1866)*. Aquella obra consiste en cuatro episodios extraídos de *Historia de España en el Pacífico* de Pedro Novo y Colson, modificados y comentados por Vicuña Mackenna. En la primera publicación Vicuña Mackenna relata los pormenores de la misión diplomática que le fue encomendada por el Gobierno de Chile, a la cual le inserta una profusa documentación.

Benjamín Vicuña Mackenna partió de Valparaíso en octubre de 1865 y retornó a su país en 1866. Álvaro Covarrubias lo nombró agente confidencial del Gobierno de Chile en los Estados Unidos de Norteamérica. El responsable del financiamiento de su misión era Asta Buruaga, el encargado de negocios de Chile en Washington.

En el proemio, Benjamín Vicuña Mackenna dedica unas palabras a los lectores, explicándoles las motivaciones que tuvo para escribir el presente



libro. Para el historiador chileno, resulta importante exponer los detalles de su misión, debido a que en su papel de agente él desempeñó actos públicos que deben ser escrutados y juzgados debidamente por la opinión pública. Vicuña Mackenna enfatiza el sentido de responsabilidad que deben tener todos quienes ejercen cargos públicos.

El fallo definitivo e inapelable de las acciones de los hombres públicos es sin disputa un atributo exclusivo de la posteridad.

No así su responsabilidad

Encuétrase esta última de tal manera unida con aquellas que pudiera decirse forma su esencia, su alma, su conciencia, puesto que su gloria o su vilipendio, su absolución o su castigo solo recaen sobre esa responsabilidad misma, inmortal como el alma y la conciencia del hombre y ajena por tanto a todo veredicto que no sea el de la conciencia y el alma de los demás hombres, constituidos en ese supremo tribunal que se llama la opinión pública.

En nombre de esos principios entrego este libro, palpitante de verdad, a la luz, al criterio y al fallo de mis conciudadanos (Mackenna 1867: 3).

De acuerdo a sus propias palabras, su misión era la de ser «agitador». El principal encargo que le dieron fue la de «promover en la opinión de aquella república simpatías calurosas y abiertas» a la causa chilena, «que fomentadas con tesón y sagacidad, empujen al gobierno de los Estados Unidos a obrar activamente» a favor de las mismas. El elemento más poderoso al que Vicuña Mackenna debía de concentrar su atención era el de la «prensa diaria, tan influyente en la vida pública de aquel país libre». Ante la posibilidad que no captar la atención de los diarios estadounidenses, el agente podía disponer de una subvención de dinero que permitiera vencer «su tibieza e indiferencia», y «siempre que la importancia del diario, es decir, su circulación y respetabilidad, sean una garantía de la eficacia de sus publicaciones para hacer simpática nuestra causa y odiosa la de España». Es de destacar el protagonismo que el Gobierno de Chile otorga a la opinión pública estadounidense, y lo importante que resultaba granjearse simpatías a su causa, toda vez que aquello propiciaría el apoyo del mismo Gobierno de los Estados Unidos:

El *principal encargo* que damos a Ud. Es de promover en la opinión de aquella República simpatías calurosas y abiertas por nuestra causa, que fomentadas con tesón y sagacidad, empujen al gobierno de los Estados Unidos a obrar activamente en nuestro favor. A este fin hay muchos expedientes que emplear y que no se escapan si duda a la penetración de Ud., es el de la prensa diaria, tan influyente en la vida pública de aquel país libre.

Es muy probable que los diarios de los Estados Unidos no encontrarán de lleno en nuestras miras gratuitamente. En tal caso una subvención de dinero vencerá su tibieza e indiferencia, y Ud. Puede apelar a este arbitrio, siempre que la importancia del diario. Es decir, su circulación y respetabilidad, sean una garantía de la eficacia de sus publicaciones para hacer simpática nuestra causa y odiosa la de España, porque no debe perder Ud. De vista la *condición desventajosa* en que se halla nuestro enemigo en medio de un pueblo liberal y republicano (Mackenna 1867:.13).

Adicionalmente, Vicuña Mackenna debía de colaborar con Asta Buruaga en estimular a los armadores estadounidenses a tomar patentes de corso chilenas. Los corsarios ofrecerían su apoyo a los refugiados cubanos y puertorriqueños en su lucha por la independencia de sus respectivos países.

En resumen, el libro de Vicuña Mackenna nos permite apreciar dos cuestiones relativas a la importancia de la opinión pública en el contexto de la Guerra Hispano-Sudamericana. Por un lado, es evidente la preocupación del Gobierno de Chile por ganarse las simpatías de la opinión pública estadounidense, con miras a los beneficios que podría brindarle a su causa. Por el otro, Vicuña Mackenna justificó la decisión de publicar su libro debido a que él consideraba importante que las autoridades políticas fueran transparentes en su gestión, y se sometieran al escrutinio de la opinión pública.

Pasemos a continuación a ver el caso de Jean Gustave Courcelle Seneuil, economista liberal francés cuyas labores como catedrático y asesor de Gobierno en Chile dejaron una profunda huella en el país. Arribó a Chile en 1851, luego del golpe de estado de Luis Napoleón Bonaparte, y retornó finalmente a Francia en 1863. Establecido ya en Europa Courcelle Seneuil demostró un especial cariño por Chile, por lo que durante la Guerra Hispano-Sudamericana y la Guerra del Pacífico se encargó de una publicar una serie de artículos a favor del país. Courcelle Seneuil escribió un opúsculo en París en diciembre de 1865, el cual fue traducido del francés al español y publicado en Santiago de Chile al año siguiente con el título de *Agresión de España contra Chile*. En el libro podemos encontrar una serie de testimonios en torno a la prensa chilena y española y la manera en la que sus publicaciones generan repercusiones a nivel diplomático.

En primer lugar, Courcelle Seneuil señala el buen momento que atravesaban las relaciones diplomáticas hispano-chilenas a las vísperas de la captura de las islas de Chíncha. Los agentes españoles justificaron su accionar frente al litoral peruano apelando a la doctrina de reivindicación de las islas guaneras, además de sostener que la paz entre el Perú y España desde 1824 no había sido más que una tregua. Frente a tales afirmaciones, las autoridades chilenas decidieron no permanecer indiferentes al conflicto, mientras que al mismo tiempo se produjo una «explosión de la opinión», que se manifestó tanto en la prensa escrita como en las manifestaciones cívicas. Es evidente que en Chile se estaba gestando una opinión pública caracterizada por su solidaridad con el Perú y rechazo al intervencionismo español.

[...] España, ¿pretendía reconquistar la América del Sur? ¿Pretendía poner otra vez bajo su dominio sus antiguas colonias? Estas preguntas agitaron a todo Chile y lo conmovieron a tal extremo, que despertaron en parte los recuerdos y odios de la guerra de independencia. De aquí una intervención diplomática del gobierno chileno y una explosión de la opinión, manifestada por la prensa y en reuniones públicas. La obra de reconciliación [con España] se hallaba comprometida (Courcelle 1866: 4)

A continuación Courcelle Seneuil aborda el tema del ultimátum presentado por el Almirante José Pareja al Gobierno de Chile el 18 de septiembre, coincidiendo con las celebraciones de fiestas patrias del país americano. Frente a las humillantes demandas españolas, el Gobierno de Chile optó por declarar la guerra a España. De acuerdo con el autor, el Ministro de Relaciones Exteriores de España, Bermúdez de Castro, sostenía que el Gobierno Chileno era el provocador de la guerra, siendo respaldado en sus acusaciones por dos periódicos europeos. Es de destacar que en el contexto previo de la Guerra Hispano-Sudamericana se puede identificar situaciones en las cuales la prensa europea y autoridades españolas sintonizaban en la visión negativa de la conducta seguida por las repúblicas americanas.

Se sabe cómo el gobierno y el pueblo de Chile han [Sic] contestado a esta arrogante provocación. Aunque desarmados, aunque teniendo en perspectiva sacrificios cuya gravedad no desconocen, colocados entre la humillación y la guerra, han preferido la guerra. ¿Quién se atrevería a vituperarlos por esto?

Hay alguien que se ha atrevido: ese es el señor Bermúdez de Castro, ministro de relaciones exteriores de España, y los dos diarios que defienden su política, el uno en Madrid y el otro en París. Acusan al gobierno de Chile de haber provocado y precipitado la guerra. [...] (Courcelle 1866: 7).

Más adelante, Courcelle Seneuil califica de «fútiles» los motivos que llevaron a España a presentar el ultimátum a Chile. El autor resta importancia a las publicaciones ofensivas a la reina de España aparecidas en el diario *San Martín*. De acuerdo con Courcelle Seneuil, los personajes públicos están expuestos «a toda especie de apreciaciones, de alabanzas e injurias», por lo que deben de estar a la altura de tal situación. En la prensa española también se publican artículos ofensivos, lo que no es motivo de reclamación por parte de otros países:

¿Quién ha podido imaginar jamás que esos improperios, publicados bajo el imperio de la libertad de la prensa por un individuo muy aislado, hayan podido atentar en lo más mínimo a la consideración de una persona tan altamente colocada como la reina de España? Nadie por cierto ¿Castigará la guerra al autor de estos improperios? De ningún modo: la guerra dañará a personas que jamás han pensado en vituperar a España ni a su reina; dañará también a España misma sin conseguir el objeto que se desea.

Como las naciones y las personas altamente colocadas ocupan con frecuencia el pensamiento de los hombres, estas expuestas a toda especie de apreciaciones, de alabanzas e injurias. Este es una de las condiciones de la grandeza, y no quererla soportar es mostrar que no se está a la altura de la situación que se ocupa. ¿Qué no se escribe todos los días en España contra Francia y los franceses o contra tal soberano? ¿Quién ha pensado jamás en formular por esto una queja contra el gobierno de ese país o contra el país mismo? (Courcelle 1866: 10)

En otro punto, Courcelle Seneuil aborda el tema del bloqueo naval impuesto por la escuadra española a los puertos del litoral chileno. Para el autor, un plazo de 10 días antes del inicio del bloqueo resulta escaso, considerando la lentitud de las comunicaciones y los meses de distancia que dura la navegación entre los puertos de Liverpool o Le Havre con Valparaíso. Así, en relación a los derechos de los neutrales, el Ministro de Relaciones Exteriores de España «y los diarios que forman su séquito hacen muy poco caso». Una vez más encontramos una mención del periodismo europeo que brindada su apoyo al gobierno español en los asuntos americanos.

Un testimonio histórico interesante lo encontramos en el pequeño libro titulado *¡Gran Comicio! Popular, reunido con motivo del Bombardeo de Valparaíso, en la ciudad de Potosí a 23 de Abril de 1866*. El bombardeo de Valparaíso por parte de la Armada Española se realizó el 31 de marzo, y la noticia demoró varios días en llegar a Potosí. De acuerdo con el texto, en la noche previa al Comicio «hubo iluminación general en la ciudad, y se comenzó

a enarbolar la bandera nacional». Desde la madrugada del 23, las casas estaban decoradas con la bandera boliviana, y en el palacio con la de los cuatro países aliados. La reunión se dio en el salón principal del Colegio de Pichincha, centro educativo fundado por el Mariscal Antonio José de Sucre durante su estadía en el Alto Perú. Luego, pasadas las 3 de la tarde, las actividades fueron trasladadas a la plaza principal, formándose una Comisión encargada de formular una protesta por el bombardeo español y un voto de admiración a favor de la población de Valparaíso.

La comunicación fue enviada al primer puerto chileno, acompañada de una edición impresa. Sin embargo, en ésta última fueron omitidos los nombres de los firmantes del documento original. Eso se debió a la urgencia de terminar con la impresión lo más pronto posible para ser despachada a Chile. La Comisión de Potosí fue conformada por los señores Pedro H. Vargas, Daniel Campos, Demetrio Calbimonte, Hilarión Atoche y Mariano Sandoval. Durante el desarrollo del libro se da la imagen que la asamblea estuvo conformada por una gran cantidad de personas, una «tumultuosa multitud» que se reconocía a sí misma como el «pueblo de Potosí». Sin embargo, a partir del texto impreso no es posible identificar ni cuántos ni quiénes eran exactamente los participantes de la asamblea.

El libro es una muestra de la opinión pública formada a raíz de la Guerra Hispano-Sudamericana, solidaria con la causa americana y opuesta al intervencionismo español. Manifestaciones similares se dieron en numerosas ciudades americanas desde la captura de las Islas de Chincha hasta el Combate del 2 de Mayo en el Callao:

El pueblo Potosino, ante el cuadro de la indomable República de Méjico, ante las prematuras palabras caídas por los emisarios de la España en Chincha y tantos incidentes de notoriedad continental; ha creído, que la importancia histórica del momento es la lucha última y definitiva de la democracia del mundo, combatida por los caducos tronos de Europa. La cita de este duelo a muerte es en la América, porque en la América brilló el solio de la democracia, porque la América fecundó esta divina idea con sus mártires arrojados a la arena y porque América, nuevo mundo, tiene por misión providencial tremolar victorioso ante el Orbe entero el pendón de esta nueva idea (Comisión de Potosí 1866:6).

La opinión pública contraria al intervencionismo español también se expresó en la lírica. En Cañete Juan de Arona, seudónimo de Pedro Paz Soldán y Unánue, publicó dos composiciones al respecto. *La España Tetuánica* y *La Pinzonada*. *La España Tetuánica* apareció por primera vez en *El Comercio* y *La Pinzonada* en *El Tiempo* bajo los seudónimos de Jenaro Vanda y Bagruiel de los Marros respectivamente. Debido a que fueron concebidas para ser difundidas en la prensa limeña, una de las características más resaltantes de ambas composiciones es su brevedad.

En lo relativo a los títulos, *La España Tetuánica* es una alusión a la localidad africana de Tetuán, lugar donde se produjo una importante victoria militar española durante la guerra hispano-marroquí de 1859. Como se recordará, el triunfo español marcó el inicio de un renovado ciclo de intervencionismo en ultramar. La guerra estuvo patrocinada por la Unión Liberal de Leopoldo O'Donnell, quien había recibido el título de duque de Tetuán con Grandeza de España como premio a su destacada participación en la contienda. En cambio, *La Pinzonada* es una alusión a Luis Hernández-Pinzón, el general de marina española que tuvo a su cargo la Expedición Científica a su arribo a las costas americanas.

En lo relativo al contenido, ambas composiciones contienen crueles burlas en contra de los españoles y de su gobierno. Por un lado, *La España Tetuánica* aborda el tema de los falsos aires de grandeza del país Ibérico. España es representada como un país atrasado y postergado frente a sus pares europeos, y que, enfebrecido a raíz de su victoria en el África, intentará emular acciones similares en América. Por el otro, *La Pinzonada* toca el tema del gran recibimiento que las autoridades y el pueblo peruano brindaron a la tripulación de la Expedición Científica a su paso por Lima y el Callao, y cómo los españoles fueron incapaces de retribuir tal generoso gesto. A continuación se presentará un análisis de un par de fragmentos extraídos del mencionado libro para así profundizar más detenidamente acerca de su contenido.

Por un lado, en el primer fragmento podemos destacar una serie de elementos relativos a la ubicación de España y sus habitantes en relación a otros países y sobre sus delirios de nación guerrera. La Península Ibérica figura

al pie de Francia, y el autor sugiere una posible pertenencia al África, dudando de su condición de país europeo y enfatizando que es la burla de la «cultura Europa». Los españoles son personas de escasa cultura que no llegan a conocer bien su propio país y que al trasladarse a Francia son incapaces de asimilar su lengua. España pretende emular a Francia en sus empresas interoceánicas, en sus dotes para la guerra y en sus misiones científicas. A partir de su humilde victoria en Tetuán, España piensa equivocadamente que se encuentra a la par de la Francia Napoleónica, y se siente lo suficientemente segura de sí misma para retar a otros países.

Al otro lado de la mar del Atlante,  
Al pie de Francia, de la Europa al pie,  
Del África tal vez parte integrante  
Una región peninsular se ve.

Que aunque hoy se pavonea y se remilga  
Y arrastrar quiere suntuosa (Sic) ropa  
Fue ayer no más de mendigos pocilga,  
Desdén y risa de la culta Europa.

Y aun hoy, mal pese a su *triunfante tropa*,  
Mal le pese a su *inmenso corazón*  
El ludibrio esa raza de la Europa  
Del Castillo a pesar y del León.

[...]

Y el español inculto que no viaja  
Si no es a Badén o a París,  
Y cuya vanidad cualquiera aja  
Pues desconoce aún su natal país;

El que a lo sumo se traslada a Francia

Y la lengua aprender ahí pretende,  
Y en malgastados años de vagancia  
La propia olvida y el francés no aprende;

El nulo, en fin, estacionario Estado  
Creyose ¡La ocurrencia fue magnífica!  
En la guerra y los viajes consumado  
Y aun parodió su *Expedición Científica*.

El humilde, risible gusarapo  
Sueña tener la talla del Titán  
Cuando ve ondear de su nación el trapo  
Allá en los muladares de Tetuán.

¡Cuál se infatúa con su falsa gloria!  
Ya con el mismo Napoleón se hombrea,  
Y asegura en su canto de victoria  
Que: “¡Ay de aquella nación que no guerrea!” (Arona 1867: 4-5)

En cambio, en el segundo fragmento podemos apreciar las burlas dirigidas por Juan de Arona a los españoles que promovieron la captura de las Islas de Chincha: Luis Hernández-Pinzón, Eusebio Salazar y Mazarredo y José Merino Ballesteros. A Luis Hernández-Pinzón se lo muestra muy contento de contar con la riqueza de los yacimientos guaneros, ya que permitirán que España pueda salir de la pobreza. Presa del entusiasmo, Luis Hernández-Pinzón busca erigir en las islas un templo en honor al «dios guano», de cuyo nuevo culto él sería proclamado como «el gran sacerdote» y sus compañeros Eusebio Salazar y Mazarredo y José Merino Ballesteros como «el monigote» y «el sacristán» respectivamente.

Júbilo inmenso al gran Pinzote abruma;  
Dilátase su espíritu y se ensancha;  
España va a surgir como la espuma,



Y las provincias de Castilla y Mancha  
Saldrán por fin de su indigencia suma;  
Al progreso entrarán por senda ancha;  
Sucederá la pompa a la miseria...  
¡Todo debido a la fecal materia!

La boca aquí se le deshace en agua,  
Y tanto se calienta el bravo hispano  
Que en un arranque de delirio fragua  
Proclamar en altares al DIOS HUANO.  
Y propagar de Bering a Aconcagua  
Su culto, con prejuicio del cristiano,  
Siendo él del nuevo Dios gran sacerdote  
Y Mazarredo fiel su monigote.

Un templo en media isla se le erija,  
Tú el sacristán ¡oh Ballesteros! Eres,  
Y es de esperar que tu afición prolaja  
Desempeñe con tino estos quehaceres.  
No habrá quien cumpliendo fiel te exija,  
Y porque de tu afán te remuneres  
Te es lícito sisar siempre que quieras  
De las dominicales vinajeras (Arona 1867: 17).

A raíz del conflicto diplomático peruano-español, en la prensa peruana fueron publicadas ingeniosas composiciones literarias similares a las escritas por Juan de Arona. Aquellas composiciones acompañaban a los artículos periodísticos que exponían el malestar de la población con respecto a los sucesos acontecidos en el Pacífico. La opinión pública contraria a las

demandas españolas y crítica del desempeño de las autoridades peruanas se expresó no solamente en artículos de opinión, sino también a través de la lírica.

Existe una publicación que recopila la lírica peruana en torno al conflicto diplomático peruano-español y la Guerra Hispano-Sudamericana. Se trata del *Cancionero de la Guerra Hispano- Peruana de 1866* de Carlos García Barrón. Los escritos fueron extraídos primordialmente de diarios y revistas limeñas de la época, especialmente de *El Comercio* y *El Nacional*. ¿Por qué el interés de recopilar tales composiciones en un cancionero? De acuerdo con Carlos García Barrón, «la intención es desenterrarlos y ponerlos al alcance del lector para comprender el suceso». Entre los compositores destacan Juan de Arona, Clemente Althaus y Carlos Augusto Salaverry.

El autor español señala su extrañeza ante la afirmación de Manuel Gonzales Prada, quien al referirse al conflicto dijo que apenas se encuentra en toda la literatura peruana «un grito de ira» en contra de la «agresión injusta e impolítica que hizo levantar la mano a las repúblicas del Pacífico». Sin embargo, Carlos García Barrón demostró todo lo contrario: que sí hubo una dramática reacción popular vertida en los poemas recogidos de la antología (García Barrón 1979: 212-213).

Las composiciones recopiladas en el libro fueron escritas desde los inicios del conflicto peruano-español hasta tiempo después de cesadas las hostilidades. Es interesante anotar que entre la firma del Tratado Vivanco-Pareja hasta el Bombardeo de Valparaíso existe un vacío en el libro apenas cubierto por tres poemas de Althaus dedicados a la bandera peruana, al congreso y los marinos y ante el arribo de la flota española al Callao. Las escasas composiciones recopiladas entre tales fechas podría ser un indicador de la censura que el régimen de Juan Antonio Pezet sometió a la prensa, en circunstancias en la cual estaba enfrentando la sublevación nacionalista acaudillada por Mariano Ignacio Prado.

En lo que respecta a la presente investigación, resulta importante destacar la compilación de Carlos García Barrón debido a que ofrece un panorama general de todas las publicaciones poéticas que aparecieron en los diarios limeños por motivo del conflicto peruano-español. Las composiciones

literarias recopiladas fueron escritas durante el lapso de un lustro aproximadamente, tiempo en el que sucedió el impase diplomático entre ambos países y la posterior ruptura de hostilidades.

## Conclusiones

Las conclusiones de la presente investigación son las siguientes:

1. Los antecedentes del conflicto diplomático peruano-español se remontan a la ausencia de un Tratado de Paz y Amistad entre el Perú y España. Durante las cuatro décadas posteriores al fin de las guerras de independencia hispanoamericanas, los gobiernos del Perú y España no serán capaces de formalizar sus relaciones diplomáticas. Los temas que quedaron pendientes fueron el arreglo de deuda de la independencia a favor de España y el reconocimiento formal de la independencia a favor de Perú. Un factor que limitó las posibilidades de resolución de la crisis fue la ausencia de representación diplomática de nivel embajador, ministro o cónsul. La precariedad de los contactos diplomáticos resultó ser un peligroso caldo de cultivo, abriendo la posibilidad de que tarde o temprano se generase un conflicto entre las partes involucradas.
2. La partida de la Expedición Científica coincidió con el desarrollo de un clima de tensión y antagonismo entre americanos y europeos ante el creciente intervencionismo de las potencias occidentales en el Nuevo Mundo. El envío de la misión estuvo relacionado con el refortalecimiento del poderío naval español y al interés de las autoridades madrileñas por obtener prestigio para España mediante el fomento de la ciencia e investigación y realizando a su vez actos de presencia militar en lugares lejanos. La salida de la Expedición Científica en naves de guerra formaba parte de los arrestos de España por recuperar su antiguo sitio entre las grandes potencias europeas. En América existía la sospecha que la Expedición Científica tuviera veladas intenciones agresivas e incluso de reconquista.
3. La presente investigación identificó tres elementos de tensión que no sólo dieron origen al conflicto peruano-español, sino que precipitaron al fracaso de las negociaciones de paz entre ambos gobiernos, llevándolos finalmente a la guerra. A pesar del clima adverso entre ambos gobiernos, aquellos buscaron evitar provocar algún incidente que

desencadenase el conflicto. Si bien el panorama lucía complicado, tanto Perú como España tenían la convicción que sus diferencias debían ser solucionadas por vías pacíficas, y el uso de la fuerza sólo se contemplaba en circunstancias extremas. Los detonantes del mencionado conflicto así como los causantes del fracaso de las consiguientes negociaciones de paz se deben a los elementos de tensión presentes en tres esferas: 1) Al interior de las negociaciones diplomáticas, 2) Durante la búsqueda por conseguir la superioridad militar en caso de ruptura de las hostilidades, y 3) Al nivel de la opinión pública como fiscalizadora de las negociaciones diplomáticas. En la primera esfera se consideran tanto a la política oficialmente seguida por el gobierno así como las cualidades y actitudes personales de sus agentes. En la segunda esfera se consideran los posibles escenarios de conflicto, ya sean favorables al Perú (y por extensión, a los aliados), a España, o en uno donde ambos contrincantes dispongan de fuerzas relativamente equilibradas. En la tercera esfera se consideran a las corrientes de opinión pública que sean aprobatorias del desempeño de las autoridades del gobierno y a favor de los acuerdos llevados a cabo o que sean críticas del desempeño de las autoridades del gobierno y opuestas a los acuerdos realizados.

4. En relación al primer indicador se identificaron hasta cinco comportamientos conflictivos llevados a cabo por los agentes diplomáticos: 1) Acciones contrarias a las instrucciones recibidas por su gobierno, 2) Acciones llevadas a título personal (excesos en sus instrucciones), 3) Ocultamiento de la información, 4) Elaboración de informes tendenciosos y 5) Disposiciones personales poco propicias para el entendimiento. La presente investigación resalta la importancia de este factor ya que si no fuera por el mal desempeño de los agentes diplomáticos el incidente de la hacienda Talambo no hubiese pasado de un reclamo formal, que pudo ser solucionado a través de medios pacíficos. El mal desempeño de los agentes diplomáticos dio inicio al conflicto peruano-español y la consecuente guerra entre ambos países. En las vísperas y durante el desarrollo del conflicto peruano-español

(que posteriormente se extendió a Chile) se dio la participación de un número importante de agentes diplomáticos que desarrollaron conductas poco propicias para el entendimiento. La mayoría de los agentes referidos eran españoles, lo que evidencia el poco cuidado que tuvieron las autoridades madrileñas para confiar en tales personajes su representación diplomática. En lo que respecta a la historiografía en torno al conflicto peruano-español y la Guerra Hispano-Sudamericana, los historiadores americanos y europeos han enfatizado los desaciertos que tuvo el Ministerio de Relaciones Exteriores de España al nombrar a diplomáticos que fueron incapaces de generar un clima propicio para el entendimiento entre ambos gobiernos, siendo más bien promotores del conflicto. En contrapartida, el Gobierno del Perú no se caracterizó por nombrar agentes que generaran obstáculos insalvables que encaminasen al camino de la paz, pero tampoco hicieron gala de pericia para evitar el escalamiento del conflicto.

5. En relación al segundo indicador, durante el desarrollo del conflicto diplomático peruano-español, ambos países iniciaron una carrera entre sí en el terreno de los preparativos bélicos. La guerra era algo indeseable para las autoridades políticas de Lima y Madrid y se hicieron esfuerzos para evitarla. Sin embargo, aquel escenario era posible en las aguas del Pacífico. Los preparativos bélicos iniciados por ambos países cumplían con un doble objetivo. En primer lugar, les proveería a uno de los lados de una fuerza disuasiva necesaria para fortalecer su postura diplomática en relación a las demandas planteadas por su contraparte. En segundo lugar, les daría la posibilidad de mejorar sus perspectivas de triunfo en caso de rompimiento de las hostilidades. Las estrategias adoptadas por ambos países fueron distintas. España reforzó a la Escuadra del Pacífico con el envío de naves de guerra provenientes de sus bases en el Atlántico. En cambio el Perú, además de alistar al máximo a las fuerzas militares con las que disponía previamente, buscó proveerse de nuevos elementos bélicos, tanto nacionales como adquiridos en el extranjero.

6. Finalmente, en relación al tercer indicador, ante los ojos de la opinión pública hispanoamericana expresada en la prensa escrita, los sucesos acontecidos en Estados Unidos, México y Santo Domingo estaban íntimamente relacionados entre sí. Para aquel entonces los gobiernos de España y Francia mantenían una estrecha cercanía y colaboración mutua, y existía el temor que la reina Isabel II y el emperador Napoleón III hubiesen pactado secretamente para repartirse territorialmente Hispanoamérica. De acuerdo con esta línea, la reincorporación de una isla caribeña como Santo Domingo a los dominios españoles tenía por objetivo dotar a los europeos de un puesto de avanzada desde donde podrían lanzarse a la reconquista de tierra firme. Muchos de los artículos periodísticos publicados en aquel contexto exponen tales temores. Fue en tal contexto histórico que se produjo la captura de las Islas de Chíncha por parte de la Armada Española, generando una opinión pública que expresaba su rotundo rechazo a la presencia naval española en el litoral del Pacífico. En las siguientes semanas la opinión pública del Perú se empezó a dividir en torno a un tema que resultó polémico: la manera en la que el gobierno estaba encarando el conflicto peruano-español. Al respecto se presentaron dos posturas antagónicas entre sí. Una de ellas contaba con más popularidad y aceptación entre la ciudadanía que la otra. La primera postura se mostraba sumamente crítica del desempeño de las autoridades políticas peruanas, mientras que la segunda postura mostraba su apoyo a las medidas y decisiones tomadas por el gobierno. El panorama vuelve a cambiar una vez más a partir de la firma Tratado Vivanco-Pareja, acuerdo que fue presentado por las autoridades políticas de ambos países como la solución final al conflicto peruano-español. El Tratado Vivanco-Pareja generó un gran revuelo y polémica en la opinión pública del Perú. Es posible identificar dos grandes posturas —con pocos matices intermedios— en relación al acuerdo y las autoridades políticas.

En primer lugar tenemos a los detractores del Tratado Vivanco-Pareja y del Gobierno de Juan Antonio Pezet. Aquella postura contó con el mayor número de seguidores y tuvo amplio respaldo popular. En relación a esta

postura, los sectores más exaltados son quienes apoyaron decididamente el movimiento revolucionario de 1865 y la declaratoria de guerra a España. A medida que los rebeldes fueron realizando avances en el terreno militar, aquella postura iba ganando nuevos adeptos, mientras que quienes ya eran sus simpatizantes expresarán con mayor fervor su adhesión. En segundo lugar, contamos con los defensores del Tratado Vivanco-Pareja y del Gobierno de Juan Antonio Pezet. Aquella postura estuvo siempre lejos de tener amplia aceptación entre la población peruana. Es de suponer que una significativa parte de sus partidarios fueron personas que mantuvieron una estrecha cercanía y/o colaboración con las autoridades políticas que participaron en aquella impopular administración. A medida que el régimen de Juan Antonio Pezet se iba desmoronando frente a los avances de los revolucionarios, las voces de quienes eran partidarios del acuerdo y de gobierno fueron perdiendo terreno y haciéndose cada vez más débiles.

7. De los tres elementos de tensión que impidieron que se alcanzara un arreglo pacífico del conflicto diplomático peruano-español, el factor que resultó decisivo fue el de la presión ejercida por la opinión pública, especialmente en el caso del Perú. El conflicto se inició debido a las tensiones presentes a nivel de las negociaciones diplomáticas, y el despliegue militar generó su impacto negativo durante la búsqueda de una fórmula de paz. Sin embargo, la presencia de una opinión pública que se mostró favorable a la guerra y poco predispuesta a ceder posiciones ante las propuestas españolas fueron clave para el fracaso del Tratado Vivanco-Pareja, la erosión final del régimen de Juan Antonio Pezet y la consecuente declaratoria de guerra a España.



## Bibliografía

### Periódicos:

- La República
- El Comercio
- El Perú
- El Mercurio
- El Peruano

### Fuentes primarias

ARONA, JUAN DE (Pedro Paz Soldán).

1971 [1891] *La inmigración en el Perú*. Lima: Academia Diplomática del Perú.

1867 *La España Tetuánica y La Pinzonada*. Lima: Imprenta de José M. Noriega.

CERRUTI, F.E.

1864 *Peru and Spain, being a narrative of the events preceding and following the seizure of the Chincha Islands, with an analysis of the dispatch of Señor Salazar y Mazarredo, Her Catholic Majesty's "Special Commissary" to Peru, and minister to Bolivia, detailing his adventurous voyage homewards*. Londres: Williams and Norgate. 1864.

COMISIÓN DE POTOSÍ

1866 *¡Gran Comicio! Popular, reunido con motivo del Bombardeo de Valparaíso, en la ciudad de Potosí a 23 de Abril de 1866*. Potosí: Tipografía del Progreso.

COURCELLE SENEUIL, J.G.

1866 *Agresión de España contra Chile*. Santiago: Imprenta del Ferrocarril.

IRIONDO, EDUARDO.

1867 *Impresiones del viaje de circunnavegación en la fragata blindada Numancia*. Madrid. Imprenta de los señores Gasset, Loma y Compañía. 1867

LORENTE, SEBASTIÁN.

1866 *Historia del Perú. Compendiada para el uso de los Colegios y de las personas ilustradas*. Lima: s/e.

LORENTE, SEBASTIÁN

2005 *Escritos fundamentales de historia peruana*. Copilación y estudio introductorio de Mark Thurner. Lima: COFIDE Y Fondo Editorial de la UNMSM.

MÁRQUEZ, JOSÉ ARNALDO.

1866 *El Perú y la España Moderna*. Lima: Imprenta de El Nacional.

2003 [1862] *Recuerdo de viaje a los Estados Unidos 1857-1861*. Lima: Fondo Editorial de la UNMSM.

NOVO Y COLSON, PEDRO

1882 *Historia de la guerra de España en el Pacífico*. Madrid. Imprenta de Fortanet.

PEZET, JUAN ANTONIO

1867 *Exposición del general Don Juan Antonio Pezet, ex presidente del Perú*. Paris. Imprenta Parisiense L. Behger y Comp.

RAIMONDI, ANTONIO

2003 *Informes y polémicas sobre el guano y el salitre. (Perú; 1854-1877)*. Compilación e Introducción por Luis Felipe Villacorta. Lima: COFIDE y Fondo Editorial de la UNMSM. 2003.

RIBEYRO, JUAN ANTONIO

1864a *Cuestión entre el Perú y la España. Edición Oficial*. Lima: Imprenta del Gobierno.

1864b *Exposición de los actos agresivos contra el Perú ejecutados por el almirante de la escuadra española D. Luis H. Pinzón*. Lima. Imprenta de El Mercurio

1864c *Memoria que el Ministro de Relaciones Exteriores presenta a la Legislatura Ordinaria de 1864 sobre los asuntos de España*. Lima: Imprenta del Gobierno.

1865 *Exposición de algunos puntos importantes de la cuestión actual entre los dos países*. Lima: Tipografía y encuadernación de Aurelio Alfaro y Ca. 1865.

TUBINO, FRANCISCO M.

1863 *Gibraltar ante la historia, la diplomacia y la política*. Sevilla: La Andalucía.

VICUÑA MACKENNA, BENJAMÍN

1867 *Diez meses de misión a los Estados Unidos de Norteamérica como agente confidencial de Chile*. Santiago: Imprenta de la Libertad.

#### **Fuentes secundarias:**

AGUADO, ROBERTO

1988 “El precedente de la Hacienda de Talambo en el conflicto hispano-peruano de la segunda mitad del siglo XIX”. En *Estudios de Historia Social y Económica de América*. 3-4. Madrid: Universidad de Alcalá.

ALJOVÍN DE LOSADA, CRISTÓBAL

2009 «El Perú y la guerra del Paraguay 1864-1870», Nuevo Mundo Mundos Nuevos, Coloquios, 2009, [En línea], Puesto en línea el 13 enero 2009. URL: <http://nuevomundo.revues.org/48562>. Consultado el 10 octubre 2011

BÁKULA PATIÑO, JUAN MIGUEL

2002 *Entre la realidad y la utopía. 180 años de política exterior*. Lima: Fondo de Cultura Económica y Fundación Academia Diplomática del Perú. 2002.

BASADRE GROHMANN, JORGE

2005 *Historia de la República del Perú, 1822-1933*. 1ª ed. Lima: Orbis Ventures S.A.C.

BONFIGLIO, GIOVANNI

2001 *La presencia europea en el Perú*. Lima: Fondo Editorial del Congreso de la República del Perú.

CASALINO, CARLOTA

2010 *Cultura política y cultura electoral*. Lima: ONPE.

CASTRO REINA, ALEJANDRO REY.

2010 *Republicanismo, nación y democracia. La modernidad política en el Perú, 1821-1846*. Lima: Fondo Editorial de la UNMSM

CAYO CÓRDOVA, PERCY

2004 *República*. Enciclopedia Temática del Perú. Tomo III. Lima: Orbis Ventures.

CHÁVEZ ACO, FRANCIS

- 2006 “Apuntes Bibliográficos sobre la política exterior peruana, 1821- 1879: El caso español y el Conflicto de 1866” en *Actas del XI Simposio Internacional de Estudiantes de Historia. SIEH 2006*. Arequipa.
- 2007 “El primer intento del reconocimiento de la Independencia: El Tratado de Paz y Amistad de 1853 entre Perú y España” *Revista Tiempos, Revista de Historia y Cultura*. Lima: p. 101-119
- 2008 “Entre Misiones y Legaciones: El Reconocimiento jurídico-diplomático de la Independencia del Perú por España.” Ponencia presentada en el XVIII Coloquio Internacional de Estudiantes de Historia, organizado por la Pontificia Universidad Católica del Perú.

CHIRINOS SOTO, ENRIQUE.

- 1966 *La Guerra del Perú y España. Centenario del Combate de 2 de Mayo de 1866*. Lima: Biblioteca Central de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

CONTRERAS, CARLOS, Y CUETO, MARCOS

- 2007 *Historia del Perú contemporáneo. Desde las luchas por la independencia hasta el presente*. 4ª. Ed. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

DAGER ALVA, JOSEPH

- 2004 “La construcción de la memoria: historia nacional y proyecto burgués en el Perú del siglo XIX” En *La experiencia burguesa en el Perú (1840-1940)*. Coord. Carmen Mc Evoy. Frankfurt am Main: Iberoamericana y Vervuert Verlag.

DARGENT BOCANEGRA, EDUARDO

- 2007 “Repúblicas fraternas y rivales. Discurso republicano en el Congreso Americano de 1864.”. En Mc EVOY y STUVEN, ANA MARÍA: *La República Peregrina. Hombres de Armas y Letras en América del Sur 1880-1884*. Lima: IFEA e IEP.

DE LA REZA, GERMÁN A.

- 2001 “La Asamblea Hispanoamericana de 1864-1865, último eslabón de la anfictionía.” *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, n.39, enero-junio 201, p.71-91.

DE MARCO, MIGUEL ÁNGEL

2008 *La Historia contemplada desde el Río. Presencia naval española en el Plata, 1776-1900*. Buenos Aires: Editorial Histórica.

DE TITTO, RICARDO

2006 *Los hechos que cambiaron la historia argentina en el siglo XIX*. Buenos Aires: Editorial el Ateneo.

DEL CAMPO RODRÍGUEZ, JUAN

2002 *Batallas legendarias del Perú y del Mundo, Episodios y anécdotas*. Lima: Fundación Academia Diplomática del Perú.

2003 *Por la República y por la Reina. Una revisión histórica del conflicto de 1864-1871 entre España y la alianza peruano-chilena*. Lima: Asociación Funcionarios Diplomáticos del Perú.

DIETER NOHLEN y RAINER OLAF SHULTZ

2006 *Diccionario de Ciencia Política. Teoría, métodos, conceptos*. 2 Tomos. México: Porrúa/ El Colegio de Veracruz.

ELIZALDE PÉREZ.GRUESO, MARÍA DOLORES

1992 *España en el Pacífico. La colonia de las Islas Carolinas, 1885-1889*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científica e Instituto de Cooperación para el desarrollo.

EYZAGUIRRE, JAIME

2000 *Breve historia de las fronteras de Chile*. Vigésima octava edición. Santiago: Editorial Universitaria.

GARCÍA BARRÓN, CARLOS.

1979 *Cancionero de la guerra hispano-peruana de 1866*. Miami: Universal.

GARCÍA CALDERÓN, FRANCISCO

2003 *América Latina y el Perú del novecientos*. Antología de textos. Lima: Fondo Editorial de la UNMSM.

GARCÍA MARTÍNEZ, JOSÉ RAMÓN

1993 *Minas, torpedos y canoas explosivas en el Callao, el 2 de mayo de 1866*. Lima: Dirección de Intereses Marítimos.

1994 *El combate de 2 de mayo de 1866 en el Callao: resultados y conclusiones tácticas y técnicas*. Madrid: Editorial Naval.

GARIBALDI, ROSA

2003 *La Política Exterior del Perú en la era de Ramón Castilla. Defensa hemisférica y defensa de la jurisdicción nacional*. Lima: Fondo Editorial Fundación Academia Diplomática del Perú. Primera Edición.

GONZALES, LUIS

1998 “II. El periodo formativo” en *Historia mínima de México*. Coord. de Marta Lilia Prieto. México: Secretaría de Educación Pública., p. 82-84.

HARRIS, GILBERTO

2010 “Tribulaciones de los chilenos emigrados al Perú antes de la guerra del Pacífico”. Ponencia presentada en las XV Jornadas de Historia Luías Carreño Silva, en la Universidad de Playa Ancha- Valparaíso.

HEREDIA, EDMUNDO

1998 *El Imperio del guano: América Latina ante la guerra de España en el Pacífico*. Córdoba: Alicón.

HOBBSBAWM, ERIC

1990 *La era del Imperio (1875-1914)*. Barcelona: Labor.

1998 *La era del capital (1848-1875)*. Barcelona: Crítica.

JOSEPH FONTANA

2007 *La época del liberalismo*. Barcelona. Crítica. Marcial Pons.

LEÓN LÓPEZ-OCÓN

2003 “La Comisión Científica del Pacífico: De la Ciencia Imperial a la Ciencia Federativa”. *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*, año/vol. 32, número 003. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos, p.479-515.

LIRA, ANDRÉS

2010 “La consolidación nacional: 1853-1887” En *Historia de México*. Coord. de VON WOBESER, GISELA. México: FCE, SEP, Académica Mexicana de Historia., p.185-208.

LUNA PIZARRO, FRANCISCO XAVIER

1959 *Escritos políticos*. Edición a cargo de Alberto Tauro del Pino. Lima: UNMSM.

MARTÍNEZ RIAZA, ASCENSIÓN

2004 “El Dos de Mayo de 1866. Lecturas peruanas en torno a un referente nacionalista (1860-1890)” En Mc. EVOY, CARMEN. *La experiencia*

*burguesa en el Perú (1840-1940)*. Frankfurt am Main: Iberoamericana y Vervuert Verlag.

MESA, JOSÉ; GILBERT, TERESA Y MESA GISBERT, CARLOS

2000 *Historia de Bolivia*. Sexta Edición. Editorial Gisbert y CIA S.A. La Paz.

MONGUIÓ, LUIS

1968 «El “loco” Quiroz, Merino Ballesteros y Don Manuel José Quintana» en Libro de Homenaje a Luis Alberto Sánchez en sus 40 años de docencia universitaria. Lima: Talleres Gráficos P.L. Villanueva.

NOVAK TALAVERA, FABIÁN

2001 *Serie: Política exterior peruana. Las relaciones entre el Perú y España 1821-2000. 1ra. Edición*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

PERALTA, VÍCTOR

2004 “El conflicto diplomático entre España y Perú”. *Cuadernos Hispanoamericanos*. 653-654. Madrid: Agencia Española de Cooperación Internacional.

PÉREZ-GRUESO, ELIZALDE.

1992 España en el Pacífico. La colonia de las Islas Carolinas, 1885-1889. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas e Instituto de Cooperación para el desarrollo.

PONS MUZZO, GUSTAVO

1966 *Historia del conflicto entre el Perú y España. (1864-1866). El 2 de Mayo de 1866*. Lima: Iberia.

QUIROZ CHUECA, FRANCISCO

2007 *Historia del Callao. De puerto de Lima a provincia constitucional*. Lima: Fondo Editorial del Pedagógico San Marcos y Gobierno Regional del Callao.

SALVADOR LARA, JORGE

1995 Salvador Lara, Jorge. *Breve Historia Contemporánea del Ecuador*. México: Fondo de Cultura Económica. Primera Reimpresión.

ST JOHN, RONALD BRUCE

1999 *La Política Exterior del Perú*. Lima: Asociación de Funcionarios del Servicio Diplomático del Perú.

ROBLES JAÉN, CRISTÓBAL

1999 "La intervención española en Portugal en 1847". En *Anales de Historia Contemporánea*. Murcia. 15, p.413-435.

---

2003 España y la Europa liberal ante la crisis institucional portuguesa (1846-1847). Murcia: Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones.

ROMERO PINTATO, FERNANDO

1984 Historia Marítima del Perú. La República 1850 a 1870. Tomo VIII. Volumen 2. Lima: Instituto de Estudios Históricos-Marítimos del Perú.

THURNER, MARK

2005 «Compilación y estudio introductorio» En LORENTE, SEBASTIÁN. *Escritos fundamentales de historia peruana*. Lima: COFIDE Y Fondo Editorial de la UNMSM.

ULLOA SOTOMAYOR, ALBERTO

1938 *Congresos Americanos de Lima*. Recopilación de documentos precedida de prólogo por Alberto Ulloa. Lima: Imprenta Torres Aguirre.

VILLALOBOS, SERGIO

1989 *Breve historia de Chile*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

-----.

2002 *Chile y su historia*. Décima Edición. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

VILCHEZ, JORGE

2007 *Isabel II. Imágenes de una reina*. Madrid: Síntesis.

VIOTTI, ANDREA

1995 *Garibaldi*. Barcelona: Biblioteca Salvat de Grandes Biografías.

WAGNER DE REYNA, ALBERTO

1963 *Las Relaciones Diplomáticas entre el Perú y Chile durante el conflicto con España*. Lima: Ediciones del Sol.

WIELAND, HUBERT



1999 *Manuel del diplomático*. Lima: Fondo de Cultura Económica y Academia Diplomática del Perú.

ZORAIDA VÁSQUEZ, JOSEFINA

2000 *Juárez, el republicano*. Puebla: Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos.

2003 «Una difícil inserción en el concierto de las naciones» en *Inventado la Nación. Iberoamérica siglo XIX*. Coord. de ANNINO, ANTONIO y GUERRA, FRANÇOIS-XAVIER. México: Fondo de Cultura Económica. p. 253-284.

## **Anexos**

Anexo 1: Declaración de Luis H. Pinzón y Eusebio Salazar y Mazarredo por motivo de la captura de las Islas de Chincha.

### **Declaración**

Los infra estrictos Comisario especial extraordinario de S.M.B. en el Perú y Comandante general de su escuadra en el Pacífico.

En atención a que las razones expuestas en el memorándum dirigido el 12 de este mes a los representantes de las naciones aliadas en Lima, demuestran de un modo evidente que el Gobierno de la República Peruana se ha colocado con respecto del de S.M. en una actitud que hace indispensable el empleo de la fuerza.

Considerando que la política de conciliación fraternal seguida hasta el día, solo ha servido para que el Gobierno de un país que tiene con la España obligaciones sagradas, las olvide creyendo que la moderación significa impotencia.

Considerando que el Gobierno de S.M.C. no ha reconocido la independencia del Perú por culpa del de la República, y que según la expresión de uno de sus publicistas, “la tregua continúa solo de hecho”.

Considerando que el bombardeo de uno o más puertos, serviría tan solo para derramar sangre inútilmente y para destruir la propiedad de súbditos de las naciones aliadas, y tal vez de peruanos que censuran la conducta de su Gobierno.

Considerando que el de S.M. no pretende nunca mezclarse e la política interior de las Repúblicas hispano-americanas y que para demostrar la sinceridad de sus deseos, ha evitado en cuanto le ha sido posible hacer ningún desembarco en la tierra firme.

Considerando que el Gobierno del Perú ha declarado además en un documento diplomático dirigido a la Gran Bretaña: “que las islas del guano no son sino una factoría, un establecimiento rentístico del Gobierno”, y que por esa razón no podrá admitir en ellas Cónsules ni agentes consulares.

Considerando que la propiedad de las mencionadas islas puede reivindicarse por el Gobierno de S.M. con un derecho semejante al que la Gran Bretaña sancionó devolviendo las islas de Fernando Po, Annabon y Corisco, después de una ocupación formal, y no interrumpida, durante un número considerable de años.

Considerando que según una manifestación que acaba de hacerse en la Comisión permanente del Congreso peruano, el Gobierno ha enviado al extranjero comisionados que deben contratar un empréstito de setenta millones de pesos, cantidad excesivamente superior a las atenciones del Tesoro.

Considerando que según la opinión pública, parte de ese capital se destinará a adquirir los medios de oponerse a las justas exigencias de la España; y que los obstáculos puestos al recibimiento del infrascrito Comisario especial, tiene por objeto, ganar el tiempo suficiente para terminar aquella operación rentística.

Los infra escritos Comandante general de la escuadra de S. M. B. en el Pacífico y Comisario especial extraordinario en el Perú declaran que han resuelto lo siguiente:

Art. 1: La escuadra de S.M. se apoderará de todas las islas pertenecientes al Perú y de los buques de guerra que sirvan de obstáculo a este proyecto.

Art. 2: El guano que contienen las islas de Chincha servirá de hipoteca para todas las cantidades adelantadas al Perú por súbditos extranjeros con la garantía de aquel abono, siempre que los respectivos contratos hayan sido aprobados por el Congreso peruano, y publicados de un modo oficial antes del día de la fecha.

Art. 3: Las compañías extranjeras que embarquen guano en la actualidad, seguirán exportándolo, y rendirán cuenta al Gobierno de S.M. de las toneladas que retraigan desde el día de hoy, en que se ha enarbolado el pabellón español en las islas de Chincha.

Y para que conste y llegue a noticia de quien corresponda, firmamos esta declaratoria en el fondeadero de las islas de Chincha a 14 de abril de 1864.

Luis H. Pinzón.

Eusebio de Salazar y Mazarredo.

## Anexo 2: Circular al Cuerpo Diplomático Extranjero acreditado en Lima

Lima, Abril 16 de 1864

La presencia de la escuadra española en las costas del Perú, así como el arribo a esta capital del Sr. D. Eusebio Salazar y Mazarredo, lejos de causar alarma alguna en el pueblo peruano y en el Gobierno que rige sus destinos, alentaba en uno y en otro la halagüeña esperanza de definir pacífica y amigablemente las relaciones que instintivamente han conservado el Perú y la España, y que debían conservar en beneficio recíproco de ambos Estados. Pero, desgraciadamente, se han frustrado aquellas esperanzas, por la incalificable conducta que ha observado el Sr. Mazarredo, desde que entró en comunicación con el infrascrito, y por los hechos atentatorios y depresivos de la honra y la propiedad nacional que sigue realizando en unión del jefe de la flotilla de su nación.

Para que el ... Sr ... aprecie cómo conviene las aserciones del infrascrito, basta que fije su ilustrada atención en los hechos que han mediado y que pasa el infrascrito desde luego a referir.

El 20 de Marzo próximo pasado recibió el infrascrito una nota del mencionado Sr. Mazarredo en la que solicitaba se le señalara día y hora para entregar una comunicación de su Gobierno. Dos días después, accediendo a su deseo, se le designó el 30 de ese mismo mes para el indicado fin, porque los días que median entre estas dos fechas fueron los de la Semana Santa y de la Pascua, en los que no era posible consagrarse a asuntos oficiales. Tuvo lugar la conferencia y en ella el agente español entregó al infrascrito el oficio referido, en el que su Gobierno lo investía con el carácter de Comisario especial cerca del Gobierno del Perú. Como este título podía, en el curso de las negociaciones ofrecer dificultades que el Gobierno deseaba prevenir, fuéle [Sic] preciso al infrascrito manifestar al Sr. Mazarredo que, si su carácter era confidencial, como tal agente del Gabinete de Madrid, lo aceptaba desde luego el del Perú, y que esta inteligencia podía dar principio a su misión. Desde la fecha últimamente citada, hasta el 12 del actual a las cuatro y media de la tarde, permaneció en silencio; y a esa hora mandó una nota y una exposición que según afirmaba ha circulado *a los representantes de las naciones aliadas*, documentos que no puede el infrascrito apellidar diplomáticos, porque ni su estilo, ni la adulteración de los hechos que contienen, ni las frases amenazantes en que abunda, puede colocarlos en esta jerarquía. Desea el infrascrito que el ... Sr. ... se fije en el hecho muy significativo de la demora, y en las circunstancias mucho más remarcable de que en ese mismo día muy de mañana el Sr. Mazarredo se embarcó en uno de los buques de guerra de su nación, surto en la bahía del Callao, el que haciendo un falso rumbo al norte, se dirigió a las aguas del sur con el objetivo de consumir, en unión del resto de la

escuadra, la detentación de las islas de Chincha y el apresamiento de sus principales autoridades y de uno de los buques de nuestra armada, todo lo cual ha verificado el 14 del presente. Este hecho acaba de comunicarse al infrascrito por el Almirante Pinzón, por medio de una nota, a la cual acompaña una exposición firmada por él y por el Sr. Mazarredo, en la que, después de algunos considerados que no es del caso referir, manifiesta que han tomado posesión de las islas hasta que el Gobierno de S.M. determine lo conveniente, y que conservan en rehenes varios jefes y oficiales de la marina peruana, que responderán de cualquier atropello que se quiera cometer con los súbditos españoles.

El infrascrito se halla como debe suponerlo el ....Sr. a quien tiene la honra de dirigirse, bajo la influencia de la excitación que ha producido en él, en su Gobierno y en la población entera, un hecho que, sin ejemplo en los anales del mundo civilizado, acaba de realizarse con tanta violencia, como insidia. Se abstiene, por lo tanto, de calificarlo; pero no puede prescindir, en cumplimiento del más imperioso de sus deberes y en uso de sus más sagrados derechos, de protestar a nombre de su Gobierno y a nombre del Perú, como en efecto protesta ante las naciones cultas de ambos continentes, de la ocupación que acaba de realizarse de los depósitos de guano que constituyen la principal riqueza de la República, sobre los que esta Nación conserva un perfecto dominio, sean cuales fueren los actos que ulteriormente practiquen los detentadores. Se ha inferido, pues, un ultraje a la nación, que no consentirán los hijos de los que supieron conquistar su independencia a costa de tantos y tan heroicos sacrificios. La depradación [Sic] de las islas no arguye nada en contra de la personalidad política del Perú, ni de sus derechos como nación libre y soberana; y si en ese acto tuviese participación el Gobierno de España, lo que no es de creerse, sabría recordar las glorias de los que sacándolo de la humilde condición de colonia, grabaron su nombre en el rol de las naciones.

Concluye el infrascrito la presente comunicación asegurando al ... Sr. ... que oportunamente tendrá el honor de remitirle en copia auténtica los documentos relativos a este asunto; y aprovecha esta oportunidad para reiterar al ... Sr. los sentimientos de su muy distinguida consideración.

Juan Antonio Ribeyro.

### Anexo 3: Declaración del Cuerpo Diplomático en Lima a propósito de la captura de las islas de Chincha.

#### Declaración

Los infrascritos Ministros extranjeros que componen el cuerpo diplomático de Lima, reunidos bajo la presidencia de su decano el honorable señor Robinson Enviado extraordinario y Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos de América.

Habiendo tomado en seria consideración la declaración expedida el 14 del actual en el fondeadero de las islas de Chincha, por los señores Comisario de S. M. C. en el Perú y el Comandante en jefe de su escuadra en el Pacífico, teniendo presente:

Que las resoluciones consignadas en dicho documento se han adoptado sin preceder declaración de guerra, ultimatum, ú otras formalidades de las que, para tales casos, previene el derecho público de las naciones.

Que uno de los fundamentos aducidos para la ocupación, es el derecho que los señores Comisario y Comandante general atribuyen á su nación e revindicar las Islas pertenecientes al Perú

Los infrascritos, en la imposibilidad de recibir en breve tiempo instrucciones de sus respectivos gobiernos.

#### DECLARAN

1º Que deploran sinceramente que los señores Comisario y Comandante en jefe no hayan ajustado sus procedimientos á lo que el derecho internacional prescribe para tales casos, y.

2º Que no aceptan el derecho de reivindicación que se ha invocado como uno de los fundamentos de la ocupación, sino que seguirán considerando a las Islas de Chincha como pertenecientes a la República Peruana ínterin sus respectivos gobiernos resuelvan lo que tuvieron por conveniente.- Firmada en Lima, a veinte días del mes de Abril de mil ochocientos sesenta y cuatro

Cristopher Robinson, Envoy extraordinary and Minister Plenipotenciary of the United States to Perú.- J. de la Cruz Benavente Ministro Plenipotenciario de Bolivia en el Perú, nombrado en el mismo carácter para el Congreso Americano.---Thos. R. Eldredge, encargado de Negocios y Cónsul General de S.M. el Rey de Hawaii en el Perú.--- Wm. Staffaires Jerningham H. B. M. S. Chargé d'Affaires and Cónsul General to Perú.---- J. Nicolás Hurtado, encargado de Negocios de Chile en el Perú.

## Anexo 4: Tratado de Alianza Ofensiva y Defensiva entre el Perú y Chile

### Tratado de Alianza Ofensiva y Defensiva entre el Perú y Chile

Mariano I. Prado

Jefe Supremo Provisorio de la República.

Por cuanto: entre las Repúblicas del Perú y Chile se ha celebrado en esta Capital, por los respectivos Plenipotenciarios, el cinco de Diciembre de mil ochocientos sesenta y cinco, el siguiente Tratado de Alianza ofensiva y defensiva.

En el nombre de Dios Todopoderoso

Las Repúblicas del Perú y Chile, en presencia del peligro que amenaza a la América y de la violenta agresión e injustas pretensiones con que el Gobierno español ha comenzado por atentar a la dignidad y soberanía de ambas, ha acordado celebrar un pacto de alianza ofensiva y defensiva a cuyo efecto han nombrado como Plenipotenciarios ad hoc, por parte del Perú al Sr. Secretario de Relaciones Exteriores D. Toribio Pacheco y por parte de Chile al Sr. D. Domingo de Santa María, quienes habiendo encontrado bastantes sus respectivos poderes, han procedido a formular el presente Tratado preliminar.

#### Artículo I

Las Repúblicas del Perú y Chile pactan entre sí la más estrecha alianza ofensiva y defensiva, para repeler la actual agresión del Gobierno Español, como cualquiera otra del mismo Gobierno, que tenga por objeto atentar contra la independencia, la soberanía o las instituciones democráticas de ambas Repúblicas o de cualquiera otra del Continente Sudamericano, o que traigan su origen de reclamaciones injustas, calificadas de tales por ambas Naciones, no formuladas según los preceptos del Derecho de Gentes, ni juzgados en la forma que el mismo Derecho determina.

#### Artículo II

Por ahora y por el presente Tratado, las Repúblicas del Perú y Chile se obligan a unir las fuerzas navales que tienen disponibles o puedan tener en adelante, para batir con ellas las fuerzas marítimas españolas que se encuentren o pudieran encontrarse en las aguas del Pacífico, ya sea bloqueando, como actualmente sucede, los puertos de una de las Repúblicas mencionadas o de

ambas, como puede acontecer, ya sea hostilizando de cualquiera otra manera al Perú o a Chile.

### Artículo III

Las fuerzas navales de ambas Repúblicas, sea que obren en combinación o separadamente, obedecerán, mientras se mantenga la presente guerra, provocada por el Gobierno español, al Gobierno de aquella en cuyas aguas dichas fuerzas navales se hallaren.

El jefe de mayor graduación, y, en caso de haber mucho de una misma graduación, el más antiguo entre ellos, que se encontrare mandando cualquiera de las escuadras combinadas, tomará el mando de ellas, siempre que dichas escuadras obraren en combinación.

Sin embargo, los Gobiernos de ambas Repúblicas podrán conferir, de mutuo acuerdo, el mando de las escuadras cuando obraren en combinación, al Jefe nacional o extranjero más competente.

### Artículos IV

Cada una de las Repúblicas contratantes, en cuyas aguas se hallaren, por causa de la actual guerra con el gobierno español, las fuerzas navales combinadas, pagará los gastos de toda clase que el mantenimiento de la escuadra o de uno o más de sus buques haga necesarios; pero a la terminación de la guerra, ambas Repúblicas nombrarán dos comisionados, uno por cada parte, los cuales practicarán la liquidación definitiva de los gastos hechos y debidamente justificados, y cargarán a cada una de ellas la mitad del valor total a que esos gastos asciendan.

En la liquidación se tomarán en cuenta, para que sea de abono, los gastos parciales que durante la guerra hayan hecho cada una de las Repúblicas en el mantenimiento de la escuadra o de uno o más buques.

### Artículo V

Ambas partes contratantes se comprometen a invitar a las demás Naciones Americanas a que presten su adhesión al presente Tratado.

### Artículo VI



El presente Tratado será ratificado por los Gobiernos de ambas Repúblicas, y las ratificaciones se canjearán en Lima, en el término de cuarenta días, o antes si fuera posible.

En fe de lo cual, los Plenipotenciarios de ambas Repúblicas firman y sellan el presente Tratado.

Hecho en Lima, el cinco de Diciembre de mil ochocientos sesenta y cinco.

T. Pacheco.

Domingo Santa María.

Anexo 5: Copia de un panfleto que circuló en Lima y el Callao, y que fuera transcrito y publicado por *El Comercio*, de fecha martes 19 de abril de 1864.

¡¡ A LAS ARMAS CUIDADANOS!!

¡¡ ARRIBA LAS GUARDIAS NACIONALES!!

Una Escuadra de godos ha asaltado nuestra bolsa. Los españoles de hoy vienen a la carga sobre el Perú, empezando por desnudarnos. Sin que medien motivos serios y atropellando las fórmulas diplomáticas, se han apoderado de nuestras Islas de Chincha apresando a las autoridades de ese lugar, elevando allí la bandera española que pisotearon nuestros padres y hoy amenazan el puerto del Callao esperando refuerzos de España. La hora de la prueba ha sonado pues. ¡Y tendremos el candor de aguardas inermes que se repitan con nosotros las escenas de Santo Domingo! ¿Alcanzaremos nuestros brazos a las cadenas como los hicieron los incautos Incas? ¿Permitiremos que el quijotismo y la codicia nos encuentren descuidados? ¿Dejaremos que los invasores nos echen de nuestras casas, se apropien de nuestras mujeres y nos pongan las cadenas que nuestros padres destruyeron en Ayacucho? ¿Permitiremos que sobre las ruinas de la República se alce la monarquía para que nos azoten sus condes y sus marqueses?

No compatriotas, sirven de algo la dolorosa experiencia de Santo Domingo. Demostremos al mundo que el Perú de hoy no es el Perú del tiempo de Pizarro. Demostremos que los peruanos tenemos moralidad y patriotismo, que amamos la República y detestamos la monarquía. Reunámonos todos y que le Perú en masa pida al gobierno el cumplimiento de los arts. 120 y 121 de la Constitución el alistamiento de la Guardia Nacional; el tiro nacional; para que todo ciudadano tenga su fusil y sepa dirigir con serenidad una y acierto una bala al pecho de los piratas conquistadores. Defendamos nuestro suelo palmo a palmo preparando las teas que debemos incendiar nuestras poblaciones ribereñas y nuestras sementeras. Atraigamos a los invasores a las montañas de los Andes, allí les espera su sepulcro, Imitemos los nobles ejemplos que nos legaron los vencedores de Junín y Ayacucho; a los que nos dan los heroicos dominicanos: vendamos cara nuestra libertad.

No hay traidores entre nosotros. Pero si los hubiese, sean quienes fuesen, arrojemos sus cabezas al enemigo,

No está lejos el momento en que nuestros hermanos de Estados Unidos ayuden la justicia de nuestra causa republicana.

¡Viva la República!

¡Arriba la Guardia Nacional!

¡Viva el Gobierno!

¡Viva la República de Estados Unidos!

Lima, abril 17 de 1864

Anexo 6: Publicación de *El Mercurio*, en donde se aprecia la influencia de la prensa española en su par peruana. Fechado el jueves 17 de noviembre de 1864.

### Vapor del Norte

Nuestra cuestión con España, así como aquí marcha al paso de tortuga en todo cuanto concierne a ella y a nuestra defensa, allá se agita y se obra con una celeridad no común, en el sentido de la continuación de la política desleal y vergonzosa asumida desde el principio por aquel gobierno.

Varios consejos de ministros se habían celebrado, teniendo por exclusivo objeto tratar la cuestión del Perú; y en todos ellos se ha resuelto obrar con energía, decisión y fuerza, para cuyo efecto se mandará al general Pareja en reemplazo de Pinzón.

Un periódico oficial dice a este respecto: “Esperamos satisfacción cumplida de los agravios inferidos, indemnización pecuniaria y pago de créditos. Este es el objeto que se propone el gobierno”

Se anuncia también por la prensa de Madrid que el nuevo ministro del Perú acreditado en París y Londres, Sr. Barreda, había recibido poderes de nuestro Gobierno para pasar a Madrid con objeto de entablar negociaciones de arreglo, a los que no se muestran nada favorables, pues toda la prensa española aconseja al gobierno a que conserve la posesión de las Islas de Chincha y explote e guano de su propia y exclusiva cuenta. Esta idea hallado buena acogida por parte de los comerciantes ingleses, a quienes se ha halagado con la perspectiva de una rebaja de dos libras esterlinas por tonelada, en las futuras ventas de nuestro guano que se propone hacer la España.

Se anuncia la próxima salida del vapor Márquez de la Victoria, cargado de carbón y víveres para la escuadra del Pacífico.

### Asuntos del Perú

#### Extractos de periódicos madrileños

Si el gobierno peruano, en efecto, se negara a todo arreglo o tratase de aclarar indefinidamente las satisfacciones que debe a España, y todo ello se hiciera necesario acudir a las vías de hecho, el gobierno español que mira las cuestiones de honra nacional como cuestiones nacionales, no de partido, el gobierno español que comprende los deberes que le impone su puesto, y que conoce lo que le exige la honra y el decoro del país, no vacilaría en adoptar las convenientes medidas para mantenerlo a la altura conveniente.

(Contemporáneo)

España ha cumplido todos sus deberes: si en Lima no se escuchan consejos de la razón, siéntase la pesadumbre de nuestro poderío y aprendan a temernos los viven solo para odiarnos. Ni un palmo más de terreno en América; relaciones cordiales con todos los pueblos hispanoamericanos; pero energía y firmeza para sacar incólume nuestra honra, cuando colmada la medida, es preciso que a la ineficacia de los medios morales suceda la ineficacia de los materiales. La hacienda del Perú vive de las islas de Chíncha; intervengamos los productos, cobrémonos con ellos los créditos que no se nos pagan, y busquemos en el Puerto del Callao la seguridad de nuestros naturales, garantida por el arrojo de nuestra escuadra.

(Razón)

El gobierno español no debe apresurarse a entrar en negociaciones: cuanto más tiempo transcurra, peor para el Perú. Cuatrocientos millones de pesos que valen las Islas de Chíncha, responden de todos desembolsos; y puesto que el Perú se empeña en que España recuerde que no ha reconocido su independencia, esperemos a que venga de allí un ministro plenipotenciario que dé todas las satisfacciones que se nos deben, y de ninguna manera humillemos nuestro país con enviar allí un nuevo diplomático.

(Libertad)

Que la posesión de las islas del guano comience a ser para España un manantial de riqueza, bastante a indemnizarnos de los gastos de ocupación, y a redundar en beneficio de la agricultura de nuestra patria: que se establezca en las islas referidas una estrecha intervención, a fin de que los ingresos que proceden de contratos pendientes sobre aquel abono, vengan a las arcas del Tesoro español; que los nuevos contratos que allí se soliciten, se celebren a nombre de España; y para lograr esto, refuércese convenientemente la estación naval del Pacífico; provéase a cuanto sea necesario, y el Perú acabará por pedir a España que le escuche.

(Libertad)

Anexo 7: Artículo publicado en *El Mercurio*, en donde se reflexiona en torno a la formación de una opinión pública en el Perú contraria a las pretensiones españolas y crítica del desempeño del Gobierno de Juan Antonio Pezet. Con fecha de lunes 17 de agosto de 1864

No nos cansamos de recordar siempre, que el pueblo es soberano, y que el gobierno no es sino el representante de ese pueblo.

El ejecutivo no es sino el administrador de los intereses públicos, y el ejecutor de las leyes: su poder emana del pueblo: su autoridad es una delegación, y no se extraña la conclusión originaria de la facultad que tiene el pueblo para revocar sus poderes por medio de sus representantes o para formular nuevas instrucciones o reglas que tiendan a hacer la felicidad común de todos los ciudadanos, garantizando mejor sus sacrosantos derechos, o mejorando su libertad, su ilustración o su moralidad.

En las naciones en que el pueblo está en la posesión de sus derechos soberanos, la voluntad del pueblo debe ser el termómetro de la administración; y nunca debe olvidar el gobernante ese antiguo aforismo: *salux populi lex esto*. ¿Y cómo conocer la opinión nacional? En las reuniones públicas y privadas, en la prensa y en la tribuna se debaten cada día las opiniones contradictorias, se discuten los pareceres opuestos; las pasiones, los errores, los delirios y extravagancias chocan con la verdad, la razón y la justicia; y del antagonismo y pugna de sentimientos e ideas opuestas nace la luz y resulta la realidad, la conveniencia y la necesidad de adoptar las últimas conclusiones en que todos han convenido unánimemente, que es lo que se llama la opinión nacional e ilustrada de un pueblo, y que formulada en precepto por los representantes de la Nación, se llama ley. Así, la ley tiene su origen en la opinión pública: la autoridad tiene su apoyo en la ley, y la autoridad no debe perder de vista jamás los dictados de la voluntad ilustrada del pueblo.

La opinión pública ha reprobado con indignación los atentados alevosos perpetrados por los españoles contra la soberanía del Perú; la opinión ha rechazado la agresión violenta y escandalosa; la opinión pública demanda un ejemplar escarmiento a los usurpadores; y la opinión pública exigía al Gobierno franqueza, energía, dignidad,, patriotismo, valor y publicidad en sus actos. ¿Quién podrá negar esto, que se manifiesta, en todas partes y en todos instantes? Si ese es el sentido de la opinión nacional, nada, más obligatorio en el Gobierno que obrar en conformidad con ella. Desperdiciarla, sería el conculcar el principio de la soberanía del pueblo, contradecirla; sería levantar un trono a la tiranía; desobedecerla sería traicionar al pueblo y obrar discrecionalmente contra los intereses comunes. Presidir a la Nación, o ser Presidente, es ponerse a la cabeza de un pueblo, seguir su suerte, caminar con él y ser consecuente a él. El que se separa del pueblo ya no está con él, ya no

le pertenece, es un miembro refractario que contradice o se sustrae a la voluntad nacional.

El pueblo no es para el gobierno, pero si el gobierno es para el pueblo. Concluyeron esos tiempos en que un déspota decía: - "El Estado soy yo": en las democracias no reconocemos otra soberanía fuera del pueblo. ¿Qué pide el pueblo a S.E. el Presidente de la República? Un gobierno paternal, que se duela de las desgracias, de la deshonra y de la vergüenza de la patria; un gobierno que fuera el intérprete de la opinión pública, y el ejecutor de la voluntad nacional; un gobierno que en fin, que salve a la República y sea el paladín de las grandes doctrinas democráticas que son el patrimonio de todos los hombres y pueblos libres, y que hoy están en peligro. Después de las incongruencias diplomáticas que desgraciadamente han surgido del gabinete Ribeyro, y después del retiro del ministro que le sucedió, la opinión pública pedía a S.E. el general Pezet un gabinete que inspirase confianza a todos. Qué ha resultado? Ya lo hemos visto. Esos hombres, por su religión política nunca pueden ser sinceros defensores de los principios republicanos, puesto que la opinión los ha calificados de ultramontanismo. Y bien conocen todos que los ultramontanos son los campeones de la monarquía, del absolutismo, y de la retrogradación. Los que predicán la soberanía de los monarcas de origen divino, los que defienden la infalibilidad e inviolabilidad de los reyes, ¿serán republicanos? No: Los enemigos del pueblo nunca pueden abogar por los intereses y derechos del pueblo; los ultramontanos son sospechosos a la causa de la democracia. Aun suponiendo que sean falsos esos calificativos, era prudente evitar que la opinión se conflagrase contra el nombramiento de esos señores. La opinión pública ha sido esta vez más despreciada, conculcado (Sic) y desoída. Con sentimiento decimos que la inauguración del nuevo del nuevo Ministerio en vez de salvar la situación no hará sino producir resistencias de consecuencias fatales para la Patria. El mal ha sido reagravado, y es indudable que se multiplicarán las dificultades e inconvenientes para la administración.

Desgraciadamente el general Pezet no ha sabido comprender los dictados de la opinión pública: no ha conocido la voluntad nacional. Sus amigos le han aconsejado mal, y con sola la designación de los nuevos ministros se ha apoderado un pánico terrible en todos los círculos. La prensa uniformemente ha reprobado la elección: he ahí un signo de reconocer el espíritu de la opinión que se ha fijado si contradicción y con unanimidad. ¿Desconocerá aún la verdad?

No prejuzgamos nosotros al Ministerio: pudiera ser que con sus actos desvaneciera las prevenciones siniestras que generalmente se notan por todas partes, queremos suponer el patriotismo y conciencia pura en cada uno de los ministros; pero esto no basta si la opinión los rechaza; eso no basta para ganar la confianza pública, porque serán comentadas e interpretadas las acciones

más buenas y más inocentes. En política no se ensaya: se obra con la garantía de los antecedentes, cuando un pueblo se previene, se excitan las pasiones y deja de haber imparcialidad para juzgar los actos mal los actos más santos. Este es el peligro de imponer a una Nación, hombres que no son bien aceptados por la opinión pública, y ese peligro puede engendrar otros malestares irreparables, cuya responsabilidad gravitarían indefectiblemente contra el general Pezet.



Anexo 8: Artículo publicado en *El Mercurio*, en donde se evidencia cómo el recuerdo de la “gesta emancipadora” en la opinión pública es tomado como referente para el rechazo de las pretensiones españolas en el Pacífico. Fechado el sábado 8 de octubre de 1864

Leemos en el “Mercurio de Valparaíso:” El coronel Lattaplat.- Al partir para el Perú en la corbeta Esmeralda nos ha remitido la siguiente carta:

“Valparaíso, septiembre 17 de 1864”

Amigos y hermanos: Después de 25 años en que mi nombre estuvo entre la incertidumbre y la certeza por mi modo de mirar los pasados acontecimientos, el genio del destino que obedece a los decretos de Dios, me manda hoy a dejar el país donde nací para cumplir mis voto solemnes. El protegerá los pocos días que restan a mi vida; y si, como lo espero, vierto la última gota de sangre que me queda, peleando otra vez por el honor, independencia y libertad del nuevo mundo, moriré contento y feliz. Seguid mi ejemplo, y así mereceréis dignamente el título de hombres libres: los que nacieron para serlo, todo lo sacrifican por la libertad, exceptuando el honor que es con el que marcharemos a la tumba, primero que dejarlo ultrajar por nadie; y mucho menos de los que en Chacabuco, Maipú, Valdivia, Junín y Ayacucho les hemos hecho morder el polvo de esta tierra sagrada que profanaron y que hoy vuelven a profanar con sus crímenes ¡¡¡Guerra sin cuartel: libertad o nada; que yo perezca o los godos paguen su alevosía con la muerte!!!

Chilenos: - Sed fieles al honor; seguid el sendero suyo, obedeciendo al gobierno; no os dividáis; ser unidos y seréis fuertes; y sacrificando las pequeñas afecciones de partido, formaremos en todo el continente una masa invencible!!!

Adiós amigos, y un abrazo a todos mis paisanos; no dejo en este suelo más que un enemigo, y ese enemigo es el de vosotros: perdonadlo como lo perdono yo, porque los chilenos deben de entrar al combate son rencores con sus hermanos cuando la patria está en peligro.

Francisco de Paula Lattapiat.

Anexo 9: Artículo publicado en *El Mercurio*, escrito por un partidario de Juan Antonio Pezet con respecto a la cuestión española. Publicado el sábado 15 de octubre de 1864.

### Remitidos

Dad al César lo que es del César

En ningún país sucede lo que vemos en el Perú. En cualquier otra parte hay franqueza e hidalguía para combatir a un gobernante y demostrarlo, si lo merece. Solo entre nosotros se emplea la hipocresía, el fraude, y la intriga para desacreditar al gobernante, hasta conseguir su total desprestigio.

Nadie puede quejarse personalmente de ninguna mala acción del S.E el General Pezet, que es la personificación de la bondad, mansedumbre y cortesía. A nadie ha hecho males: y sin embargo ¿Qué significa que todos se quejen de él y lo aborrezcan hasta el extremo de pedir su destitución?

Es cierto que el Presidente debía rechazar a la fuerza con la fuerza, y que debía emplear una política enérgica, hostil, briosa y digna de un pueblo libre contra esos aventureros que tan injustamente nos han despojado de nuestras riquezas y nos han cubierto de baldón y vergüenza; ¿pero que tiene la culpa el General Pezet? El presidente no obra solo, sus Ministros debían haberlo aconsejado mejor. ¿Era acaso diplomático, para conocer la magnitud de los acontecimientos? Los Ministros debían preverlo todo, y dirigir las cosas como se deben, y en armonía con las exigencias de la opinión pública. Los ministros solo son responsables de no haberse observado una conducta fuerte y desembarazada, como el pueblo lo pedía. ¿Qué había de hacer el General Pezet, si sus Ministros no sabían lo que tenían entre manos?

Se enrostra al Presidente de no haber conseguido los buques, las armas y los elementos bélicos que necesitábamos para defender nuestros derechos; se le acusa que en seis meses nada ha hecho, ni hay nada preparado. Esta última parte es falsa; porque en el Callao algo se ha hecho, a no ser que se niegue que están para concluirse el Monitor y el blindaje del Loa y del Apurímac. Lo demás, los Ministros deben responder al grave cargo de no haberse comprado buques y armas para todo evento.

La injusticia raya, cuando se considera que por dar gusto a las vocinglerías de cuatro demagogos, el Presidente se haya resignado a cambiar a sus Ministros, y eso que como ellos estaban inteligenciados en los secretos debía continuar para que hubiese unidad de acción.

Renueva en fin a su Ministerio ¿y qué dicen los opositores? Abajo los Ministros nuevos, sin saber si esos Ministros obrarían bien o mal.

El nuevo Ministerio tenía el pecado original de heredar el reguero de faltas y errores que había dejado el funesto gabinete Ribeyro: ¿era posible rectificar en cuatro días los males que ya estaban hechos? ¿era natural descubrir las faltas que habían cometido los predecesores? ¿No ha sido suficiente publicar en tres circulares el programa futuro que pensaba seguir el nuevo gabinete? No obstante los escritores por una parte, y los interpelantes del Congreso por otra, han sembrado obstáculos e inconvenientes a la marcha del gobierno, y los nuevos Ministros llevando en su delicadeza y su patriotismo hasta la exageración ha concluido por dimitir sus carteras en atención a que no había conformidad de ideas entre el Presidente y el gabinete.

(...)

Se acusa al General Pezet que es partidario de la paz a todo evento, que esa es su tendencia, y que por eso no se ha apresurado a armar el país como para un estado de guerra. Bien: ¿y por qué los amigos de la guerra, no corren a ponerse al lado del Presidente, y le manifiestan la necesidad de combatir? En cuento a los demagogos, su oposición no ha consistido en otra cosa que en dicterios, personalidades y declaraciones hinchadas de fraseología insultante: ¿Qué influencia puede tener en un país, la prensa que difama y desmoraliza, y que no discute ni raciocina?- con lenguaje de verduleras no se enaltece ni honra la prensa ni la tribuna. Si el General Pezet ha opinado por la conveniencia de un arreglo pacífico, demuéstrese que no es conveniente: pero no se insulte, ni arañe. Si es necesaria la guerra, demuéstrese también la posibilidad de hacerla, y sostenerla con buen éxito; pero sin pasiones ni exageraciones ni imposturas ni bravatas tribunicias.

Al ver nuestra deshonra y la vergüenza en que está la Patria, ¿Quién será que prefiera la paz a la humillación, sin opinar, por la guerra? Para qué se hace la guerra? Seguramente para conseguir la paz con gloria y con honra, ¿Ni sería un absurdo pensar en la guerra? Pero si no se obtiene un completo desagravio a las ofensas que hemos sufrido, ¿quién será el desagradado y cobarde que vote por la paz? Estas cosas deben demostrarse, discutirse, debatirse; pero es triste que sin razonar se falle y se insulte y se subleve a todos los ánimos.

S.E. el General Pezet es accesible a la verdad; y creemos que los verdaderos patriotas sabrán hacerlo justicia, y no contribuirán por su parte a precipitarlo de una posición que otros han deshonrado con humillaciones y desaciertos, cuyas consecuencias vamos palpando cada día. Otros han infamado y degradado más nuestro pabellón- recordemos nuestra historia contemporánea.

Taillerand